

La revista electrónica del IDAES

Año 10 N° 18 Segundo semestre de 2016

DOSSIER

La internacionalización de las ciencias sociales

Coordinadores Mariana Heredia y Ariel Wilkis

Escriben Johan Heilbron, Timothy Mitchell, Agustín Cosovschi, Alejandro Dujovne, María Paz López, María Cecilia Míguez y Melisa Deciancio

ARTÍCULOS Y RESEÑAS

Escriben Karina Bidaseca, Fernanda Carvajal, Ana Mines, Lucía Núñez Lodwick, Sonia Betancour Sánchez, Orietta Geeregat Vera, Pablo Pizzorno, Ana Belén Blanco, María Soledad Sánchez, Bárbara Mastronardi, Hilda Sabato, Gonzalo Ricci Cernadas y Santiago Marino



UNSAM
EDITA



UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
SAN MARTÍN

UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN MARTÍN

Rector: Carlos Ruta

INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS SOCIALES

Decano: Alexandre Roig

Fundador y Director Honorario: José Nun

Director Consulto: José Emilio Burucúa

Secretario Académico: Ariel Wilkis

PAPELES DE TRABAJO

ISSN: 1851-2577

Director: Alejandro Grimson

Coordinación Editorial: Gustavo Motta

Editor responsable: Instituto de Altos Estudios Sociales

Redacción: Paraná 145, 5º piso, CABA (B1017AAC), Argentina

papelesdetrabajo@unsam.edu.ar

www.idaes.edu.ar

Domicilio legal: Yapeyú 2068, San Martín (B1650BHJ), Argentina

Diseño e imagen de tapa: Ángel Vega

Revisión y plantado: Javier Beramendi

Revista arbitrada indexada en:



COMITÉ ACADÉMICO

- ▶ Marc Abélès, L'École des Hautes Études en Sciences Sociales, Francia
- ▶ Rita Eder, Universidad Nacional Autónoma de México, México
- ▶ Arturo Escobar, The University of North Carolina at Chapel Hill, EE. UU.
- ▶ Silvia Hirsch, Universidad Nacional de San Martín, Argentina
- ▶ Daniel James, Indiana University, EE. UU.
- ▶ Mirta Lobato, Universidad de Buenos Aires, Argentina
- ▶ Laura Malosetti Costa, CONICET-Univ. Nacional de San Martín, Argentina
- ▶ Denis Merklen, L'École des Hautes Études en Sciences Sociales, Francia
- ▶ José Nun, CONICET-Universidad Nacional de San Martín, Argentina
- ▶ Juan Piovani, Universidad Nacional de La Plata, Argentina
- ▶ Rosana Reguillo, ITESO, Universidad Jesuita de Guadalajara, México
- ▶ Juan Suriano, Universidad Nacional de San Martín, Argentina
- ▶ Maristella Svampa, CONICET-Universidad Nacional de La Plata, Argentina

COMITÉ EDITOR

- ▶ Débora Betrisey Nadali, Universidad Complutense de Madrid, España
- ▶ Alejandra Castillo, Universidad de Arte y Ciencias Sociales, Chile
- ▶ Flavia Costa, Universidad Nacional de San Martín, Argentina
- ▶ Héctor Jaquet, Universidad Nacional de Misiones, Argentina
- ▶ Miguel Valderrama, Universidad de Arte y Ciencias Sociales, Chile
- ▶ Natalia Gavazzo, Universidad Nacional de San Martín, Argentina
- ▶ Fernando Martínez Escobar, Universidad de Buenos Aires, Argentina
- ▶ Marina Moguillansky, Universidad Nacional de San Martín, Argentina
- ▶ Lucila Nejamkis, Universidad Nacional Arturo Jauretche, Argentina
- ▶ Pablo Nemiña, Universidad Nacional de San Martín, Argentina
- ▶ Juan Pablo Puentes, Universidad Nacional de San Martín, Argentina
- ▶ Adrián Velázquez Ramírez, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, México

COORDINACIÓN INTRAINSTITUCIONAL

- ▶ Hernán Brignardello

EDITORIAL	7
DOSSIER	11
La internacionalización de las ciencias sociales Coordinadores: Mariana Heredia y Ariel Wilkis	
Introducción	13
Mariana Heredia y Ariel Wilkis	
Las ciencias sociales como un campo global emergente	21
Joan Heilbron	
Medio Oriente en el pasado y futuro de la ciencia social	49
Timothy Mitchell	
Distancia crítica desde la periferia	99
Itinerarios del concepto de transición en la sociología de Serbia y Croacia durante los años noventa Agustín Cosovschi	
La máquina de traducir	123
Eudeba y la modernización de las ciencias sociales y humanas, 1958-1966 Alejandro Dujovne	
La internacionalización de la investigación en las ciencias sociales	145
Una mirada sobre las prácticas internacionales de los historiadores María Paz López	
La internacionalización de la teoría de las Relaciones Internacionales en la Argentina	169
Los híbridos teóricos y su clasificación María Cecilia Míguez y Melisa Deciancio	

ARTÍCULOS	193
La articulación entre raza, género y clase a partir de Aníbal Quijano	195
Diálogos interdisciplinarios y lecturas desde el feminismo Karina Bidaseca, Fernanda Carvajal, Ana Mines Cuenya y Lucía Núñez Lodwick	
Poetas intelectuales mapuches: bordes y desbordes escriturales	219
Sonia Betancour Sánchez y Orietta Geeregat Vera	
Las grietas del dique	247
Tensiones populistas en de Ípola y Portantiero Pablo Pizzorno	
Prohibiciones fundamentales y sistemas de intercambio	267
Una aproximación sociológica a Claude Lévi-Strauss y Georges Bataille Ana Belén Blanco y María Soledad Sánchez	
Menores que matan	289
Análisis de imágenes mediáticas en la construcción de un caso de inseguridad en Zona Norte Bárbara Nadia Mastronardi	
CONFERENCIA	315
Treinta años de “hacer historia” en la Argentina, 1984-2015 Hilda Sabato	
RESEÑAS	329

Editorial

Estimados lectores, tenemos el inmenso placer de re-encontrarnos con ustedes para brindarles, como cada semestre, un nuevo número de *Papeles de Trabajo*. Cada número que ve la luz es el resultado de un enorme desafío colectivo, atravesado por las expectativas y deseos de todos y cada uno de los miembros del *staff*: director, comité editorial, correctores, diseñadores, técnicos, entre tantos otros. Todo este esfuerzo sería en vano, no obstante, si del otro lado no nos encontráramos con autores comprometidos en adaptar sus escritos al formato y normas editoriales, y en someterse a la rigurosa evaluación de reconocidos especialistas nacionales y extranjeros. A ellos, nuestra gratitud por confiar en *Papeles de Trabajo* y apostar a su desarrollo.

Sin embargo, nada de lo que hacemos tiene sentido si carece de destinatarios. Por eso nos complace recibir tras la publicación de un nuevo número cada vez más mensajes, comentarios y palabras de aliento. Allí nos confirman los avances editoriales que estamos alcanzando, entre ellos el crecimiento en la internacionalización de la revista, hecho que nos enorgullece y nos obliga a redoblar los esfuerzos por elevar la calidad, siempre ponderando el espíritu crítico y plural, proponiendo alternativas creativas de interpretación e intervención.

En esta oportunidad, tenemos el placer de presentar el dossier temático “La internacionalización de las ciencias sociales”, coordinado por Mariana Heredia y Ariel Wilkis. El corpus reúne una serie sugerente de líneas de investigación que buscan indagar la circulación e intercambio interregional –sobre todo en el circuito que involucra

a Europa, Estados Unidos y a América Latina— de autores, ideas y corrientes de pensamiento, de problemáticas, de instituciones universitarias, sellos editoriales, consejos científicos, etc. Como señalan los coordinadores, el dossier persigue preguntarse “cuánto de la inserción subordinada que caracterizó al país y la región en la producción y circulación de ideas se ha revertido, profundizado o modificado en las últimas décadas”.

La sección comienza con la traducción realizada por Gisele Bilañski del artículo de Johan Heilbron, “The social sciences as an emerging global field”, publicado en *Current Sociology* en 2014. Allí, el autor analiza la evolución del intercambio transnacional en las ciencias sociales, caracterizándolo como una estructura centro-periferia, que parte del duopolio euro-americano, atraviesa múltiples semiperiferias y finaliza con una amplia gama de periferias. Luego incorpora la traducción de Fernán Gaillardou sobre el texto de Timothy Mitchell, “The Middle East in the Past and Future of Social Science”, capítulo publicado en 2003 en *The Politics of Knowledge: Area Studies and the Disciplines*, dirigido por David Szanton. Mitchell se propone estudiar el nacimiento de los estudios de área, los cuales contribuyeron a delimitar los territorios locales en tanto expresión más o menos imperfecta de lo universal, tomando como caso el área de Medio Oriente. Seguidamente, el trabajo de Agustín Cosovschi, “Distancia crítica desde la periferia. Itinerarios del concepto de transición en la sociología de Serbia y Croacia durante los años noventa”, aborda el proceso de re-periferialización de los países de la ex Yugoslavia durante los años ochenta y noventa respecto de su influencia en la producción de las ciencias sociales de la región, tanto en sus condiciones de producción como en las agendas locales. Luego, Alejandro Dujovne presenta “La máquina de traducir: EUDEBA y la modernización de las ciencias sociales y humanas, 1958-1966”, un sugerente y novedoso aporte en torno a los primeros años de la tradicional editorial universitaria, dirigiendo su estudio hacia la prolífica política de traducción de autores y obras contemporáneas. A continuación, el artículo de María Paz López, “La internacionalización de la investigación en las ciencias sociales: una mirada sobre las prácticas internacionales de los historiadores”, coloca el foco de la internacionalización en el caso de la historia, incluyendo a los investigadores, sus diversas prácticas internacionales, las dimensiones cognitivas ellas involucran y las diferencias generacionales. Por último, el dossier cuenta con el trabajo María Cecilia Míguez y Melisa Deciancio, “La internacionalización de las Relaciones Internacionales argentinas: ¿Resignificación o aporte crítico?”, que enfatiza la circulación de saberes entre el centro y la periferia a partir de una serie de perspectivas desde el campo de la teoría de las relaciones internacionales.

Nuestra sección de artículos libres comienza con el trabajo de Karina Bidaseca, Fernanda Carvajal, Ana Mines Cuenya y Lucía Núñez Lodwick, “La articulación entre raza, género y clase a partir de Aníbal Quijano. Diálogos interdisciplinarios y lecturas desde el feminismo”. Las autoras, desde una perspectiva feminista, se proponen indagar el modo en que el sociólogo peruano Aníbal Quijano conceptualiza la raza y su articulación con el sexo, en el marco de la teoría de la colonialidad del poder y de sus apropiaciones por parte de autoras feministas de la región. Allí destacan las diferencias entre el concepto de raza en Quijano y el de etnicidad, problematizando su sustrato esencialista. Así, la arbitrariedad de raza recae histórica y políticamente en su función de control poblacional y productivo en América. Por otro lado, las autoras discurren sobre ciertos postulados de un conjunto de pensadoras feministas que recuperan las tesis de Quijano, produciéndose así un giro respecto de otros feminismos.

Con el objetivo de instalar el debate acerca de la condición de intelectual de los poetas mapuches, el trabajo de Sonia Betancour Sánchez y Orietta Geeregat Vera, “Poetas intelectuales mapuches: bordes y desbordes escriturales”, analiza las propuestas discursivas/comunicativas, los procesos metacognitivos y la conciencia escritural en distintas producciones. En tanto el concepto de intelectual está asociado a categorías occidentales y a la identidad étnica del sujeto, las autoras señalan que el poeta intelectual mapuche asume la responsabilidad de posicionar discusiones, problematizaciones y puntos de vista con una postura y pensamiento autónomos, sustentado en este nuevo rol de intelectual. A su vez, el desplazamiento enunciativo y escritural en tanto poetas les abre una interesante macro estrategia de visibilización e intervención en el espacio público.

A tono con los vaivenes políticos y electorales actuales, el trabajo de Pablo Pizzorno, “Las grietas del dique. Tensiones populistas en de Ípola y Portantiero”, reposiciona la discusión sobre del populismo. Su constante revitalización en la arena pública lo convierte en un atractivo punto de partida para discutir vigencias, especificidades y rupturas en torno a dicho concepto. A partir de un texto clásico escrito en el exilio, Emilio de Ípola y Juan Carlos Portantiero sostuvieron la tesis de que no hay relación de continuidad sino de ruptura entre populismo y socialismo. Pizzorno pone a prueba el carácter transformista que encierran dichas posiciones, contrastándola con otros momentos del recorrido intelectual en ambos autores.

Por otro lado, Ana Belén Blanco y María Soledad Sánchez presentan “Prohibiciones fundamentales y sistemas de intercambio. Una aproximación sociológica a Claude Lévi-Strauss y Georges Bataille”. El traba-

jo propone analizar la problemática de las prohibiciones fundamentales y los sistemas de intercambio en la literatura de Claude Lévi-Strauss y Georges Bataille, en tanto anclaje comprensivo para pensar la producción y reproducción social. De este modo, las autoras emprenden un recorrido minucioso para dilucidar las apropiaciones que ambos hicieron de Émile Durkheim, Marcel Mauss y Sigmund Freud, así como sus coincidencias y divergencias.

El artículo que cierra la sección se constituye a partir de tres preguntas de gran actualidad e impacto, tanto en la vida cotidiana como en la formulación de una agenda política en torno a sus múltiples aristas: ¿cómo se muestran a las víctimas de inseguridad y a los que son indicados como sus responsables?, ¿qué vínculos se establecen entre ellos y determinados territorios y prácticas?, ¿qué factores estructuran la producción y circulación de estas imágenes? Se trata de “Menores que matan: La visualización de sujetos y territorios en la construcción mediática de un caso de inseguridad”, de Bárbara Mastronardi. Allí analiza las imágenes que tres periódicos argentinos de circulación nacional han publicado para narrar un acontecimiento que se constituyó como un caso de inseguridad: el del ingeniero Barrenechea.

A continuación, presentamos con enorme placer la transcripción de la conferencia brindada el 23 de septiembre de 2015 por una de las intelectuales más destacadas de nuestro país, la Dra. Hilda Sabato, en ocasión de celebrarse las jornadas “Estados generales de Historia”, en la Universidad Nacional de San Martín. El título de su exposición es “Treinta años de ‘hacer historia’ en la Argentina, 1984-2015”.

Finalmente, el número cuenta con dos reseñas bibliográficas. La primera pertenece a Gonzalo Ricci Cernadas, sobre la obra de Jean-François Kervégan, *¿Qué hacemos con Carl Schmitt?*, publicado por Escolar y mayo, Madrid, en 2013. Y luego la revisión de Santiago Marino, titulada “La odisea de pensar las pantallas del Mercosur”, sobre el reciente libro de Marina Moguillansky, “Cines del Sur. La integración cinematográfica entre los países del MERCOSUR”, publicado este año por Imago Mundi.

De esta manera, estimados lectores, esperamos que este nuevo número de Papeles de Trabajo sea de su interés. Podrán encontrar, como reseñamos más arriba, un interesante conjunto de desarrollos temáticos, hondas reflexiones y argumentos consistentes sobre diversos aspectos de la realidad social. Por nuestra parte, seguiremos esforzándonos día a día para ofrecerles en cada número nuevos marcos interpretativos, nuevas miradas y clivajes metodológicos. Les deseamos un muy feliz fin de año y un gran comienzo de 2017.



DOSSIER

La internacionalización de las
ciencias sociales

Coordinadores: Mariana Heredia
y Ariel Wilkis

Introducción

por **Mariana Heredia¹ y Ariel Wilkis²**

Sin lugar a dudas, la internacionalización de las ciencias sociales es tan vieja como ellas mismas. Es imposible pensar los orígenes de estas disciplinas en América Latina y en la Argentina en particular (tanto en sus versiones más ensayísticas como en las más científicas) sin considerar el intenso intercambio de ideas con la tradición europea y norteamericana. En paralelo a la circulación más o menos asistemática y contingente de autores y problemáticas en distintos círculos intelectuales, las universidades, los consejos científicos y el pujante mercado editorial local permitieron a la vez canoanizar y democratizar a ciertos autores devenidos referencias ineludibles. Sobre esta base, como lo ha demostrado Beigel (2013), la conformación de una comunidad científica latinoamericana fue alentada primero por los polos de intercambio regionales en Chile, México y Brasil en la década de los sesenta pero también por los diversos exilios de la década siguiente que permitieron cierta integración a la vez regional y continental de nuestras disciplinas.

1 Licenciada en sociología por la Universidad de Buenos Aires, Magister y Doctora en sociología en la École des Hautes Études de Paris. Actualmente se desempeña como investigadora adjunta del CONICET. Ha trabajado sobre sociología de las elites y sus intereses de investigación abarcan desde corporaciones empresarias, tecnocracia económica, clases medias altas y medias altas, en la Argentina reciente. Correo: heredia.mar@gmail.com

2 Doctor en Sociología, Ecole de Hautes Etudes en Sciences Sociales (EHESS, Paris) y Doctor en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Se especializa en sociología y etnografía económica, en sociología de la pobreza y la desigualdad y en sociología de la producción sociológica (especialmente en la producción y circulación de las obras de Marcel Mauss y Pierre Bourdieu). Correo: ariel.wilkis@gail.com

Asentada en esta historia, la internacionalización reciente parece haber profundizado los vínculos entre distintas comunidades académicas nacionales gracias a diversos procesos. Mientras la democratización política y cultural favoreció el despliegue de las actividades intelectuales, las políticas científicas y las nuevas herramientas electrónicas impulsaron, cada una a su modo, la circulación de textos, personas y perspectivas.

Dentro de uno de los capítulos de un ambicioso proyecto que analiza el desarrollo reciente de las ciencias sociales en Europa y América Latina,³ este dossier aspira a considerar diversos aspectos de la internacionalización de las ciencias sociales, el modo en que distintas disciplinas se inscriben en los circuitos globales de producción y reproducción de ideas, los riesgos y potencialidades que plantea un espacio más abierto de formación de académicos y de ideas. En este marco, se pregunta por cuánto de la inserción subordinada que caracterizó al país y la región en la producción y circulación de ideas se ha revertido, profundizado o modificado en las últimas décadas.

Como en otras actividades sociales, la internacionalización ha sido tanto objeto de grandes esperanzas como de temibles amenazas para nuestras disciplinas. Entre las primeras, se cuenta sin duda la aspiración de un marco político y económico más propicio para el desarrollo del pensamiento libre y sólidamente fundado como una de las condiciones para la democracia. En este sentido, muchos han confiado que la apertura a perspectivas analíticas novedosas y estimulantes, la adopción de estrategias de investigación rigurosas, el diálogo con especialistas de distintas regiones podía redundar en una producción local de mayor calidad. Como en el caso de otras producciones, la exposición al acervo ya elaborado en otras latitudes y el alineamiento con los estándares de exigencia vigentes en las academias más consolidadas prometían un desarrollo más rápido que eludiría los mandarinazgos locales, renovando y robusteciendo los productos locales. Pero los riesgos identificados, por su parte, no fueron menos numerosos. Como en el caso de la globalización económica, se ha temido e incluso constatado, la segmentación del espacio de producción local en una minoría integrada internacionalmente y una mayoría de productividades y calidades diversas pero que no logra hacerse visible global ni localmente. Usando la misma homología, también se ha observado una suerte de primarización de la producción intelectual que agudizaría la histórica dependencia del país

3 El proyecto está financiado por el Séptimo Programa Marco de la Unión Europea (FP7/20072013) bajo el acuerdo de financiamiento n° 319974 (Interco-SSH). Es coordinado en Francia por Gisele Sapiro y en Argentina por Gustavo Sorá. Los editores de este dossier y algunos de los autores del mismo participan como miembros de este proyecto. Esta pertenencia no ha obstado cumplir con la convocatoria abierta y la práctica de evaluación doble ciego que rigen en *Papeles del Trabajo*.

a los enfoques dominantes en la arena global: los productores locales se limitarían a recolectar datos o sumar casos a una teoría que reivindica una universalidad gestada para y por los centros intelectuales del norte. Finalmente, un tercer riesgo es el de replicar localmente jerarquías importadas (por las falacias de autoridad invocadas por los “importadores” o por la réplica de agendas de investigación poco sensibles a las particularidades y necesidades locales) que más que permitir atentan contra el despliegue de las ciencias sociales del país.

En este sentido, aun cuando la circulación de personas e ideas ha sido una constante en la producción intelectual argentina y ha cristalizado en distintos afluentes y redes de pertenencia, no puede dejar de mencionarse la creciente asociación entre internacionalización e integración al mundo científico estadounidense. Por un lado, el predominio del inglés como *lingua franca* así como el prestigio de las universidades y revistas anglosajonas (elevadas al estatuto de “internacionales”) no se ha acompañado, en los Estados Unidos o Inglaterra, de una verdadera política de integración que asegure una agenda abierta de temas ni comités de evaluación (de tesis, artículos, libros) que contemple la pluralidad nacional y lingüística de los eventuales colaboradores. Por otro lado, las nuevas políticas de promoción científica, copiadas de las ciencias duras, no han logrado alentar espacios y criterios propios de consagración internacional que garanticen una participación menos subordinada por parte de sus miembros. Al tiempo que las agencias de promoción y evaluación científica de distintos países alientan la participación de sus científicos sociales en redes anglosajonas, todos los estudios biométricos demuestran el cierre de estas últimas a una jerarquía temática establecida por los países dominantes y a autores formados o pertenecientes a universidades anglosajonas (Gingras y Mosbah-Natanson, 2010; Kirtchik, 2012; Montecinos, Marcoff y Alvarez-Rivadulla, 2009).

Este número se compone de dos traducciones y un conjunto de artículos originales. Los textos traducidos representan un gran aporte a la discusión sobre la internacionalización de las ciencias sociales y lo hacen desde perspectivas bien distintas. Joan Heilbron reconstruye una historia de largo plazo de estas disciplinas en Europa y en ella nos alerta sobre la necesidad de distinguir temporalidades y niveles de globalización diferentes. Por un lado, sus análisis contribuyen a subrayar que ciertos términos esconden la preeminencia de ciertos países europeos y más recientemente de los Estados Unidos en la organización de la producción intelectual. Las jerarquías lingüísticas, económicas, universitarias tienden a traducirse en jerarquías temáticas y geopolíticas que quedan muchas veces ocultas tras los adjetivos como “internacional” o “global”. Por otro lado, sus hallazgos evidencian que la apertura internacional

se ha correspondido con una creciente clausura disciplinaria. Dicho de otro modo, el fortalecimiento de la economía o la ciencia política a nivel global se ha acompañado de un declive del diálogo entre disciplinas a nivel local. Su foco se centra entonces en los intercambios regionales entre disciplinas, interesándose muy especialmente en la circulación de personas e ideas en Europa.

Timothy Mitchell lleva aún más lejos el argumento de una internacionalización estratificada para analizar conjuntamente el desarrollo de las ciencias sociales y el de los estudios de área (geográfica). Su fascinante estudio sobre las relaciones entre Estados Unidos y Medio Oriente revela cuánto las agendas intelectuales y sus recursos han sido tributarios de los intereses geopolíticos occidentales y cuánto esto ha redundado en un conocimiento “liberal managerial” sobre los países no-occidentales. En este sentido, el autor se interesa en el modo en que los análisis de áreas geográficas han acompañado, a veces en posición dominante y otras en posición subordinada, el desarrollo de las ciencias sociales en el esfuerzo por construir generalizaciones. Al analizar la suerte diversa que han conocido las distintas ciencias sociales, reconstruye también el modo en que se han jerarquizado ciertos aspectos de la modernidad. Mientras la economía de mercado aparece como una entidad universal e irrefrenable, todo aquello que, desde los estudios locales, contradice o desvirtúa esta lógica es relegado al estatuto de un fenómeno local y contingente. Es particularmente interesante el lugar que se le atribuye a las instituciones y la cultura como las principales variables que complican el despliegue de una historia occidental a escala global.

En ambos textos puede leerse una invitación a considerar en profundidad lo ocurrido en América Latina como un bloque intelectual regional (tal como analiza Heilbron para Europa) o como un modo alternativo de pensar la modernidad (en la clave de Mitchell). Asimismo, los dos textos contribuyen a indagar en la doble vida de la categoría de internacionalización. Por un lado, permite preguntarse sobre las tendencias y la densidad de las interacciones internacionales en las trayectorias de los académicos, habilitando también la reconstrucción de segmentos de circulación internacional de ideas y personas que se activan o se desactivan. El texto de Heilbron es un caso ejemplar de este uso analítico de la categoría internacionalización. Pero la categoría también tiene un uso práctico, que habilita otro tipo de preguntas y exploraciones. La internacionalización existe en las prácticas de los científicos sociales y en sus imaginarios, remite a un significado ajustado a contextos socio-históricos variables y, por lo tanto, requiere ser contextualizado. El artículo de Mitchell ilumina esta segunda línea de exploración.

Los artículos incluidos en el dossier presentan cada uno a su modo formas de profundizar el análisis de la internacionalización de las ciencias sociales. En todos ellos queda demostrado cuán fundamental resulta comprender el rol de las influencias extranjeras para comprender los contenidos y el devenir de las agendas de investigación de las disciplinas locales.

El artículo de Agustín Cosovschi es un indicador del proceso actual de internacionalización de las ciencias sociales argentinas. En un campo académico escasamente orientado a mirar más allá de sus fronteras y cuando lo hace, en el mejor de los casos para observar a otros países de la región, este texto de un joven autor argentino es una rareza. Cosovschi nos transporta a los países de la ex Yugoslavia para comprender las transformaciones del campo de las ciencias sociales tras el derrumbe del bloque socialista y, fundamentalmente, el rol que jugaron temáticas de circulación internacional como la “transición a la democracia”. Encontramos en este artículo tanto una descripción del rol periférico de las ciencias sociales de la ex Yugoslavia como un análisis detallado de la capacidad inventiva de los académicos serbios y croatas para re-inscribir la problemática de la transitología a su contexto local e histórico local.

El artículo de Alejandro Dujovne representa una de las líneas de investigación más dinámicas de las ciencias sociales centrada en la circulación internacional de ideas y personas. La sociología de la traducción se ha erigido en una entrada privilegiada para comprender cómo los procesos de conformación de los espacios académicos nunca siguen dinámicas exclusivamente locales. Dujovne trabaja con esta hipótesis siguiendo la trayectoria de las traducciones de la editorial de la Universidad de Buenos Aires y reconstruye el rol de su director, Boris Spivakow, entre 1958 y 1966. En este artículo comprendemos cómo las empresas de traducción fueron un factor dinamizador para un momento clave de las ciencias sociales argentinas (a fines de los años 1950’ se crean las carreras de sociología, antropología y psicología de esa importante universidad argentina). En este contexto, la historia que presenta Dujovne muestra cómo la importación de autores, temáticas y corrientes de pensamiento se apoyó, y a la vez impulsó, un imaginario sobre el rol modernizador del país que debería llevar adelante la universidad y sus disciplinas sociales.

María Paz López se centra en el estudio de una disciplina en particular: la historia en la Argentina y más especialmente en el Instituto de Historia de la Universidad del Centro de la provincia de Buenos Aires (situada en Tandil). Tras desarrollar una reconstrucción de largo plazo de las influencias extranjeras en la historiografía argentina y de algunos de sus rasgos actuales más salientes, la autora se focaliza en su objeto específico de estudio y, sobre la base de entrevistas, demuestra la fuerte influencia que la experiencia extranjera imprimió a una generación de

historiadores con particular predicamento en la institución argentina. No sólo las actividades de investigación y docencia sino también las decisiones estratégicas vinculadas a la gestión del UNICEN buscaron anclarse en la reproducción de lo aprendido. La apuesta de los profesores “cosmopolitas” fue inscribir su instituto en las reglas de juego internacionales, promoviendo la movilidad, el intercambio y la participación en espacios diversos. La creación del doctorado, sintetizada con la provocadora idea de “titulación por sustitución de instituciones”, expresa la tentativa de combinar esas experiencias liminares con la constitución de un espacio local de calidad, justo en un momento en que se desplegaban incentivos locales para las actividades educativas y científicas. El relato de López logra no solo retratar las influencias de los historiadores analizados sino sobre todo demostrar el modo creativo e innovador con el que actúan en el espacio local e internacional.

Finalmente, el artículo de María Cecilia Míguez y Melisa Deciancio considera la evolución de las relaciones internacionales en el país. Más que en los aspectos institucionales del proceso, el foco aquí está puesto en la circulación de saberes entre el centro y la periferia. La preocupación central de las autoras es comprender hasta qué punto las interpretaciones y resignificaciones que la teoría de las RI han constituido un aporte propio para responder a las problemáticas locales y por esa razón deciden centrarse en aquellas perspectivas que intentan precisar la especificidad del país y sus derivaciones para la orientación política. El análisis se centra en tres ejemplos clásicos de la teoría de las relaciones internacionales en la Argentina: a) la teoría de la autonomía de Juan Carlos Puig; b) el realismo periférico de Carlos Escudé y c) el concepto de autonomía relacional de Roberto Russell y Juan Gabriel Tokatlián.

Cada una de las contribuciones de este dossier aporta elementos para pensar la producción de trayectorias, instituciones y saberes en la intersección de influencias locales e internacionales. La reflexividad teórica y la fuerte base empírica de los estudios aquí presentados permite asimismo eludir los posicionamientos dicotómicos evidenciando la capacidad de los sujetos implicados para mediar y combinar experiencias e influencias diversas. Estamos convencidos de que estos artículos constituyen un aporte para evaluar, tras varias décadas de internacionalización de estas disciplinas, las esperanzas concretadas, las amenazas latentes y sobre todo los grandes desafíos que plantea este proceso para las ciencias sociales hoy.

Referencias bibliográficas

Beigel, Fernanda (2013). *The Politics of Academic Autonomy in Latin America*. Farnham, Surrey; Burlington, VT: Ashgate.

Gingras, Yves y Sébastien Mosbah-Natanson (2010). “Les sciences sociales françaises entre ancrage local et visibilité internationale”, *European Journal of Sociology*, Vol. 51, N° 2, pp. 305-321.

Kirtchik, Olessia (2012). “Limits and Strategies for the internationalization of Russian Economic Science: Sociological Interpretation of Biometric Data”, *Laboratorium*, Vol. 4, N° 1, pp. 10-44.

Montecinos, Verónica ; Marcoff, John y Alvarez-Rivadulla, María José (2009). “Economists in the Americas: convergence, divergence and connection”, en Montecinos, Verónica y Marcoff, John (eds.): *Economists in America*. Cheltenham y Northampton, MA, Edward Elgar, pp. 1-62.

DOSSIER / ARTÍCULO

Heilbron, Joan (2016). "Las ciencias sociales como un campo global emergente", *Papeles de Trabajo*, 10(18), pp. 21-48.

RESUMEN

Explorando la "globalización" de las ciencias sociales, este artículo presenta primero una interpretación histórica de cómo ha evolucionado el intercambio transnacional en las ciencias sociales. Formas anteriores de circulación internacional son diferenciadas de los acuerdos más globales que han surgido desde finales del siglo XX. Considerando este campo globalizante con más detalle, se argumenta que su característica predominante es una estructura centro-periferia, con un núcleo duopolístico euro-americano, múltiples semiperiferias y una amplia gama de periferias. Centrándose en el nivel global, sin embargo, mucha de la investigación existente ha dejado de lado el surgimiento de estructuras regionales transnacionales. La formación de un campo transnacional europeo de las ciencias sociales es tomado como ejemplo de este proceso de regionalización transnacional. Las ciencias sociales en todo el mundo, por lo tanto, pueden ser vistas como una estructura de cuatro niveles. Además del nivel local y nacional, las estructuras regionales transnacionales así como las globales han adquirido creciente importancia, y una mejor comprensión de la "globalización" requiere de estudios más precisos de ambos niveles, tanto en sí mismos como en su interconectividad evolutiva.

Palabras clave: *Globalización, internacionalización, regionalización transnacional de las ciencias sociales.*

ABSTRACT

Exploring the 'globalization' of the social sciences, this article first presents an historical interpretation of how transnational exchange in the social sciences has evolved. Earlier forms of international circulation are distinct from the more global arrangements that have emerged since the late twentieth century. Considering this globalizing field in more detail, it is argued that its predominant characteristic is a core-periphery structure, with a duopolistic Euro-American core, multiple semi-peripheries and a wide range of peripheries. Focusing on the global level, much of the existing research, however, has neglected the emergence of transnational regional structures. The formation of a transnational European field of social science is taken as an example of this process of transnational regionalization. The social sciences worldwide can thus be seen as a four-level structure. In addition to the local and national level, transnational regional as well as global structures have gained increasing importance and a better understanding of 'globalization' requires more precise studies of both levels, in their own right as well as in their evolving interconnectedness.

Key words: *Globalization, internationalization, transnational regionalization of the social sciences.*

Recibido: 1/7/2016

Aceptado: 29/8/2016

Las ciencias sociales como un campo global emergente¹

por **Joan Heilbron**²

Una de las características vitales de la producción de conocimiento, aunque comúnmente pasada por alto, es su dependencia respecto del modo en que han circulado las formas previas de conocimiento. Las ideas se construyen sobre otras ideas, y el acceso a este conocimiento acumulado es un componente esencial en la estructura de oportunidades del trabajo científico. Mientras que los estudios de historia de las ciencias tienden centrarse en los productores y sitios de producción de mayor autoridad, no es menos importante estudiar los patrones de circulación y sus consecuencias para el modo en que se produce el conocimiento. Estos procesos de circulación no implican simplemente la difusión, transmisión y apropiación de

1 Traducido por Gisele Bilański. Publicado originalmente como "The social sciences as an emerging global field" en *Current Sociology*, Vol. 62, N° 5, septiembre de 2014, pp. 685-703.

2 Sociólogo de la historia en el Centre européen de sociologie et de science politique de la Sorbonne (CESSP-CNRS-EHESS) en París, y en la Erasmus University Rotterdam. Su trabajo es sobre el desarrollo de las ciencias sociales, las instituciones económicas, así como sobre el intercambio internacional y la globalización cultural. Entre sus más relevantes libros publicados, se encuentran *The Rise of Social Theory* (Polity Press, 1995, también en francés y alemán), *The Rise of the Social Sciences and the Formation of Modernity* (coeditado, 2001) y *Pour une histoire des sciences sociales: hommage à Pierre Bourdieu* (coeditado, 2004).

conocimiento, sino también los efectos de retroalimentación que ocurren cuando este regresa con una apariencia distinta a la que tenía en su origen. Las interpretaciones “extranjeras” de los autores nativos, por ejemplo, con frecuencia desafían y transforman la visión establecida de los textos canónicos.

Para la comprensión sociológica respecto de cómo circula el conocimiento, dos tipos de instituciones tienen particular importancia: las disciplinas y los sistemas académicos nacionales. Los límites que separan a las disciplinas entre sí son un obstáculo extensamente reconocido para la circulación de las ideas. Con el creciente refinamiento de la división de la labor académica, los llamados a la “inter” o “transdisciplinariedad” se han convertido en la vía predominante para contrarrestar la clausura disciplinaria y estimular la circulación del conocimiento a través de las disciplinas y las especialidades de investigación (Heilbron, 2004; Wallerstein, 1999). La otra gran barrera para la circulación del conocimiento, de la que me ocupo aquí, se relaciona con las fronteras estatales. La investigación científica se organiza en disciplinas, pero estas disciplinas se agrupan en sistemas académicos nacionales. La circulación a través de las fronteras nacionales se ha vuelto una cuestión central en el debate sobre la “globalización”. De acuerdo con la visión popular, las tradicionales barreras a la movilidad y la comunicación se han roto, la información se encuentra ampliamente disponible a costo bajo o nulo, y las fronteras nacionales habrían perdido buena parte de su significado. Para Thomas Friedman, por ejemplo, la globalización no implica solamente un incremento en los intercambios a escala global, implica también que el mundo se está volviendo “plano”: Las tradicionales jerarquías entre países y al interior de los mismos se disolverían en flujos globales de comunicación (Friedman, 2005). Versiones más débiles de este argumento han insistido, de manera similar, en el poder transformador de la conectividad global y la comunicación mundial. Sin embargo, si miramos más de cerca las estructuras globales de intercambio y comunicación, el patrón predominante no es el de un universo que esté “aplanándose”. Las relaciones de poder entre países y regiones están cambiando, y los centros establecidos son desafiados por los venideros, pero hay poca evidencia de que las sociedades contemporáneas vayan a consistir en flujos de comunicación entre individuos, organizaciones o Estados más o menos igualmente dotados. Los procesos de globalización, pasada y presente, son una intensificación de la movilidad transnacional, el alcance creciente de la comunicación transfronteriza y la progresiva dependencia de los escenarios locales respecto de las estructuras transnacionales, pero todos estos procesos dependen de los recursos, tanto materiales como simbólicos, que están desigualmente distribuidos y se encuentran en la

raíz de las relaciones de poder asimétricas. El enfoque más adecuado para comprender estos procesos es un análisis estructural como la teoría de los campos de Pierre Bourdieu (1999a, 1999b) o la perspectiva del sistema mundo de Immanuel Wallerstein (1999).

Una de las preguntas sobre la globalización que no ha recibido mucha atención es la de si las ciencias sociales también se están volviendo más globales. Aunque algunos estudios empíricos se han ocupado de esta cuestión, la internacionalización de las ciencias sociales, en sí, no es un tema nuevo. Antes del debate actual sobre la “ciencia social mundial” o “global” (Akiwowo, 1999; Alatas, 2003, 2006; Alatas y Sinha-Kerkhoff, 2010; Archer, 1991; Arjomand, 2000; Bourdieu, 1999a, 1999b; Connell, 2007; Fourcade, 2006; Keim, 2010, 2011; Patel, 2010; UNESCO, 2010), la “internacionalización” fue un tema regularmente discutido en revistas internacionales como *International Sociology*³ y *Current Sociology*⁴ (Albrow y King, 1990; Gareau, 1988; ver también Kuhn y Weidemann, 2010). Una mirada más atenta a la historia de las revistas internacionales de ciencias sociales y las asociaciones que las publican revela que estas tienen una historia mucho más larga de la que comúnmente se asume. Las revistas internacionales de ciencias sociales y las asociaciones fueron creadas por primera vez en el siglo XIX y formaron parte regular de la institucionalización académica de estas disciplinas.

En el contexto del presente debate, propongo un triple análisis de la pregunta por la “globalización” de las ciencias sociales. Con el fin de romper con el presentismo de muchas de las discusiones contemporáneas e historizar las cuestiones en juego, presentaré, primero, una breve reseña histórica de la internacionalización de las ciencias sociales. Esta intenta aclarar que los desarrollos actuales ciertamente difieren de formas anteriores de internacionalización. En segundo lugar, sostengo que hoy las ciencias sociales se aprecian mejor como un campo global o sistema mundial emergente, porque han llegado a incluir productores de prácticamente todos los países y regiones del mundo. Al igual que otras estructuras transnacionales, este campo globalizante se caracteriza mejor como una estructura centro-periferia, dominada firmemente por productores, editores y revistas de países occidentales. Las relaciones de poder que se derivan de esta estructura forman el trasfondo para buena parte del debate actual sobre la ciencia social global. Lo que se ha descuidado ampliamente en estos debates, sin embargo, es que este campo global emergente está interrelacionado con la importancia igualmente creciente de las estructuras *regionales transnacionales*. Situadas entre el

3 N del T.: Sociología internacional.

4 N del T.: Sociología Actual.

nivel nacional y el global, estas estructuras regionales son esenciales para comprender el alcance y la importancia de las instituciones globales. Como ilustración de estas nuevas formas de regionalismo transnacional, en la tercera parte de este artículo examino las ciencias sociales en Europa. Si bien las iniciativas regionales transnacionales se han desarrollado en la mayor parte del mundo, la experiencia europea representa el caso más avanzado hasta el momento.

La formación del Estado y el surgimiento de los sistemas académicos nacionales

Desde la perspectiva del intercambio internacional, el desarrollo de la ciencia social occidental ha atravesado, *grosso modo*, tres fases históricas. La ciencia social organizada surgió en el marco de los Estados nación y los sistemas nacionales de educación superior. La precisión cronológica está abierta a discusión, pero casi no hay dudas de que la institucionalización de las ciencias sociales como un dominio científico relativamente autónomo, es decir, una “tercera cultura” situada entre las ciencias y las humanidades (Lepenies, 1988), fue parte de un largo proceso de formación del Estado. El ascenso de los Estados nación alteró el balance de poder entre las instituciones eclesiásticas y las estatales, y creó una nueva configuración institucional para la academia y la ciencia, que finalmente también incluyó a las ciencias sociales. Durante la segunda fase, parcialmente superpuesta a la primera, el intercambio internacional se institucionalizó a través de organizaciones internacionales que emergieron durante la segunda mitad del siglo XIX y se expandieron después de la Segunda Guerra Mundial. Estas organizaciones fueron establecidas para superar las divisiones entre los sistemas académicos nacionales y facilitar la cooperación entre las naciones industrializadas, más avanzadas. Esta fase fue, en varios puntos, la continuación de la anterior, pero en un nivel más alto, “internacional”. Aunque aquí no hay una ruptura clara, aquello a lo que comúnmente se refiere como “globalización” puede ser visto como la tercera fase en este proceso de internacionalización. Con el colapso de los regímenes comunistas en Europa del Este y la emergencia de economías avanzadas en Asia y varias partes del hemisferio sur, en combinación con el rápido desarrollo de las nuevas tecnologías de la comunicación, la circulación internacional del conocimiento entró en una nueva etapa. Aunque muchos aspectos de las ciencias sociales más “globales” de la actualidad todavía son bastante difusos, hay sufi-

ciente evidencia empírica para examinar al menos algunas de las características principales de este campo globalizante de las ciencias sociales.

La ciencia moderna ha estado estrechamente relacionada con el proceso de formación del Estado y la predominancia, inicialmente en Europa pero finalmente a nivel mundial, de los Estados nación. La infraestructura institucional de las ciencias en la temprana Europa Moderna fue sometida a un doble desplazamiento: de las instituciones eclesiásticas a las estatales, y de una red de alcance europeo de organizaciones científicas a los sistemas nacionales de enseñanza superior. Fue este proceso de “nacionalización” el que sentó las bases para las organizaciones “internacionales” que emergieron en el siglo XIX y se expandieron en el siglo XX.

En la fragmentada Europa feudal, el conocimiento era preservado y transmitido por el clero. Su monopolio de la palabra escrita y el uso de la lengua franca, el latín, permitió a esta red de monasterios, universidades e iglesias obtener ventajas de comunicación de las que los grupos seculares dependieron por largo tiempo. Con el crecimiento continuo de los centros seculares —ciudades, cortes y principados—, el poder de las instituciones eclesiásticas se erosionó gradualmente; la formación del Estado fue el factor decisivo en este proceso. Desde el siglo XVI en adelante, el sistema de Estados existente —incluidos las ciudades-estado, los Estados federales y las monarquías territoriales— llegó a ser dominado por los Estados nacionales centralizados que se desarrollaron en Francia, Gran Bretaña y Prusia. Como argumentó Charles Tilly (1990), estos poseían una combinación de medios coercitivos y recursos de capital inigualable para cualquier otra forma de Estado. Como consecuencia, la mayoría de las ciudades-estado fueron incorporadas a Estados nacionales unificados, los Estados federales fueron transformados en Estados nación, y la mayoría de los imperios monárquicos se desmoronaron.

Las repercusiones intelectuales de este cambio son adecuadamente ejemplificadas por el destino de las instituciones académicas. El mundo de las sociedades académicas que emergieron desde el Renacimiento llegó a ser dominado por academias nacionales como la *Académie française*⁵ (1635) y la *Royal Society*⁶ (1660). El latín perdió su monopolio como lengua franca de la República de las Letras, proceso que se vio fortalecido por el subsiguiente crecimiento de los periódicos, que con frecuencia fueron publicados, por estas mismas academias, en lengua vernácula. Aunque originalmente fueron instituciones eclesiásticas, las universidades también llegaron a depender crecientemente en los Es-

5 N del T.: Academia Francesa .

6 N del T.: Sociedad Real (de Inglaterra).

tados nacionales. Especialmente después de la Guerra de los “Treinta Años” (1618-1648), las altas tasas de movilidad geográfica de los estudiantes y académicos, la *peregrinatio academica*, se desplomaron en toda Europa y la proporción de profesores y estudiantes extranjeros declinó (Charle y Verger, 1994: 45; Karady, 2009).

Los centros intelectuales que estaban vinculados a Estados nacionales centralizados adquirieron una ventaja sobre aquellos que dependían de las ciudades-estado y los Estados federales. Alrededor del 1700, Francia, Gran Bretaña y Prusia estaban en ascenso y la cambiante demografía de la comunidad científica europea ilustraba con claridad ese patrón. Mientras que en el siglo XV Italia albergó el mayor número de científicos y académicos, fue posteriormente eclipsada por Francia, Gran Bretaña y Alemania (Gascoigne, 1992). En estos países, las instituciones intelectuales habían descubierto que estaban vinculadas al aparato estatal en expansión y que eso proveería la infraestructura de una cultura nacional. Las instituciones nacionales adquirieron una posición predominante en los asuntos intelectuales, y las rivalidades interestatales ayudaron a modelar imágenes de los rasgos distintivos de las culturas nacionales (Elias, 2012; Romani, 2002). De este modo, las fronteras nacionales se volvieron también crecientemente fronteras culturales e intelectuales.

En los países centrales del sistema estatal europeo, la educación superior y la investigación científica se organizaron así en sistemas nacionales de enseñanza superior; la enseñanza se hacía en lengua vernácula y el latín quedó reservado para propósitos ceremoniales. Las instituciones de la iglesia perdieron su autoridad académica, los lazos nacionales se volvieron más importantes que las lealtades dinásticas y el nacionalismo se convirtió en un factor a tener en cuenta. No solo la educación y la ciencia, también el patrimonio cultural se volvió una preocupación nacional. Este fue registrado en historias nacionales, exhibido en museos estatales, celebrado por poetas y honrado en memoriales y monumentos nacionales. Tanto la “tierra natal” como la “lengua madre” se montaron en esta ola de creciente identificación con la nación y, a través de la educación obligatoria y el servicio militar, la inculcación de virtudes nacionales alcanzó los rincones más remotos de la nación (Weber, 1976).

En paralelo con este doble proceso de formación del Estado y de construcción nacional, las tradiciones intelectuales con frecuencia asumieron perfiles nacionales distintivos. La noción de las “ciencias de la mente”, *Geisteswissenschaften*, y el método hermenéutico fueron concebidos como una alternativa alemana al empirismo británico y el positivismo francés. Incluso en las ciencias, las escuelas nacionales fueron un fenómeno recurrente (Heilbrun, 2008). Las revistas disciplinarias,

que se originaron en el siglo XIX, fueron generalmente periódicos nacionales; las revistas de matemática o física no fueron una excepción (Gispert, 2001).

De este modo, la expansión de los Estados nación produjo un desplazamiento en la estructura institucional de la ciencia y la academia, como así también en la forma en que circulaba el conocimiento. El sistema de monasterios, universidades e iglesias de la Baja Edad Media, basado en conexiones translocales a escala continental mantenidas en un lenguaje común y basadas en un código cultural compartido, fue sustituido por sistemas nacionales de enseñanza superior. Estos sistemas nacionales fueron organizados de modo similar en disciplinas y universidades más orientadas a la investigación, pero cada una tenía su propio lenguaje y estuvo marcada por tradiciones nacionales específicas.

Organizando el intercambio internacional y la hegemonía americana

Reconocer el rol central de los sistemas académicos nacionales en la ciencia moderna y la academia no implica una visión en la cual las naciones existen en y por sí mismas. Todo lo contrario. Los sistemas académicos nacionales y las tradiciones nacionales no solo se desarrollaron en interacción multifacética uno con la otra, sino que además las fronteras nacionales fueron atravesadas de varias maneras, por viaje y migración o, más indirectamente, por correspondencia y traducción. En lugar de considerar los sistemas académicos nacionales y las tradiciones nacionales como universos autocontenidos y autosuficientes, estos pueden retratarse más precisamente como inmersos en relaciones transnacionales de diversos tipos (Heilbron *et al.*, 2008). Desde mediados del siglo XIX, estos intercambios transnacionales se organizaron a través de dos instituciones estrechamente relacionadas: la *conferencia científica internacional* y la *asociación científica internacional*. Ambas son formas distintivamente modernas, desconocidas a principios de la moderna República de las Letras. Desde 1850 hasta la Primera Guerra Mundial, las organizaciones internacionales emergieron en varios dominios, incluidas las ciencias naturales y sociales (Boli y Thomas, 1999; Drori *et al.*, 2003; Rasmussen, 1995). Uno de los primeros modelos para las asociaciones científicas internacionales fueron los congresos internacionales de estadística, que se celebraron desde 1853 hasta 1876, fundados por el astrónomo belga y emprendedor estadístico Adolphe Quetelet (Brian,

2002). Cada dos o tres años estos juntaban a cientos de participantes para discutir el progreso técnico, científico y organizacional de sus trabajos. Las actas de los congresos representan el estado del arte que se exigía a cualquiera que deseara estar actualizado. Estos congresos periódicos precedieron a la formación de una asociación internacional, el International Institute of Statistics (1883),⁷ que aún existe como International Association of Statisticians.⁸ El patrón temporal y organizacional fue similar para las ciencias sociales. Respecto de la sociología, por ejemplo, René Worms fundó el Institut international de sociologie⁹ en 1893, de forma paralela a su revista internacional la *Revue internationale de sociologie*¹⁰ (Fleck, 2011: 27-29).

A pesar de nuevas iniciativas como la Liga de Naciones (1920), los años de entreguerras fueron un período de clausura nacional y crecientes hostilidades internacionales. Una renovada expansión de las asociaciones académicas internacionales se produjo después de la Segunda Guerra Mundial, cuando la UNESCO inició y financió asociaciones internacionales disciplinarias como la International Sociological Association¹¹ (Platt, 1998) o la International Political Science Association¹² (Boncourt, 2011; Coakley y Trent, 2000). Fundadas sobre la base de un pequeño número de asociaciones nacionales de los países centrales, su crecimiento fue inicialmente asegurado por la creciente membresía de las asociaciones nacionales. Durante las décadas de 1960 y 1970, la membresía se expandió aún más al permitir que se unieran individuos. La ampliación del rango geográfico de reclutamiento que ocurrió simultáneamente, fue estimulada por el ascenso de los Estados nación independientes en las antiguas colonias y por la inclusión de las asociaciones nacionales de los países comunistas de Europa del Este. Por la incorporación de un creciente número de sociedades académicas e individuos de un grupo más amplio de países, las organizaciones internacionales contribuyeron a que las conexiones transnacionales fueran más regulares, mientras contribuían simultáneamente a la formación de un canon disciplinario internacional y una jerarquía internacional dominada por académicos de los Estados Unidos.

En las ciencias sociales, sin embargo, la colaboración real a través de las fronteras nacionales, sigue siendo infrecuente. Las organizaciones internacionales fueron más importantes para la difusión del centro a las

7 N del T.: Instituto Internacional de Estadísticas.

8 N del T.: Asociación Internacional de Estadísticos.

9 N del T.: Instituto Internacional de Sociología.

10 N del T.: *Revista Internacional de Sociología*.

11 N del T.: Asociación Sociológica Internacional.

12 N del T.: Asociación Internacional de Ciencia Política.

periferias, el intercambio de información y la diplomacia intelectual, que para una colaboración transnacional efectiva. El hecho de que dos de los sociólogos más importantes de comienzos del siglo XX, Max Weber y Emile Durkheim, nunca se conocieran y ni siquiera refirieran a los escritos del otro, ilustra las limitaciones de las organizaciones internacionales durante estos años. Aunque su crecimiento representó una nueva fase en las relaciones entre los Estados nación más avanzados (Boli y Thomas, 1999; Drori *et al.*, 2003), estas organizaciones internacionales no desafiaron el rol central de las instituciones nacionales. Las conferencias, comités e institutos internacionales brindaron ocasiones para el intercambio científico, pero presuponían la existencia de las instituciones nacionales (Crawford, 1992; Crawford *et al.*, 1993). Con frecuencia funcionaban de modo análogo al del Comité Olímpico Internacional, esto es, como un instrumento para organizar y regular la competencia entre naciones. Se esperaba que el selecto grupo de científicos e investigadores involucrados representase a su país de alguna manera.¹³ Después de que las organizaciones internacionales de la Segunda Guerra Mundial ampliaron su base geográfica, y a través de los comités de investigación, comenzaron a enfocarse más en las investigaciones empíricas, pero la efectiva colaboración a través de las fronteras naciones continuó siendo relativamente rara, al igual que el alcance de los intercambios transnacionales, que siguió siendo limitado.

¿Un campo global emergente?

Lo que comúnmente se designa como “globalización” puede apreciarse mejor como una nueva fase en el desarrollo del intercambio internacional. Desde que la división tripartita en tres mundos –las democracias capitalistas en Occidente, los regímenes socialistas en Europa del Este y China, y los países en desarrollo del Sur– ha dado paso a un nuevo orden mundial, y las nuevas tecnologías facilitan la comunicación mundial, las interdependencias a escala global se han convertido en el objeto de estudio de todas las ciencias sociales. Pero ¿ellas también están volviéndose un campo más global? ¿Han surgido organizaciones y otras estructuras que permiten a los científicos sociales ir

13 El patrón discutido concierne a las principales disciplinas de las ciencias sociales. Como Nicolas Guilhot ha mostrado, sin embargo, ciertas disciplinas y, en particular, las especialidades más pequeñas en investigación como las relaciones internacionales, pueden emerger fuera de una red internacional que precede a su establecimiento en sistemas nacionales de educación superior (Guilhot, enviado).

efectivamente más allá del limitado y relativamente escaso intercambio internacional de la fase previa?

El reciente *World Social Science Report*¹⁴ (2010), publicado por la UNESCO, provee documentación relevante sobre estas cuestiones. El reporte muestra que hoy en día las ciencias sociales se practican en casi todas las regiones y países del mundo y que, en este sentido, han llegado a formar una constelación global. Los principales componentes de este campo son las disciplinas de las ciencias sociales tal como son practicadas en los sistemas académicos nacionales a nivel mundial. Las ciencias sociales no solo se han esparcido alrededor del globo, también la producción de artículos y libros se ha incrementado en casi todas partes (con la Federación Rusa como única excepción), mientras el intercambio y la colaboración transnacional se han vuelto más frecuentes y más significativos. En todas las regiones, por ejemplo, la proporción de autocitas ha disminuido. Este es el caso especialmente en Asia, África y América Latina, pero un ligero descenso de las autocitas también se ha producido en los centros dominantes de América del Norte y Europa (Gingras, 2002; Gingras y Mosbah-Natanson, 2010; Gingras y Mosbah-Natanson, en prensa). Además, el inglés se ha convertido en el lenguaje global de las ciencias sociales. En los 1950 y 1960, casi la mitad de las publicaciones registradas en la *International Bibliography of the Social Sciences*¹⁵ estaban en inglés, al 2005 este porcentaje ha subido a más del 75%. La proporción de todos los otros lenguajes declinó, en el caso de los más importantes como el Alemán y el Francés, se pasó a un nivel de alrededor del 7% (Ammon, 2010; De Swaan, 2001a, 2001b).

Como sugiere el creciente uso del inglés, la característica predominante de este campo global es su estructura centro-periferia. La capacidad y los resultados de la investigación se concentran en un número relativamente pequeño de países centrales. Solo Norteamérica produce la mitad de los artículos registrados en el *Social Sciences Citation Index*¹⁶; con casi el 40%, Europa es el segundo productor. Juntas, Norteamérica y Europa también representan alrededor de las tres cuartas partes de las revistas de ciencias sociales registradas en el mundo. Solo cuatro países (Estados Unidos, Reino Unido, Alemania y los Países Bajos) publican dos tercios de las revistas de ciencias sociales registradas (Gingras y Mosbah-Natanson, 2010).

La hegemonía de las revistas inglesas y anglo-americanas sería menos problemática si los más significativos trabajos publicados en otros

14 N del T.: Informe Mundial sobre las Ciencias Sociales.

15 N del T.: Bibliografía Internacional de las Ciencias Sociales.

16 N del T.: Índice de Citación en Ciencias Sociales.

lenguajes fueran regularmente traducidos al inglés y publicados en las revistas anglo-americanas. Pero la realidad de la traducción y la publicación en revistas es diferente: los flujos de traducción tienden a reproducir en lugar de corregir la estructura centro-periferia. Hay muchos más libros traducidos *del* inglés que *al* inglés, mientras que para todos los demás lenguajes puede sostenerse lo contrario. Cerca del 60% de todas las traducciones de libros a nivel mundial son hechas desde el inglés, mientras que la traducción de libros al inglés británico y americano representa el 2 o 3% de la producción nacional de libros en Estados Unidos y el Reino Unido, lo que está entre los índices más bajos de traducción del mundo (Heilbron, 1999; Heilbron y Sapiro, 2007; Sapiro, 2008). La práctica de la traducción es, en este aspecto, muy similar a la de las citas: mientras más céntrica sea la producción científica de una nación o región a nivel mundial, más chances tendrá de ser citada y traducida, y menor será el índice de traducción y citación a este lenguaje (para un análisis general, ver Heilbron, 2002).

En su estudio biométrico sobre las prácticas de publicación y citado, Yves Gingras y Sébastien Mosbah-Natanson concluyeron que más allá de la difusión internacional de las ciencias sociales y el crecimiento general de los artículos y revistas producidos alrededor del mundo, la globalización de la investigación ha favorecido esencialmente a las regiones ya dominantes de Norteamérica y Europa. La autonomía de las otras regiones ha disminuido y su dependencia de los centros dominantes se ha incrementado. El cambio principal de las últimas tres décadas ha sido que Europa incrementó su centralidad y, en términos de artículos y citas, tiene ahora una posición aproximadamente comparable a la de Estados Unidos. Desde la perspectiva del modelo centro-periferia, uno podría decir, por lo tanto, que el campo global tiene una *estructura duopolística*.

Cuando además de las publicaciones se toma en cuenta el prestigio, la distribución global se vuelve aún más desigual. Casi todos los científicos sociales más citados trabajan en Europa y Norteamérica. En 2007, por ejemplo, 37 académicos de las ciencias sociales y humanas fueron citados más de 500 veces. Algunas de estas estrellas de las citas son figuras clásicas (Kant, Marx, Freud, Weber, Durkheim, Dewey, Nietzsche), pero la mayoría produjeron su trabajo después de la Segunda Guerra Mundial. Con una única excepción –Edward Said–, todos son de países occidentales.¹⁷ Lo mismo aplica para los ganadores de premios internacionales como el Premio Nobel de Economía, El Premio Amalfi

17 El estudio de citación se basó en el Social Science Citation Index (SSCI) y el Arts and Humanities Citation Index (AHCI); este fue publicado en el *Times Higher Education Supplement* del 26 de marzo de 2009. N del T.: Índice de Citación en Ciencias Sociales; Índice de Citación en Artes y Humanidades; Suplemento Tiempo de Educación Superior.

de Sociología y Ciencias Sociales y el Premio Holberg para las Ciencias Sociales y Humanas del Parlamento Noruego. Entre los 69 galardonados con el Premio Nobel de Economía hasta el momento, solo uno nació fuera del hemisferio occidental: Amartya Sen. Los premios Amalfi y Holberg han sido un asunto exclusivamente euro-americano.

Estas distribuciones desiguales, sin embargo, no nos dicen demasiado sobre la estructura institucional de este campo global. Y el *World Social Science Report* no es de mucha ayuda al respecto, porque prácticamente no contiene información sobre el desarrollo y el funcionamiento de las organizaciones internacionales ni de otras iniciativas globales o transnacionales —revistas, asociaciones profesionales, bases de datos internacionales y redes—. La información presentada se organiza principalmente de acuerdo con el país y la región, y solo excepcionalmente considera organizaciones globales o internacionales. “Ciencia social global” se usa implícitamente para designar a la ciencia social tal como existe prácticamente en todos los países alrededor del mundo. No se usa para referir a la ciencia social tal como existe y funciona en el nivel global, esto es, en el nivel que se encuentra encima y más allá de las naciones y regiones. Las asociaciones internacionales y sus revistas, por ejemplo, probablemente permanezcan entre los arreglos más centrales para la ciencia social global, pero no hay ningún recuento de cómo han evolucionado. Lo mismo aplica para las agencias internacionales como UNESCO y el International Social Science Research Council,¹⁸ que produce el *World Social Science Report*.

A pesar de esta restrictiva concepción de la “ciencia social global”, el informe sí contiene otra documentación relevante. Sobre la base del informe, se podría argumentar que la renovación institucional más notable en la internacionalización de las ciencias sociales no ha ocurrido tanto en lo global, sino más bien en el nivel regional transnacional, esto es, en el nivel entre los Estados y el campo global. El *World Social Science Report* provee información bastante interesante sobre la estructura regional transnacional en África, Asia, Europa y América Latina. Este incluye, por ejemplo, consejos de investigación como el Arab Council for the Social Sciences (ACSS),¹⁹ la Association of Asian Social Science Research Councils (AASSREC),²⁰ el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y el Council for the Development of Social Science Research in Africa (CODESRIA).²¹ Desafortunadamente, la información proporcionada sobre estas instituciones regionales trans-

18 N del T.: Consejo Internacional de Investigación en Ciencias Sociales.

19 N del T.: Consejo Árabe para las Ciencias Sociales.

20 N del T.: Asociación de Consejos de Investigación de Ciencia Social Asiática.

21 N del T.: Consejo para el Desarrollo de las Investigaciones en Ciencia Social en África.

nacionales es bastante escasa y no se propone ningún análisis de su desarrollo histórico o su significado ya sea dentro o más allá de la región.

Regionalización transnacional: el caso de Europa

Debido a que la *regionalización transnacional* parece haberse convertido en una dimensión destacada del proceso contemporáneo de internacionalización, vale la pena considerar el caso de las ciencias sociales en Europa. La experiencia europea representa, con toda probabilidad, el caso más avanzado de regionalización transnacional. Desde los ochenta, la política científica europea se ha vuelto un factor cada vez más importante en la conformación de la investigación en Europa. Ocasionalmente, se proporcionó apoyo europeo a instituciones de investigación específicas, pero no fue hasta los ochenta que llegó a existir una sistemática política científica europea (Guzzetti, 1995; Kastrinos, 2010). En el marco de una profunda recesión económica y frente a la creciente competencia internacional, la financiación europea para la investigación y el desarrollo se expandió y concentró en “Programas Marco” de largo plazo. Estos fueron lanzados en 1984, y los fondos europeos para la investigación para las disciplinas se incrementaron de 800 millones de euros en 1984 a 10 billones de euros por año en el actual Séptimo Programa Marco (2007-2013).

El objetivo de los Programas Marco fue fortalecer las bases científicas y tecnológicas de la economía europea y mejorar su competitividad. Con la llamada “Agenda Lisboa” del 2000, la investigación e innovación fueron explícitamente señaladas como una prioridad europea. Como fue célebremente declarado por los líderes de gobierno reunidos en Lisboa, Europa iba a ser transformada en la economía del conocimiento más competitiva del mundo. Así como el Proceso de Bolonia de 1999 apuntó a crear una única European Higher Education Area (EHEA),²² la política de investigación se propone ahora establecer el European Research Area (ERA).²³ Una de las consecuencias de la nueva política fue la fundación, en 2007, del European Research Council (ERC),²⁴ que financió excelentes investigaciones en todas las disciplinas, independientemente de los objetivos de la política que han sido centrales para los Programas Marco.

22 N del T.: Espacio Europeo de Educación Superior.

23 N del T.: Espacio Europeo de Investigación.

24 N del T.: Consejo Europeo de Investigación.

Aunque solo entre el 1 y 2 % de los Programas Marco fueron a ciencias sociales y humanidades, el tamaño de estos programas fue considerable. Los tres Programas Marco entre 1994 y 2006 financiaron unos 580 proyectos en ciencias sociales y humanidades, que duraron alrededor de tres de años, promediaron los 10 asociados y donde cada uno podía incluir bastante más de 100 participantes individuales. El resultado de estos proyectos podría estimarse entre 5000 y 10.000 libros y entre 20.000 y 32.000 artículos en revistas (excluyendo la literatura gris de informes de investigación, documentos de trabajo y semejantes).²⁵

Asociaciones profesionales	Revistas
European Consortium for Political Research (1970) – <i>Consorcio Europeo para la Investigación Política</i> –	European Journal of Political Research (1973) – <i>Revista Europea para la Investigación Política</i> –European Journal of International Relations (1995) – <i>Revista Europea de Relaciones Internacionales</i> –
European Confederation of Political Science Associations (2007) – <i>Confederación Europea de Asociaciones de Ciencia Política</i> –	European Political Science (2001) – <i>Ciencia Política Europea</i> –
European Federation of Professional Psychologists Associations (1981) – <i>Federación Europea de Asociaciones de Psicólogos Profesionales</i> –	European Psychologist (1996) – <i>Psicólogos Europeos</i> –
European Economic Association (1984) – <i>Asociación Económica Europea</i> –	European Economic Review (1969) – <i>Revisión Económica Europea</i> –Journal of the European Economic Association (2003) – <i>Revista de la Asociación Económica Europea</i> –
European Association of Social Anthropologists (1989) – <i>Asociación Europea de Antropólogos Sociales</i> –	Social Anthropology (1992) – <i>Antropología Social</i> –
European Consortium for Sociological Research (1991) – <i>Consorcio Europeo para la Investigación Sociológica</i> –	European Sociological Review (1985) – <i>Revisión Sociológica Europea</i> –
European Sociological Association (1995) – <i>Asociación Sociológica Europea</i> –	European Societies (1999) – <i>Sociedades Europeas</i> –

Fuente: Gingras y Heilbron (2009).²⁶

25 El cálculo está basado en datos del Quinto Programa Marco, multiplicado por un factor correspondiente al tamaño del Cuarto y Sexto Programa Marco, ver Unión Europea (2010). Para información sobre el tercer Programa Marco entre 1994 y 2006, ver Kovács y Kutsar (2010).

26 N del T.: Las expresiones en cursiva al interior del cuadro son traducciones de su contenido realizadas por el traductor.

Debido a que cada proyecto del Programa Marco debía incluir investigadores de varios países, estos funcionaron no solo como herramientas para la distribución de fondos, sino también como un estímulo para promover la colaboración transnacional. En un período extremadamente corto de tiempo, entonces, emergió un campo transnacional regional de investigación, que fue estructurado por un creciente número de programas y organizaciones europeas. Las asociaciones y revistas europeas se han vuelto una parte integral de la infraestructura institucional de las ciencias sociales (ver tabla 1). Tomando las ciencias sociales y las humanidades en conjunto, actualmente más de 100 revistas en idioma inglés tienen el adjetivo “europea/o” en su título o subtítulo (Gingras y Heilbron, 2009). En prácticamente todas las disciplinas y áreas de investigación hay al menos una revista europea y alguna clase de red o asociación profesional europea.

Estos arreglos institucionales –programas de financiación, revistas, asociaciones– representan una gama creciente de oportunidades para la colaboración transnacional. Los artículos registrados por los índices de citación indican que la coautoría transnacional en Europa ha subido desde alrededor del 4% de los artículos registrados en 1980 al 16% en 2006 (Gingras y Heilbron, 2009).²⁷ Considerando en más detalle esta colaboración europea en expansión, pueden observarse tres patrones generales (Heilbron, 2012). El primero concierne a las diferencias entre países. En algunos, los académicos participan en actividades transfronterizas más a menudo que en otros. Un segundo patrón de variación es entre disciplinas: ciertas disciplinas tienen un nivel de colaboración internacional y citación mucho más alto que otros. Un tercer y último patrón está relacionado con el contexto global en que tiene lugar la europeización. La colaboración transnacional en Europa se ha incrementado e institucionalizado, pero ¿cómo se compara con la colaboración con académicos fuera de Europa? ¿Cómo, en particular, las redes y revistas europeas se comparan con las de los Estados Unidos, que continúa siendo la fuerza dominante en la república mundial de la ciencia?

El grado en que los países participan en proyectos europeos de investigación depende en mayor o menor medida del tamaño de su sistema de investigación. Países como el Reino Unido, Alemania y Francia, que albergan el mayor número de investigadores e institutos de investigación, se benefician más de los programas europeos. Pero entre ellos, el Reino Unido tiene una posición privilegiada. Los académicos que trabajan en Gran Bretaña –no necesitan tener nacionalidad británica– han

²⁷ Las bases de datos a que referimos son el Social Science Citation Index (SSCI) y del Arts and Humanities Citation Index (AHCI).

coordinado el mayor número de proyectos de investigación europeos, y han estado involucrados en empresas como estas con mayor frecuencia que los académicos de cualquier otro país. Alemania y Francia están en segundo y tercer lugar, antes que Italia y los Países Bajos.²⁸ El rol de liderazgo del Reino Unido es todavía más evidente en las redes de coautoría transnacional. Los investigadores británicos tienen la posición más central, una centralidad que se ha incrementado ligeramente con los años (Gingras y Heilbron, 2009). El rol predominante de Gran Bretaña está vinculado a su ventaja lingüística y al hecho relacionado de que el país aloja muchos más editores internacionales y revistas académicas que cualquier otro país europeo. Aunque las redes europeas están dominadas por los países más grandes; los pequeños, incluidos aquellos del centro y el este de Europa, también se han involucrado más. En general, el emergente campo de la investigación europea en las ciencias sociales y humanas se ha vuelto más inclusivo, más denso, así como ligeramente más centralizado.

La colaboración europea también varía entre disciplinas. La investigación colaborativa es más frecuente en las ciencias sociales que en las humanidades clásicas (lengua, literatura, etc.), donde es relativamente rara y tiene una menor tasa de crecimiento que en las ciencias sociales.²⁹ Además de los niveles más bajos de coautoría, las disciplinas humanísticas están más fuertemente atadas a los lenguajes nacionales y los sistemas de publicación nacional. Algunas de las diferencias entre disciplinas pueden ser clarificadas considerando el ejemplo de las ciencias humanas en Francia. En la base de los patrones de citación en las revistas líderes, las ciencias humanas pueden ser comparadas paralelamente en dos dimensiones: su grado de apertura internacional (o clausura) y su grado de apertura (o clausura) hacia otras disciplinas. Las dos dimensiones se visualizan en la figura 1, en la que son representadas siete disciplinas.³⁰ El perfil de citación de las principales revistas en estas disciplinas indica que aquí hay tres tipos. En economía y gestión y, en menor medida, en la ciencia política, una gran proporción de la literatura citada no es francesa, pero los artículos citados tienden a restringirse a la disciplina en cuestión. Por consiguiente, un alto nivel de apertura “internacional” es acom-

28 De los 529 proyectos de investigación financiados por el tercer Programa Marco (1994–2006), 110 fueron coordinados en el Reino Unido, 88 en Alemania, 76 en Francia, 44 en Italia y 40 en los Países Bajos; ver Kovács y Kutsar (2010: 107).

29 La definición de las ciencias sociales y las humanidades varía significativamente entre sistemas académicos; en este pasaje he seguido la definición de las dos bases de datos que fueron usadas: El Social Science Citation Index (SSCI) y el Arts and Humanities Citation Index (AHCI). Para una visión completa del campo intelectual europeo ver Sapiro (2009).

30 La Figura 1 se basa en un hasta ahora inédito análisis secundario de un estudio bibliométrico del centre national de la recherche scientifique (CNRS) francés; para resultados provisionarios ver Heilbron (2009). N. del T.: Centro Nacional de la Investigación Científica.

pañado por un alto grado de clausura disciplinaria. El derecho también tiene un fuerte perfil de citación monodisciplinario, pero, a diferencia de la economía y la administración, está fuertemente orientado hacia las revistas nacionales. La sociología representa un tercer tipo de disciplina, desde que combina un patrón bastante pronunciado de citación nacional con un alto nivel de referencias a revistas de otras disciplinas.

En la figura 1, se visualiza la orientación de algunas de las ciencias humanas en un contexto nacional particular –el de Francia– durante la década que termina en 2002. Cualesquiera fueran los desplazamiento que hayan ocurrido desde entonces, no parece muy probable que hayan producido un cambio radical en la posición relativa de estas disciplinas. Bien podría ser que el patrón de citado en otros países se aparte del caso francés –las diferencias nacionales siguen siendo significativas–, pero no es irrazonable asumir que las ciencias sociales y humanas forman una estructura triangular, variando el grado en que son receptivas a lo que se produce en otros países como así también con lo que se produce en otras disciplinas.

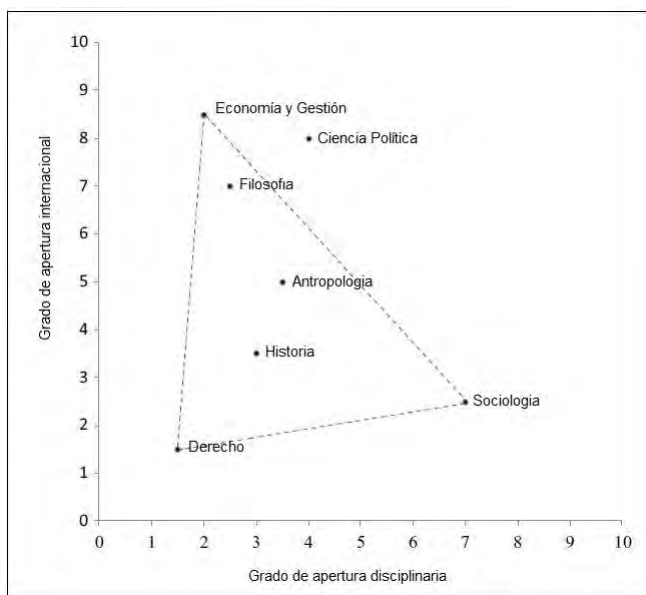


Figura 1. Grado de apertura internacional y disciplinaria de las ciencias humanas en Francia

Mirando más de cerca en las prácticas de colaboración y citación, estas no pueden ser entendidas con propiedad sin tomar en cuenta el contexto más amplio. Aquí como en otros ámbitos, el factor más importan-

te a tomar en consideración es la posición preeminente de los Estados Unidos. Normalmente, más de dos tercios de las coautorías extraeuropeas son con académicos norteamericanos (Gingras y Heilbron, 2009). Mientras que la coautoría intraeuropea se ha incrementado de modo significativo, el crecimiento solo fue al mismo ritmo que el de las coautorías con académicos de los Estados Unidos. En otras palabras, mientras la colaboración europea se ha vuelto más frecuente y más extensiva, este crecimiento es similar al de la colaboración entre académicos europeos y estadounidenses. Una evaluación de la importancia académica de la colaboración europea hace que la imagen parezca aún más limitada. Los patrones de citación indican que la colaboración europea es todavía relativamente débil, no solo en comparación con la supremacía de los Estados Unidos, sino también con respecto a la continua importancia del nivel nacional. Volviendo al caso de Francia, las revistas más citadas resultan ser americanas o francesas, con algunas excepciones a este patrón de citado binacional.³¹ Las revistas alemanas, italianas o españolas están rara vez o nunca entre las más citadas en Francia, y más o menos lo mismo aplica a las revistas que se llaman a sí mismas “internacionales” o “europeas”. Estas siguen siendo pocas en número y no clasifican preeminentemente en las jerarquías de citación. En disciplinas como la filosofía, la historia o el derecho, no hay en Francia ni un solo título “europeo” entre las 50 revistas más citadas. En sociología y antropología, hay una revista europea entre las 50 más citadas; en ciencias políticas y economía, hay dos (Heilbron, 2009).

El patrón de citado de las revistas americanas es todavía más sesgado. Las 50 revistas más citadas en las dos revistas emblemáticas de la sociología estadounidense, la *American Journal of Sociology*³² y la *American Sociological Review*,³³ son todas en inglés y la vasta mayoría (88%) consiste en revistas estadounidenses, esto es, revistas con una clara mayoría de editores trabajando en los Estados Unidos (Heilbron, 2009). Las tres revistas de entre las principales 50 que, sobre la base de su autopresentación, pueden ser consideradas “internacionales”, invariablemente tienen fuertes vínculos con los Estados Unidos. La mejor clasificada es *Social Networks*³⁴ (decimosexta posición), que es producto de una tradición de investigación que surgió en los Estados Unidos y Canadá. Las otras dos

31 Aunque los envíos para las revistas no dependen de la nacionalidad de los autores, prácticamente la mayoría de las revistas sociales permanecen nacionales en el sentido de que una gran mayoría de los editores trabajan en un solo país. En este sentido, uno puede seguir hablando de revistas americanas, británicas o alemanas.

32 N del T.: Revista Americana de Sociología.

33 N del T.: Revisión Sociológica Americana.

34 N del T.: Redes Sociales.

revistas “internacionales” frecuentemente citadas están en las áreas de demografía y estratificación social en las posiciones 31 y 42 (*Population and Development Review*³⁵ y *Research in Social Stratification and Mobility*).³⁶ Otras tres revistas entre las 50 más citadas no son revistas americanas, pero están en las regiones más bajas de la jerarquía de citación: dos son británicas (*British Journal of Sociology*³⁷ y *Sociology*³⁸ en las posiciones 41 y 45) y una es europea: la *European Sociological Review*³⁹ (posición 36).

Aparte de las referencias, el contenido de los artículos de las revistas confirma el enfoque nacional de mucha de la sociología estadounidense. Alrededor del 85% de los artículos que lideran las revistas de sociología estadounidense están preocupadas por la sociedad americana. La orientación geográfica varía por especialización, pero incluso en áreas de investigación comprometidas con la comprensión del mundo más allá de los Estados Unidos enfrenta presiones que reproducen la presunción nacional de la disciplina en sus trabajos internacionales. Esto sucede normalmente sin que se lo reconozca, porque es tan “aparentemente natural y de sentido común... Dado el poder y el privilegio de la sociología americana, es fácil imaginar el mundo en términos americanos”⁴⁰ (Kennedy y Centeno, 2007: 668).

La debilidad comparativa de las estructuras internacionales y europeas dentro del núcleo del campo global de la sociología es también perceptible para las asociaciones profesionales. La membresía de la European Sociological Association⁴¹ definitivamente se ha expandido desde su fundación en 1995, pero continúa siendo algo más pequeña que las asociaciones sociológicas nacionales en países como Alemania y Francia. Sus 1500 miembros, más aún, suman simplemente un décimo de la membresía de la American Sociological Association⁴² (ASA). Si comparamos el tamaño de estas asociaciones con el de la International Sociological Association⁴³ (ISA), la europea es mucho más chica, mientras que la European Sociological Association por sí sola es casi tres veces más grande que la asociación mundial.

Aunque las revistas, asociaciones y redes europeas han llegado a formar un campo europeo de investigación y publicación, todavía parece

35 N del T.: Revisión sobre Población y Desarrollo.

36 N del T.: Investigación en Estratificación Social y Movilidad.

37 N del T.: Revista Británica de Sociología.

38 N del T.: Sociología.

39 N del T.: European Sociological Review.

40 N del T.: la traducción es nuestra.

41 N del T.: Asociación Sociológica Europea.

42 N del T.: Asociación Sociológica Americana.

43 N del T.: Asociación Sociológica Internacional.

ser relativamente débil en comparación tanto con la hegemonía de los Estados Unidos como con la persistencia de las estructuras nacionales de los países europeos más grandes. Sería esclarecedor comparar este proceso de regionalización transnacional en Europa con procesos similares en otras regiones del mundo.

Conclusión: ¿qué es la ciencia social global?

Habiendo explorado los antecedentes históricos y el funcionamiento del campo globalizador de las ciencias sociales, pueden redactarse algunas conclusiones generales. La globalización puede apreciarse mejor como una nueva fase en un proceso mucho más largo de internacionalización. En la era moderna, estos intercambios han sido organizados principalmente en y a través de las organizaciones internacionales. Dado que en la última parte del siglo XX la división tripartita en democracias capitalistas, regímenes socialistas y países en desarrollo ha dado paso a un orden mundial más “global”, y las nuevas tecnologías facilitaron la comunicación a nivel mundial, las interdependencias en una escala más global han pasado al primer plano y están afectando también a las ciencias sociales. Lo que referimos como “ciencia social global” es mejor entendido en un doble sentido. La expresión refiere, más generalmente, al hecho de que las ciencias sociales hoy en día existen en casi todos los países alrededor del globo, mientras, más específicamente, refiere a una variedad de instituciones que han surgido en el nivel global. Estos arreglos institucionales globales dan forma a la producción, circulación y recepción de las ciencias sociales en todos los países individuales. Este campo global, en el sentido más restrictivo, consiste en las organizaciones internacionales más antiguas, que han obtenido un alcance más global, y en nuevas organizaciones –revistas, redes, asociaciones– que igualmente aspiran a un rol global.

Aunque la globalización ha atraído enorme atención, ha oscurecido un proceso que actualmente es quizás un modo más importante de internacionalización: la regionalización transnacional. En muchas partes del mundo –Norteamérica es la principal excepción–, están emergiendo estructuras regionales transnacionales: consejos de investigación, revistas, asociaciones profesionales, bases de datos. Estas no solo han ganado un rol más predominante, sino que también han modificado el rol actual y potencial de las organizaciones globales. Las ciencias sociales hoy, por lo tanto, forman una *estructura de cuatro niveles*. Sumados al nivel local y nacional, tanto el nivel regional transnacional como el global se han

vuelto crecientemente importantes, especialmente para los grupos periféricos y semiperiféricos, que se han vuelto más dependientes de los centros dominantes. A fin de entender las formas contemporáneas de internacionalización, es especialmente importante obtener una mejor comprensión de lo que ocurre en ambos niveles transnacionales, cómo funcionan las instituciones en estos niveles, y cómo interactúan y se interrelacionan entre sí.

Agradecimientos

Partes de este artículo son extensiones y elaboraciones de argumentos que fueron hechos en otros artículos (Heilbron, 2012; Heilbron *et al.*, 2008). El presente texto está basado en conferencias dictadas para la Third Flying University of Transnational Humanities⁴⁴ (FUTH), Universidad de Hanyang, Seúl, Corea (julio de 2012), y el Departamento de Sociología de la Universidad de Bergen, Noruega (diciembre de 2012). Me gustaría agradecer a los participantes por sus preguntas y comentarios; y también estoy en deuda con dos revisores anónimos.

Financiación

Esta investigación no recibió ninguna subvención específica de ninguna agencia de financiación del sector público, comercial o sin fines de lucro.

Referencias

Akiwowo, Akinsola (1999). "Indigenous sociologies: Extending the scope of the argument", *International Sociology*, Vol. 14, N° 2, pp. 115-138.

Alatas, Syed Farid (2003). "Academic dependency and the global division of labour in the social sciences", *Current Sociology*, Vol. 51, N° 6, pp. 599-613.

———(2006). "The autonomous, the universal and the future of sociology", *Current Sociology*, Vol. 54, N° 1, pp 7-23.

44 N del T.: Tercera Universidad Voladora de Humanidades Transnacionales.

Alatas, Syed Farid y Sinha-Kerkhoff, Kathinka (eds.) (2010). *Academic Dependency in the Social Sciences: Structural Reality and Intellectual Challenges*. Nueva Delhi, Manohar.

Albrow, Martin y King, Elizabeth (eds.) (1990). *Globalization, Knowledge and Society: Readings from International Sociology*. London, Sage.

Ammon, Ulrich (2010). "The hegemony of English", en: *World Social Science Report 2010*. Paris, UNESCO Publishing, pp. 154-155.

Archer, Margaret (1991). "Sociology for one world: Unity and diversity", *International Sociology*, Vol. 6, N° 2, pp. 131-148.

Arjomand, Saïd Amir (2000). "International sociology into the new millennium: The global sociological community and the challenges to the periphery", *International Sociology*, Vol. 15, N° 1, pp. 5-10.

Boli, John y Thomas, George (eds.) (1999). *Constructing World Culture: International Nongovernmental Organizations since 1875*. Stanford, Stanford University Press.

Boncourt, Thibaud (2011). *L'Internationalisation de la science politique. Une comparaison franco-britannique (1945-2010)*. Tesis de doctorado, Universidad de Bordeaux.

Bourdieu, Pierre (1999a). "The social conditions of the international circulation of ideas", en Shusterman, Richard (ed.): *Bourdieu: A Critical Reader*. London, Blackwell.

———(1999b). "Epilogue: On the possibility of a field of world sociology", en Bourdieu, Pierre y Coleman, James (eds.): *Social Theory for a Changing Society*. Boulder. Westview Press/New York, Russell Sage Foundation.

Brian, Éric (2002). "Transactions statistiques au XIXe siècle", *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 145, pp. 34-46.

Charle, Christophe y Verger, Jacques (1994). *Histoire des universités*. Paris, PUF.

Coakley, John y Trent, John (2000). *History of the International Political Science Association*. Dublin, IPSA.

Connell, Raewyn (2007). *Southern Theory: The Global Dynamics of Knowledge in Social Science*. London, Allen and Unwin.

Crawford, Elisabeth (1992). *Nationalism and Internationalism in Science, 1880–1939*. Cambridge, Cambridge University Press.

Crawford, Elisabeth; Shinn, Terry y Sörlin, Sverker (eds.) (1993). *Denationalizing Science: The Contexts of International Scientific Practice*. Dordrecht, Kluwer Academic Publishers.

De Swaan, Abram (2001a). *Words of the World*. Cambridge, Polity Press.

———(2001b). “English in the social sciences”, en Ammon, Ulrich (ed.): *The Dominance of English as a Language of Science*. Berlin y New York, Mouton de Gruyter.

Drori, Gili; Meyer, John; Ramirez, Francisco y Schofer, Evan (2003). *Science in the Modern World Polity: Institutionalization and Globalization*. Stanford, Stanford University Press.

Elias, Norbert (2012). *On the Process of Civilization*, Ed. Rev. Dublin, University College Dublin Press.

Fleck, Christian (2011). *A Transatlantic History of the Social Sciences: Robber Barons, the Third Reich and the Invention of Empirical Social Research*. Londres y Nueva York, Bloomsbury Academic.

Fourcade, Marion (2006). “The construction of a global profession: The transnationalization of economics”, *American Journal of Sociology*, Vol. 112, N° 1, pp. 145-194.

Friedman, Thomas (2005). *The World is Flat*. Nueva York, Farrar, Strauss and Giroux.

Gareau, Frederick H. (1988). “Another type of third world dependency: The social sciences”, *International Sociology*, Vol. 3, N° 2, pp. 171-178.

Gascoigne, Robert (1992). “The historical demography of the scientific community, 1450–1900”, *Social Studies of Science*, Vol. 22, N° 3, pp. 545-573.

Gingras, Yves (2002). “Les formes spécifiques de l’internationalité du champ scientifique”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, Vol. 141-142, pp. 31-45.

Gingras, Yves y Heilbron, Johan (2009). “L’internationalisation de la recherche en sciences sociales et humaines en Europe (1980-2006)”, en Sapiro, Gisèle (ed.): *L’Espace intellectuel en Europe, XIXe–XXe siècles*. Paris, La Découverte, pp. 359-388.

Gingras, Yves y Mosbah-Natanson, Sebastien (2010): "Where are social sciences produced?", en: *World Social Science Report 2010*. Paris, UNESCO Publishing, pp. 149-153.

———(en prensa). "The globalization of the social sciences? Evidence from a quantitative analysis of production, collaboration and citations in the social sciences between 1980 and 2009", *International Sociology*.

Gispert, Hélène (2001). "Les journaux scientifiques en Europe", en Blay, Michel y Nicolaïdis, Efthymios (eds.): *L'Europe des sciences: constitution d'un espace scientifique*. Paris, Seuil, pp. 191-211.

Guilhot, Nicolas (enviado). "'The French connection'. Aron, Duroselle et le CE-RI: Eléments pour une histoire des relations internationales en France", *Revue française de science politique*.

Guzzetti, Luca (1995). *A Brief History of European Union Research Policy*. Bruselas y Luxemburgo, Office for Official Publications of the European Communities.

Heilbron, Johan (1999). "Toward a sociology of translation: Book translations as a cultural world-system", *European Journal of Social Theory*, Vol. 2, N° 4, pp. 429-444.

———(2002). "Echanges culturels transnationaux et mondialisation: quelques réflexions", *Regards sociologiques*, Vol. 22, pp. 141-154.

———(2004). "A regime of disciplines: Toward a historical sociology of disciplinary knowledge", en Camic, Charles y Joas, Hans (eds): *The Dialogical Turn: New Roles for Sociology in the Postdisciplinary Age*. Lanham, Rowman and Littlefield, pp. 23-42.

———(2008). "Qu'est-ce qu'une tradition nationale en sciences sociales?", *Revue d'histoire des sciences humaines*, N° 18, pp. 3-16.

———(2009). "La sociologie européenne existe-t-elle?", en Sapiro, Gisèle (ed.): *L'Espace intellectuel en Europe, XIXe-XXe siècles*. Paris, La Découverte, pp. 347-358.

———(2012). "A ciência social europeia como campo transnacional de pesquisa", *Mana: Estudos de Antropologia Social*, Vol. 18, N° 2, pp. 289-308.

Heilbron, Johan y Sapiro, Gisèle (2007). "Outline for a sociology of translation: Current issues and future prospects", en Wolf, Michaela y Fukari, Alexandra (eds.): *Constructing a Sociology of Translation*. Amsterdam, John Benjamins, pp. 93-107.

Heilbron, Johan; Guilhot, Nicolas y Jeanpierre, Laurent (2008). "Toward a

transnational history of the social sciences”, *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, Vol. 44, N° 2, pp. 146-160.

Karady, Victor (2009). “L'émergence d'un espace européen des connaissances sur l'homme en société: cadres institutionnels et démographiques”, en Sapiro, Gisèle (ed.): *L'Espace intellectuel en Europe: De la formation des États-nations à la mondialisation XIXe-XXe siècles*. Paris, La Découverte, pp. 43-67.

Kastrinos, Nikos (2010). “Policies for co-ordination in the European Research Area: A view from the social sciences and the humanities”, *Science and Public Policy*, Vol. 37, N° 4, pp. 297-310.

Keim, Wiebke (2010). “Pour un modèle centre-périphérie dans les sciences sociales. Aspects problématiques des relations internationales en sciences sociales”, *Revue d'anthropologie des connaissances*, Vol. 4, N° 3, pp. 570-598.

———(2011). “Counterhegemonic currents and internationalization of sociology: Theoretical reflections and empirical example”, *International Sociology*, Vol. 26, N° 1, pp. 123-145.

Kennedy, Michael y Centeno, Miguel (2007). “Internationalism and global transformations in American sociology”, en Calhoun, Craig (ed.): *Sociology in America*. Chicago, Chicago University Press, pp. 666-712.

Kovács, Ilona Pálné y Kutsar, Dagmar (eds.) (2010). *Internationalisation of Social Sciences in Central and Eastern Europe*. Londres, Routledge.

Kuhn, Michael y Remøe, Svend Otto (eds.) (2005). *Building the European Research Area: Socio-Economic Research in Practice*. Nueva York, Peter Lang.

Kuhn, Michael y Weidemann, Doris (eds.) (2010). *Internationalization of the Social Sciences*. Bielefeld, Transcript Verlag.

Lepenes, Wolf (1988). *Between Literature and Science: The Rise of Sociology*. Cambridge, Cambridge University Press.

Patel, Sujata (ed.) (2010). *The ISA International Handbook of Diverse Sociological Traditions*. Londres, Sage.

Platt, Jennifer (1998). *A Brief History of the International Sociological Association*. Madrid, ISA.

Rasmussen, Anne (1995). *L'internationale scientifique (1890-1914)*. Tesis de

Doctorado (2 volúmenes), École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris.

Romani, Roberto (2002). *National Character and Public Spirit in Britain and France, 1750–1914*. Cambridge, Cambridge University Press.

Sapiro, Gisèle (ed.) (2008). *Translatio. Le marché de la traduction en France à l'heure de la mondialisation*. Paris, CNRS Éditions.

———(ed.) (2009). *L'Espace intellectuel en Europe: De la formation des États-nations à la mondialisation XIXe–XXe siècles*. Paris, La Découverte.

Tilly, Charles (1990). *Coercion, Capital and European States, AD 990–1990*. Oxford y Cambridge, Basil Blackwell.

UNESCO (2010). *World Social Science Report 2010*. Paris, UNESCO Publishing.

Unión Europea (2010). *Evaluation of the Impact of the Framework Programme Supported Social Sciences and Humanities Research: A Bibliometric Approach*. Bruselas, Directorate-General for Research. Disponible en: ec.europa.eu/research/social-sciences/reports_en.html (Visto el 30 de diciembre de 2012).

Wallerstein, Immanuel (1999). *The End of the World as We Know it: Social Science for the Twenty-First Century*. Minneapolis y Londres, University of Minnesota Press.

Weber, Eugen (1976). *Peasants into Frenchmen: The Modernization of Rural France, 1870–1914*. Stanford, Stanford University Press.

DOSSIER / ARTÍCULO

Mitchell, Timothy (2016). "Medio Oriente en el pasado y futuro de la ciencia social", *Papeles de Trabajo*, 10(18), pp. 49-98.

ACLARACIÓN

Traducción a cargo de Fernán Gaillardou. Publicado originariamente como "The Middle East in the Past and Future of Social Science", en Szanton, David (ed.): *The Politics of Knowledge: Area Studies and the Disciplines*. Berkeley, University of California Press, 2003, pp. 74-118. El formato del original fue modificado para adaptarse a las normas de la revista.

RESUMEN

Suele atribuirse el nacimiento de los estudios de área a un proyecto político-militar estadounidense en el marco de la Guerra Fría. Sin embargo, su surgimiento data del período de entreguerras y fue promovido no solo por razones políticas sino también por la aspiración occidental de crear una ciencia universal. Así, las ciencias sociales construyeron los objetos que les dieron forma a partir determinado modo de diferenciación de lo local y de lo global. Los estudios de área, por su parte, contribuyeron a delimitar los territorios locales cuyos rasgos expresarían formas más o menos imperfectas de lo universal. Este capítulo reconstruye este proceso poniendo el foco en los estudios de área de Medio Oriente.

Palabras clave: *Medio Oriente, ciencias sociales, estudios de área.*

ABSTRACT

The raise of Middle Eastern studies is often attributed to an American political and military project within the context of the Cold War. However, its emergence dates back to the interwar period and it was fostered not only for political reasons but for the Western ambition to create a universal science. Thus, social sciences built the objects that shaped them from a certain way of differentiating the local and the global. Area studies, for their part, contributed to define the local territories whose characteristics would express more or less imperfect ways of the universal. This chapter reconstructs this process focusing on Middle East area studies.

Key words: *Middle East, social sciences, area studies.*

Recibido: 15/6/2016

Aceptado: 22/8/2016

Medio Oriente en el pasado y futuro de la ciencia social

por Timothy Mitchell¹

La fundación del Middle East Institute² en Washington D.C. en mayo de 1946 parece una ocasión conveniente para marcar la llegada del área de estudios de Medio Oriente a los Estados Unidos. En enero de 1947, el Instituto lanzó la *Middle East Review*³, la primera publicación trimestral estadounidense dedicada al Medio Oriente contemporáneo. El número inaugural declaró que la región estaba ahora “muy cerca” de los Estados Unidos, tanto en cuanto a tiempo-distancia como con respecto al nuevo involucramiento de los Estados Unidos allí en “cuestiones de política de poder”. Aun así, Medio Oriente permaneció para todos excepto para unos pocos estadounidenses “esencialmente *terra incognita*” (Middle East Institute, 1947: 1-2). El propósito principal de la publicación no era analizar las actitudes y las políticas de las potencias occidentales que habían moldeado a los países de la región en el pasado. Su objetivo era exponer y evaluar las fuerzas que estaban configurando la región en ese

¹ Teórico político e historiador, especializado en economía política de Oriente Medio, el papel político de la economía y otras formas de conocimiento experto, la política de los sistemas técnicos a gran escala y el lugar del colonialismo en la fabricación de la modernidad. Se unió a la Universidad de Columbia en 2008, después de la enseñanza durante veinticinco años en la Universidad de Nueva York, donde se desempeñó como Director del Centro de Estudios del Cercano Oriente. Actualmente es profesor y presidente del Departamento de Estudios sobre Oriente Medio, Sur de Asia y África.

² N. del T.: Instituto de Medio Oriente.

³ N. del T.: Revista de Medio Oriente.

momento, a saber “fuerzas y factores originados en y entre estos países por sí mismos –su conciencia nacional, premura por la autodeterminación económica, condiciones culturales, presiones populares, acuerdos regionales” (Middle East Institute, 1947: 2). En la medida en que estos países compartían una herencia islámica y una experiencia común de expansionismo europeo, la comprensión adecuada de un país podía lograrse “solo a través de un conocimiento adecuado de todos”. La revista presentaría en consecuencia las condiciones particulares y problemas en Medio Oriente como “facetas del conjunto” (Middle East Institute, 1947: 4).

Cincuenta años después, en 1996, el Instituto evaluó el éxito de esta ambición con un artículo en la revista titulado “The Study of Middle East Politics 1946-1996: A Stocktaking”⁴ (Bill, 1996). La evaluación no era positiva. Su autor, James Bill, un académico maduro en el campo, concluyó que “hemos aprendido perturbadoramente poco luego de 50 años de denodado esfuerzo” (Bill, 1996: 1). Dio una lista de importantes acontecimientos de la región que los académicos no habían logrado interpretar o prever, y dedicó el resto del artículo a enlistar posibles razones de estas fallas.

Reconocimientos de fracaso como este han sido una característica constante de los estudios de área de Medio Oriente. Casi un cuarto de siglo antes, en agosto de 1973, el Research and Training Committee⁵ de la Middle East Studies Association of North America⁶ (MESA) convocó a una conferencia en Palo Alto, financiada por la Fundación Ford, para evaluar el estado del campo. En su introducción al subsiguiente volumen de las presentaciones de la conferencia, Leonard Binder sostuvo: “El hecho es que los estudios sobre Medio Oriente están acosados por proyecciones subjetivas, desplazamientos de afecto, distorsión ideológica, mistificación romántica y un sesgo religioso, así como por una gran cantidad de académicos incompetentes” (Binder, 1973: 16). Doce años antes, en otro ensayo sobre el estado de los estudios de Medio Oriente, Manfred Halpern se quejaba de que a pesar de la gran expansión del campo durante la década precedente, “nos hemos estado dedicando a una especie de colección de estampillas”, completando pedazos de información, país por país, pero “obviando identificar estructuras y relaciones esenciales o intentar síntesis preliminares”. Dada la situación actual en la región, decía, “podría ser que inclusive estemos perdiendo terreno” (Halpern, 1962: 117-118).

4 N. del T.: El Estudio de la política de Medio Oriente 1946-1996: un balance.

5 N. del T.: Comité de Investigación y Entrenamiento.

6 N. del T.: Asociación de Estudios de Medio Oriente de Norteamérica.

Estas recurrentes declaraciones de fracaso han compartido siempre otra característica: su optimismo de que el campo habría tomado un nuevo giro y de que las fallas diagnosticadas pertenecerían al pasado. “El nuevo Orientalista” que surge de la combinación de estudios de área y las ciencias sociales, predecía Halpern en 1962, produciría un “sentido de la totalidad” que se encontraba perdido en la división del trabajo entre las disciplinas. A pesar de las distorsiones y de la incompetencia de su juventud, decía Binder con esperanza en 1974, “los estudios de Medio Oriente han madurado” (Binder, 1976: 19). El libro que estaba introduciendo sobre el estado del campo, sugería, “marca los ritos de pasaje” (*Idem*: 19). Aunque el historial de logros del campo era mediocre, escribía Bill en 1995, “el futuro se ve más prometedor, en parte por el creciente reconocimiento de los problemas del pasado” (*Idem*: 501).

Dado este patrón, parece no tener sentido escribir otra evaluación más sobre el estado del campo. No sería difícil reproducir el patrón, igualmente pesimista sobre los logros pasados, igualmente optimista sobre la aparición de un nuevo amanecer. En cambio, quiero plantear dos preguntas relacionadas. Primero, ¿qué estructuras y posibilidades de conocimiento dan forma al campo de los estudios de área de Medio Oriente, de manera que hacen parecer al Medio Oriente cognoscible y a la vez no? ¿Qué estrategias intelectuales hacen posible ver al Medio Oriente “como un todo” y sin embargo volver el cuadro resultante tan decepcionante? Más específicamente, ¿cómo la cambiante relación entre la experticia local de los estudios de área y las preguntas generales hechas por las disciplinas en ciencias sociales ha regido las formas del conocimiento? Segundo, a modo de introducción de estas primeras preguntas, ¿cómo deberíamos entender la relación entre las “preguntas de la política de poder” que hacen parecer al Medio Oriente tan cercano y la producción de este conocimiento académico? Los organizadores de los estudios de área de posguerra en los Estados Unidos invocaron casi siempre la expansión del poder estadounidense en la Segunda Guerra Mundial y en las crisis de la Guerra Fría que le siguieron. Los llamados al desarme o la remodelación de los estudios de área en los años 1990 también se referían al final de la Guerra Fría como señal del fin de la utilidad de dichos estudios (Heginbotham, 1994).⁷ Sin embargo, aún si los estudios de área nunca produjeron demasiado conocimiento útil, ¿de qué modo exactamente sirvieron a la expansión del poder estadounidense? El hecho de que tanto los defensores como los críticos de los estudios de área siempre nos digan que sirvieron a tales fines no es de

7 Los estudios críticos de Medio Oriente han generalmente relacionado su génesis con la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría (Johnson y Tucker, 1975; Gendzier, 1985; Hajjar y Niva, 1997).

por sí evidencia de una relación directa entre la construcción de conocimiento y el ejercicio de poder.

La genealogía de los estudios de área debe ser entendida en relación con la estructura más amplia del conocimiento académico y con las luchas no de la Guerra Fría sino de la ciencia –y la ciencia social en particular– como proyecto político del siglo XX. Este proyecto ha estado estrechamente conectado con la estructuración del poder global de los Estados Unidos, pero no se trata de aquella relación simple que se suele asumir en las discusiones sobre los estudios de área. Las ciencias sociales tomaron su forma moderna en el mismo período que los estudios de área y ellas mismas fueron creadas como un tipo de estudio de área. Los desarrollos de estos dos tipos de estudio estuvieron interrelacionados, así como sus dificultades posteriores. La denominada crisis de los estudios de área durante el último cuarto de siglo fue también una crisis del proyecto de crear una ciencia general de la sociedad. La pregunta por el futuro de los estudios de área es entonces una pregunta sobre el futuro del proyecto de la ciencia social más que una simple cuestión de cómo aprender mejor acerca del extranjero.

Estudios de área de pre-guerra

La Segunda Guerra Mundial y las crisis posteriores de la Guerra Fría no dieron nacimiento a los estudios de área. Uno podría aducir, por el contrario, como lo hizo Robert Hall en 1947 y Vicente Rafael volvió recientemente a proponer, que estos podrían haber pospuesto su desarrollo (Hall, 1947; Rafael, 1994).⁸ La historia convencional es que los estudios de área se desarrollaron gracias a la aprobación de la National Defense Education Act⁹ (NDEA) en 1958, en respuesta a la crisis del Sputnik y a la escalada de la Guerra Fría. Sin embargo, como mostró Barbara Clowse, la NDEA estaba relacionada más con las batallas políticas domésticas que con las agendas de la Guerra Fría. La importancia del Sputnik y su concomitante histeria “no reside en que produjo un interés inicial en estas cuestiones sino que dejó inerte a quienes se oponían a la ayuda federal” (Clowse, 1981: 49).¹⁰ Dicha oposición reflejaba dos inquietudes domésticas: la posibilidad de que la ayuda federal irrestricta a los estados pudiera ser utilizada para escuelas sectarias y violara la

8 Rafael se basa en el influyente informe de Hall. Sobre el desarrollo de preguerra de los estudios del no-Occidente. Ver Cooper (1997).

9 N. del T.: Ley de Educación de Defensa Nacional.

10 Ver también Rafael (1994).

separación entre iglesia y estado de la primera enmienda; y el temor de que luego del fallo en el caso Brown contra el Board of Education¹¹ de 1954, la ayuda federal fuera utilizada para hacer cumplir la integración racial de las escuelas (Clowse, 1981: 42-43). Estas batallas domésticas retrasaron el fondeo de los programas de estudios de área en los Estados Unidos, frenando desarrollos ya en curso. El foco en la NDEA ensombrece también el rol de las fundaciones, especialmente Ford y Rockefeller, que data de los años 1930 y fue de mayor importancia.¹²

Las inquietudes de los estudios de área surgieron primero, al menos en el caso de Medio Oriente, en el período de entreguerras, y estuvieron relacionadas con acontecimientos que fueron simultáneamente políticos e intelectuales. Como sostiene Edward Said, el período de entreguerras fue caracterizado por una preocupación civilizatoria, especialmente en Europa, que se volvió una respuesta al estudio de las civilizaciones orientales. Tomando ideas prestadas del conocimiento humanístico total promovido por estudios clásicos y las historias de las civilizaciones, los académicos empezaron a ver en la idea de otra civilización una forma de explorar desafíos contemporáneos a la autoconvicción de Occidente, “al espíritu, conocimiento e imperio occidentales” (Said, 1978: 248). En los Estados Unidos, donde los estudios orientales habían empezado a desarrollarse a partir de los estudios bíblicos y de la filología semiótica, el egiptólogo James Henry Breasted introdujo un nuevo enfoque sobre la civilización oriental.¹³ En 1919 Breasted fundó el Oriental Institute of the University of Chicago,¹⁴ con fondos de John Rockefeller (h) y el

11 N. del T.: Consejo de Educación.

12 Antes de la aprobación de la NDEA, Ford fundó el Foreign Area Fellowships Program (N. del T.: Programa de Becas de Áreas Extranjeras) (1951) y una Division of International Training and Research (N. del T.: División de Entrenamiento e Investigación Internacional) (1952), con un encargo de establecer centros universitarios de estudios de área. Para cuando fue finalizado en 1966, la División había otorgado becas por \$270 millones a 34 universidades. En comparación, el financiamiento acumulado de NDEA a los centros de estudios de área de 1959 a 1987 sumaba solo \$167 millones (de los cuales 13.4 por ciento, aproximadamente \$22 millones, fueron asignados a los estudios de Medio Oriente). Además de los centros de estudios de Medio Oriente, Ford también costó la fundación de un Center for Arabic Studies in Cairo (N. del T.: Centro para los Estudios Árabes en El Cairo) (para entrenamiento lingüístico) y la Middle East Technical University (N. del T.: Universidad Técnica de Medio Oriente) en Ankara (para entrenar a una clase managerial local), entre otras instituciones (Winder, 1987: 54-55). Las cifras de la NDEA son calculadas a partir de la tabla 4. No incluyen montos asignados a becas para Idioma Extranjero y Estudios de Área.

13 La emergencia de los estudios del antiguo Cercano Oriente en los Estados Unidos, en el período entre los 1880 y los 1930, queda fuera del alcance de este ensayo. Bruce Kuklick rastrea cómo la “crítica superior” decimonónica alemana que cuestionaba la veracidad histórica de la Biblia, apuntó académicos bíblicos estadounidenses, empezando por la Universidad de Pennsylvania en los tardíos 1880, la montar las primeras expediciones arqueológicas científicas a la Mesopotamia y al Valle del Nilo. Estos retiraron el foco de investigación de la antigua Palestina, y llevaron a la creación de los estudios del antiguo Cercano Oriente fuera del marco de los estudios bíblicos (Kuklick, 1996).

14 N. del T.: Instituto Oriental de la Universidad de Chicago.

General Education Board¹⁵ financiado por Rockefeller. La perspectiva de Breasted para el desarrollo de los estudios orientales en Estados Unidos era transformarlos de una disciplina filológica en una histórica “en la que el arte, la arqueología, la ciencia política, la lengua, la literatura y la sociología, en suma, todas las categorías de la civilización sean representadas y correlacionadas” (McCaughey, 1984: 101).

El estudio de la “civilización” antigua le dio al campo de los estudios orientales una base más amplia que su previa formación en los estudios bíblicos. Aun así, la fuerza de los programas de la nueva civilización oriental, típicamente asociados a los museos universitarios, las misiones arqueológicas al extranjero y el apoyo de benefactores privados, enfocados todos en el antiguo Cercano Oriente, pudieron haber impedido el crecimiento de otra forma de estudios del Cercano Oriente: el estudio de la civilización islámica. Probablemente, no sea accidental que el primer programa en integrar la historia y los idiomas del Cercano Oriente islámico en los Estados Unidos fuera fundado no en una de las universidades con un marcado compromiso con el Cercano Oriente como Chicago, Columbia, Pennsylvania o Yale, sino en Princeton, donde los estudios bíblicos tradicionales eran todavía fuertes y la semítica¹⁶ comparada y la arqueología eran desatendidos. Princeton tenía también estrechas conexiones personales con la Syrian Protestant College¹⁷ en Beirut, fundada por misioneros estadounidenses pero a esta altura ya secularizada y conocida como la American University of Beirut¹⁸ (AUB) (Winder, 1987: 43-44). En 1927, Princeton fundó un Department of Oriental Languages and Literatures¹⁹ y trajo al historiador Libanés Philip Hitti (1886-1979) de la AUB como profesor asistente de Semítica. “Libre de la tradición”, como escribió más tarde, Hitti convirtió al nuevo departamento en el primer programa especializado en estudios Árabes e Islámicos del país. También organizó un Committee on Near Eastern Studies²⁰ interdepartamental, que sostuvo tres cursos de verano, en 1935, 1938 y 1941, auspiciado por el Arabic-Islamic Committee²¹ del American Council of Learned Societies²² (ACLS). Estos ofrecían cursos de los idiomas, historia y cultura del Cercano Oriente Islámico, dirigidos a “historiadores, medievalistas, bizantinistas, historiadores de

15 N. del T.: Consejo General de Educación.

16 N. de T.: La semítica es el estudio de la lengua, literatura e historia de los pueblos semitas.

17 N. del T.: Universidad Protestante de Siria.

18 Universidad Americana de Beirut.

19 N. del T.: Departamento de Lenguas y Literaturas Orientales.

20 N. del T.: Comité sobre Estudios del Cercano Oriente.

21 N. del T.: Comité Árabe-Islámico.

22 N. del T.: Consejo Americano de Sociedades Cultas.

artes plásticas, arqueología y ciencia, estudiantes de filosofía y religión y otros que se hayan convencido de la necesidad de adquirir cierta destreza en las fases árabe-islámicas de sus respectivas disciplinas” (Hitti, 1941: 292-4). Luego de la interrupción durante la guerra en 1947, el comité fue institucionalizado como el Programa Interdepartamental de Estudios del Cercano Oriente, el primer programa de estudios de área en Estados Unidos dedicado a la región (Kritzeck y Winder, 1960; Winder, 1987).

No obstante, estos acontecimientos de la preguerra en los Estados Unidos no deberían ser separados de los cambios intelectuales más influyentes que estaban teniendo lugar en ciudades como la propia Beirut, donde Hitti dio clases desde 1908, El Cairo, Tánger y Estambul y eventos relacionados en Europa. En Beirut, se estaba dando una gran expansión de la investigación en la AUB sobre la región contemporánea en este período.²³ En Tánger, la Mission Scientifique au Maroc²⁴ fue fundada por los franceses en 1904 y comenzó a publicar la *Revue du Monde Musulman*²⁵ en 1906. En El Cairo, la Société d’Economie Politique²⁶ fue creada en 1909, y comenzó a publicar investigaciones sobre el Egipto contemporáneo en su revista *L’Egypte Contemporaine*²⁷; y al mismo tiempo el gobierno instaló una oficina de estadística y comenzó a publicar un anuario estadístico. En Turquía ocurrieron eventos relacionados, donde la nueva república fundada en 1923 comenzó la publicación de un anuario estadístico.²⁸

En Londres, el Royal Institute of International Affairs²⁹ encargó en 1930 un estudio exhaustivo acerca del impacto occidental sobre el mundo árabe y Turquía desde 1800. Los autores elaboraron un plan para “un estudio orgánico de la vida de las sociedades musulmanas y la fuerza, ideales y tendencias que operan en su interior” (Gibb y Bowen, 1950 y 1957; Gibb, 1932). Dicho plan de investigación y publicación fue un anteproyecto para el desarrollo de lo que vendría luego a llamarse estudios de área. El proyecto general del “rastreo de la evolución social y la relevancia de este proceso en las condiciones actuales” —o lo que más tarde sería denominado “modernización”— fue dividido horizontalmente en tres períodos temporales, reflejando la asunción de que la historia

23 Por ejemplo, ver las bibliografías de literatura acerca de los territorios bajo mandato desde 1919, publicadas en los 1930 bajo los auspicios de la Universidad Americana en Beirut (Series de Ciencia Social).

24 N. del T.: Misión Científica al Marroc.

25 N. del T.: *Revista del Mundo Musulmán*.

26 N. del T.: Sociedad de Economía Política.

27 N. del T.: *El Egipto Contemporáneo*.

28 Ver también (Eickelman 1998).

29 N. del T.: Instituto Real de Asuntos Internacionales.

de la región sería escrita en términos de su relación con Occidente: (i) un estudio de las instituciones sociales de la sociedad islámica durante el siglo dieciocho, “previo a la introducción de las influencias occidentales”; (ii) un examen del impacto occidental desde 1800; y (iii) una investigación sobre las actuales “condiciones y fuerzas en juego” (Gibb y Bowen, 1950: 3).³⁰

El programa de investigación proponía luego doce “divisiones verticales” para quebrar el campo en componentes manejables, mientras remarcaba en el lenguaje de la antropología social británica que “las interrelaciones entre las diversas funciones sociales” hacían imposibles los límites rígidos. Los componentes verticales eran: la familia, la aldea (nómades inclusive), la industria, el comercio, la ciudad, las minorías no musulmanas (Gibb y Bowen, 1950: 4-14). Los autores, H.A.R. Gibb y Harold Bowen, esperaban producir eventualmente un “estudio sintético de los problemas [de la evolución social] como un todo, bajo principios generales como la racionalización y la liberación de la individualidad [pero señalaban que esto] ocuparía a un equipo permanente de investigadores por muchos años” (Gibb y Bowen, 1950: 13-14). Para 1939 habían logrado completar y enviar para su impresión la primera parte del primer volumen sobre el siglo XVIII. Sin embargo, el estallido de la guerra, aquella supuesta partera de los estudios de área, pospuso su publicación hasta 1950. La segunda parte del primer volumen fue retrasada aún más, hasta 1957, y el resto del proyecto fue abandonado (Gibb y Bowen, 1957).

En 1950, el Royal Institute of International Affairs lanzó un proyecto sucesor con la publicación de *The Middle East: A Political and Economic Survey*.³¹ Más importante aún, el programa de Gibb y Bowen le dio forma al desarrollo de los estudios de Medio Oriente en los Estados Unidos, incluido el trabajo auspiciado por el Social Science Research Council³² (SSRC) durante dos décadas. En junio de 1942, Gibb viajó a la Universidad de Chicago para hablar en una conferencia sobre “The Near East: Problems and Prospects”,³³ concurrida por una mezcla de estudiosos del antiguo y el moderno Cercano Oriente, funcionarios estatales de política exterior y del departamento de Estado, y representantes de intereses corporativos (Norman Wait Harris Memorial Foundation, 1942). Diez años después, en octubre de 1952, una serie de artículos fueron presentados en una conferencia en la Universidad de Princeton,

30 Ver también (Gibb, 1932).

31 N. del T.: El Medio Oriente: Un Estudio Político y Económico.

32 N. del T.: Consejo de Investigación en Ciencias Sociales.

33 N. del T.: El Cercano Oriente: Problemas y Perspectivas.

“The Near East: Social Dynamics and the Cultural Setting”,³⁴ auspiciada por el flamante Committee on the Near and Middle East³⁵ del SSRC. Los títulos de los artículos remitían al índice de contenidos del estudio de Gibb y Bowen: “los nómades”, “los aldeanos”, “el trabajador industrial”, “el comerciante de bazar”, “la clase emprendedora”, “planificadores económicos”, “el oficial militar”, “el clérigo”, “intelectuales en el desarrollo moderno del mundo islámico” y “minorías en el proceso político”.³⁶ El SSRC auspició posteriormente conferencias y grupos de trabajo en temas que empezaron a completar el marco de Gibb y Bowen, incluyendo una reunión sobre minorías en el Medio Oriente y otras (en Berkeley en 1966) sobre las ciudades de Medio Oriente (Berger, 1967; Sibley, 1974).³⁷

Las propuestas de preguerra sobre un estudio “orgánico” y “sintético” de la evolución social del Medio Oriente contemporáneo podían basarse en una nueva generación de estudiosos sobre la región. Además del trabajo conducido en institutos de investigación en El Cairo, Beirut y otras ciudades de la región arriba mencionadas, un grupo de sociólogos y etnógrafos europeos estaba empezando a publicar estudios histórico-etnográficos del mundo árabe del siglo XX. Este incluía a Edmond Doutté (1867-1926), *Magie et Religion dans l’Afrique du Nord*³⁸ (1908); Arnold Van Gennep (1873-1957), *En Algerie*³⁹ (1914); Robert Montagne (1893-1954), *La vie sociale et la vie politique du Berberes*⁴⁰ (1931); Edward Westermarck (1862-1939), *Ritual and Belief in Morocco*⁴¹ (1926); Winifred Blackman, *The Fellahin of Upper Egypt*⁴² (1927); Hilma Granqvist (1890-1972), *Marriage Conditions in a Palestinian Village*⁴³ (dos volúmenes, 1931 y 1935); los escritos tempranos de Jacques Berque (1910-1995), y el trabajo sobre Sudán por el antropólogo Evans-Pritchard (1902-1973),⁴⁴

34 N. del T.: El Cercano Oriente: Dinámica Social y Entorno Cultural.

35 N. del T.: Comité sobre el Cercano y Medio Oriente.

36 El programa incluyó otros temas: el agricultor israelita, el inmigrante en Israel, el refugiado árabe-palestino, y la crisis en el Cercano Oriente, reflejando cada uno los eventos de 1948-49. Esta disposición a incluir el estudio de Israel y la cuestión Palestina como una parte normal de una conferencia académica estaba pronta a desaparecer, como señalo a continuación. Los trabajos de la conferencia fueron publicados en Fisher (1995).

37 Los artículos de otra conferencia de SSRC, en junio de 1967, fueron publicados en Cook (1970).

38 N. del T.: *Magia y religión en África del Norte*.

39 N. del T.: *En Algerie*.

40 N. del T.: *La vida social y la vida política de los Berberes*.

41 N. del T.: *Ritual y creencia en Marruecos*.

42 N. del T.: *El campesinado del Alto Egipto*.

43 N. del T.: *Condiciones matrimoniales en una aldea palestina*.

44 Ninguno de los cuales trató sobre una comunidad de habla árabe. También fue importante el trabajo de Hans Kohn sobre nacionalismo (1928 y 1931). Sobre la producción académica de este período, ver (Eickelman, 1998; Vatin, 1984; Asad, 1973; Burke, 1979; 1980 y 1984).

quien dio clases en la Universidad de Egipto en los años veinte. Además, para el final de la guerra un número de importantes estudios económicos y político-históricos empezaron a aparecer en Gran Bretaña, mayormente de académicos de origen árabe; entre otros, Albert Hourani, George Antonius y Charles Issawi (Hourani, 1946; Antonius, 1946; Issawi, 1947; Khadduri, 1951; Tannous, 1944; Bonn , 1948; Keen, 1946).

A este nuevo corpus de literatura, orientalistas, como Gibb y Bowen, trajeron de los estudios orientales la idea de que el mundo islámico formaba una unidad cultural, fundada sobre un núcleo cultural común que solo el orientalista estaba capacitado para descifrar. Como sostuvo más tarde Gibb justificando el rol del orientalista en los programas de estudios de área, su función

es proveer dicho núcleo a partir de su conocimiento y entendimiento de los invisibles... explicar el por qué, más que el qu  y el cómo, y esto precisamente porque es o debería ser capaz de ver los datos no simplemente como hechos aislados, explicable en y por sí mismos, sino en el amplio contexto y larga perspectiva de los hábitos culturales y de la tradición (Gibb, 1964, citado en Johnson y Tucker, 1975: 7).

Es importante notar que dicho esquema de conocimiento “orgánico” del Medio Oriente como un todo interrelacionado no parecía, en los años treinta, plantear un problema sobre la relación entre los estudios de área y las disciplinas de las ciencias sociales. El elaborado plan de divisiones horizontales y verticales de la temática de estudio estaba basada en un “principio natural” de demarcación según grupos ocupacionales (la aldea, la industria, el comercio, el ejército, la religión, etc., llegando hasta el gobierno y la administración, concebida simplemente como otra ocupación). No había un análisis específico sobre “el Estado”, ni una esfera separada llamada “la economía”. Por consiguiente, no existía un problema teórico o práctico sobre cómo relacionar este análisis con los distintos dominios disciplinarios de la economía, la ciencia política y la sociología. En Oxford, donde Gibb daba clases, dichas disciplinas no estaban aún organizadas en facultades separadas.

Los otros estudios de  rea

Cuando la Segunda Guerra Mundial desplazó el centro de gravedad de la investigación académica hacia los Estados Unidos, dos factores retrasaron el desarrollo de los estudios de área del Medio Oriente. Primero, hubo una ruptura con los centros de investigación en el mundo árabe y

los etnógrafos coloniales y otros académicos que circulaban entre Europa y Medio Oriente. Estados Unidos no tenía una base académica comparable. Aunque los fondos durante la guerra habían sostenido programas intensivos en idiomas de Medio Oriente en varias universidades estadounidenses, y académicos individuales habían sido introducidos al Medio Oriente a través del servicio militar durante la guerra, particularmente en trabajo de inteligencia militar o del Departamento de Estado, pasaron dos décadas hasta que el financiamiento de la Fundación Ford produjera un cuerpo considerable de especialistas universitarios. En 1949, ningún académico con dedicación exclusiva en ninguna universidad podía reivindicarse experto en la economía, la sociología o la política del Medio Oriente moderno, según un informe del ACLS, y de un solo antropólogo estadounidense se sabía que estaba dirigiendo investigaciones sobre el área (American Council of Learned Societies, citado en Winder, 1987).⁴⁵ Los historiadores eran casi igual de escasos.⁴⁶

Mientras tanto, orientalistas séniores debían ser traídos de Europa para dirigir los programas sobre el Medio Oriente, lo que llevó tiempo. Gibb se mudó desde Oxford para encabezar el Center for Middle Eastern Studies⁴⁷ en Harvard a mediados de los cincuenta, Gustav von Grunebau, un refugiado temprano de Vienna, viajó desde Chicago para encabezar el centro en UCLA; en 1956 Yale contrató a Franz Rosenthal, un orientalista alemán que había llegado a los Estados Unidos en 1940; y en 1952 Berkeley nombró a George Lenczowski, un exiliado Polaco formado en Francia que había llegado al país en 1945.⁴⁸

La segunda causa de retraso fue que, en contraste con la situación en la Europa de preguerra, en Estados Unidos las universidades estaban ya claramente divididas en departamentos de ciencias sociales separa-

45 Según Winder, el antropólogo era probablemente Carleton Coon. Entre los escritos de Coon se cuentan *Tribes of the Rif* (N. del T.: Tribus del Rif) (1931); *Southern Arabia: A Problem for the Future* (N. del T.: Arabia Saudita: un problema para el futuro) (1944), *Caravan: The Story of the Middle East* (N. del T.: Caravana: la historia del Medio Oriente) (1951), y *The Impact of the West on Middle Eastern Social Institutions* (N. del T.: El impacto de Occidente en las instituciones sociales de Medio Oriente) (1952).

46 El único historiador consagrado en los Estados Unidos que trabajó sobre alguno de los idiomas de la región fue Philip Hitti en Princeton. Hamilton Gibb escribió en 1956 que "En Inglaterra y en Francia hay como máximo tres o cuatro académicos orientalistas que son historiadores profesionales... En los Estados Unidos serían difícil encontrar tantos." (Gibb, 1956, citado en Halpern, 1962: 119).

47 N. del T.: Centro de Estudios del Medio Oriente.

48 Muchos otros académicos destacados en Estudios Orientales formados en Europa vinieron a los Estados Unidos, incluyendo estudiosos de arte islámico (Richard Ettinghausen, Oleg Grabar), derecho islámico (Joseph Schacht), y religión (Wilfred Cantwell Smith) y, a mediados de los 1970s, el historiador Bernard Lewis. En los tardíos 1980 y 1990 una segunda generación de académicos sénior europeos se mudaron a los Estados Unidos, casi todos de Gran Bretaña, incluyendo Talal Asad, Michael Cook, Patricia Crone, Michael Gilsenan, Roger Owen, y Peter Sluglett.

dos. La práctica europea de volver autoridades en el período moderno a aquellos formados en estudios orientales no podía producir conocimiento académico que calificara en Estados Unidos como ciencia social.⁴⁹ Los cientistas sociales, por otro lado, no tenían formación en idiomas e historia de Medio Oriente. El más influyente trabajo de ciencias sociales sobre la región, *The Passing of Traditional Society*⁵⁰ de Daniel Lerner, publicado una década después del informe de la ACLS en 1958, fue producido por un académico sin antecedentes en el estudio de Medio Oriente y sin conocimiento de sus idiomas (Lerner, 1958).

Sin embargo, mientras que la división de la academia estadounidense en disciplinas profesionales discretas dificultaba el estudio de la región, este resultó paradójicamente un importante estímulo al desarrollo del fenómeno específicamente estadounidense de los estudios de área. Los orígenes de esta división del trabajo podrían remontarse hasta tan lejos como el cambio de siglo. Pero, en los años de la Segunda Guerra Mundial, en ambos lados habían adquirido una nueva importancia. En décadas anteriores, lo que distinguía a las disciplinas eran los diferentes tipos de interrogantes sociales que intentaban responder. Los economistas estaban preocupados por los precios, los mercados y los ciclos económicos; los politólogos por las leyes públicas, las legislaturas y el comportamiento de los partidos y los votantes; y los sociólogos por los problemas sociales que surgían de la industrialización y el crecimiento de las ciudades. En un proceso que comenzó en los años treinta y concluyó en los cincuenta, las ciencias sociales se transformaron en una especie de estudio de área. Cada una inventó un objeto que marcó el territorio exclusivo de la disciplina y definió sus fronteras con las otras.

El ejemplo más claro de esto lo brindó la economía, que desde los tardíos años treinta inventó el término “la economía” como el objeto de su conocimiento, un concepto que fue de uso general recién en los cincuenta (Mitchell, 1998 y 2002). La ciencia política intentó hacer algo similar reabajando la vieja idea del estado, pero en los tardíos años cuarenta y cincuenta abandonó el estado en favor de la idea más inclusiva y científica del “sistema político” (Mitchell, 1991 y 1999). En sociología, hubo un desplazamiento equivalente desde el estudio de problemas y procesos sociales discretos hacia el análisis de la sociedad como un todo o, en la más elaborada formulación parsoniana, del sistema social. El cambio en antropología tomó impulso en el mismo período, con Franz

49 Para dar un ejemplo, Manfred Halpern describió a “Bernard Lewis, *The Emergence of Modern Turkey*” (N. del T.: La emergencia de la Turquía moderna) (1961) como “académico, brillante, escrito con estilo,” pero se quejó de que “carece de un marco conceptual o teórico sistemático” (Halpern, 1962: 111).

50 N. del T.: La Desaparición de la Sociedad Tradicional.

Boas, Ruth Benedict, Clyde Kluckhohn, A. L. Kroeber y otros reorientando la disciplina en los Estados Unidos alrededor de una nueva definición del término “cultura”, significando la totalidad del modo de vida de un país o pueblo particular.⁵¹ En efecto, la palabra “área” se usaba en ese momento para referirse a estos territorios teóricos recientemente delimitados.⁵²

Estos cambios pueden ser relacionados con la profesionalización de las ciencias sociales en el segundo tercio del siglo XX, incluidos los reclamos por autoridad científica que pudieran ser fundados sobre el control territorial exclusivo de los nuevos objetos teóricos.⁵³ Pero también registraron y contribuyeron con un cambio político e intelectual más amplio: lo que yo llamaría la nacionalización del conocimiento social. Las historias sobre el nacionalismo se concentran en sus orígenes en los siglos XVIII y XIX en Europa, y más recientemente en sus orígenes coloniales.⁵⁴ No obstante, es fácil olvidar que el término “nacionalismo” se volvió de uso corriente recién en el siglo XIX, y que solo en el período de entreguerras el conocimiento oficial y académico empezó a representar la palabra como una serie de estados nación. Con el creciente vigor de los movimientos anti-imperialistas en el mundo colonial, el colapso de los imperios europeos y el desarrollo por parte de Estados Unidos de formas más efectivas de imperialismo —en América Central y el Caribe, en el Pacífico y en el Golfo Pérsico— fundadas sobre regímenes locales nominalmente soberanos, el mundo empezó a ser visto ya no como una red de imperios, sino como un sistema de estados-nación presuntamente equivalentes. Cada unidad geográfica era imaginada, a su vez, como poseedora de una economía, retratada en términos del nuevo tropo estadístico llamado ingreso nacional; un sistema político o estado autocontenido; un cuerpo homogéneo llamado sociedad; e incluso una cultura nacional distintiva. A cada unidad le fue dada también una historia nacional.

Como el conocimiento profesional, político y académico empezó a ver al mundo como una serie de estados nación, también empezó a imaginarlo como consistiendo de una serie de economías nacionales,

51 El nuevo concepto de cultura abrió el camino a la antropología estadounidense de posguerra para estudiar sociedades, complejas, alfabetizadas, incluyendo aquellas de Medio Oriente (Geertz, 1995: 43-4).

52 Ver el memorándum de Harvard producido por Talcott Parsons, Clyde Kluckhohn, O. H. Taylor y otros en los cuarenta, *Towards a Common Language for the Areas of the Social Sciences* (N. del T.: Hacia un lenguaje común para las áreas de las ciencias sociales), citado en Geertz (1973).

53 La profesionalización de las ciencias sociales durante el período de entreguerras y el surgimiento del “cientismo” es trabajado en Ross (1991).

54 Para una discusión de la literatura sobre nacionalismo, ver mi artículo (Mitchell, 2000).

sociedades, culturas e historias discretas. Los objetos que definían ahora el territorio intelectual de las ciencias sociales tenían fronteras que coincidían con aquellos del estado nación. En las mismas décadas en que las redes globales de materias primas, riquezas y poder empezaron a ser representadas bajo la forma simplificada de un sistema universal de estados nación soberanos, las disciplinas de las ciencias sociales fueron organizadas alrededor de objetos que asumieron en cada caso la estructura del Estado nación como su patrón social universal.

De este modo, el desarrollo de una forma de estudios de área en los Estados Unidos se cruzó con otra. El intento por construir “el Medio Oriente” y otras regiones como objetos territoriales separados definiendo un campo de estudio legítimo se cruzó con el intento de crear “la economía”, “el sistema político”, la “cultura” y la “sociedad” como fases sociales distintas, tomando cada una al estado nación como su lugar y extensión normales, y definiendo cada una el territorio de una disciplina autocontenida.

La construcción cruzada de dos tipos de estudios de área fue la fuente de mucha de la importancia atribuida a los programas de área en los cincuenta y los sesenta. En primer lugar, la división del análisis social en el estudio separado de la economía, el sistema político, la cultura y la sociedad, que parecía evidente para el estudio de los Estados Unidos y Europa, se veía prematura para el caso de las regiones subdesarrolladas no-occidentales.

Solo una sociedad que ha alcanzado ya una estabilidad dinámica –escribía Halpern– puede permitirse pensar en política, economía o cultura como esferas de existencia genuinamente autónomas y no simplemente divisiones convenientes para su estudio. En una sociedad tradicional...o [una] que está enteramente en proceso de cambio, la conexión entre, digamos, política y todos los demás aspectos de la vida es el corazón de la cuestión”. Si la antigua tradición de los estudios orientales no era ya práctica, “entonces la división del trabajo entre disciplinas requiere no obstante un sentido de la totalidad, de modo tal que no se pierda el propósito común del trabajo dividido” (Halpern, 1962: 121).

Esta noción del todo sería brindada por un “nuevo tipo de orientología”, afirmaba Halpern, en cuyo área los expertos formados en las idiomas, historia y cultura de la región superarían la estrechez de sus enfoques disciplinares (Halpern, 1962: 111). Los estudios de área compensarían las limitaciones de las nuevas y profesionalizadas ciencias sociales.

Los estudios de área tenían una segunda y aún mayor contribución que hacer al desarrollo de las ciencias sociales. Solo a través de los estudios de área podría la ciencia social volverse universal. Había dos maneras, se proponía, en las que se haría dicha contribución. Primero, los

estudios de área limpiarían a la teoría social de su provincialismo. En una conferencia nacional sobre el estudio de áreas mundiales celebrada en noviembre de 1947, Pendleton Herring de la Corporación Carnegie sostenía:

Varios especialistas ahora interesados en el estudio de áreas han sido entrenados en campos de temáticas que son en gran medida el producto de nuestra propia cultura occidental. Esto vale particularmente para la economía, la sociología, la psicología y la ciencia política. Los esquemas conceptuales sobre los cuales se basan estas disciplinas son, en gran medida, el producto del pensamiento e instituciones occidentales (...). Los especialistas cuyo entrenamiento deriva de dicho contexto están ahora intentando aplicar sus métodos de análisis a culturas que son muy diferentes (...). [Si] hubiere un provincialismo entre estas disciplinas, será rápidamente revelado cuando los expertos apliquen sus fórmulas a culturas ajenas (Herring, citado en Wagley, 1948: 6-7).

Los estudios de área servirían como un campo de pruebas para la universalización de las ciencias sociales. Así como datos extraordinarios de otras regiones eran incorporados en las ciencias naturales, la investigación por área sería incorporada en las ciencias sociales y eventualmente en las humanidades, “para brindar datos comparativos y concretos que aporten a la generalización y también teoría” (Wagley, 1948: 9).

Segundo, con cada ciencia social dedicada a su propia área de la realidad social, los estudios de área ofrecieron los medios para superar el nuevo espíritu de aislamiento profesional. Para algunos académicos, los estudios de área brindarían a las ciencias sociales los medios para enriquecerse mutuamente, pero reteniendo su exclusividad territorial como disciplinas separadas (algo que se arriesgarían a perder si la misma colaboración ocurría en el estudio de la sociedad estadounidense). Otros esperaban combinar las perspectivas de las diferentes disciplinas en lo que Talcott Parsons llamó una “estructura total de conocimiento científico” (Talcott Parsons, citado en Wagley, 1948: 6). Para estos académicos, la región de estudios de área podría brindar un todo definible en el que tendría lugar la integración de las disciplinas. El estudio por área era análogo al estudio de la medicina, sugería Parsons, correspondiendo el organismo humano total a la totalidad de la sociedad humana. Así como la comprensión de los problemas prácticos del “hombre íntegro” requería de la colaboración entre varias ciencias —“anatomía, fisiología, bioquímica, bacteriología, e incluso psicología y algunas de las ciencias sociales”— de la misma forma, el estudio de un área proveería “un enfoque concreto para las disciplinas de las ciencias sociales y los campos relacionados de las humanidades y las ciencias naturales”.

Parsons describía este desarrollo integrado de las disciplinas tomando prestado el nuevo lenguaje del desarrollo de las regiones subdesarrolla-

das, incluyendo el mismo vocabulario de importancia estratégica. En dos disciplinas “comparativamente nuevas”, sociología institucional y antropología social, el requerido “nivel de conocimiento y competencia todavía no está difundido, aún en el seno de las propias profesiones, por no hablar de difusión hacia los representantes de las disciplinas vecinas con quienes tienen que cooperar en los estudios de área”. No obstante estos campos más nuevos brindaron un “puente fundamental” entre las disciplinas “altamente desarrolladas” de la economía y la ciencia política por un lado y el campo en desarrollo de la psicología, por el otro. La sociología y la antropología resultaban por lo tanto “de particular importancia estratégica para los estudios de área” y era necesario “corregir su desarrollo desigual”. Los límites geográficos de un área requerirían especialistas para reunir su conocimiento, forzando entre ellos el “trabajo en equipo” que haría superar dicha desigualdad. Induciendo la cooperación requerida para el desarrollo integrado de una estructura total de conocimiento, los estudios de área “podrían tener un efecto profundo en la investigación en ciencia social” (Talcott Parsons, citado en Wagley, 1948: 6).

El desarrollo de los estudios de área no fue simplemente una reacción a las necesidades de la Guerra Fría, sino esencial a la tentativa más amplia de crear una estructura soberana de conocimiento universal –parte ella misma del proyecto de una modernidad estadounidense globalizada a la cual la Guerra Fría también pertenecía. Es en este contexto más amplio que quisiera situar el actual problema de los estudios de área. La llamada crisis de los estudios de área desde los noventa es mejor entendida como una crisis en la habilidad de ambos tipos de objeto territorial –aquellos de los estudios de área y aquellos de las ciencias sociales– para delimitar y legitimar un campo académico.

Profesionalización y política

Para 1967, una nueva generación de investigadores séniores habían establecido los estudios de Medio Oriente como un campo de experticia organizado. En diciembre de dicho año, la Middle East Studies Association of North America (MESA), fundada doce meses antes por un grupo de 51 hombres y financiada con una beca de 5 años de \$56.000 de la Fundación Ford, celebró su primera reunión anual en Chicago.⁵⁵ La iniciativa de establecer MESA vino del Near and Middle

55 NYU, Hagop Kevorkian Center for Near Eastern Studies, "MESA" file. Vicente Rafael examina los rasgos de género de la construcción de los estudios de área de la posguerra (Rafael, 1994: 94-95).

Committee⁵⁶ del Social Science Research Council (SSRC), también fundado por la Fundación Ford. Morroe Berger, un sociólogo de Princeton y presidente del comité, fue el primer presidente de la asociación. La secretaria del MESA fue alojada en la Universidad de Nueva York (NYU), donde fondos de la NDEA habían apoyado recientemente la creación de un Center for Near Eastern Studies.⁵⁷ El centro de la NYU se sumó a otros ocho fundados entre 1959 y 1961, en Harvard, Michigan, Princeton, John Hopkins, Universidad Estatal de Portland, Texas, Utah y UCLA, y tres más fundados en el curso de los 1960 en Berkeley, Georgetown y Pennsylvania.

Aunque muchos de estos centros eran aún dirigidos por académicos formados en estudios orientales, había asociado a ellos un número creciente de investigadores sociales séniores, especialmente politólogos.⁵⁸ Para 1967 había especialistas titulares en política de Medio Oriente en, entre otras, Harvard, Princeton, Michigan, UCLA, Northwestern, Chicago, Columbia, NYU y Berkeley. (Treinta años antes, había profesores titulares en política de Medio Oriente solamente en las tres últimas de esa lista). Desde mediados de los sesenta, esta nueva generación de cientistas sociales titulares, hombres, comenzaron a tomar control sobre el liderazgo de los estudios estadounidenses de Medio Oriente.

Si 1967 marcó la institucionalización completa del campo del Medio Oriente, marcó también la emergencia de nuevos problemas. En un informe escrito en mayo de 1967 y publicado en el segundo número del MESA Bulletin⁵⁹ en noviembre de 1967, en la noche de la reunión anual inaugural de la MESA, Morroe Berger declaró que el Medio Oriente “ha ido retrocediendo en importancia política inmediata para los Estados Unidos (en tanto “noticia” como en tanto “molestia” para la sociedad) en relación con África, América Latina y el Lejano Oriente” (Berger, 1967: 16). Como ha remarcado Edward Said, dado el momento en el cual fue publicado, poco después de la guerra árabe-israelí de junio de 1967, e incluso en el cual fue escrito, en medio de la crisis previa a la guerra, se trataba de una declaración extraordinaria (Said, 1978: 288-289). Parece reflejar algo más que miopía, algo más parecido a una negación de la situación histórica en la cual se encontraba el propio campo, indicando tal vez la amenaza que esta situación representaba a la autoridad experta en el nuevo área.

56 N. del T.: Comité del Cercano y Medio Oriente.

57 N. del T.: Centro de Estudios del Cercano Oriente.

58 Los planes para atraer economistas y sociólogos a los estudios de Medio Oriente fueron mucho menos exitosos. De 81 profesores dando cursos no lingüísticos sobre el Medio Oriente en los centros de NDEA en 1964-65, solamente cuatro eran en economía y tres en sociología (Berger, 1967: 14).

59 N. del T.: Boletín de la MESA.

Mientras la junta de MESA discutía en privado, la guerra de junio de 1967 causaba la cancelación de varios viajes de investigación, el cierre de embajadas estadounidenses a lo largo de la región, por no mencionar un vuelco en el curso de la historia de esta última. Sin embargo, las reuniones de MESA celebradas seis meses después no discutieron el acontecimiento, y de hecho la junta tomó medidas para evitar su discusión. Un tal Sr. Shabatai propuso presentar un trabajo sobre la historia del conflicto árabe-israelí, pero la junta le pidió “que retirara su artículo dado lo delicado de este tema”, y porque, aunque fuera estudiante de posgrado, estaba afiliado a un servicio diplomático extranjero.⁶⁰ El incidente era un síntoma de los problemas que el campo estaba empezando a afrontar.

La autoridad de los estudios de Medio Oriente estaba basada sobre su pretensión de estatus científico como campo de experticia independiente. Esta pretensión no requería silencio en temas políticos. Varios de estos expertos escribieron sobre temas contemporáneos, incluyendo aquellos que apoyaban al Estado de Israel, como lo hacían la mayoría de las principales figuras del campo. Lo que no podían permitir fácilmente era la polémica entre ellos mismos, o el debate de temas “sensibles” que pudieran producir tales controversias. La polémica revelaría tal vez la naturaleza precaria de su independencia. Socavaría la habilidad de los académicos de hablar con una voz única, desde una posición singular, como la autoridad de la ciencia y la experticia profesional requerían. Desafiaría lo que Irene Gendzier y Vincente Rafael han descrito de maneras distintas como el estilo de conocimiento liberal managerial, con el cual los estudios de área organizaban los problemas y las poblaciones del no-Occidente y los mantenían a una distancia prudente (Gendzier, 1985; Rafael, 1994: 92-98).

Como consecuencia, los estudios de Medio Oriente tendieron a evitar el análisis académico de Israel y del tema de los derechos palestinos. Una revisión del campo en 1962 notó la relativa ausencia de estudios sobre Israel, mientras un influyente artículo de la *American Political Science Review*⁶¹ del mismo período diseñaba un marco para el estudio de la región excluyendo deliberadamente al estado de Israel (y así a la cuestión palestina), como lo hizo *The Arab World Today*⁶² (1962) de Morroe Berger (Halpern, 1962: 112-113; Binder, 1957; Berger, 1962). En la reunión anual de MESA de noviembre de 1973 nuevamente no

60 Minutas de la Tercera Reunión de la Junta de Directores, University of Chicago, 9 de diciembre de 1967 (NYU, Hagop Kevorkian Center for Near Eastern Studies, "MESA" file) En su cuarta reunión, el 18 de marzo de 1988, la junta corrigió estas minutas para quitar la referencia a la delicadeza del tema. Shabatai era un estudiante de posgrado israelita, inscripto en la Universidad de Chicago.

61 N. del T.: *Revista Americana de Ciencia Política.*

62 N. del T.: *El mundo árabe hoy.*

hubo discusión formal sobre la guerra árabe-israelí que había recién acabado (Binder, 1975: 10).⁶³ En su discurso Presidencial de MESA el año siguiente, Leonard Binder de la Universidad de Chicago (un estadounidense que había combatido en el ejército israelí en la guerra con Palestina de 1948-1949 mientras estudiaba en Harvard y había empezado a aprender árabe cuando fue tomado prisionero de guerra en Jordania) defendió la ausencia de discusión sobre el conflicto palestino-israelí en las reuniones profesionales. El silencio no era porque los académicos no tenían nada para decir, explicaba, sino que era una cuestión de “lo que uno podría apropiadamente decir en este contexto” (Binder, 1975: 10).

La profesionalización de los estudios de Medio Oriente, confirmada por la fundación de MESA en 1967, representó un intento por definir este “contexto” en el cual los académicos pudieran hablar en tanto tales, y por establecer lo que era apropiado decir. Inmediatamente antes de la fundación de MESA, los principales académicos del campo habían sido avergonzados por un incidente que planteó interrogantes sobre su independencia académica. En 1964, la revista *Middle Eastern Affairs*,⁶⁴ lanzada en 1950, dejó de ser publicada abruptamente luego de que fuera descubierto y difundido que la misma era subsidiada por fuentes políticas (Winder, 1987: 59-60)⁶⁵. El comité asesor editorial de la revista incluía investigadores séniores en Medio Oriente de Berkeley, Harvard, Yale, Columbia, y la Universidad Hebrea de Jerusalén. Poco después, una organización llamada *American Association for Middle Eastern Studies*⁶⁶ (AAMES), fundada en 1958 con un igualmente distinguido comité de asesores académicos, detuvo sus actividades con la misma brusquedad, incluyendo la publicación de la revista *Middle Eastern Studies*⁶⁷ (1958-1964), luego de ser acusada de tener vínculos no declarados con organizaciones sionistas (Zartman, 1970: 5)⁶⁸. AAMES publicaba libros de texto y organizaba cursos de verano para presentarles el Medio Oriente a profesores universitarios. Los cursos eran dictados en la región y divididos en dos partes, una en un país árabe, en Marruecos o Egipto, y la otra siempre en Israel.

El cierre abrupto de estas revistas y asociaciones planteó la pregunta por el financiamiento secreto de los estudios de Medio Oriente, inclu-

63 Discutiendo la reunión del año anterior.

64 N. del T.: Asuntos de Medio Oriente.

65 Winder no menciona cuáles fuentes políticas subsidiaban a la revista, pero políticamente era tanto pro-Washington como pro-Israel.

66 N. del T.: Asociación Americana para los Estudios de Medio Oriente.

67 N. del T.: Estudios de Medio Oriente.

68 Más tarde ese mismo año, en octubre de 1964, una revista del mismo nombre fue lanzada en Londres, bajo la edición del Prof. Elie Kedourie de la Escuela de Economía de Londres.

yendo no solo el posible rol de organizaciones sionistas sino también el papel que podría haber tenido la United States Central Intelligence Agency⁶⁹ a E (CIA).⁷⁰ Solo recientemente ha sido entendido cuán ampliamente la CIA influyó la producción de cultura académica e intelectual alrededor del mundo en la segunda mitad del siglo XX. La historia del Congress for Cultural Freedom,⁷¹ instalado por la CIA en París, es ahora bien conocida, incluyendo su financiamiento de la revista británica *Encounter*.⁷² Los esfuerzos de la CIA se extendieron mucho más allá de esto, para incluir el financiamiento de arte, música, congresos académicos y culturales, libros, traducciones, y una amplia variedad de publicaciones dispuestas a criticar al marxismo o a la Unión Soviética y a apoyar, o al menos permanecer en silencio sobre la violencia estadounidense en Vietnam y otras partes del mundo (Saunders, 1999). Entre las publicaciones que la agencia financió en el exterior se encontraba un equivalente árabe de la revista *Encounter*, *al-Hiwar*,⁷³ fundada en Beirut en los tempranos sesenta bajo la edición de un distinguido escritor palestino, Tawfiq Sayyigh (Saunders, 1999: 334). *Al-Hiwar* dejó de publicarse en 1967 tras ser revelado el financiamiento por parte de la CIA del Congress for Cultural Freedom.

No se ha hecho aún ninguna investigación adecuada sobre el alcance del involucramiento de la CIA en los estudios de Medio Oriente en los Estados Unidos. Un episodio tardío involucrando a Nadav Safran es el más conocido. Safran era Profesor de Gobierno en Harvard, donde dio clases por más de 30 años. Como Binder, su equivalente en Chicago, había servido en el ejército israelí en la guerra de Palestina de 1948-49. En 1982 recibió una beca de \$107.430 de la CIA para llevar a cabo investigaciones en Arabia Saudita. La remuneración estipulaba que debía mantener en secreto la fuente de sus fondos y aclarar la publicación de su investigación por la agencia. Aunque esta restricción violaba la política de Harvard, el decano al que reportaba no planteó objeción alguna. Dos años más tarde recibió una beca de \$45.700 para organizar una conferencia en Harvard sobre fundamentalismo islámico. Las noticias sobre las fuentes secretas de los fondos se filtraron y el 1 de enero de 1986 Safran fue forzado a renunciar como director del Center for Middle Eastern Studies de Harvard (pero no como Profesor de Gobierno), no por aceptar fondos de la CIA sino por rehusarse a pagar parte de

69 N. del T.: Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos.

70 Sobre la injerencia de la C.I.A. en los estudio de Medio Oriente ver (Mitchell, 2002: 148-152).

71 N. del T.: Congreso para la Libertad Cultural.

72 N. del T.: *Encuentro*.

73 N. del T.: *Diálogo*.

la beca en concepto de *overhead*⁷⁴ por gastos generales a la universidad (Winder, 1987: 61-62).

Varios de estos académicos que surgieron como la primera generación de científicos sociales del campo alrededor de mediados de los 1960 tenían conexiones previas con la inteligencia estadounidense. William Zartman de NYU había servido en inteligencia naval en Marruecos y desarrollado lazos estrechos con las fuerzas armadas marroquíes. J. C. Hurewitz en Columbia, Manfred Halpern en Princeton, su colega Morroe Berger, el antropólogo de Harvard Carleton Coon, y varios otros habían realizado investigación de inteligencia durante la guerra o poco después, algunos con la Office of Strategic Services⁷⁵ (antecesora de la CIA), otros en el State Department's Bureau of Research and Intelligence⁷⁶. Ninguno de ellos mantuvo necesariamente sus vínculos con la inteligencia estadounidense después de volverse académicos. Berger, no obstante, el hombre que había presidido el Near and Middle East Committee⁷⁷ del SSRC y devenido presidente fundador de MESA, había cumplido un rol en la creación de la National Defense Education Act en 1958. Como estudiante en Nueva York en los tardíos treinta, Berger había sido un miembro del movimiento trotskista de Nueva York, muchos de los cuales se volvieron activos anticomunistas después de la guerra y en varios casos giraron bien a la derecha (Wald, 1987: 311-321). Algunos de ellos, incluyendo el periodista Irving Kristol, el filósofo neoyorkino Sidney Hook y el editor de *Encounter*, Melvin Lasky, fueron luego financiados y apoyados por la CIA. Berger también tenía vínculos con la CIA. Era un miembro del Congress for Cultural Freedom y fue el académico que reclutó al editor para el equivalente árabe de la revista *Encounter*, *al-Hiwar*. El generoso dinero de la CIA que ofreció al futuro editor llevaba consigo una condición: que la revista publicara artículos sobre la posición de las comunidades musulmanas en la Unión Soviética.⁷⁸

La fundación de MESA inmediatamente después del cierre de la AAMES, y la superposición en la conducción de ambos cuerpos, llevó a

74 N. de T.: No existe traducción en español. Se trata del porcentaje de los fondos de investigación que suelen aportarse a los centros de estudio y/o laboratorios científicos donde se desarrollan las investigaciones en concepto de gastos de funcionamiento.

75 N. del T.: Oficina de Servicios Estratégicos.

76 N. del T.: Buró de Investigación e Inteligencia del Departamento de Estado.

77 N. del T.: Comité del Cercano y Medio Oriente.

78 Morroe Berger había intentado reclutar a Abu-Lughod para editar la revista. Berger no reveló la fuente de sus fondos, pero el gran monto de dinero en oferta y la condición con respecto a la Unión Soviética hicieron sospechar a Abu-Lughod. Cuando los datos sobre su involucramiento con la CIA fueron revelados en los tardíos sesenta, muchos de los intelectuales estadounidenses que recibían fondos de la CIA afirmaron que no se habían dado cuenta de quién les estaba pagando. Saunders (1999), usando fuentes desde el interior de la CIA, plantea poderosas dudas sobre esta afirmación.

algunos académicos a temer que MESA fuera simplemente una continuación de la anterior organización pro-Washington y pro-Israelita. No está claro que haya habido alguna conexión, pero la sospecha persuadió a un grupo de académicos estadounidenses de origen árabe de formar una organización profesional contraria. La guerra de 1967 los había conmocionado al hacerles notar que los académicos que opinaban sobre el Medio Oriente en Estados Unidos, inclusive la minoría que parecían empáticos con el mundo árabe, no eran de la región y no hablaban por la región. Los académicos árabe-estadounidenses empezaron a desafiar el estilo de independencia académica con el cual los académicos del *establishment* mantenían tanto su estatus de expertos como el silencio sobre temas controversiales, especialmente la cuestión palestina. Entre 1967 y 1968, formaron la Association of Arab-American University Graduates⁷⁹ (AAUG), que organizó una serie de conferencias anuales y publicaciones bajo el liderazgo de Ibrahim Abu-Lughod (Abu-Lughod, 2000).⁸⁰ Por varios años estas fueron programadas para superponerse con las reuniones de MESA. La AAUG empezó a desafiar no solo el liderazgo de los estudios de Medio Oriente y su presunta independencia profesional, sino su construcción de la región de estudio. Una década más tarde, Abu-Lughod junto con Edward Said instalaron un centro de investigación bajo los auspicios de AAUG, el Instituto de Estudios Árabes, que publicaba la *Arab Studies Quarterly*⁸¹ y respaldaba investigaciones que definían al mundo árabe, más que al Medio Oriente, como la región de estudio. Su objetivo era desafiar la premisa de los Estudios de Medio Oriente de que “el Medio Oriente” era una única región cultural. Aducían que esa era una concepción colonial que, incluyendo Turquía e Irán dentro de los países árabes, minimizaba la más fuerte cultura compartida del mundo de habla árabe. También creían que expandir la región para incluir a los dos países no árabes había hecho que la posición anómala de Israel, como estado fundado por europeos en medio del mundo árabe, resultara menos obvia.

La crisis del orientalismo

Estos acontecimientos sugieren la necesidad de encontrar una forma alternativa de discutir los problemas afrontados por los estudios de área

79 N. del T.: Asociación de Graduados Árabe-Americanos.

80 Véase el folleto (AAUG, 1977) para una historia del grupo. Mi discusión del AAUG se inspira también en una comunicación personal de Ibrahim Abu-Lughod (2000).

81 N. del T.: *Revista Trimestral de Estudios Árabes*.

desde los tardíos sesenta y tempranos setenta. La aproximación típica al análisis de los estudios de área procede como una discusión sobre cuestiones de teoría. Las preguntas sobre la construcción del objeto de conocimiento, o sobre la relación entre los académicos de Estados Unidos con la política de la región, si es que siquiera son tratadas, tienden a ser subsidiarias de la historia del desarrollo teórico del campo. Según esta historia, la teoría de la modernización domina el campo de los estudios de área hasta los tardíos sesenta o tempranos setenta. Luego es desafiada en los campos de la historia y la ciencia política por la teoría de la dependencia, que surge en los Estudios Latinoamericanos y es importada después en África, Medio Oriente, y otras regiones de estudios de área. Estos campos intentan, con diferentes grados de éxito, ponerse al día con los avances teóricos del campo latinoamericano, mientras que el mismo avanza ya hacia críticas del paradigma dependientista.

La historia de los estudios de Medio Oriente sugiere la posibilidad de contar una historia diferente y más compleja, una cuya narrativa no esté organizada en términos de auge y declive de teorías. Hay varias características del campo de los estudios de Medio Oriente que pueden complicar la historia. Primero, la crítica de Medio Oriente de la teoría de la modernización fue escrita por primera vez a mediados de los cincuenta, más de una década antes de la aparición de la teoría de la dependencia en América Latina, y de hecho antes de la expresión plena de la propia teoría de la modernización en trabajos como *The Stages of Economic Growth*,⁸² de Walter Rostow (1960). En 1957, un egipcio de 26 años defendió una tesis doctoral en economía en París titulada “On the Origins of Underdevelopment: Capitalist Accumulation on a World Scale”.⁸³ Tomando prestadas las ideas de núcleo y periferia de Raúl Prebisch, Samir Amin les dio un nuevo significado sosteniendo que el subdesarrollo de la periferia no es un constante “ajuste estructural” (la frase de Amin de 1957) al cual están sujetas las sociedades de la periferia. La acumulación del capital está organizada a “escala mundial”, afirmaba –dos décadas antes del desarrollo de la teoría del capitalismo como “sistema-mundo” de Wallerstein– y es esta la escala en la que deberían ser estudiados los problemas de las sociedades locales.

Amin había sido estudiante en París desde 1947, parte de un grupo de árabes, africanos, vietnamitas y otros estudiantes del tercer mundo que publicaban la revista *Étudiants anticolonialistes*⁸⁴ (1949-1953). También contribuyó con la revista radical *Moyen Orient*,⁸⁵ publicaba en los

82 N. del T.: *Las Etapas del Crecimiento Económico*.

83 N. del T.: *Sobre los Orígenes del Subdesarrollo: Acumulación Capitalista a Escala Mundial*.

84 N. del T.: *Estudiantes Anticolonialistas*.

85 N. del T.: *Medio Oriente*.

mismos años bajo la edición del francés, marxista e investigador sobre Medio Oriente, Maxime Rodinson. Luego de completar su tesis en 1957 Amin guardó el manuscrito en un cajón y volvió a Egipto, para involucrarse en la campaña política post guerra de Suez para una transformación social más radical. En 1960, fue obligado a abandonar Egipto, cuando el régimen de Nasser intensificaba su represión sobre la izquierda. Pasó su exilio en África occidental y en París, y en 1964 publicó una crítica del populismo nasserista, *L’Égypte nasserienne*,⁸⁶ bajo el pseudónimo de Hasan Riad (Amin, 1964). Recién en 1970, dada la popularidad de la teoría de la dependencia latinoamericana, fue persuadido de publicar su tesis de 1957. La traducción al inglés, *Accumulation on a World Scale*,⁸⁷ apareció en Nueva York en 1974 (Amin, 1970).⁸⁸

Esta historia comienza a sugerir la complejidad de algunos de los factores que moldearon la “teoría” que desemboca o no desemboca en los estudios de área estadounidenses. El encuentro entre el mundo árabe y Occidente creó su propia crítica del paradigma de la modernización, pero bajo condiciones de migración y exilio distintas de aquellas que dieron forma a la “dependencia” latinoamericana. La cuestión a la que Edward Said se ha referido como “teoría ambulante” –los desplazamientos espaciales que pueden tornar la teoría en conciencia crítica– es parte importante de la estructuración de los estudios de área. Los intelectuales árabes exiliados no podían circular fácilmente de una capital a otra de la región, tal como sí los hacían los exiliados latinoamericanos dentro de la suya. En París se formaron coaliciones anticoloniales más amplias, alcanzadas en los cincuenta por los conflictos en Indochina y Argelia. En la urgencia de tales conflictos, una tesis podía pasarse décadas en un cajón.

Muchos otros rasgos del campo de los estudios de Medio Oriente dieron forma a su desarrollo en este período, aunque son omitidos por los relatos tradicionales escritos en términos del auge y declive de teorías. Un segundo factor fue el gran éxito del que gozó el campo en la academia estadounidense en los cincuenta y sesenta, comparado con un campo relativamente débil como los estudios latinoamericanos. El hecho de que ocho o más de los doce principales departamentos de ciencia política tenían un especialista en Medio Oriente con dedicación exclusiva en los tardíos sesenta podría bien haber inhibido el desarrollo de paradigmas rivales. Quizás la menor jerarquía del campo de estudios latinoamericanos dejó mayor espacio a visiones alternativas. Asimismo,

86 N. del T.: *El Egipto Nasseriano*.

87 N. del T.: *Acumulación a Escala Mundial*.

88 Mi consideración se basa en aquella autobiográfica de Amin en Wolfers (1994).

para un campo consolidado como los estudios de Medio Oriente, las fallas de la modernización para los tardíos sesenta podían convertirse en otro argumento para el fortalecimiento de los estudios de área. La modernización, se afirmaba ahora, era claramente un proceso tan complejo que su éxito o fracaso no podía ser el resultado de una única serie de eventos causales, como algunos investigadores como Rostow habían asumido. Debe ser en cambio el resultado de alguna de las combinaciones posibles de un gran número de factores. Ninguna ciencia social podría entonces, por sí sola, brindar una explicación. El problema del desarrollo podría ser resuelto solamente en los campos interdisciplinarios de los estudios de área (Binder, 1976: 13).

Un tercer factor surge de esto. Cuando la teoría de la dependencia fue tomada como un enfoque teórico rival, lo fue por una generación de jóvenes académicos cuya agenda no era simplemente el desarrollo teórico del campo sino el dismantelamiento de su organización profesional y la construcción de una nueva relación entre la academia y los países y pueblos que estudiaban. En 1971, un grupo de jóvenes investigadores y activistas sobre Medio Oriente fundaron el Middle East Research and Information Project⁸⁹ (MERIP), un colectivo que empezó a publicar el periódico *MERIP Reports*,⁹⁰ más tarde renombrado *Middle East Report*.⁹¹ En una reunión de MESA de 1977, miembros del grupo MERIP y otros progresistas formaron el Alternative Middle East Studies Seminar⁹² (AMESS) como un foro académico rival. MERIP y AMESS promovieron aproximaciones a la región relativas a la economía política y a la dependencia, el estudio de luchas populares y grupos subalternos, una crítica de la opresión política practicada por todos los regímenes de la región y del apoyo corporativo y gubernamental a la mayoría de estos regímenes en Estados Unidos, y la discusión abierta del conflicto israelí-palestino y la cuestión de los derechos nacionales palestinos. En Europa, en el mismo período, la revista *Khamsin* empezó a publicar el trabajo de académicos críticos sobre Medio Oriente establecidos mayormente en París, Israel y Turquía. Un grupo de académicos mejor instalados en Gran Bretaña lanzaron la efímera pero influyente *Review of Middle East Studies*⁹³ (1975-1976, con intentos ocasionales de reactivarla) (Hajjar y Niva, 1997).

Robert Vitalis, un miembro tardío de dicha red informal de investigadores en economía política crítica, sostiene que la demorada incor-

89 N. del T.: Proyecto de Información e Investigación sobre Medio Oriente.

90 N. del T.: *Informes de MERIP*.

91 N. del T.: *Informe de Medio Oriente*.

92 N. del T.: Seminario de Estudios Alternativos del Medio Oriente.

93 N. del T.: *Revista de Estudios de Medio Oriente*.

poración de las perspectivas dependentistas en los estudios de Medio Oriente fue moldeada más por los compromisos académicos e intelectuales “metateóricos” del período que por una inquietud por el análisis histórico comparativo minucioso. La producción académica resultante, afirma, malinterpretó los textos nucleares de la dependencia y no estaba familiarizada con la historia latinoamericana sobre la cual se basaban. En la producción sobre Egipto, el país analizado con mayor frecuencia, la dependencia era más un arma en los debates tardíos de los setenta sobre la política exterior estadounidense y el abandono por parte del presidente Sadat del populismo estatista de Nasser y la apertura económica hacia los Estados Unidos. Utilizada en apoyo de un tercermundismo general que se alzó en respuesta al implacable primermundismo de los estudios consagrados sobre Medio Oriente, la introducción de la teoría de la dependencia “excluyó la posibilidad”, sostiene Vitalis, de una investigación más crítica y abierta sobre la organización social y los intereses del capitalismo egipcio (Vitalis, 1996: 26). Si uno acepta el argumento de Vitalis, entonces nuevamente no fueron las teorías rivales las que condujeron el desarrollo de los estudios de Medio Oriente. La teoría fue un lenguaje utilizado para autorizar estrategias y compromisos rivales en la competencia de la política intelectual del campo.⁹⁴

La nueva academia de estudios de Medio Oriente incluyó otro elemento que reformaría el campo. Criticaba a la academia consolidada por su confianza en los Estudios Orientales y su incorporación de este trabajo en el estudio del período moderno. Esta crítica se fundó sobre el trabajo previo de intelectuales árabes publicado mayormente en París, particularmente el ensayo seminal de Anouar Abdel Malek “Orientalism in Crisis”⁹⁵ (1963) y los ensayos de Abdullah Laroui (1974). Estos trabajos reflejaban la importancia de París en la intersección de diferentes itinerarios árabes de exilio y poscoloniales. La guerra de Algeria de 1954-1963 fue un contexto importante para la emergencia de críticas poscoloniales. Como sostiene Robert Young, la guerra fue también un catalizador en el desarrollo de otras críticas de la modernidad.⁹⁶ En los Estados Unidos, existía un desarrollo relacio-

94 Para una visión ligeramente distinta sobre el período, ver Hajjar y Niva (1997). Entre los varios importantes trabajos que surgieron del énfasis en economía política estuvieron: (Owen, 1981; Beinin y Lockman, 1989; Islamoglu-Inan, 1987; Gran, 1979; Gendzier, 1985; Keyder, 1987; Abrahamian, 1982; Halliday, 1974 y 1979). Este período también asistió a los primeros intentos serios de introducir al género en la escritura de la historia de Medio Oriente, tales como Tucker (1985).

95 N. del T.: El Orientalismo en Crisis.

96 El resumen de Young de las teorías históricas de posguerra anula la interpretación historiográfica convencional de la emergencia del posestructuralismo: “Si el denominado ‘posestructuralismo’ es el producto de un momento histórico en particular, entonces dicho momento probablemente no es mayo de 1968 sino la guerra de independencia de Argelia -esta sin duda

nado comenzando luego de la crisis de la guerra de 1967, como mencioné, con la fundación de la AAUG. Ibrahim Abu-Lughod también fundó una editorial que empezó a publicar el trabajo de una nueva generación de investigadores árabes y árabe-estadounidenses y otros críticos de ideas afines, incluyendo el trabajo de Edward Said, cuyo primer escrito sobre los Estados Unidos y el mundo árabe apareció como respuesta a la guerra de 1967 (Abu-Lughod, 1970; 1971 y 1974; Said, 1970) y cuya crítica al orientalismo fue primero articulada en la conferencia de AAUG de 1974.⁹⁷ En Londres, la breve vida de la *Review of Middle East Studies*, que surgió de las reuniones del grupo Hull, en el cual Talal Asad cumplió un rol esencial, estuvo dedicada en gran parte a ensayos criticando el trabajo de orientalistas modernos como Von Grunbaum, Bernard Lewis, Kedourie, y Gibb y Bowen. El propio Asad (1973) había publicado una importante colección de ensayos críticos, *Anthropology and the Colonial Encounter*.⁹⁸

Para ese momento, la conexión entre el orientalismo y los estudios de área había sido ya puesta en duda, incluso entre sus partidarios. En 1974, el mismo año del discurso de Said para la AAUG, un breve ensayo sobre Marruecos destinado a ser influyente, rechazó la teoría de la cultura a la que habían adherido conjuntamente orientalistas y cientistas sociales (Geertz, 1973).⁹⁹ En su discurso presidencial de MESA de dicho año, Leonard Binder, sin mencionar a Clifford Geertz por su nombre, atacó a la nueva visión que “rechaza el funcionalismo preferido por la antropología y sostiene que una cultura es simplemente lo que ella dice que es” (Binder, 1974: 4).¹⁰⁰ Mostrando una nueva actitud defensiva, elogió los logros de la academia orientalista pero habló de la necesidad de trascender sus limitaciones. Y presentó una nueva justificación de los estudios de área:

En mi propia opinión, los estudios de área descansan sobre una única idea clave y esta es que el objeto de estudio, aquello que queremos saber, es el principio organizador y determinante de la empresa intelectual y no el método

a la vez síntoma y producto. En este sentido, es importante el hecho de que Sartre, Althusser, Derrida y Lyotard, entre otros [Cixous, Bourdieu, Fanon], eran todos nacidos en Algeria o estaban personalmente involucrados en los acontecimientos de la guerra” (Young, 1991: 1).

97 Publicado en Aruri (1975).

98 N. del T.: *La Antropología y el encuentro colonial*.

99 Ya en *Islam Observed* (N. del T.: *El Islam Observado*) (1968), Geertz había criticado la visión de los orientalistas de que hay una esencia cultural singular que moldea a las sociedades islámicas en todas partes.

100 El trabajo de Geertz ayudó a conducir al surgimiento, una década después, de los estudios culturales, que desarrollaron su propia crítica de los estudios de área -y al mismo tiempo brindaron nuevos temas para la organización de programas interdisciplinarios y así también medios de escape del estrecho mundo de las ciencias sociales, como lo habían brindado los estudios de área una generación antes.

o la disciplina. La metodología de investigación y los paradigmas disciplinarios no deben determinar lo que es elegido para su estudio, y no deben limitar la observación. Los estudios de área, desde esta perspectiva, sostienen que solo es posible el conocimiento auténtico de las cosas que existen, mientras que los métodos y las teorías son abstracciones que ordenan las observaciones y otras explicaciones según criterios no-empíricos (...) La pregunta (...) es si los acontecimientos de Medio Oriente constituyen una unidad válida de modo tal que la consecuencia de su estudio pueda ser razonablemente llamado conocimiento” (Binder, 1974: 4-5).

El Medio Oriente representa un campo para la organización de la academia simplemente porque es una de las “cosas que existen” y por eso un objeto de “conocimiento auténtico”. No hay ya un gran esquema teórico de ciencia total que cree una razón para los estudios de área. Existe simplemente una pretensión empírica.

Tres años más tarde apareció *Orientalism*¹⁰¹ de Said, y repudió dicha pretensión de que Medio Oriente fuera simplemente un hecho empírico. “¿Pero cómo conoce uno las 'cosas que existen'?", preguntaba tras referirse al discurso de Binder, y ¿hasta qué punto son “*constituidos* por quien conoce”? (Said, 1978: 300, cursiva en el original). La publicación de *Orientalism* puso a la defensiva a los estudios consagrados sobre el Medio Oriente. También abrieron el camino a la teoría poscolonial, que ofreció la posibilidad de una forma de estudios de área que no trataran a la región como una “cosa que existe” sino que indagaban en la representación de las preguntas no-occidentales fundamentales sobre las formas de saber occidentales y el proyecto de una ciencia social general. Esta posibilidad fue desarrollada mayormente en el campo de los estudios surasiáticos.¹⁰² La teoría poscolonial participó de las disciplinas de historia y antropología (así como de la literatura), desde y hacia las cuales eran llevados sus practicantes, pero ignoraban en gran medida a las ciencias sociales más nomotéticas y el campo de la economía política que consideraban propio. En estos campos disciplinarios (ciencia política, economía, partes de la sociología) no existía una preocupación equivalente en cuanto a la construcción histórica y social del campo de conocimiento.

Para 1978 entonces, el campo de los estudios de área que había sido organizado profesionalmente solo una década —o casi— antes, era amenazado por varios flancos. La asunción de una unidad cultural de Medio Oriente subyacente y determinante, el carácter de la academia de Estudios Orientales de la cual dicha asunción era extraída, las bases intelectuales que habían permitido a los estudios de áreas pretender unificar las ciencias sociales, el estilo independiente y managerial de conocimiento

101 N. del T.: Orientalismo.

102 Ver el capítulo de Nicholas Dirks en este volumen.

que el campo reivindicaba, y sus silencios sobre la cuestión del conflicto israelita-palestino excepto donde podía hablar con incuestionable experticia: todos estos rasgos que habían dado forma a los estudios de Medio Oriente estaban siendo ahora puestos en duda. Al mismo tiempo, las ciencias sociales habían empezado a perder interés en los estudios de área. Estaban desarrollando formas nuevas, no-territoriales de apuntalar sus credenciales como empresas científicas. Habían perdido la ambición territorial de volverse ciencias totales, cubriendo cada parte del espacio social –una ambición que había dado a los estudios de área un rol integrador–. Ahora buscaban establecer su estatus científico por su rigor metodológico, una inquietud que las alejaría más que acercarlas a los programas de estudios de área.

La crisis de la ciencia social

La crisis de los estudios de área sobre el cierre del siglo XX fue generalmente entendida como el problema de cómo los campos de área estaban relacionados con disciplinas académicas. Típicamente, sin embargo, fue solamente una de las partes de esta relación la considerada como la fuente del conflicto. Se les dijo a los académicos de los estudios de área que sus problemas serían resueltos volviendo a unirse con sus colegas disciplinares y aceptando su autoridad. Informes del estado de los estudios de Medio Oriente, como de otras regiones, incluso aquellos escritos por las figuras más críticas del campo, quizás especialmente aquellos, terminaban con llamados a los investigadores de áreas a volver a sus hogares disciplinares. Las disciplinas eran espacios académicos más formales, y la mayoría de ellas, se decía, “pueden reivindicar ser más universales” (Khalid, 1995). No obstante, es de hecho esta reivindicación de representar lo universal lo que está en cuestión en la autoridad de las disciplinas. El futuro de los estudios de área yace en su habilidad para perturbar la pretensión disciplinaria a la universalidad y el lugar particular que esto asigna a las áreas.

Las bases sobre las cuales las disciplinas en ciencias sociales reclamaban su autoridad habían cambiado desde la situación de hacía cincuenta años cuando los estudios de área estadounidenses surgieron por primera vez.¹⁰³ Desde los setenta, las disciplinas habían tenido que abandonar gradualmente los intentos por definirse a sí mismas mediante la afirmación de soberanía académica sobre un área particular de la realidad

103 Un argumento relacionado podría hacerse sobre la disciplina de historia.

social. Los antropólogos habían perdido algún tiempo atrás su confianza en que las culturas eran algo que podía ser localizado como formas de vida distintas, coherentes y totales, convenientemente coincidentes con un Estado nación particular.¹⁰⁴ Para los politólogos, especialmente aquellos fuera del campo de la política estadounidense, se estaba haciendo un esfuerzo en los setenta y ochenta por reintroducir la idea del Estado como un objeto central de la disciplina. El intento falló y ningún otro objeto proporcionó un foco territorial a la disciplina (Mitchell, 1991). Los economistas para los setenta habían abandonado su fe colectiva en Keynes, que les había brindado un lenguaje común para referirse a “la economía”. No hubo posteriormente un acuerdo sobre si el objeto adecuado del análisis económico era la economía como un todo o la racionalidad individual, y la propia economía se volvió crecientemente difícil de medir o delimitar (Mitchell, 1998; Heilbroner y Milberg, 1995). La sociología había aceptado hacía mucho tiempo su estatus de colección de subcampos, muchos de los cuales compartían sus territorios con partes de otras disciplinas.

La incapacidad de la cultura, el Estado, la economía o la sociedad de sobrevivir como territorios distintos de la investigación científica social —lo que uno podría llamar desterritorialización de las disciplinas— reflejaba otra desterritorialización relacionada, aquella de la historia global contemporánea. La confianza de la posguerra en que las culturas, economías y sistemas sociales y políticos podían cada uno ser el objeto de una ciencia social distinta representaba una confianza ciega en la forma total, autocontenida y geográficamente fijada del Estado nación como espacio asumido de toda investigación social. Era, después de todo, el Estado nación el que proveía el todo del cual la cultura, el Estado y la sociedad eran las partes que lo componían. Muchas, probablemente la mayoría, de las dificultades con las ideas de cultura, Estado, sociedad y economía que surgieron en las últimas décadas del siglo se relacionaban con procesos, identidades y fuerzas que desafiaban o sobrepasaban al Estado nación.

Había en esto una ironía. Se decía que las fuerzas e identidades transnacionales eran uno de los mayores factores poniendo en cuestión el futuro de los estudios de área. Una región como el Medio Oriente no podía ser asumida ya como definiendo un campo legítimo de estudio, se afirmaba, porque muchas de las fuerzas de la globalización contemporánea trascendían o cortaban en ángulos rectos a las regiones. No obstante, la misma desterritorialización había, de manera distinta, socavado la habilidad de las disciplinas en ciencias sociales de demarcar territorios

104 Para discusiones recientes, ver Geertz (1995) y Appadurai (1996).

específicos para su investigación. Aun así, el SSRC no solicitó el desarme de las disciplinas,¹⁰⁵ y se hicieron muy pocos esfuerzos por conectar el futuro de los estudios de área a las preguntas muy reales sobre la presente crisis y la forma futura de las ciencias sociales.

La respuesta de las ciencias sociales a esta experiencia de desterritorialización fue depender crecientemente de otros medios de definición de su especificidad. Se autoidentificaron por su método. Para los antropólogos y los economistas, los conceptos de cultura y de economía habían desde el principio venido a corresponder a métodos distintivos de investigación –observación participante en un caso, la representación matemática del equilibrio individual o colectivo en el otro–. En economía, además, la investigación de campo era dejada a otros: era realizada mayormente fuera de la academia, por agencias estadísticas del Estado. Luego de la desterritorialización, a pesar de disputas frecuentes sobre cómo debieran ser aplicados estos métodos, y a pesar de los experimentos con múltiples alternativas en los márgenes, ambos campos mantuvieron un consenso de que la observación participante y el análisis de equilibrio, respectivamente, cualesquiera que fueran sus dificultades, definían la esencia de la disciplina. La ciencia política y la sociología eran menos afortunadas, incapaces de acordar sobre un método y crecientemente divididas por el esfuerzo de ciertos grupos por identificar la disciplina en términos de un método en particular.

Los problemas concurrentes de los programas de estudios de área surgieron en gran medida de esta crisis en las ciencias sociales. Surgieron particularmente de los problemas afrontados por la ciencia política. Aunque el curso de cada disciplina de la ciencia social afectaba lo que pasaba en los estudios de área, la antropología y la economía presentaron menos problemas. Esto fue porque en antropología (como en historia y en literatura) cada uno era un experto de área, mientras que en economía ninguno lo era. Así que generalmente ninguna de las dos disciplinas presentaba a sus practicantes la opción entre ser un experto de área o un teórico. En economía eras siempre lo último (en diferentes grados de pureza) en antropología aspirabas a ser ambos. La sociología siguió estando tan enfocada en Estados Unidos y Europa Occidental que permaneció un poco sustraída de los debates sobre los estudios de área, al menos en lo que concierne a una región tan ignorada como el Medio Oriente. Eso se dejó a la ciencia política.

La ciencia política estaba en una posición excepcional. Una coalición dominante en el seno de la disciplina buscaba la seguridad intelectual y la autoridad profesional de un conocimiento universal de la política.

105 Ver, sin embargo, Wallerstein *et al.* (1996).

Dentro de esta coalición un poderoso grupo, que empezó a controlar varios de los principales departamentos, creía que los métodos formales de la microeconomía proveían los mejores o incluso los únicos medios para dicho conocimiento universal. A diferencia de los economistas, sin embargo, estos científicos políticos no podían contar con las agencias estadísticas estatales (junto con equipos de Naciones Unidas y las agencias financieras internacionales) para llevar a cabo su trabajo de campo por ellos. Esto era en parte porque tales agencias se enfocaban en la recolección de datos económicos más que políticos, y en parte porque la extensión de los métodos económicos al estudio de cuestiones políticas empezó muy rápidamente a involucrar aquellos complicados hechos locales que los economistas preferían hacer a un lado en las denominadas externalidades. El resultado fue que incluso a los más (autodenominados) teóricos de los científicos políticos les resultaba difícil abandonar la necesidad del tipo de entendimiento político local tradicionalmente suministrado por la investigación de área. El proyecto de una ciencia social general tenía aún la necesidad de algún tipo de estudios de área.

Estos acontecimientos en ciencia política tenían una implicancia para los estudios de área. Los estudios de área extranjeros no serían abandonados, se decía, pero serían alentados por e incorporados en el conocimiento particular requerido para construir el conocimiento universal de la disciplina. “Debemos comprometernos más directamente con este trabajo [la teoría de la acción racional]—escribía David Laitin—tentando continuamente a los teóricos con datos incómodos”, y “us[ando] nuestro conocimiento de área para descubrir anomalías interesantes” (Laitin, 1993: 3). Este procedimiento rigió tanto los términos en los cuales y el punto hasta el cual los estudios de área serían adecuados.

Dos tipos de terminologías se volvieron particularmente comunes para establecer la particularidad de las relaciones exteriores en relación con la generalidad de la ciencia política, el nuevo lenguaje de los “resultados institucionales” y el más antiguo de la “cultura”. El término “resultado institucional” se refiere a la asunción de que cierto proceso universal de cambio gobierna la política y la historia de las regiones no-occidentales, así como también los procesos de desarrollo, democratización, globalización o la introducción de mercados libres. La lógica de estos procesos está localmente conjugada, sin embargo, por la existencia de coaliciones particulares de grupos de interés, distorsiones económicas, factores culturales u otras anomalías, que dan forma a lo que es llamado “forma institucional” del fenómeno universal.

El otro término generalmente usado para expresar diferencias locales fue la vieja idea de cultura. De hecho, “instituciones” fue en varios usos simplemente una forma actualizada de referirse a culturas. El concepto

de una institución, entendida como conjunto de reglas o restricciones que ponen límites a la acción humana, tenía la ventaja de parecer más compatible con la suposición de que la acción no era en sí misma un proceso cultural sino el intento universal por maximizar la utilidad individual. Tanto la cultura como la institución, sin embargo, referían a aquellos aspectos del mundo social que no podían ser explicados simplemente como las acciones de los individuos maximizando su interés personal, y por esta razón eran generalmente equivalentes. “Las culturas –explicaba Robert Bates– se distinguen por sus instituciones características” (Bates, 1996: 1). En los tardíos noventa, ambos términos fueron reunidos bajo el nombre de “capital social”, que rápidamente se convirtió en el vocablo universal para todo tipo de herencia cultural, norma social y práctica institucional que no pudiera ser reducida a expresiones del interés individual.

La importancia de términos como cultura, institución y capital social, era que ubicando la esfera de lo local, lo particular y lo contingente, se referían a y garantizaban una esfera independiente de lo universal. Esto requería a veces por parte de los politólogos que se conformaran con un entendimiento más bien estrecho de términos tales como cultura. Bates, por ejemplo, se refiere a “la importancia política de la cultura y de los productores de cultura: artistas, sacerdotes e intelectuales” (Bates, 1997: 1). Bates era sin duda consciente de que hacía más de medio siglo los teóricos sociales habían ampliado el concepto de cultura para referirse no solo a la “alta cultura” de la religión, el arte y la literatura sino para abarcar la forma total de vida de una comunidad, o los significados compartidos a partir de los cuales se forma dicha vida. Incluso si el término fuera definido como excluyendo las formas locales, interpersonales de la cultura y restringido a la expresión organizada de ideas que definen la esfera pública de la vida política colectiva, o lo que ahora se llamaba a veces “cultura pública”, su alcance incluiría la televisión, el software informático e internet, entre otras cosas.¹⁰⁶ Los “productores” de esta cultura pública son variados, e incluyen algunas de las más grandes corporaciones transnacionales -cuya prosperidad ha pasado crecientemente a depender del poder de definir, registrar y gestionar la producción de formas culturales. Pero la ciencia política tendió a retener una definición más antigua de cultura, compatible con términos como el “capital social”, que precede al nacimiento de sus formas corporizadas del siglo XX. La referencia a los productores de cultura como “artistas, sacerdotes y poetas” refleja dicho entendimiento. La antigua definición mantiene la

106 El estudio de estas formas ha sido desarrollado, entre otros lugares, en la revista *Public Culture* (N. del T.: Cultura Pública).

cultura como el fenómeno residual y secundario, distinto de las formas universales de la acción económica o egoísta, que los métodos nomotéticos de esta forma de ciencia política requieren.

Estas consideraciones también regían el punto hasta el cual el estudio de las regiones no-occidentales podía ser incorporado dentro de la disciplina, y las circunstancias bajo las cuales esto pudiera ocurrir. Una revisión del trabajo en economía política sobre Medio Oriente preguntaba acerca de “la misteriosa alquimia a través de la cual las regiones del mundo escapan a los confines de los estudios de área y logran estatus legítimo en los debates generales sobre el desarrollo y subdesarrollo” (Chaudhry, 1994: 42). La alquimia es menos misteriosa una vez que uno reconoce la fuerza del término “general” en el interrogante. Las regiones del mundo serán incorporadas cuando y, hasta el punto en que, puedan ser parte de determinadas narrativas generales: una narrativa sobre industrialización, sobre democratización, etc. Esto es ilustrado en el ensayo de Bates. El problema de estudiar las regiones del mundo en ciencia política es el problema de encontrar una “visión compartida”, sugiere, un consenso en cuanto a qué constituye investigación significativa y ciencia normal en el campo. Sostiene que existen tres marcos potenciales de investigación en el campo: primero (para estudiar países de ingreso medio), la teoría democrática; segundo, la economía política del crecimiento; y tercero, la teoría social, que indaga en “los llamamientos contemporáneos a la religión, la etnicidad y la identidad” (Bates, 1997: 1-2). Bates sin duda acierta en que solo ajustándose a tal consenso el trabajo de los estudios de área es leído por académicos de otras regiones. Cada uno de estos marcos (inclusive el tercero, como discuto a continuación) brinda una forma de incorporar lo no-occidental en una historia universal, cuya narrativa es siempre aquella de la historia global, o sea la historia de Occidente.

La consecuencia de esta relación entre disciplina y región del mundo es entonces que el objeto de estudio permanece definido y captado solo en términos de su relación con Occidente, y solo en términos de su lugar en una narrativa definida en términos de la historia global de Occidente.

El Medio Oriente y la provincialización de la ciencia política

No sería posible dentro del espacio de este ensayo hacer una revisión adecuada del estado de los estudios sobre Medio Oriente a fines del

siglo XX, o hacer justicia al espectro de debates y proyectos de investigación que estimulan al campo o estudiar el espacio de estos debates en discusiones intelectuales más amplias.¹⁰⁷ Dado que la relación entre los estudios de área y las disciplinas es planteada como un problema particular dentro de la ciencia política, como he sugerido, me enfocaré allí, y consideraré en particular escritos sobre economía política. Incluso en esta cuestión más restringida no pretendo registrar el estado del campo. Consideraré dos o tres ejemplos, como ilustraciones de cómo es resuelto el problema de la disciplina y el área.

La teoría de la modernización sigue siendo el marco dominante. El mayor estudio sintético de la economía política de la región, de Alan Richards y John Waterbury, expresa bastante llanamente la suposición rectora de que Europa provee la historia en relación con la cual todas las otras historias serían medidas, y las otras historias serían entendidas como esfuerzos tardíos por replicar, más o menos exitosamente, las etapas de la historia de Europa:

La transformación estructural de Europa a lo largo de los siglos de una de base agraria a una de base industrial ha dado forma a nuestra comprensión general del proceso [del desarrollo] pero no ha brindado un modelo que fuera fielmente replicado en los países en desarrollo. Estos últimos podrían saltarse ciertas etapas importando tecnología o acortar otras. Los países en desarrollo lidiarían con tasas de crecimiento de población que Europa no confrontó nunca. Además, el proceso de formación de clase en el Medio Oriente y en otros lugares ha variado considerablemente con respecto al de Europa (Richards y Waterbury, 1996: 37).

Las críticas más comunes a este enfoque, desde la perspectiva del capitalismo como estructura de acumulación que fuera global desde el principio, han sido escritas lo suficiente y no precisan ser repetidas. Quisiera simplemente observar lo siguiente: los autores afirman que no están tomando a Occidente como un modelo que pueda ser fielmente replicado. Así exactamente. Son las fallas, las variaciones, las etapas saltadas y las historias acortadas—todas las formas de diferencias con Occidente, las “anomalías” a las cuales se refiere David Laitin— que definen la comprensión de la historia y la política de la región. Itinerarios históricos, fuerzas políticas y fenómenos culturales serían incluidos en la historia principalmente en términos de cómo hacen que el Medio Oriente se ajuste a o se desvíe de la narrativa de la modernidad occidental. Esto no es simplemente una cuestión de lo que es incluido u omitido. La historia es una historia universal de modernización, “un proceso que tiene una lógica en

107 Dos estudios críticos de Lila Abu-Lughod (1990 y 1998) proveen una revisión de la producción académica sobre Medio Oriente en antropología y estudios de género.

sí misma” (Richards y Waterbury, 1996: 37) como afirman Richards y Waterbury. Esta lógica adelanta la narrativa, representando la fuente del cambio histórico y el motor de las transformaciones sociales. Las variaciones, distorsiones, retrasos y aceleraciones locales reciben su significado y relevancia de esta singular lógica. Pueden desviar o reordenar el movimiento de la historia, pero no son en sí mismas el movimiento universal. Esto es la teoría de la modernización sin reparos. “Uno podría objetar que todo esto es simplemente 'teoría de la modernización de clóset'”, reconocen Richards y Waterbury, pero el tono defensivo es rápidamente abandonado. “Si esto es la teoría de la modernización, ¡Aprovechemos lo mejor de ella!” (Richards y Waterbury, 1996: 75).

La teoría de la modernización convencional de este tipo analiza la economía política del Medio Oriente en términos de dos conceptos universales simples: el Estado y la economía. En lugar de los funcionamientos complejos del poder político en diferentes niveles y en diferentes campos sociales, sustituye la idea estrecha del Estado y analiza la política como la formulación y ejecución de un espectro limitado de programas y reformas económicas. La narrativa evalúa el éxito de estos programas describiendo cambios en el tamaño y estructura de “la economía” como representada por medidas convencionales de producto bruto, balance sectorial, participación en el comercio mundial, etcétera.

Varios trabajos más críticos han explorado algunos de los problemas de dicho enfoque. Simon Bromley señala que la distinción entre el estado y la economía no puede ser asumida cuando se estudia una región como el Medio Oriente. Siguiendo a Karl Polanyi, recuerda que el establecimiento de esta distinción fue un rasgo central de la historia del capitalismo avanzado en Occidente. La distinción retiró el proceso de apropiación de plusvalor de la controvertida esfera de la política y lo confinó recientemente a la organización de la vida económica. Aun así, la crítica de Bromley tiene importantes limitaciones. Habiéndonos recordado que la separación de lo económico y lo político no es un fenómeno universal, Bromley asume que el Medio Oriente debe sin embargo ser entendido en los mismos términos. La lucha por consolidar la separación del estado y el mercado “ha sido una gran parte de aquello de lo que se ha tratado la historia de estas sociedades”, escribe. Sigue siendo, sin embargo, “un trabajo inacabado”. El paso positivo de provincializar categorías que la ciencia social toma como universales (y como marcando inclusive los límites entre las disciplinas del conocimiento científico social universal) es desandado al tomar la formación de dichas categorías sociales como el marco en el cual entender la historia del no-Occidente. Inevitablemente entonces, esta historia aparece como inacabada (Bromley, 1994: 186).

Interpretando las historias del Medio Oriente como incompletas o incluso simplemente casos variantes de procesos universales puede producir lecturas atípicas de los acontecimientos políticos. Kiren Chaudhry ha sido uno de los más serios defensores de la necesidad de reinsertar el estudio del Medio Oriente en el campo general de la economía política, donde podría volverse, supone, “una pieza importante del rompecabezas del desarrollo” (Chaudhry, 1994: 49). En un estudio bien recibido sobre la formación del estado en Arabia Saudita y en Yemen, también ella sigue a Polanyi para comprender la creación del estado nación como simultánea a la creación de una economía nacional, un proceso que coincide con “los más amplios patrones secuenciales de formación del estado en la temprana Europa moderna” (Chaudhry, 1997: 98), con importantes variaciones locales. No obstante, hacer corresponder la historia de la península arábiga con las secuencias de la Europa moderna requiere una lectura peculiar de dicha historia. Como en Europa, sostiene Chaudhry, el estado y la economía nacional fueron construidas sobre el desarrollo de la imposición fiscal. Para afirmar esto, sin embargo, como señala Robert Vitalis, una gran variedad de relaciones financieras específicas a la historia de Arabia –ingresos por peregrinaje, subvenciones británicas y estadounidenses, extorsiones de comerciantes, anticipos sobre regalías petroleras– deben ser descritas como impuestos (Vitalis, 1999). Y ARAMCO, el consorcio petrolero estadounidense que creó grandes zonas del estado Saudí como extensiones de su negocio, no recibe más que una mención superficial. La conclusión del estudio de Chaudhry reconoce, de manera lo suficientemente realista, que a pesar de la aspiración a ubicar al Medio Oriente dentro de una narración general sobre la modernización y el desarrollo, ninguna afirmación general sobre “el rompecabezas del desarrollo” puede ser derivada de sus casos. Los resultados institucionales, admite, “pueden co-variar de formas altamente irregulares que no pueden ser capturadas en un simple formulario” (Chaudhry, 1997: 314). El capital extranjero que transformó sus dos casos de formación de estado luego del boom petrolero de 1970 produjo “tanto similitudes como diferencias en el resultado institucional”. Estos resultados dependen de un ambiente de relaciones históricamente constituidas (Chaudhry, 1997: 311 y 314).

Tales ejemplos podrían multiplicarse. Lo que muestran es que las evidencias disponibles indican que reinsertar los estudios de área sobre Medio Oriente dentro de los lenguajes generalizantes de la economía política no produce un incremento alguno del conocimiento universal de la política. Podrían ayudar a socavar algunas de las generalizaciones insostenibles de otros, como muestra convincentemente Chaudhry para el caso de la nueva literatura institucional. Pero tales categorías genera-

les suelen ser pertinentemente criticadas cuando hacen su primera aparición.¹⁰⁸ Las generalizaciones simplemente sobreviven como “teorías” sin respaldo destinadas a ser eternamente refutadas, mucho después de su muerte, en la producción académica de los estudios de área.

Escribir sobre la política del Medio Oriente como parte de una ciencia general de la política funciona en gran medida como dispositivo retórico, proporcionando marcadores lingüísticos de la propia seriedad del propósito y las credenciales científicas. La redacción de las oraciones y los títulos de los libros resitúan constantemente la reconstrucción histórica como una simple instancia específica de un conjunto de fenómenos universales vagamente especificados. Un caso particular, se dice, “expone la importancia de las contingencias domésticas”, mientras otro muestra que “los capitalistas, desunidos, pueden deshacer los esfuerzos de los formadores de estado incipientes” (Chaudhry, 1997: 310), etcétera.

Y existe, como he estado sugiriendo, una pérdida significativa si uno deja que la autoridad de las disciplinas de la ciencia social nos persuada de que las únicas vías valiosas de meterse con la política y la historia de otras regiones del mundo es en la medida en que se las puede hacer aparecer como instancias particulares de historias universales contadas en y sobre Occidente. El lenguaje de la economía política y el mercado representan ahora, como una forma contemporánea de la teoría de la modernización, la verdad universal con la cual todas las experiencias locales deben estar relacionadas, y en cuyo lenguaje debe ser traducida toda expresión política local. Chaudhry, por ejemplo, propone como proyecto de investigación modelo para el desarrollo ulterior del campo de la economía política de Medio Oriente un estudio de los “paisajes de ideas de la privación económica” (Chaudhry, 1994: 45-48). Notando el gran número de movimientos sociales a lo largo de la región hoy involucrados en distintas formas de protesta moral y luchas por la identidad política y la comunidad, propone un estudio comparativo para investigar, dentro de estas diferencias, la variedad de formas en que “los intereses económicos y políticos locales son expresados en el lenguaje de la religión y de la identidad”. Agrega que “estas distintas reacciones prometen ofrecer una visión sobre las alteraciones fundamentales en la relación entre la organización económica y política, entre gobierno y ciudadanos” (Chaudhry, 1994: 45-46). En otras palabras, la diversidad de lenguajes en los que las comunidades articulan sus demandas e identidades políticas, sus visiones y aprehensiones, han de ser traducidos en el lenguaje universal de la economía política. Como señala Dipesh Chakrabarty en

108 Como hizo Paul Cammack con el nuevo institucionalismo, por ejemplo en *Socialist Register* (Cammack, 1990).

otro contexto, esto implica que uno no tiene nada que aprender de lo que estos grupos subalternos están realmente diciendo. Los lenguajes del Islam político, por ejemplo, pueden aparecer en la producción académica occidental solo mediante un proceso de traducción que les permita hablar en términos del discurso modernizante de Occidente. No hay forma de evitar este problema de la traducción. Pero aquellos preocupados por contribuir con el lenguaje universal de las ciencias sociales rara vez parecen reconocerlo como un problema (Chakrabarty, 1997).¹⁰⁹

Las formas locales de organización y expresión política son entendidas como meros lenguajes, es decir, las formas culturales e “ideacionales” de expresar los intereses más reales que forman su mundo. El lenguaje al cual son traducidas estas expresiones, la economía política, es asumida por definición no como una forma ideal ni una práctica cultural, sino como una terminología transparente y universal sobre la realidad económica. Así, en la discusión sobre las crisis económicas en términos de cuál de estas respuestas culturales analizar, Chaudhry nota que, “a través de la liberalización económica, las circunscripciones nacionales por mucho tiempo protegidas de los precios internacionales experimentaron la verdadera carestía de sus hasta ahora protegidas sociedades” (Chaudhry, 1994: 47, cursiva propia). Los precios de un mercado nacional son falsos, se deduce, aquellos del mercado internacional son genuinos. Ambos mercados, ambos conjuntos de escasez, son sin embargo arreglos políticos, que reflejan la aplicación de ciertas construcciones y distribuciones de propiedad, poder, monopolio y gestión social. Ambos pueden existir solamente, si se quiere utilizar el término, como paisajes ideales, esto es, como arreglos formados en parte como resultado de acuerdos sobre propiedad, riqueza, precios, etc. La propia economía política juega un rol importante en la formulación y enmarcado de estos acuerdos. Como el mercado y, especialmente el mercado global, es entendido como forma universal, no puede por definición ser algo “cultural”, algo elaborado localmente. Lo cultural remite a lo particular y local, la jurisdicción de los estudios de área, no a lo genuino y universal, el territorio de aquellos otros programas de área, las ciencias sociales.

La propuesta de que los estudios de área de Medio Oriente fueran fortalecidos volviendo a colocarlos bajo la autoridad y visión de las ciencias sociales ha sido planteada periódicamente. Durante la consolidación de la ciencia social profesional estadounidense entre los treinta y los cincuenta, los programas de estudios de área fueron creados para brindar un complemento a la ciencia social, complemento que ayudaría a completarla. La ambición de crear formas de ciencia social cuyo cono-

109 Ver también Asad (1993).

cimiento expresara verdades universales requería del estudio de regiones no-occidentales, tanto para revelar cualquier “provincialismo al interior de estas disciplinas”, como sostuvo Pendleton Herring en 1947, como para proveer el “cuerpo” físico cuyo estudio proporcionaría el organismo viviente que reuniría las disciplinas separadas y haría superar su nuevo aislamiento. La profesionalización de los estudios de área fue lograda para mediados de los sesenta, aunque desde ese mismo momento comenzó a revelarse la imposibilidad del proyecto. Esta imposibilidad, esta resistencia, no apareció tanto al nivel de lo que se denomina teoría, aunque uno puede rastrearla en ese nivel. Se hizo sentir de otras maneras, en carreras, guerras, organizaciones, problemas por el financiamiento, etc. Los académicos de la región de estudio, encontrando en sus propias vidas la experiencia de ser simultáneamente estudiosos y objetos de estudio, empezaron a plantear preguntas sobre la construcción de la región como un objeto de estudio. De manera mucho más efectiva que la mera teoría, esta circulación de ideas, fuerzas políticas, refugiados, ejércitos y exiliados empezó a trastocar la reivindicación que hacían los estudios de área de una experticia desinteresada y managerial. Más claramente, tal vez, que en cualquier otro campo, la crisis de los estudios de área produjo formas de aprehender las condiciones de posibilidad y los límites de la ciencia social occidental.

Los estudios de área no tienen un futuro convincente como simples sirvientes de las ciencias sociales estadounidenses. En los noventa, como vimos, los estudios de área fueron instados a “atormentar y seducir”¹¹⁰ a las ciencias sociales con datos incómodos. Atormentar y seducir —entusiasmar ofreciendo algo deseable, tal vez inalcanzable— era el antiguo rol de Oriente en la imaginación occidental. Cincuenta años atrás, las disciplinas esperaban que los estudios de área revelaran la existencia del provincialismo en las ciencias sociales, y les permitieran superarlo. Los estudios de área han tomado el tema del provincialismo, pero lo exploraron de una forma distinta. Chakrabarty ha instado a una escritura de la historia que “provincialice Europa”, una producción académica que re-esciba la historia de la modernidad como algo disputado y ambivalente, haciendo visible sus represiones, marginalizaciones, y su necesaria incompletud. He intentado sugerir aquí un futuro similar para los estudios de área: provincializar las ciencias sociales. Los estudios de área ofrecen un lugar desde el cual reescribir la historia de las ciencias sociales, y examinar cómo sus categorías se ven implicadas en cierta historia de Europa y, en el siglo XX, en un inacabado proyecto estadounidense de ciencia social universal.

110 N. del T.: “Tantalize” en el original, que significa a la vez seducir, atraer y atormentar.

Nota

Una versión anterior de algunas secciones de este ensayo aparecen también en Mitchell (2003). Omnia Elshakry prestó su colaboración con la investigación para este artículo. David Ludden, Robert Vitalis, y el difunto Ibrahim Abu-Lughod me aconsejaron. Alice Diaz, Michael DiNiscia y Kristine McNeil también brindaron ayuda. Solo el autor es responsable de las opiniones expresadas.

Bibliografía

- Abdel-Malek, Anouar (1963). "Orientalism in Crisis", *Diogenes*, N° 44, pp. 103-140.
- Abrahamian, Ervand (1982). *Iran Between Two Revolutions*. Princeton, Princeton University Press.
- Abu-Lughod, Ibrahim (ed.) (1970). *The Arab-Israeli Confrontation of June 1967: An Arab Perspective*. Evanston, Northwestern University Press.
- (1971). *The Transformation of Palestine: Essays on the Origin and Development of the Arab-Israeli Conflict*. Evanston, Northwestern University Press.
- (1974). *Settler Regimes in Africa and the Arab World: The Illusion of Endurance*. Wilmette, Medina University Press International.
- (2000). Entrevista con el autor, agosto.
- Abu-Lughod, Lila (1990). "Anthropology's Orient: The Boundaries of Theory on the Arab World", en Sharabi, Hisham (ed.): *Theory, Politics and the Arab world. Critical responses*. New York and London, Routledge, pp. 881-131.
- (1998). "Introduction", en Abu-Lughod, Lila (ed.): *Remaking Women: Feminism and Modernity in the Middle East*. Princeton, Princeton University Press.
- American Council of Learned Societies (1949). *A Program for Near Eastern Studies in the United States*. Washington D.C.
- Amin, Samin (pseudónimo Hasan Riad) (1964). *L'Égypte nassérienne*. Paris, Editions de Minuit.
- (1970). *L'Accumulation à l'échelle mondiale*. Paris, Anthropos. (Traducción inglesa: (1974). *Accumulation on a World Scale, 2 vols*. New York, Monthly Review Press.)

Antonius, George (1946). *The Arab Awakening*.

Appadurai, Arjun (1996). "Global Ethnoscapes: Notes and Queries for a Transnational Anthropology", en Appadurai, Arjun: *Modernity at Large*. Minneapolis, University of Minnesota Press.

Arab-American University Graduates (AAUG) (1977). *The First Decade, 1967-1977*. Detroit, AAUG.

Aruri, Naseer (ed.). *Middle East Crucible: Studies on the Arab-Israeli War of October 1973*. Wilmette, Medina University Press International.

Asad, Talal (ed.) (1973). *Anthropology and The Colonial Encounter*. London, Ithaca Press.

———(1993). "The Limits of Religious Criticism in the Middle East: Notes on Islamic Public Argument", en Asad, Talal: *Genealogies of Religion: Discipline and Reasons of Power in Christianity and Islam*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press.

Bates, Robert (1996). "Letter from the President", *Newsletter of the APSA Comparative Politics Section*, Vol. 7, N° 1, p. 1.

———(1997). "Letter from the President: Theory in Comparative Politics?", *Newsletter of the APSA Comparative Politics Section*, Vol. 8, N° 1, p. 1.

Beinin, Joel y Lockman, Zachary (1989). *Workers on the Nile: Nationalism, Communism, Islam, and the Egyptian Working Class, 1882-1954*. Princeton, Princeton University Press.

Berger, Morroe (1962). *The Arab World Today*. New York, Doubleday.

———(1967). "Middle Eastern and North Africa Studies: Development and Needs," *MESA Bulletin*, Vol. 1 N° 2, pp. 1-18.

Bill, James (1996) "The Study of Middle East Politics 1946-1996: A Stocktaking," *Middle East Journal*, Vol. 50, N° 4, pp. 501-512.

Binder, Leonard (1957). "Prolegomena to the Comparative Study of Middle East Governments", *American Political Science Review*, Vol. 51, N° 3, pp. 651-668.

———(1975). "1974 Presidential Address at the Middle East Studies Association Annual Meeting", *Middle East Studies Association Bulletin*, Vol. 9, N° 1, pp. 1-11.

———(1976). "Area Studies: A Critical Reassessment", en Binder, Leonard (ed.). *The Study of the Middle East: Research and Scholarship in the Humanities and*

Social Sciences. New York, John Wiley and Sons, pp. 1-28.

Blackman, Winifred (1927). *The Fellahin of Upper Egypt: Their Religious, Social and Industrial Life To-day with Special Reference to Survivals from Ancient Times*. London, George G. Harrap & Co.

Bonné, Alfred (1948). *State and Economics in the Middle East: A Society in Transition*. London, Routledge and Kegan Paul.

Bromley, Simon (1994). *Rethinking Middle East Politics*. Austin, University of Texas Press.

Burke, Edmund (1946). "The First Crisis of Orientalism, 1890-1914" en Vatin, Jean-Claude (ed.) (1984). *Connaissances du Maghreb: Sciences Sociales et Colonisation*. Paris, Editions du CNRS, pp. 213-26.

———(1979). "La mission scientifique au Maroc", *Actes de Durham: Recherches recentes sur le Maroc moderne*, Rabat, Bulletin Economique et Social du Maroc, pp. 37-56.

———(1980). "The Sociology of Islam: The French Tradition" en Kerr, Malcolm (ed.). *Islamic Studies: A Tradition and Its Problems*. Malibu, Undena Publications, pp. 73-88.

Cammack, Paul (1990). "Statism, New Institutionalism, and Marxism", *Socialist Register*, Vol. 26, pp. 147-170.

Chakrabarty, Dipesh (1997). "Minority Histories, Subaltern Pasts," *Perspectives*, Noviembre, pp. 37-43.

Chaudhry, Kiren (1994). "The Middle East and the Political Economy of Development", *Items*, Vol. 48, N° 2/3, pp. 41-49.

———(1997). *The Price of Wealth: Economics and Institutions in the Middle East*. Ithaca and London, Cornell University Press.

Clowse, Barbara (1981). *Brainpower for the Cold War: The Sputnik Crisis and National Defense Education Act of 1958*. Westport, Greenwood Press.

Coon, Carleton (1931). *Tribes of the Rif*. Cambridge, Peabody museum of Harvard university.

———(1944). "Southern Arabia: A Problem for the Future", *Annual Report for 1944*, Washington Smithsonian Institution, pp. 385-402.

———(1951). *Caravan: The Story of the Middle East*. New York, Holt.

———(1952). "The Impact of the West on Middle Eastern Social Institutions",

Proceedings of the Academy of Political Science, Vol. 24, N° 4, pp. 3-26.

Cook, Michael (ed.) (1970). *Studies in the Economic History of the Middle East: From the Rise of Islam to the Present Day*. London y New York, Oxford University Press.

Cooper, Frederick (1997) "Modernizing Bureaucrats, Backward Africans, and the Development Concept" en Cooper, Frederick y Packard, Randall (eds.). *International Development and the Social Sciences: Essays on the History and Politics of Knowledge*. Berkeley, University of California Press, pp. 64-92.

Doutté, Edmond (1908). *Magie et Religion dans l'Afrique du Nord*. Algiers, Jourdan.

Eickelman, Dale (1998). *The Middle East and Central Asia: An Anthropological Approach*. New Jersey, Prentice Hall, cap. 2.

Evans-Pritchard, Edward (1937). *Witchcraft, Oracles, and Magic Among the Azande*. Oxford, The Clarendon Press.

———(1940) *The Nuer, a Description of the Modes of Livelihood and Political Institutions of a Nilotic People*. Oxford, The Clarendon Press.

Fisher, Sidnet (ed.) (1955). *Social Forces in the Middle East*. Ithaca, Cornell University Press.

Geertz, Clifford (1971). *Islam Observed : Religious Development in Morocco and Indonesia*. Chicago, The University of Chicago Press.

———(1973). "Thick Description: Toward an Interpretive Theory of Culture", en Geertz, Clifford: *The Interpretation of Cultures*. New York, Basic Books.

———(1973). "The Impact of the Concept of Culture on the Concept of Man", en Geertz, Clifford: *The Interpretation of Cultures*. New York, Basic Books.

———(1995). *After the Fact: Two Countries, Four Decades, One Anthropologist*. Cambridge, Harvard University Press.

Gendzier, Irene (1985). *Managing Political Change: Social Scientists and the Third World*. Boulder, Westview Press.

Gibb, Hamilton (1932). *Whither Islam?: A Survey of Modern Movements in the Moslem World*, New York, AMS Press.

———(1956). "Problems of Modern Middle Eastern History", en *Middle East Institute, Report on Current Research*. Washington D.C., Middle East Institute.

———(1964) *Area Studies Reconsidered*. London. School of African and Oriental Studies.

Gibb, Hamilton y Bowen, Harold (1950). *Islamic Society and the West: A Study of the Impact of Western Civilization on Moslem Culture in the Near East, vol. 1, part 1*. London, Oxford University Press.

———(1957). *Islamic Society and the West: A Study of the Impact of Western Civilization on Moslem Culture in the Near East, vol. 1, part 2*. London, Oxford University Press.

Gran, Peter (1979). *Islamic Roots of Capitalism*. Texas, University of Texas Press.

Granqvist, Hilma (1931) *Marriage Conditions in a Palestinian Village, vol. 1*. Helsinki. Finska vetenskaps-soceteten.

———(1935) *Marriage Conditions in a Palestinian Village, vol. 2*. Helsinki. Finska vetenskaps-soceteten.

Hajjar, Lisa y Niva, Steve (1997). “(Re) Made in the USA: Middle East Studies in the Global Era,” *Middle East Report*, N° 205, pp. 2-9.

Hall, Robert (1947). *Area Studies, with Special Reference to Their Implications for Research in the Social Sciences*. New York, Social Science Research Council.

Halliday, Fred (1974). *Arabia Without Sultans*. Harmondsworth, Penguin.

———(1979). *Iran: Dictatorship and Development*. Harmondsworth, Penguin.

Halpern, Manfred (1962) “Middle Eastern Studies: A Review of the State of the Field with a Few Examples”, *World Politics*, Vol. 15, pp. 108-122.

Heginbotham, Stanley (1994). “Rethinking International Scholarship: The Transition from the Cold War Era”, *Items*, Newsletter of the SSRC 48, N° 2/3, pp. 33-40.

Heilbroner, Robert y Milberg, William (1995). *The Crisis of Vision in Modern Economic Thought*. New York, Cambridge University Press, caps. 4 y 5.

Hitti, Philip (1941). “Arabic and Islamic Studies at Princeton University”, *Muslim World*, Vol. 31, N° 3, pp. 292-4.

Hourani, Albert (1946). *Syria and Lebanon: A political essay*. London, Oxford University Press.

Islamoglu-Inan, Huri (ed.) (1987). *The Ottoman Empire and the World Economy*. Cambridge, Cambridge University Press.

Issawi, Charles (1947). *Egypt: An Economic and Social Analysis*. London, Oxford University Press.

Johnson, Peter y Tucker, Judith (1975). "Middle East Studies Network in the United States", *MERIP Reports*, N° 38, pp. 3-20.

Keen, Bernard (1946). *The Agricultural Development of the Middle East*. London, H.M. Stationary Office.

Keyder, Caglar (1987). *State and Class in Turkey*. London, Verso.

Khadduri, Majid (1951). *Independent Iraq, a Study in Iraqi Politics since 1932*. London, Oxford University Press.

Khalid, Rashid (1995). "Is There a Future for Middle East Studies?", *MESA Bulletin*, N° 29, pp. 1-7.

Kohn, Hans (1928). *Geschichte der Nationalen Bewegung im Orient*. Berlin, Vowinckel.

———(1928). *Nationalismus und Imperialismus im Vorderen Orient*. Frankfurt, Societats Verlag.

Kritzcek, James y Winder, Richard (1960). "Philip K. Hitti", en Kritzcek, James y Winder, Richard (eds.). *The World of Islam: Studies in Honour of Philip K.Hitti*. London, Macmillan.

Kuklick, Bruce (1996). *Puritans in Babylon: The Ancient Near East and American Intellectual Life, 1880-1930*. Princeton, Princeton University Press.

Laitin, David (1993). "Letter from the Incoming President", *Newsletter of the APSA Comparative Politics Section*, Vol. 4, N° 4, pp. 1-3.

Laroui, Abdallah (1974). *La crise des intellectuels arabes: traditionalisme ou historicisme?* Paris, Maspero. (Traducción inglesa: (1976). *The Crisis of the Arab Intellectual*. Berkeley and Los Angeles, University of California Press.)

Lerner, Daniel (1958). *The Passing of Traditional Society*. Glencoe, The Free Press.

McCaughey, Robert (1984). *International Studies and Academic Enterprise*. New York, Columbia University Press.

Middle East Institute (1947). "Editorial foreword", *Middle East Journal*, Año

1, N° 1, pp. 1-4.

Mitchell, Timothy (1991). "The Limits of the State", *American Political Science Review*, Vol. 85, pp. 77-96.

———(1998). "Fixing the Economy", *Cultural Studies*, Vol. 12, N° 1, pp. 82-101.

———(1999). "Society, Economy, and State Effect", en Steinmetz, George (ed.). *State/Culture: State Formation After the Cultural Turn*. Ithaca, Cornell University Press, pp. 76-97.

———(2000). "The Stage of Modernity", en Mitchell, Timothy (ed.). *Questions of Modernity*. Minnesota, University of Minnesota Press, pp. 1-34.

———(2002). *Rule of Experts: Egypt, Techno-Politics, Modernity*. Berkeley, University of California Press.

———(2003). "Deterritorialization and the crisis of social science", en Mirsepassi, Ali, Basu, Amrita y Weaver, Frederick (eds.). *Localizing Knowledge in a Globalizing World: Re-Casting the Area Studies Debate*. New York, Syracuse University Press.

Montagne, Robert (1931). *La vie sociale et la vie politique du Berberes*. Paris, Éditions du Comité de l'Afrique française.

Norman Wait Harris Memorial Foundation (1942). *The Near East: Problems and Prospects Proceedings of the Eighteenth Institute of the Norman Wait Harris Memorial Foundation*. University of Chicago, 25 al 30 de Junio.

NYU, Hagop Kevorkian Center for Near Eastern Studies, "MESA" file. Archivos consultados el 1/1/997.

Owen, Roger (1981). *The Middle East in World Economy*. New York, Methuen.

Rafael, Vicente (1994). "The Cultures of Area Studies in the United States," *Social Text*, N° 41, pp. 91-111.

Richards, Alan y Waterbury, John (1996). *A Political Economy of the Middle East*. Boulder, Westview Press.

Ross, Dorothy (1991). *The Origins of American Social Science*. Cambridge, Cambridge University Press.

Rostow, Walt (1960). *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*. Cambridge, Cambridge University Press.

Said, Edward (1970). "The Arab Portrayed", en Abu-Lughod, Ibrahim (ed.)

(1970). *The Arab-Israeli Confrontation of June 1967: An Arab Perspective*. Evanston, Northwestern University Press.

———(1978). *Orientalism*. New York, Pantheon.

Saunders, Frances (1999). *The Cultural Cold War: The CIA and the World of Arts and Letters*. New York, New Press. Originalmente publicado como Saunders, Frances (1999). *Who Paid the Piper: The CIA and the Cultural Cold War*. London, Granta Books.

Sibley, Elbridge (1974). *Social Science Research Council: The First Fifty Years*. New York, Social Science Research Council.

Tannous, Afif (1944). *The Arab Village Community in the Middle East*. Washington, D.C., Smithsonian Institution.

Tucker, Judith (1985). *Women in Nineteenth-Century Egypt*. Cambridge, Cambridge University Press.

Van Gennep, Arnold (1914). *En Algerie*. Paris, Mercure de France.

Vatin, Jean-Claude (ed.) (1984). *Connaissances du Maghreb: Sciences Sociales et Colonisation*. Paris, Editions du CNRS.

Vitalis, Robert (1996). "The End of Third Worldism in Egyptian Studies" *Arab Studies Journal*, Vol. 4, N° 1, pp. 13-32.

———(1999). "Review of Kiren Aziz Chaudhry, *The Price of Wealth*", *International Journal of Middle East Studies*, N° 31, pp. 659-61.

Wagley, Charles (1948). "Area Research and Training: A Conference Report on the Study of World Areas", *Social Science Research Council Pamphlet*, N° 6, pp. 6-7.

Wald, Alan (1987). *The New York Intellectuals: The Rise and Decline of the Anti-Stalinist Left From the 1930s to 1980s*. Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Wallerstein Immanuel *et al.* (1996). *Open the Social Sciences*. Stanford, Stanford University Press.

Westermark, Edward (1926). *Ritual and Belief in Morocco*. London, Macmillan.

Winder, Richard (1987). "Four Decades of Middle Eastern Study," *Middle East*

Journal, Vol. 41, N° 1, pp. 40-63.

Wolfers, Michael (1994). *Re-Reading the Postwar Period: An Intellectual Itinerary*. New York, Monthly Review Press, caps. 2 y 3.

Young, Robert (1991). *White Mythologies: Writing, History, and the West*. New York, Routledge.

Zartman, William (1970). "History of MESA: The Middle East Studies Association of North America, Inc.," *Mimeo*, Middle East Studies Association of North America, septiembre.

DOSSIER / ARTÍCULO

Cosovschi, Agustín (2016). "Distancia crítica desde la periferia. Itinerarios del concepto de *transición* en la sociología de Serbia y Croacia durante los años noventa", *Papeles de Trabajo*, 10(18), pp. 99-122.

RESUMEN

Desde una perspectiva de análisis que se ubica entre la historia intelectual y la sociología de los intelectuales, este artículo examina cómo el proceso de re-periferialización de los países de la ex Yugoslavia durante los años ochenta y noventa influyó sobre la producción de las ciencias sociales de la región en un doble sentido: por un lado, generando fuertes transformaciones en las condiciones de producción científica; por otro lado, planteando nuevas problemáticas a los autores locales. Enfocándonos particularmente sobre la sociología de Serbia y Croacia, analizaremos algunas discusiones alrededor del concepto de *transición*. La hipótesis que guía nuestro trabajo es que el curso difícil de los primeros años luego de la caída del comunismo en ambos países permitió a los científicos sociales tomar una posición de distancia crítica con respecto de las implicancias universalistas que proponía dicho concepto. Así las cosas, veremos que, si el concepto de *transición* efectivamente adquirió importancia y marcó agendas de discusión durante la época, su recepción no constituyó un proceso pasivo, sino fuertemente polémico y productivo.

Palabras clave: *Serbia, Croacia, re-periferialización, ciencias sociales, transición.*

ABSTRACT

From an analytical perspective rooted both in intellectual history and in the sociology of intellectuals, this article examines how the process of re-peripheralization in the countries of the former Yugoslavia during the 1980s and the 1990s influenced the production of social sciences in the region in two ways: by triggering deep transformations in the conditions of scientific production and by posing new analytical problems to local authors. With a special focus on Serbian and Croatian sociology, we will analyze some discussions around the concept of *transition*. The central hypothesis is that the difficult course of events during the first years after the fall of Communism in both countries allowed for local social scientists to take a position of critical distance towards some of the universalist implications of that concept. Thus we will see that if the concept of *transition* indeed gained importance and was able to set agendas of discussion during that time, its reception was not a passive but a strongly polemic and productive process.

Key words: *Serbia, Croatia, re-peripheralization, social sciences, transition.*

Recibido: 16/5/2016

Aceptado: 5/9/2016

Distancia crítica desde la periferia

Itinerarios del concepto de *transición* en la sociología de Serbia y Croacia durante los años noventa

por **Agustín Cosovschi**¹

Podía ver el mundo llegando a su fin, y era su mundo.

JOSEPH ROTH

Durante la década de los noventa, las transformaciones radicales que las sociedades de Europa del Este atravesaron como resultado del fin del comunismo y la instauración de regímenes multipartidarios alimentaron en el campo de las ciencias sociales europeas y norteamericanas un *boom* de los estudios sobre procesos de transición política y económica. Desarrollados con fuerza ya desde los años setenta y ochenta a raíz de la caída de los regímenes autoritarios del sur europeo y del continente latinoamericano, los estudios sobre procesos de transición política encontraron en la nueva coyuntura del este europeo un campo fértil para reflexionar acerca de cuáles eran las condiciones necesarias para la consolidación de regímenes democrático-liberales en la región. Por su parte, los análisis sobre la transición económica se preocupaban mayormente por diagnosticar problemas y diseñar estrategias para la reorganización de las economías ex socialistas a

¹ Licenciado en Sociología (UBA), Magíster en Historia (IDAES-UNSAM) y Doctorando en Historia (UNSAM) y Estudios Políticos (EHESS). acosovschi@gmail.com

través de procesos de privatización y apertura comercial. Así las cosas, durante los años noventa los trabajos de autores como Claus Offe, Adam Przeworski, Juan Linz y Alfred Stepan, entre otros, así como las obras de los más famosos Samuel Huntington y Francis Fukuyama, gozaron de enorme popularidad no solo hacia dentro del campo de las ciencias sociales, crecientemente internacionalizado, sino también entre el público más general.

Al día de hoy es evidente que muchos de los análisis, diagnósticos y pronósticos de la "transitología" de los años noventa fueron errados: en rigor, muchos de los trabajos consagrados al estudio de los procesos de transición en las sociedades postcomunistas incurrieron en fuertes generalizaciones y simplificaciones, a la vez que elaboraron sus análisis bajo la influencia de una subterránea filosofía de la historia que tendía muchas veces a interpretar el derrotero de Europa del Este como el resultado de un simple desvío que debía ser corregido y reorientado hacia las vías normales de la democracia liberal.²

Sin embargo, pese a los errores de sus análisis y la imprecisión de sus pronósticos, esta corriente de trabajos dejó una huella considerable en el este de Europa, al menos en razón de su influencia teórica y normativa sobre el modo en que los intelectuales y científicos sociales locales intentaron pensar los desafíos de la región en el contexto novedoso de los años noventa. En pocas palabras, si la transitología no siempre fue capaz de brindar las respuestas más adecuadas y las soluciones más eficaces a los problemas que los países del viejo mundo socialista debieron enfrentar durante los años noventa, sí cumplió un rol orientador al plantear nuevos horizontes normativos luego de la caída del socialismo real y al proveer de nuevas categorías teóricas en un contexto signado entre otras cosas por la crisis del pensamiento marxista.

En los países de la ex República Socialista Federativa de Yugoslavia la recepción de la transitología estuvo mediada por factores muy específicos en el contexto regional. Al menos tres circunstancias influyeron sobre este proceso. Por un lado, la relación distintiva que la federación yugoslava había mantenido con el occidente europeo y los Estados Unidos ya desde los años cincuenta: como miembro del Movimiento de los Países no Alineados, independiente de la tutela soviética, Yugoslavia había guardado siempre vínculos más fluidos con el resto del mundo, lo que también se había traducido en mayores y más ricos intercambios académicos e intelectuales. Por otro lado, las excepcionalidades del socialismo

2 El término "transitología" se ha popularizado para designar esta corriente de trabajos. Para un análisis de las continuidades y rupturas del concepto de *transición* en la tradición marxista, la sociología de la modernización y la transitología, ver Guilhot (2002). Para una reflexión crítica sobre la transitología, ver Dobry (2009).

yugoslavo, tradicionalmente más liberal que en el resto de los países del este en materia de discusión pública y producción intelectual, habían permitido que el mundo de las ciencias sociales gozara ya desde los años cincuenta de un grado notable de apertura ideológica y permeabilidad teórica ante los desarrollos de otras latitudes. Finalmente, si el legado de los años anteriores tuvo una influencia significativa a la hora de pensar los desafíos de este tiempo nuevo, las ex repúblicas yugoslavas también se distinguieron del resto del viejo mundo socialista por los rasgos tan particulares que tuvo el período post-socialista en el contexto específico del sudeste europeo, en particular como consecuencia de una serie de guerras que dejarían brutales secuelas económicas y sociales en casi toda la región, generando también fuertes transformaciones en la relación del espacio post-yugoslavo con el resto del mundo hasta la actualidad.

Desde una perspectiva de análisis que se ubica entre la historia intelectual y la sociología de los intelectuales, en este artículo proponemos dar cuenta de cómo el proceso de re-periferialización de los países de la ex Yugoslavia durante los años ochenta y noventa influyó sobre la producción de las ciencias sociales de la región en un doble sentido: por un lado, generando fuertes transformaciones en las condiciones de producción de los científicos sociales; por otro lado, planteando nuevas problemáticas a los autores locales. Enfocándonos particularmente en la sociología de Serbia y Croacia, daremos cuenta de algunas discusiones alrededor del concepto de *transición*, que movilizaba horizontes normativos no siempre compatibles con la experiencia local, a través del análisis de las intervenciones de algunos autores centrales del período que hemos seleccionado en función de su posición destacada en el campo y de sus preocupaciones convergentes.

Autores como Carl-Ulrik Schierup (1992, 1999) y John Allcock (2000) han señalado la necesidad de priorizar la posición periférica de Yugoslavia para entender su historia, la crisis de su sistema socialista y su violenta disolución durante los años noventa. La misma perspectiva se impone a la hora de examinar el modo en que los científicos sociales del espacio post-yugoslavo, en permanente vinculación y diálogo con la producción intelectual extranjera, intentaron pensar la cruda realidad del período post-socialista. No es posible entender la producción intelectual de un país sin reconstruir el contexto de ideas en el que dicha producción se inserta; y ese contexto lleva la marca, en el espacio post-yugoslavo, de la condición periférica que ha determinado su historia durante siglos.

Este trabajo parte de una serie de presupuestos que es preciso enumerar. En primer lugar, que no es posible entender la producción de las ciencias sociales en el espacio post-yugoslavo sin dar cuenta de su

inserción en un contexto intelectual global, donde la circulación de ideas y conceptos está atravesada por asimetrías políticas, económicas y culturales. En segundo lugar, que la dinámica de intercambio que se desarrolla entre posiciones desiguales hacia dentro de este contexto global no constituye un proceso de imposición simple sobre agentes receptores pasivos, sino por el contrario una trama compleja de pujas y resistencias. Por último, que para comprender el modo en que se desarrolla esta dinámica es preciso no solo reconstruir el contexto textual y conceptual de los autores, así como dar cuenta de las tradiciones de pensamiento en las que se insertan sus reflexiones, sino también comprender el contexto disciplinar y extra-disciplinar que influye sobre sus condiciones de producción. De esta manera, el trabajo intentará combinar distintos niveles de análisis para dar cuenta de cómo el curso difícil de los primeros años luego de la caída del comunismo tanto en Serbia como en Croacia permitió a los científicos sociales de ambos países tomar una posición de distancia crítica con respecto de las implicancias universalistas que proponía el concepto de *transición* tal como era movilizado por el discurso de la transitología. Así las cosas, veremos que, si dicho concepto efectivamente adquirió importancia y marcó agendas de discusión durante la época, su recepción no constituyó sin embargo un proceso de imposición sin fisuras, sino uno fuertemente polémico y productivo.

Como primer producto de una investigación más amplia sobre las transformaciones de las ciencias sociales en el espacio post-yugoslavo durante la historia reciente, este artículo está basado en el análisis de una masa de fuentes complementarias. Por un lado, una serie de entrevistas personales a diversos científicos sociales de Serbia y Croacia realizadas entre 2015 y 2016; por otro lado, el análisis de las ediciones de los años noventa de las revistas de sociología *Sociološki pregled* de Serbia y *Društvena istraživanja* de Croacia, así como de una selección de libros notables del período.³

Socialismo y periferia

Si analizar el rol del concepto de *transición* durante los años noventa en el espacio post-yugoslavo implica ubicar la mirada sobre la posición periférica de los países que lo integran, es preciso comenzar señalando que dicha condición estructural influyó con fuerza en la realidad económica

³ En el artículo se vuelcan algunos de los primeros resultados de mi investigación doctoral, realizada actualmente en co-tutela entre la Universidad Nacional de General San Martín y l'École des Hautes Études en Sciences Sociales.

y social de la región durante todo el siglo XX, dejando sus huellas en el pensamiento político y en las ciencias sociales de la región. Al mismo tiempo vale destacar que, mucho antes de su traumática disolución, Yugoslavia ya había conocido otro concepto de *transición* influyente: el que designaba en la tradición marxista el proceso de transformación revolucionaria de la sociedad capitalista a la sociedad comunista, pasaje que justificaba precisamente la necesidad histórica del gobierno comunista. En su *Crítica al Programa de Gotha*, Marx había dado una definición clásica: "Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista se ubica el período de transformación revolucionaria de la primera en la segunda. Al que corresponde también un período de transición política donde el Estado no puede ser otra cosa que la *dictadura revolucionaria del proletariado*" (Marx, 1922: 53). El concepto jugaba un rol central en la cosmovisión misma del movimiento comunista yugoslavo, que concebía la sociedad yugoslava como una realidad histórica en transición.

Por un lado, el concepto cargaba con un fuerte contenido normativo que daba sentido histórico al proyecto yugoslavo al vehiculizar un futuro posible: podían existir desacuerdos y conflictos en el presente, pero el futuro era una realidad incommovible. Por otra parte, el mismo concepto revelaba a la vez algo de la especificidad geográfica del contexto en el que tenía lugar el experimento socialista: es que, si la noción del tránsito del capitalismo hacia el comunismo ya había generado debates teóricos en el movimiento marxista desde fines del siglo XIX, el hecho de que la mayor parte de las revoluciones socialistas del siglo XX hubieran tenido lugar en países mayormente agrarios había introducido un nuevo factor que hacía más compleja la ecuación. El célebre economista yugoslavo Branko Horvat lo expresaba de esta forma en 1951:

Parece que Marx y Engels sostenían un período de transición [*prelazni period*] mucho más corto que lo que muestra la práctica actual. La diferencia es aún mayor en la medida en que las revoluciones socialistas se desencadenaron en países relativamente atrasados, donde ese período de transición debía objetivamente ser mucho más largo: a saber, hacía falta bajo la dictadura del proletariado construir ese potencial industrial y esa organización de la producción que los países avanzados construyeron bajo la dictadura de la burguesía (Horvat, 1969: 79).

La cita es reveladora, expresando en qué medida el sentido histórico del gobierno del Partido Comunista de Yugoslavia no podía divorciarse de la posición periférica de la región y de su grado relativamente bajo de desarrollo en relación con el mundo industrializado.

En gran medida, la ambición de superar esta situación de asimetría explica también el hito fundacional del socialismo yugoslavo: la ruptura

diplomática con la URSS en 1948 como resultado de una serie de desavenencias en el marco del movimiento comunista internacional, y en particular como consecuencia de las pretensiones hegemónicas de los soviéticos. Fue precisamente a raíz de esta determinación que Yugoslavia no solo inició una política exterior independiente que la acercó más al occidente europeo y norteamericano, fundando años más tarde el célebre Movimiento de los Países No Alineados, sino que abrió una era de reformas políticas y económicas que, bajo el paradigma teórico de la autogestión socialista, permitiría al comunismo yugoslavo hacerse de una legitimidad autónoma de la URSS, plantear una estrategia de inserción internacional independiente del bloque soviético, reorganizar su economía dejando atrás los esquemas de desarrollo estalinistas como la colectivización agraria y la obsesión con la industria pesada, poner en pie novedosos mecanismos de representación obrera en las fábricas y en las comunidades locales y finalmente descentralizar la organización del país dando niveles de autonomía excepcionales para cada una de las seis de las repúblicas que componía la federación yugoslava (Russinow, 1977).

Entre las décadas de los cincuenta y los sesenta, el crecimiento explosivo de la economía yugoslava y el aumento en las tasas de urbanización e industrialización, así como la inserción cada vez más beneficiosa del país en las cadenas productivas globales, parecían confirmar que la estrategia del comunismo yugoslavo para tramitar su posición en el sistema mundial era exitosa. En palabras del sociólogo danés Carl-Ulrik Schierup,

Durante los años sesenta, según una serie de criterios sociales y económicos, Yugoslavia podía ser descrita como un país que aspiraba a entrar en la categoría de países industriales "centrales". (...) El estándar de vida había mejorado de manera continua y el país había conseguido controlar su proceso de des-agrarización en mayor medida que la mayor parte de los otros países recientemente industrializados. Una economía descentralizada en combinación con los incentivos sociales y económicos provenientes de incipientes formas de democracia industrial y local, tal y como estaban representados en la "autogestión", parecían prometedores como un determinado intento de transformar la estructura del esquema de acumulación nacional y de construir un sector exportador fuerte e internacionalmente competitivo. La investigación nacional y la capacidad de desarrollo crecientes, combinadas con una mayor cooperación internacional y apertura al cambio tecnológico y organizativo, también parecían apoyar esta promesa: si (...) consideramos que la calidad, la composición y los patrones de reproducción de la fuerza de trabajo son al menos tan importantes para la estructuración de la división internacional del trabajo como la ubicación geográfica de la acumulación de capital, Yugoslavia tendría buenas expectativas de alcanzar una posición avanzada en la economía mundial, basada en la acumulación de recursos de una mano de obra altamente capacitada y calificada que, en contraste con otros países del "socialismo real", estaban expuestos a una comunicación continua y menos limitada con los centros occidentales avanzados de conocimiento y aprendizaje (Schierup, 1992: 71).

Sin embargo, el derrotero del país desde fines de los años setenta, la profundización del endeudamiento, la crisis crónica en su balanza de pagos y el endurecimiento de las pujas distributivas entre las repúblicas durante los años '80 marcarían el fracaso y repliegue de modelo yugoslavo. A partir de entonces, según el mismo autor, Yugoslavia ingresaría en un período de *re-periferialización* caracterizado por el retroceso del país en materia de desarrollo industrial e integración al mercado mundial; proceso que se expresaría, entre otras cosas, en un vuelco al mundo agrario por parte de gran parte de la población, el deterioro general del sistema educativo y la re-tradicionalización cultural generalizada (Schierup, 1999).

Esta crisis del modelo de desarrollo yugoslavo, que sociólogos como Josip Županov (1987) interpretaron en su época como el resultado de una alianza entre las burocracias estatales y una clase obrera tradicionalista e igualitarista que planteaba obstáculos a la organización eficiente de la economía, tuvo fuertes repercusiones sobre la estabilidad interna de un país organizado como federación multinacional. A la vez, generó las condiciones para una crisis existencial en relación con la estrategia de inserción internacional del país. El politólogo Jovan Mirić, célebre por haber adquirido gran visibilidad en las discusiones políticas que dividieron al comunismo yugoslavo en los años '80, expresó con una notable inyectiva el dilema que esta crisis planteaba para la posición del país en el sistema global:

El Oeste, con nuestro ejemplo y nuestra situación actual verifica su tesis reiteradamente enfatizada de que no puede haber un socialismo exitoso, ni siquiera, por supuesto, el autogestionario; el Este verifica la suya, de que la autogestión no tiene horizonte y de que solo puede ser un experimento efímero por fuera del mundo del "socialismo real".

Pero nosotros, como respuesta a la situación actual y a nuestra dirección continua, no tenemos otra opción: la autogestión de la crisis o diferentes soluciones autoritarias, para las cuales en nuestra sociedad existen condiciones reales, tanto materiales como espirituales (Mirić, 1985).

En enero de 1990, una década luego de la muerte de Tito, tras años de pujas inter-republicanas y tensiones nacionales, la Liga de los Comunistas de Yugoslavia se disolvió en su XIV Congreso extraordinario. Ese mismo año se celebrarían las primeras elecciones multipartidarias en la federación, que darían como ganadores a diversos partidos nacionalistas en la mayoría de las repúblicas yugoslavas. En 1991 la secesión unilateral primero de Eslovenia y luego de Croacia provocaría la invasión del territorio croata por parte del Ejército Nacional Yugoslavo, inaugurando

así un período de conflicto armado que solo se agravaría en 1992 con la separación de Bosnia y persistiría hasta 1995.

Las ciencias sociales en los años noventa

Desde los años cincuenta, las ciencias sociales en Yugoslavia habían gozado de condiciones privilegiadas en relación con el resto del mundo socialista, no solo gracias a un amplio clima de libertad de pensamiento y a la jerarquización oficial del desarrollo científico y educativo, sino también en virtud de la densidad de conexiones que existían entre la comunidad científica e intelectual yugoslava y las comunidades de los países occidentales. En el campo del pensamiento económico, por ejemplo, Johanna Bockman (2011) ha dado cuenta de numerosas estrategias desplegadas por el gobierno yugoslavo durante los años cincuenta y sesenta en materia de intercambio, cooperación y formación de cuadros en el exterior, destinadas a difundir el modelo económico yugoslavo en el resto del mundo y a reforzar académica y técnicamente las bases ideológicas del Movimiento de los No Alineados, a través de figuras como el ya mencionado economista Branko Horvat. Y el prestigio de las ciencias sociales yugoslavas en el mundo trascendía el campo de la economía: en el campo de la sociología y la teoría social, el país se había convertido ya desde los años sesenta en una referencia ineludible de la mano de intelectuales como los miembros del grupo marxista Praxis, estimulando la llegada a Yugoslavia de numerosos estudiantes del exterior con el objetivo de participar de seminarios y escuelas de verano, así como de intelectuales tales como Herbert Marcuse y Jürgen Habermas (Sher, 1977). Durante esta época la presencia de teóricos extranjeros en las facultades y centros de investigación yugoslavos era frecuente, y a lo largo de los años las universidades del país fueron visitadas por figuras de la talla de Lucien Goldmann, Talcott Parsons y Erich Fromm (Bogdanović, 1990).

Esta situación cambiaría radicalmente a partir de finales de los años ochenta, como consecuencia de la crisis económica persistente, el fin de la geopolítica del mundo bipolar y el estallido de la guerra. En ese contexto, las transformaciones de la región tendrían fuertes consecuencias sobre el desarrollo de las ciencias sociales de Serbia y Croacia, los países de mayor envergadura en la federación yugoslava. La falta de financiamiento, la situación económica apremiante, la desintegración de los lazos de cooperación pan-yugoslavos, la violencia militar en territorio de Croacia, la llegada de refugiados a las ciudades, el aislamiento

económico en Serbia a raíz del embargo impuesto por la comunidad internacional, las presiones políticas sobre las universidades por parte de los gobiernos y finalmente el recrudecimiento generalizado del nacionalismo, las tensiones políticas e incluso el hostigamiento hacia dentro de la academia contra determinados intelectuales tendrían una fuerte influencia sobre la producción de sociólogos, politólogos y antropólogos. Así las cosas, durante los años noventa, los científicos locales se verían obligados a pensar y producir conocimiento no solo desde una posición geopolítica nueva, sino en condiciones de trabajo notablemente más dificultosas que antes, lo que implicaría un fuerte contragolpe en un país que hasta entonces había hecho grandes progresos científicos y educativos y que gozaba de un prestigio significativo en el mundo de las ciencias sociales.

Vladimir Vuletić, sociólogo y profesor de la Universidad de Belgrado, estudiante durante los años noventa, recuerda sobre las condiciones económicas de la época:

Existía una presión en el ambiente, la cuestión financiera no es para nada marginal. Sobre todo en Serbia, en esa época, había una situación económica mala, la crisis... esta inflación terrible del '92, '93, junto con las sanciones de la comunidad internacional. Llegó a ser que el salario promedio, mi salario por ejemplo, en el '93 era en un momento 6 marcos [alemanes]; y yo no era el único, 6 marcos, no es nada. (...) En esa época tenía 25 años, 27 quizás, era asistente y mi sueldo, el último, en octubre de 1993 equivalía a 6 paquetes de los cigarrillos más baratos.⁴

En Zagreb, el contexto de la guerra también planteaba problemas económicos y financieros, que se sumaban a las presiones políticas propias de un clima nacionalista, lo que resultó en la marginación de intelectuales y académicos críticos del gobierno de Franjo Tuđman. A la vez, el respaldo oficial a la fundación en 1991 del Instituto de Ciencias Sociales "Ivo Pilar", revisionista y nacionalista, constituyó un gesto claro hacia la comunidad académica de cuál era la orientación que el nuevo gobierno pensaba priorizar con su apoyo político y financiero.

Según Dejan Jović, politólogo y profesor en la Universidad de Zagreb, asistente del mencionado Jovan Mirić durante los tempranos años noventa, las autoridades se mostraban cerradas a las propuestas de este último y a la posibilidad de que contratara asistentes de investigación que lo pudieran suceder eventualmente.⁵ Al ejemplo de Mirić, presionado por haber defendido activamente la idea comunista

4 Vladimir Vuletić, entrevista personal, Belgrado, noviembre de 2015.

5 Dejan Jović, entrevista personal, Zagreb, marzo de 2016.

de Yugoslavia durante los años ochenta y posiblemente también por su condición de serbio, se suman otros casos ilustrativos de la época: el sociólogo Duško Sekulić abandonó la Facultad de Filosofía de la Universidad de Zagreb a principios de los años noventa, según algunos testimonios a raíz del clima anti-serbio que se vivía en la institución,⁶ y algo similar puede decirse del sociólogo serbio Mladen Lazić, quien luego de trabajar durante la década de 1980 en Zagreb decidió volver a instalarse en Belgrado en 1990.⁷

Estos desplazamientos implicaban además cambios y reconfiguraciones en las escenas académicas de ambos países. Al llegar a la Universidad de Belgrado, por ejemplo, Lazić tomó el cargo docente de Mihailo Popović, hasta entonces una de las figuras más importantes de la sociología serbia y director de algunos de los proyectos de investigación más importantes de los setenta y ochenta. Como contrapartida, en cambio, durante los años noventa Lazić no publicaría un solo artículo en *Revija za sociologiju*, la revista de la Asociación de Sociología de Croacia, donde había divulgado numerosas contribuciones durante los años anteriores.

Ante las dificultades económicas y políticas que surgían producto de la crisis y la guerra en la región, las iniciativas académicas independientes se multiplicaron. Un caso paradigmático es el de la editorial y think-tank *Erasmus* creada por Vesna Pusić y Slavko Goldstein en 1992, cuya revista del mismo nombre se convertiría uno de los grandes focos de oposición al gobierno de Tuđman durante los años noventa. El fenómeno de la creación de organizaciones independientes fue también notable entre investigadores e investigadoras de orientación feminista, a raíz de la falta de respaldo que encontraban en el ámbito universitario para sus proyectos y del frecuente hostigamiento, no solo a raíz de las características de sus temas de trabajo percibidos como agitadores sino también en razón de su compromiso y militancia política contra muchas de las políticas conservadoras y nacionalistas de los gobiernos de Tuđman en Croacia y Milošević en Serbia, como ocurrió con el *Centar za ženske studije* (Centro para Estudios de la Mujer) en Belgrado.

Durante la época, las instituciones y los colegas del extranjero jugaron un rol estratégico. Según Paul Stubbs, sociólogo británico que se instaló en Zagreb durante los años noventa,

6 Branka Galić, entrevista personal, Zagreb, marzo de 2016.

7 El sociólogo croata Vjeran Katunarić explica así la partida de su amigo y colega Mladen Lazić: "Es un hombre valiente. Pero habla con mucho acento, nunca cambió el serbio por el croata, lo que era muy normal en esos días. Pero evidentemente era muy irritante para su entorno (no en el instituto, claro, sino afuera) y quizás experimentó alguna situación no muy fácil para él o para su familia." Vjeran Katunarić, entrevista personal, Zagreb, marzo de 2016. Otros entrevistados coincidieron en explicar por esas razones la decisión de Lazić.

Hubo mucha gente que se hizo nacionalista, hubo mucha gente que se auto-censuró y hubo mucha gente que se fue, que desarrolló algún tipo de estrategia a través de la cual pasaban un montón de tiempo haciendo estancias de investigación en el extranjero.⁸

El exilio era una salida clara, en especial en el caso de estudiantes y jóvenes investigadores como el mencionado Dejan Jović, pero también fue la alternativa elegida por intelectuales consolidados como las feministas croatas Slavenka Drakulić y Rada Iveković, quien escaparon del país luego de ser denunciadas como traidoras a la nación y "bruja" por el semanario *Globus* en 1992 (Bonfiglioli, 2009). En otros casos, la comunicación y cooperación con el exterior, en especial a través de universidades de Europa occidental y los Estados Unidos, daba a los investigadores de la región un escape temporario y esporádico. En Croacia, el respetado sociólogo Vjeran Katunarić, quien ya había forjado una relación con instituciones en Suecia durante las décadas anteriores, recurrió a este vínculo durante los años '90 para realizar frecuentes estancias de investigación en el país del norte; el politólogo Nenad Zakošek, en esa época implicado en iniciativas antibélicas en Croacia, hizo lo propio realizando eventualmente estancias en Berlín.⁹

Para la comunidad académica de Serbia, las instituciones extranjeras también cumplieron un rol clave. Por un lado, como consecuencia de la resolución del 30 de mayo de 1992 de la ONU, que establecía la suspensión de la cooperación cultural y científica con Serbia como represalia por las acciones en Bosnia.¹⁰ En ese contexto, instituciones no estatales como el Fondo Soros y la Central European University en Budapest prestaban su apoyo para iniciativas académicas como cursos de verano, seminarios internacionales, proyectos de cooperación y publicaciones emblemáticas de la época, ayudando así a mantener los lazos de la comunidad científica local con el exterior.¹¹ Pasada la época de las sanciones, por otro lado, diversas agencias de investigación de gobiernos extranjeros como Suiza o Alemania y organismos internacionales como UNESCO ayudarían a compensar las dificultades frecuentes de los investigadores para encontrar recursos financieros o respaldo político en sus propias instituciones, permitiendo a las comunidades académicas de

8 Paul Stubbs, entrevista personal, marzo de 2016.

9 Sobre las iniciativas antibélicas en el espacio post-yugoslavo, ver BILIĆ, BOJAN (2012).

10 La resolución se puede encontrar en <http://www.nato.int/for/un/u920530a.htm> (consultado el 10/05/2016).

11 Entre las diversas publicaciones que contaron con el apoyo del Fondo Soros, por ejemplo, podemos mencionar compilaciones como *The Road to War in Serbia*, *Razaranje društva o Društveni karakter i društvene promene u svetlu nacionalnih sukoba*, todos resultados de proyectos de investigación y colaboración que nuclearon a los científicos sociales más importantes de Serbia durante los años noventa.

Zagreb y Belgrado lidiar de un modo u otro con algunas de las dificultades de la época.¹²

En ese contexto marcado por la caída del comunismo y la desintegración de la federación yugoslava, además de las transformaciones propias de un campo académico atravesado por el ahogo financiero, las presiones políticas, la censura, la fuga de cerebros, el aislamiento y la destrucción de viejos lazos de cooperación, se agregó durante la década de 1990 la explosión de los *area studies* y los estudios de transición producidos por instituciones del occidente europeo y norteamericano, con una producción masiva de literatura extranjera que en su mayoría se proponía examinar las transformaciones de Europa del Este en general, y de la ex Yugoslavia en particular, muchas veces interpretando la historia de la región sin siquiera recurrir a la producción científica local, e incluso reproduciendo muchas veces el tipo de discursos orientalizantes que la investigadora Maria Todorova (2009) ha analizado en su clásico estudio *Imagining the Balkans*.

En suma, si Yugoslavia había comenzado a atravesar desde fines de los años setenta un proceso de re-periferialización económica, esta dinámica no solo se agudizó durante los años noventa, sino que se combinó con los procesos destructivos de la guerra dejando efectos profundos sobre el campo académico e intelectual, haciendo cada vez más difícil el trabajo de los científicos sociales locales y agravando las condiciones para su inserción y competencia en el sistema global de producción de conocimiento.

El antropólogo británico Andrew Hodges (2014) ha analizado las repercusiones de este proceso en un área particularmente sensible, las ciencias físicas, señalando que el colapso del socialismo y la neoliberalización de los esquemas de producción científica a nivel mundial generaron entre los astrofísicos de Belgrado una sensación de atraso que los empujó a desarrollar estrategias simbólicas para asimilar esta nueva posición y estrategias logísticas para adaptarse a las condiciones más difíciles de acceso a los recursos. Sin duda el caso de los científicos sociales no comporta los mismos rasgos que el de los físicos y los astrónomos, pero no puede hacerse caso omiso de estas transformaciones a la hora de examinar la producción de los científicos sociales en la región, ya que la comunicación con el exterior, el acceso al financiamiento para la publicación y la organización de eventos de discusión y divulgación, así como la posibilidad de realizar intercambios culturales y científicos y la

12 Ante la falta de apoyo en las instituciones públicas, un rasgo eminente de los años '90 fue también la fundación de organizaciones no gubernamentales (ONG) para atender a problemáticas particulares, tales como las problemáticas de género y minorías sexuales, particularmente dependientes de las posibilidades de financiamiento externo.

mismísima continuidad institucional son dimensiones que condicionan en gran medida la investigación y el avance en el campo de las ciencias sociales.

En este difícil contexto los científicos sociales de Serbia y Croacia continuaron analizando y pensando los problemas que enfrentaban sus sociedades luego de la caída del muro de Berlín y la desintegración de Yugoslavia, por un lado recurriendo a sus propios saberes acumulados y a las tradiciones de investigación locales, y por otro lado intentando mantener aquel diálogo permanente con la producción científica global que había caracterizado durante décadas a la región. Para analizar esta doble dinámica, en la siguiente sección del trabajo examinaremos algunos itinerarios del concepto de *transición* en la sociología serbia y croata de los años '90, dando cuenta de cómo los científicos locales se vinculaban con los horizontes normativos que dicho concepto vehiculizaba en los discursos hegemónicos del campo de las ciencias sociales.

Futuros posibles: el concepto de *transición* en la sociología de los noventa

En 1992 la editorial *Erasmus* publicó un libro que se volvería objeto de citas y discusiones a lo largo de toda la década, así como una pieza esencial de la literatura sobre transición política y económica en los países de la ex Yugoslavia: el estudio *Vladaoci i upravljači* (en castellano, "Gobernantes y gerentes") de la socióloga croata Vesna Pusić. El trabajo contenía una tesis que sería motivos de debate durante los años venideros: la idea según la cual los directores de las empresas de propiedad social durante el socialismo autogestionario eran el único grupo que, por sus características, su formación y sus objetivos, era capaz de dirigir la transición hacia una democracia moderna en Croacia.

La tesis nacía de una comparación regional: según la autora, mientras que la República Checa había tenido una sociedad civil fuerte y a la elite intelectual de *Charta 77*, Polonia había tenido una organización sindical vigorosa con la experiencia de *Solidaridad* y Hungría había contado con un partido comunista dispuesto a sentar las bases para la reforma democrática, en Croacia no existía ninguna de esas condiciones para dirigir un proceso de transición. El problema de Croacia, en suma, era la falta de un liderazgo histórico: "La diferencia ente los procesos de transformación política en Polonia, Hungría y República Checa, por un lado, y Yugoslavia, o sea específicamente Croacia, por otro lado, reside

en la preparación para el futuro", afirmaba la autora (Pusić, 1992: 13). Esto no significaba, sin embargo, que Croacia no tuviera posibilidades de subirse al tren del futuro. Lo que el país necesitaba era una estrategia distinta y ajustada a sus propias condiciones. En palabras de Pusić, una "metodología" o una "tecnología" propia:

Considerando los problemas concretos que nos esperaban y con los que debemos lidiar, también había similitudes relevantes entre Croacia y otros países del postcomunismo. (...) En lo que existieron, sin embargo, diferencias significativas fue en el mismo método o tecnología de transición [*metoda ili tehnologija prijelaza*]. En cada uno de los tres modelos de transformación existía alguna fuerza o elemento de la estructura social que aseguraba la estabilidad en un proceso de gran transformación. En Croacia existió un poco de cada uno de los tres elementos, pero ninguno tuvo la suficiente fuerza estabilizadora (Pusić, 1992: 31).

Según la autora, en Croacia existía solo un grupo que, por su historia y sus rasgos, podía dirigir este proceso: a partir de una investigación cuantitativa donde evaluaba actitudes, trayectorias, performances económicas y estilos de trabajo de 90 gerentes de empresas de Croacia, concluía que eran precisamente los directores de empresas quienes comportaban los rasgos actitudinales, la preparación técnica y el interés económico necesario para convertirse en una elite modernizante. Un grupo capaz de encarar el segundo paso en la transición croata, aquel que iba desde un régimen formalmente pluralista a una democracia moderna y madura:

La elite gerencial es la única en estas condiciones que por sus características es capaz de fortalecer la estructura estatal y la elite política, sin bloquear los procesos de transformación política iniciados. Ella es a la vez, considerando la inexistencia de una elite política y la descalificación de la elite militar, la única elite de poder que queda para aquellos que ven el objetivo de la transformación en un Estado democrático moderno. (...) Así como los movimientos nacionales permitieron la transición de los sistemas unipartidarios a los sistemas políticos multipartidarios, la elite gerencial tiene oportunidades de asegurar la transición del pluralismo partidario a la democracia (Pusić, 1992: 125-126).

El libro de Pusić era original y provocador. Además de tener sustento empírico, era el trabajo de una investigadora abiertamente comprometida en la discusión política nacional, pero también avalada por una trayectoria intelectual notable. Con varios años de experiencia en estudios de sociología industrial, Pusić había dado los primeros pasos en su carrera académica durante los años ochenta bajo la influencia de autores clásicos y célebres de la sociología industrial yugoslava como el croata Josip Županov y el esloveno Veljko Rus, preocupados por el mal funcio-

namiento del sistema autogestionario. Con el último había colaborado además en proyectos de cooperación internacional a nivel europeo sobre democracia industrial.¹³ Pero además, el libro *Gobernantes y gerentes* desarrollaba preocupaciones que la autora ya había avanzado en su tesis doctoral, publicada en 1986 bajo el título de *Democracia industrial y sociedad civil* (Pusić, 1986), donde sostenía la idea de que la democracia industrial no podía funcionar sin una democracia política más amplia, y que uno de los problemas de Yugoslavia residía precisamente en la falta de constitución de grupos de interés claramente identificados. En ese sentido, además de responder a un contexto urgente, el trabajo estaba anclado en una tradición de reflexión que la antecedía: la de la sociología industrial yugoslava, siempre preocupada por examinar las dificultades del país en el camino a la modernización económica.

El trabajo de Pusić estaba a tono con las discusiones de la época en las ciencias sociales internacionales. A primera vista, sobresalía su empleo de teóricos prestigiosos como Robert Dahl y Ralph Dahrendorf, pero más notablemente llamaba la atención el empleo fuertemente normativo del concepto de *transición*, que estaba allí para poner en equivalencia la realidad croata con otras que le eran históricamente distintas y distantes. El concepto intentaba dar un suelo común a la experiencia social real de Croacia y al horizonte normativo expresado por las experiencias checa, polaca y húngara, mucho menos traumáticas que la yugoslava en su forma de tramitar el final del comunismo. Así las cosas, la ingeniería que proponía para eventualmente alcanzar un punto de convergencia histórica destilaba fuertes aires preceptivos.

Con lucidez y claridad, sin embargo, la autora no planteaba sin más el escenario histórico del país como una marcha inevitable hacia el progreso, sino en cambio como una disyuntiva que era posible resolver. En pocas palabras, las dificultades propias de la posición específica y distinta de Croacia podían tramitarse para consolidar la tan preciada transición. Quizás nadie para caracterizar mejor este exceso normativo del libro que su propio editor, el intelectual Slavko Goldstein, que en el prólogo afirmaba: "*Gobernantes y gestores* es un libro optimista, que nos alienta al decirnos que el atraso es algo que a nosotros no nos ocurrirá" (Pusić, 1992: XIII).

Desde una perspectiva teórica y un contexto distinto, en cambio, la idea de que el atraso era un riesgo más que presente sería central en el trabajo de Mladen Lazić. Figura emblemática de la sociología económica ya desde los años '80, cuando había ocupado un alto cargo en el

13 IDE-International Research Group, *Industrial democracy in Europe*, Oxford, Oxford University Press, 1981.

Instituto de Investigación Social de Zagreb, Lazić se había transferido a Serbia en 1990 en medio del agravamiento de las tensiones entre ambos países. Influido por preocupaciones que convergían con las Pusić, su inserción en una tradición de pensamiento distinta y más cercana al marxismo y el estructuralismo, así como el escenario económico catastrófico de la Serbia de Milošević, lo llevarían a vincularse de modo distinto con el problema de la transición. Lo expresaba con toda claridad en un artículo de 1995:

La transformación socioeconómica y cultural de las sociedades de Europa del Este y Europa Central ha atraído enorme atención por parte de investigadores tanto en Oriente como en Occidente. Hay muchas razones para este inmenso interés: algunas de ellas son origen científico (yendo de una situación de tipo "laboratorio" en estos países, en la que se espera que los cambios sistémicos se desarrollen en condiciones casi "experimentales", hasta la apertura de un nuevo campo de investigación que puede ayudar a las ciencias sociales a superar una crisis de larga data); otras son extra-científicas (p. ej., los intereses políticos y económicos de los países occidentales que llevan a sus gobiernos, junto con instituciones no gubernamentales, a financiar generosamente este tipo de investigaciones). Puede que el tema mismo de los "estudios sobre transición" sea una evidencia de la importancia que tienen los motivos extra-científicos: los "enfoques institucionales" (problemas de privatización, cambios en la estructura de propiedad, prácticas parlamentarias, etc.) claramente superan en número a los "enfoques sobre los actores" (en este campo es posible encontrar algunos estudios que lidian con las elites económicas y políticas, pero la investigación sobre los cambios a niveles inferiores de la estratificación social es excepcionalmente escasa). El problema aquí es, por supuesto, el hecho de que el cambio institucional es en el largo plazo determinado por la estructura de relaciones de los grupos sociales actuantes. En otras palabras, la perspectiva de los cambios institucionales en los ex países socialistas dependerá de grupos sociales básicos que han sido formados (y re-formados en su relación mutua) en el curso de la transformación actual (Lazić, 1995: 135).

Al igual que su homóloga croata, el serbio estaba preocupado por lo que llamaba "el problema del actor" [*problem aktera*]. En pocas palabras, según Lazić existían dos formas de operar el pasaje de un sistema de acumulación hacia el otro: a través de condiciones generadas por el propio sistema y mediante la acción de un actor social capaz de dinamizar estos cambios o por la destrucción de las propias condiciones de reproducción, generalmente agravadas por influencia de factores externos. El derrotero del socialismo se correspondía con el segundo caso, puesto que su esquema de organización política y económica había impedido la formación de un actor social capaz de organizar un proceso de reproducción económica sustentable y una alternativa al capitalismo capaz de resolver los problemas de la modernización (Lazić, 1994: 6-8). Ahora bien, ¿existía en las condiciones actuales

un actor capaz de dirigir un proceso de transición económica exitoso luego del fracaso del socialismo?

En el libro de 1994 *Sistem i slom* ("El sistema y el colapso", en castellano), una colección de artículos de sociología económica donde analizaba la estratificación de las sociedades yugoslavas y la crisis del socialismo, Lazić elaboraba respuestas a este interrogante. En el quinto artículo del libro, titulado "Los directores y la disolución del sistema socialista", el autor relativizaba para la Serbia de los años noventa aquella idea que Vesna Pusić había hecho famosa en *Gobernantes y gerentes*, afirmando que los directores de empresas seguían siendo dependientes del poder político aún luego de la instalación del pluralismo partidario, lo que bloqueaba su capacidad transformadora:

... el grupo existente de directores (junto con la clase política) tiene posibilidades significativamente más favorables de aprovechar su "posición de poder", consolidar su posesión de los recursos económicos del país y así jugar un rol más transformador en la sociedad. Contra la linealidad de estas expectativas, sin embargo, operan dos factores: la estatización masiva de la propiedad vuelve fija —al menos aparentemente— la posición actual de los directores, y de esa forma además refuerza su (demostrada) inercia grupal (basada sistémicamente en la incapacidad, como grupo, de involucrarse de forma activa). Es decir, más allá de casos particulares (y de lo extendidos que sean) es muy poco probable que los directores se manifiesten como una fuerza social capaz de dar forma a una nueva relación social básica. El proceso de cambio se desarrollará en un "período de transición" más largo, y principalmente desde abajo, a través de la utilización de nuevas posibilidades institucionales por parte de algunos pocos individuos, entre quienes los —ex— directores quizás estén más representados, pero en ningún caso se manifestarán como un sujeto colectivo activo (Lazić, 1994b: 138).

Difícilmente, el contexto de producción de Lazić no tuviera influencias sobre el pesimismo de su diagnóstico: marcado por el colapso económico total de los primeros años de Milošević en Serbia, por el aislamiento internacional, la hiperinflación y la caída dramática del nivel de vida, su relación con las teleologías de la transición democrática estaba atravesada esencialmente por la desconfianza, en particular en relación con los procesos de privatización. Tras el fracaso del socialismo, las recetas propias de la época provocaban en el autor una reacción de sospecha:

Toda la autoconsciencia que tienen los actores del cambio (determinantes y movilizantes) en las sociedades socialistas, y de la población en su totalidad, está determinada por la representación general que tienen acerca de la transformación capitalista de dichas sociedades. (...) El intento neoliberal de responder a la crisis [del petróleo] en los países occidentales determinó el horizonte de ideas de los actores del cambio en el Este. La privatización se toma como una panacea que (junto al parlamentarismo) integrará automáticamente a los (ex) países socialistas en la moderna sociedad industrial. El rol regulador del Estado en la economía se descarta (al menos en teoría) junto con la dirección económica.

(...)

Estamos tan cerca de cumplir con ese sueño colectivo de integrar la comunidad de los ricos, que sirvió como reserva de energía para la población de estos países, como de las fantasías de los emigrantes que creen que en los Estados Unidos podrán levantar los dólares directamente de la calle... (Lazić, 1994b: 192-193).

Si el análisis de Vesna Pusić dibujaban un escenario posible en el cual Croacia podía integrarse al rumbo moderno de la historia a través de una estrategia que tuviera en cuenta las potencialidades del país, el análisis de Lazić en cambio era notablemente más pesimista, e incluía una reflexión explícita sobre la nueva posición de la región en el sistema mundial:

Pero, más allá de la brecha entre las expectativas y lo concreto, así como la realidad futura, no hay dudas de que los países de Europa del Este están tomados por profundos y probablemente irreversibles procesos de cambio. Seguramente lo más apropiado sea designarlos como de "periferialización".

(...)

En pocas palabras, si se mantienen las tendencias actuales y su consiguiente desarrollo, la "transición post-socialista" llevará a la mayoría de los países de Europa del Este a una periferialización que supone formas sociales fundamentalmente diferentes de aquellas a las cuales se apuntaba en la fase heroica de la destrucción de la sociedad de planificación (Lazić, 1994b: 195).

Lazić no era el único en discutir con los supuestos del concepto de *transición* tal y como operaba hegemonicamente en las ciencias sociales de la época. Una crítica similar encontramos por ejemplo en los trabajos del sociólogo Silvano Bolčić, colega y colaborador de Lazić en Belgrado. En un artículo de 1994, el autor expresaba con crudeza la imprecisión conceptual de las teorías transicionales: la Serbia de los tempranos noventa gobernada por Slobodan Milošević, sostenía, era una "sociedad destruida", caracterizada por la desintegración de las orientaciones normativas y los lazos de solidaridad en el ámbito público, la inestabilidad económica y la difusión de diversas estrategias de supervivencia cotidiana ante la gravedad de la crisis. En este contexto, hablar de *transición* era cuanto menos equívoco:

El punto de vista del que partimos, que considera a la sociedad de Serbia a principios de los años noventa como una "sociedad destruida", está en un cierto desajuste teórico con la idea de "transición" con la cual se intenta designar los cambios recientes (...) de las sociedades hasta ahora "socialistas" de Europa del Este. Porque la palabra "transición" suena a neutral y básicamente "inofensiva",

mientras que la expresión "sociedad destruida" suena perturbadora e incluso "fatídica". En la "transición" algo *desaparece* y *aparece* al mismo tiempo; en la "destrucción", lo que le pone el sello a los cambios es la *desaparición* (Bolčić, 1994: 139).

Así las cosas, el autor sostenía que la distancia entre la experiencia de la región y los modelos que vehiculizaba el concepto de *transición* volvía al menos difícil su aplicación para caracterizar la realidad del país:

Entre semejante "cultura de supervivencia" y la cultura de la sociedad moderna "industrial/post-industrial", que según las expectativas debía aparecer en este tiempo de "transición" en las sociedades de Europa del Este, existe un gran abismo cuya "superación" resulta por ahora muy "borroso" e incierto (Bolčić, 1994: 144).

La crítica al concepto de *transición*, sin embargo, no era exclusiva del contexto serbio. En Croacia, el sociólogo Vjerran Katunarić, viejo colaborador de Lazić formado en el marxismo, el psicoanálisis y la teoría crítica, también expresaba desconfianza hacia los discursos dominantes de las ciencias sociales contemporáneas sobre la región:

Difícilmente, y no sin dudas fundamentales, [la transición en Europa del Este y el tercer mundo] se puede ajustar a la visión de Fukuyama sobre el triunfo mundial de la democracia liberal y el mercado, así como a la creencia de Huntington, aparentemente basada en la literatura de investigación, según la cual "la época trabaja para la democracia". Mientras que ellos señalan una tendencia de cuatrocientos años de campaña global del liberalismo (lineal en el caso de Fukuyama, en espiral en el de Huntington), la literatura empírica más precisa sobre la transición delinea (también) otras tendencias fundamentales (Katunarić, 1995: 265).

En un contexto en el que el gobierno de Franjo Tuđman combinaba la retórica europeísta con un estilo de gobierno autoritario y una política nacionalista de intervención en Bosnia, el autor afirmaba:

Eso que la literatura transitológica sobre el tercer mundo denomina "elites estatales reformistas", y donde deposita las mayores esperanzas, cuando hablamos del panorama de que la modernización produzca efectos favorables a nivel político (democráticos) y económico (prosperidad) para la mayoría de la sociedad, en nuestro caso es difícil de identificar. Porque la elite reformista debería, según esa analogía, hacer una incisión en el complejo canceroso del poder, transformar el sistema de decisiones y establecer credibilidad en la esfera pública (Katunarić, 1995: 268).

Con una referencia al lenguaje marxista que tan bien conocía, Katunarić llegaría a identificar en esta época la versión invertida del viejo programa transicional del comunismo:

Entonces podría decirse que lo que sigue es una parodia tomada del modelo de la *Crítica del Programa de Gotha*: antes se recibía "según el trabajo", según el plan, de un poco menos y más proporcionalmente, por razones ideológicas y de legitimación quizás de manera más limitada o al menos no tan ostentosamente; en la "fase superior" las cosas se manejan "según las necesidades" y se toma todo lo que haga falta. Por supuesto, las reglas de esta etapa solamente valen para la oligarquía, ya que es ella la que elige el lenguaje ideológico y lo decanta en la perspectiva utilitaria del grupo (Katunarić, 1995: 266).

El juego de Katunarić era revelador: para el científico social local, instalado durante los años noventa en un terreno atravesado por transformaciones violentas, el triunfalismo ingenuo de algunos autores occidentales era poco más que un material para la ironía.

Conclusiones: la trama compleja del conocimiento científico

Las asimetrías que existen en el sistema mundial de producción de conocimiento científico dotan a los científicos e instituciones del centro de una cuota dominante de poder en el campo: su posición les permite definir agendas de discusión, difundir teorías y monopolizar discusiones, en ocasiones a fuerza de imponer universalismos que emergen de sus propias realidades históricas. En un texto ya clásico, Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant han examinado esta "neutralización del contexto histórico que resulta de la circulación internacional de los textos y del olvido correlativo de las condiciones históricas de origen", y sus efectos perniciosos sobre la producción del saber (Bourdieu y Wacquant, 1998). En esa misma línea, la socióloga serbia Marina Blagojević y el sociólogo israelí Gad Yair (2010) por su parte, han analizado la situación en que se encuentran los científicos sociales de la semiperiferia europea, señalando lo que ha llamado "el síndrome de la Trampa-22": el doble condicionamiento por el cual el científico de la semiperiferia debe adoptar categorías y agendas propias del centro si desea obtener reconocimiento, lo que conduce a su inserción en una estructura donde tiene poca influencia, ocupando una posición subalterna y alejándose de las problemáticas que le son más cercanas, mientras que si se mantiene apegado a su propio contexto e intenta producir conocimiento desde la originalidad de su posición termina por ser marginado de las referencias occidentales.

Tal como hemos visto en el caso de la sociología de Serbia y Croacia durante los años noventa, en algunas de sus discusiones y polémicas con

el concepto dominante de la *transición*, la experiencia local habilitó un potencial de distancia crítica frente a los discursos hegemónicos en el campo de las ciencias sociales. Paradójicamente, el mismo contexto de re-periferialización económica, política y social que agravó las condiciones de producción de las ciencias sociales en el espacio post-yugoslavo durante los años ochenta y noventa permitió también que los científicos locales mantuvieran una cierta dosis de sospecha ante aquellas categorías provistas por sus homólogos occidentales que no siempre se correspondían con la experiencia histórica real de la región.

El análisis de estas discusiones nos ha permitido ilustrar las múltiples tensiones que existen entre posiciones desiguales en el contexto de un sistema mundial de producción científica atravesado por fuertes asimetrías económicas, políticas, técnicas y simbólicas. Como corolario, vale señalar que los hallazgos de este primer trabajo invitan a avanzar al menos en dos direcciones: por un lado, en el examen de las condiciones específicas de producción de los científicos locales, incluyendo los lazos de dependencia técnica y financiera que los vinculan con los países centrales y sus diversos modos de subordinación simbólica y cultural; por el otro, en el estudio de la recepción, la discusión y la circulación del conocimiento científico, de sus categorías, sus datos y sus interpretaciones. En definitiva es solo a través de este doble análisis que podremos entender el modo en que se producen las ideas y las palabras con las que hablamos del mundo.

Bibliografía

Allcock, John (2000). *Explaining Yugoslavia*, Londres/New York, C. Hurst & Co. and Columbia University Press.

Bilić, Bojan (2012). *We Were Grasping for Air*, Nomos.

Blagojević, Marina y Yair, Gad (2010). "The Catch 22 Syndrome of Social Scientists in the Semiperiphery: Exploratory Sociological Observations", *Sociologija*, Vol. LII, No. 4, Belgrado.

Bockman, Johanna (2011). *Markets in the Name of Socialism: The Left-Wing Origins of Neoliberalism*. Stanford, Stanford University Press.

Bolčić, Silvano (1994). "O 'svakodnevnici' razorenog društva Srbije početkom

devedesetih - iz sociološke perspektive", *Kulture u tranziciji*, Belgrado, Plato.

Bogdanović, Marija (ed.) (1990). *Sociologija u Jugoslaviji. Institucionalni razvoj*, Institut za sociološka istraživanja, Belgrado, Filozofskog fakulteta u Beogradu.

Bonfiglioli, Chiara (2009), "«Bourgeoises» puis «traitres à la nation». Dissidences féministes vis-à-vis du pouvoir étatique, avant et après la partition de la Fédération yougoslave", *Tumultes*, Paris, N° 32-33.

Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc (1998). "Sur les ruses de la raison impériale", en *Actes de la recherche en sciences sociales*, Vol. 121-122, pp. 109-118.

Dobry, Michel (2000). "Les voies incertaines de la transitologie: choix stratégiques, séquences historiques, bifurcations et processus de path dependence", *Revue française de science politique*, año 50, N° 4-5, pp. 585-614.

Guilhot, Nicolas (2002). "'The Transition To The Human World Of Democracy' Notes for a History of the Concept of Transition, from Early Marxism to 1989", *European Journal of Social Theory* N° 5, pp. 219-242.

Hodges, Andrew (2014). "The Scientific Community: Creating a Language to Deal with the 'Everyday Geopolitics' of Neoliberal 'Transition' in Post-Socialist Serbia", en *Anthropology Matters Journal*, Vol. 15, N° 1.

Horvat, Branko (1969). "Prelazni period", *Ogled o jugoslavenskom društvu*, Zagreb, Mladost.

IDE-International Research Group (1981). *Industrial democracy in Europe*. Oxford, Oxford University Press.

Katunarić, Vjeron (1995). "O tranziciji i staroj strukturi društvene moći", *Društvena istraživanja*, Vols. 16-17, año 4, Nos. 2-3, Zagreb.

Lazić, Mladen (1994a), "Opšte pretpostavke istraživanja" en Lazić, Mladen (ed.), *Razaranje društva. Jugoslovensko društvo u krizi 1990-ih*, Belgrado, Filip Višnjić.

———(1994b). *Sistem i slom*. Belgrado, Filip Višnjić.

———(1995). "Economic Elites in Yugoslavia at the Beginning of the '90s", *Sociološki Pregled*, Vol. XXIX, N° 2, Belgrado.

Marx, Karl (1922). *Critique du Programme de Gotha*. Paris, Librairie de L'Humanité.

Mirić, Jovan (1985). *Sistem i kriza. Prilog kritičkoj analizi ustavnog i političkog sistema Jugoslavije*. Zagreb, Cekade.

Pusic, Vesna (1986). *Industrijska demokracija i civilno društvo*. Zagreb, Sociološko Društvo Hrvatske.

———(1992). *Vladaoci i upravljači*. Zagreb, Erasmus.

Russinow, Dennison (1977). *The Yugoslav Experiment*. London, MacMillan.

Sher, Gerson S. (1977). *Praxis: Marxist Criticism and Dissent in Socialist Yugoslavia*. Bloomington, London, Indiana University press.

Schierup, Carl-Ulrik (1992). "Quasi-Proletarians and a Patriarchal Bureaucracy: Aspects of Yugoslavia's Re-peripheralisation", *Soviet Studies*, Vol. 44, N° 1, p. 71.

———(1999). "Memorandum for Modernity? Socialist Modernisers, Retraditionalisation and the Rise of Ethnic Nationalism", en Schierup, Carl-Ulrik (ed.): *Scramble for the Balkans: Nationalism, Globalism, and the Political Economy of Reconstruction*, Houndsmill, MacMillan.

Todorova, Maria (2009). *Imagining the Balkans*. New York, Oxford University Press.

Županov, Josip (1987). *Sociologija i samoupravljanje*. Zagreb, Školska knjiga.

DOSSIER / ARTÍCULO

Dujovne, Alejandro (2016). "La máquina de traducir. Eudeba y la modernización de las ciencias sociales y humanas, 1958-1966", *Papeles de Trabajo*, 10(18), pp. 123-144.

RESUMEN

Los años iniciales de la Editorial de la Universidad de Buenos Aires (Eudeba), 1958-1966, fueron elevados a la categoría de mito por la narrativa editorial argentina. "Una hazaña" frente a la cual se mide hasta hoy parte importante de los proyectos editoriales en el país. Esta imagen no carece de fundamentos: bajo la dirección de Boris Spivacow Eudeba publicó más de 800 títulos de géneros muy diversos; abrió su catálogo a la vanguardia del pensamiento científico y artístico; convocó a académicos e intelectuales a participar en calidad de directores de colección, traductores y autores; diseñó una política de precios y de venta que apuntó a facilitar el acceso al libro a la mayor cantidad de lectores posibles; etc. Pero a la par de estos aspectos, se destacó por una política sistemática de traducción de autores y obras contemporáneas, que propició el acelerado proceso de modernización científica y cultural en el país. El presente artículo se propone analizar el papel jugado por EUDEBA en esta etapa, así como comprender los significados específicos que comportó la traducción en el marco del proyecto político modernizador de la ciencia, la cultura y la economía.

Palabras clave: *Eudeba; Traducción; Historia de las ciencias sociales y humanas; Edición; Boris Spivacow.*

ABSTRACT

The initial years of the Editorial of the University of Buenos Aires (EUDEBA), 1958-1966, were elevated to the category of "myth" by the Argentine publishing narrative. "A feat" in front of which an important part of the editorial projects in the country is still being measured. This image is not without fundamentals: under the direction of Boris Spivacow EUDEBA published more than 800 titles of very diverse genres; Opened its catalog to the vanguard of scientific and artistic thought; Invited academics and intellectuals to participate as collectors, translators and authors; Designed a policy of prices and sales that aimed to facilitate access to the book to as many readers as possible; etc. But in addition to these aspects, it was highlighted by a systematic policy of translation of contemporary authors and works, which led to the accelerated process of scientific and cultural modernization in the country. The present article aims to analyze the role played by EUDEBA in this stage, as well as to understand the specific meanings that the translation translated into the framework of the modernizing political project of science, culture and economy.

Key words: *Eudeba; Translation; History of the social and human sciences; Edition; Boris Spivacow.*

Recibido: 5/7/2016

Aceptado: 19/9/2016

La máquina de traducir

Eudeba y la modernización de las ciencias sociales y humanas, 1958-1966

por **Alejandro Dujovne**¹

En muy pocos años (Eudeba) se convirtió en una de las grandes editoriales del mundo. Pero además, con una característica muy especial. Los franceses tienen una gran cultura, los ingleses tienen una gran cultura, los alemanes tienen una gran cultura. Pero así como tienen una gran cultura, muchas veces desprecian la cultura de los otros pueblos, creen que ellos han inventado la pólvora. La Argentina sabe que no inventó la pólvora. Entonces, Eudeba tradujo libros del francés, del inglés, del italiano, del alemán, del sueco, del ruso, de cincuenta idiomas. Boris Spivacow (Maunás, 1995: 94)

Introducción

En 1961 la Editorial de la Universidad de Buenos Aires publica *La máquina de traducir*, de Émile Delavenay. El título de este libro –no su contenido, que presentaba los primeros pasos en la automatización de la traducción–, sintetiza a la perfección un aspecto esencial del proyecto editorial de Eudeba durante sus años iniciales: en pocos años este sello universitario amplió y redefinió el

¹ Centro de Investigaciones Sociales, IDES-CONICET. adujovne@ides.org.ar

repertorio bibliográfico e intelectual argentino y, en alguna medida, hispanoamericano, a través de un intenso y sistemático trabajo de traducción y difusión de obras científicas y de divulgación. En este artículo nos interesa describir y analizar esta experiencia, a fin de comprender un momento clave en la historia de la modernización de las ciencias sociales y humanas en Argentina.

La comprensión de los modos en que autores y obras pertenecientes a universos idiomáticos distintos ingresaron en el repertorio intelectual de lengua castellana y participaron en la formación y desarrollo de las disciplinas sociales y humanas, exige considerar la publicación de traducciones, un aspecto a menudo mencionado pero pocas veces abordado. Esto es, tanto la edición en sí como los valores atribuidos y las funciones que desempeñó la traducción. Desde comienzos del siglo XIX los círculos letrados argentinos le asignaron un papel central a la traducción del pensamiento europeo y norteamericano como parte de su elaboración intelectual. “Atraso”, “vacío”, “actualización”, “modernización”, etc., vuelven una y otra vez como argumentos para situar la traducción como un elemento decisivo de los diferentes programas políticos y culturales. Estos términos no tienen, sin embargo, un sentido unívoco. El valor y la función de la traducción deben buscarse en cada contexto histórico y cada espacio intelectual. Desde este punto de vista, el estudio de los sellos editoriales, en tanto principales mediadores y dinamizadores de la publicación de traducciones –incluso en los últimos años, con la creciente competencia de las publicaciones periódicas–, adquiere una relevancia analítica especial.

El acelerado proceso de modernización de las disciplinas sociales y humanas en Argentina iniciado a fines de la década de los cincuenta, es indisociable de la ampliación del repertorio bibliográfico, y por lo tanto intelectual, emprendido por un número de sellos que hicieron de la traducción de ensayos e investigaciones una de sus actividades primordiales. Durante esta etapa parte de quienes retornaron o ingresaron a las universidades tras el derrocamiento de Perón, le asignaron un nuevo papel a la traducción: debía acelerar y ser el fundamento de la transformación cultural y científica que perseguían. Del conjunto de editoriales que participaron de este proceso de modernización, nos interesa detenernos en la experiencia de Eudeba, la editorial de la Universidad de Buenos Aires. Si bien hay sobradas razones para estudiar este sello, nuestro interés se circunscribe aquí a la labor de traducción, que, pese a su importancia, no ha sido considerada en su especificidad.

La primera etapa de Eudeba, que comprende desde su fundación en 1958 hasta el golpe militar de 1966, y la figura de Boris Spivacow, su gerente, han sido elevadas al rango de mito por la narrativa editorial argen-

tina. No faltan motivos para ver en esos años iniciales una experiencia difícilmente repetible: bajo la dirección de Spivacow, Eudeba redefinió parte de las prácticas editoriales del mercado del libro argentino, trazó un nuevo ideal de democratización de la cultura, participó activamente en la modernización científica, puso de manifiesto el papel central que el Estado y la universidad pública pueden desempeñar en el ámbito de la edición, y, pese a su brevedad, llegó a convertirse en el principal sello de habla castellana en términos de títulos y ejemplares publicados. Entre 1959, año de publicación de su primer título, y 1966, Eudeba publicó 815 novedades y 289 reimpressiones, y más de 11 millones y medio de ejemplares (Gociol, J., 2012, *Libros para todos*, Eudeba). Aunque menos conocida en toda su dimensión, la política de traducciones fue un aspecto tan importante como estos.² Nos interesa, decíamos, analizar la política de traducciones de Eudeba y proponer algunas hipótesis para comprender su papel como agente modernizador de las ciencias sociales y humanas en el país.

La traducción en Eudeba

Las ciencias sociales y humanas fueron una pieza importante del catálogo, pero no la única. A la par de las disciplinas estudiadas en la Universidad de Buenos Aires, Eudeba buscó ofrecer al público universitario y no universitario un repertorio que incluía literatura argentina, arte, obras de pedagogía orientada a profesores y maestros, divulgación, ensayos sobre América Latina, etc. La elección de los temas y géneros no era azarosa. Respondía, por el contrario, a los objetivos y al plan formulados por Arnaldo Orfila Reynal en el informe que elevó a las autoridades de la Universidad a pedido del rector en 1958, y a la evaluación de la dirección del sello sobre la base de los propósitos trazados. Estos propósitos –científico, didáctico, extensionista y americano (que entrañaba, en palabras de Orfila Rerynal, la creación de “vínculos más estrechos con los demás países del continente”)– se materializaron en las más de

2 La información que aquí analizamos procede de distintas fuentes: Por un lado, los informes presentados por Arnaldo Orfila Reynal en 1958 a las autoridades de la Universidad de Buenos Aires en torno a la creación de un sello universitario y las actas de las reuniones de la mesa directiva de Eudeba entre 1958 y 1966, que gentilmente fueron puestos a nuestra disposición por las autoridades de Eudeba, Gonzalo Álvarez y Luis Quevedo, y por la encargada de medios digitales, Débora Kantor. Por otra parte, recurrimos al testimonio de Boris Spivacow y de varios de sus colaboradores recogidos por Delia Maunás en el libro *Boris Spivacow, memorias de un sueño argentino*, Buenos Aires, Ed. Colihue, 1995, así como el libro homenaje editado por Leandro de Sagastizábal (2008) por los 50 años de la editorial, y al minucioso trabajo de relevamiento y sistematización del catálogo de Eudeba llevado adelante por Judith Gociol (2012).

treinta colecciones y series que dieron forma al catálogo. Ahora, más allá del número de lectores que reconociesen las distintas colecciones y en alguna medida guiaran sus lecturas en función de estas, lo cierto es que dada la importancia asignada a las colecciones en la organización del catálogo de Eudeba, estas resultan objetos de investigación especialmente relevantes para analizar el proyecto político-cultural de esta editorial, y, al menos en parte, su impacto. Cada colección tenía un objetivo definido y se dirigía a uno o más públicos específicos, lo cual permitía orientar las clases de títulos que se incorporarían, el número de nuevas obras por año, los rangos de tiradas posibles, las dimensiones de los libros, así como los precios y formas de promoción y venta. Si bien el número de colecciones y series se fue ampliando con el correr de los años, algunas, merced al número de títulos publicados o a su difusión y reconocimiento público, plasmaron su impronta al conjunto del sello. Entre estas se encuentran las tres colecciones que inauguraron el catálogo de Eudeba en 1959, y sobre las que nos detendremos en particular más adelante: Cuadernos, Temas y Manuales.

Una parte del catálogo de Eudeba se conformó por colecciones que por definición se nutrieron de autores argentinos tales como la Serie del Siglo y Medio, y Arte para Todos. Estas tenían por objetivo difundir de forma masiva distintas vertientes de la cultura argentina a través de escritores, artistas y obras nacionales. La Serie del Siglo y Medio comprendió más de 120 títulos clásicos de la literatura argentina y, en menor medida, autores contemporáneos. Arte para Todos presentó 12 títulos que combinaban textos clásicos o contemporáneos de la literatura argentina (excepto el último, que fue *El Quijote*) con ilustraciones, pinturas y grabados de artistas argentinos consagrados y en vías de consagración, como Castagnino, Battle Planas, Alonso, entre otros.³ Junto a estas podríamos colocar una serie específica dirigida a profesores y maestros de nivel inicial, primario y secundario compuesta por 27 títulos de autores argentinos, y un puñado de colecciones conformadas total o mayoritariamente por nombres locales, pero que, al haber sido creadas hacia el final de la gestión de Spivacow, no llegaron a desplegarse más allá de unos pocas obras. Asimismo se encuentran la Serie del Nuevo Mundo, integrada por antologías de escritores latinoamericanos, y la Biblioteca de América, que, en sus distintas series, complementó la publicación de autores latinoamericanos con la edición de algunas traducciones. Esta

3 Esta colección conoció un éxito notable, en especial con la edición del "Martín Fierro" de José Hernández con ilustraciones de Juan Carlos Castagnino. Publicada en 1962, en gran formato y con 70 dibujos, esta obra inaugura la colección con una tirada inicial de 53.100 ejemplares. Menos de un año después se habían realizado dos tiradas más, alcanzándose a vender en ese lapso 180.000 copias. (Silvia Dolinko en Gociol, 2012: 312)

organización pone de manifiesto que la presencia de nombres locales o latinoamericanos estuvo fundamentalmente asociada al objetivo extensionista del sello. La única colección orientada a la docencia y a la investigación universitaria concebida para dar cabida a académicos argentinos fue Ediciones Previas. Esta colección fue pensada como un modo de canalizar, a través de la edición de trabajos en proceso producción (*work in progress*), la demanda de los profesores de la UBA por publicar y poner en circulación y discusión sus investigaciones. Ediciones Previas reunió entre 1962 y 1966 quince libros de docentes de la universidad en ciencias exactas, físicas y naturales, y dos tomos traducidos, *Teoría y métodos de la investigación social I y II*, del sociólogo noruego Johan Galtung.

Por contrapartida, las colecciones científicas, de divulgación científica y de enseñanza estuvieron compuestas en una proporción muy elevada por traducciones. Si dejamos de lado Los Fundamentales, colección dirigida por Rodolfo Mondolfo y llevada adelante por Aníbal Ford primero y Beatriz Sarlo después, que por tratarse de textos de ciencia y filosofía clásicos como *La República*, de Platón, o *Historia natural de la religión*, de David Hume, se compuso solo de traducciones —en total fueron 16 obras—, observamos con claridad el peso otorgado a la traducción en las principales colecciones y series de ciencia, divulgación científica y enseñanza:

Colección/ Serie	Año de creación	Títulos	Traducciones	Porcentaje
Cuadernos de Eudeba	1959	158	149	94%
Manuales de Eudeba	1959	64	52	81%
Temas de Eudeba	1959	67	55	82%
La escuela en el tiempo/Ciencia joven	1960	31	31	100%
Lectores de Eudeba	1960	91	90	99%
La escuela en el tiempo/Temas	1961	9	9	100%
Ciencia activa	1961	5	5	100%
Biblioteca de Asia y África	1962	23	23	100%
Total		448	414	92%

El interés por la producción intelectual y editorial en otras lenguas, en especial inglés y francés, no se restringió a la traducción de títulos. Ciertas colecciones fueron concebidas a partir de modelos extranjeros. En palabras de Boris Spivacow: “Otra colección creada por Mirian (Polak) fue Genio y Figura, que en Francia se llamaba *Les écrivains d’aujourd’hui*, de las *Editions du Seuil –Proust par Proust, Gide par Gide–*, los escritores vistos a través de sus escritos. Nosotros, en Eudeba, quisimos hacer conocer también así a los escritores argentinos, y esa colección la dirigió Pepe Bianco. Hicimos varios volúmenes: *Borges, Horacio Quiroga...*”⁴ (Maunás, 1995: 54). En otros casos no solo se importó la idea, sino las obras mismas que integraban esas colecciones. Cuadernos de Eudeba, por ejemplo, se conformó fundamentalmente a partir de la traducción de una serie clásica de divulgación francesa *Que sais-je* de P.U.F., y de títulos de *Chicago University Press*, al igual que Ciencia Joven, que se nutrió de las obras de la colección norteamericana *Science Study Series* perteneciente a *Doubleday Anchor Books*.

Aunque algunas se organizaban internamente en series que ordenaban los títulos en función de áreas del conocimiento, las colecciones no fueron definidas por disciplinas. El criterio editorial de partida era la función general que debían cumplir: investigación, divulgación (para un público amplio o para uno universitario) o educación. Y eso, como ya señalamos, era la guía para la elección de los títulos, las dimensiones de cada libro, la tirada, etc., más allá de la disciplina. Para ver en esto en detalle, y analizar cómo fueron incorporadas y cómo se pensó la circulación de las obras de ciencias sociales y humanas, vamos a detenernos en las tres colecciones con las que Eudeba se presentaba en sociedad.

Desde su creación hasta la renuncia masiva del equipo editorial, Cuadernos de Eudeba cobijó 158 libros. De acuerdo con Boris Spivacow: “Era una especie de enciclopedia universitaria para estudiantes universitarios, para graduados, y para público en general de cierto nivel cultural. Se publicaban títulos de los más diversos campos del conocimiento humano: ciencias sociales, exactas, físicas y naturales, arte” (Maunás, 1995: 45). Se trataba de libros pequeños, de pocas páginas y tapa blanda. Las tiradas se correspondían con el propósito de una circulación amplia. Comenzaron con 7500 ejemplares por título, para pasar rápidamente a incrementar esa cifra a 10.000 (Gociol, 2012: 105). Las sucesivas reimpressiones ratificaron ese éxito. Las disciplinas incluidas van desde la química, física y matemática, hasta la música y el teatro, pasando, entre otras, por la matemática y la mecánica. Las ciencias sociales y humanas, que comprenden también

4 En su recuerdo Spivacow equivocaba el alcance de la serie, ya que se trataba de escritores latinoamericanos y no solo argentinos. Mirian Polak fue primero secretaria general y luego subgerenta de Eudeba durante la gestión de Boris Spivacow, de quiera además fuera amiga.

una importante diversidad de áreas, representan un tercio de la colección. Allí encontramos ciencia política, crítica literaria, demografía, ciencias de la educación, filosofía, historia, psicología, sociología, etc. La filosofía y la historia de la literatura sobresalen del conjunto por el número de títulos. Veamos a modo de ejemplo las obras de divulgación filosófica, que, como casi toda la colección, provenían del francés: *Aristóteles y el Liceo*, *El estoicismo* y *Platón y la Academia*, de Jean Brun; *El mito de Prometeo*, de Louis Sechan; *El personalismo*, de Emmanuel Mounier; *Epicuro y sus dioses*, de Andre-Jean Festugiere; *Filosofía del derecho*, de Henri Batiffol; *Hegel y el hegelianismo*, de Rene Serreau; *La estética*, de Denis Huisman; *La fenomenología*, de Jean-Francois Lyotard; *La razón*, de Gilles-Gaston Granger, y *La filosofía francesa*, de André Cresson.

A esta colección le siguieron Temas y Manuales. Por la extensión, índole de los objetos tratados y complejidad de las obras que le dieron forma, Temas de Eudeba fue una colección orientada a un público que contaba o que estaba adquiriendo competencias de lectura en distintas áreas de conocimiento. En este sentido, Judith Gociol (2012) señala que cumplió un papel importante en la formación de los repertorios bibliográficos de las nuevas carreras de la UBA, como Sociología, Psicología y Ciencias de la Educación. De las 67 obras que componen esta colección, las ciencias sociales y humanas suman 39 títulos (32 de los cuales son traducciones): antropología 2, historia 3, educación 4, filosofía 4, geografía 1, literatura 1, psicología 16 (aunque el catálogo las divide en medicina y psicología) y sociología 8. Consideremos, a modo de ejemplo, los títulos de sociología: “El grupo humano” de George Homans, “El hombre político. Las bases sociales de la política” de Seymour Martin Lipset, “El industrialismo y el hombre industrial. Los problemas del trabajo y la dirección en el desarrollo económico” de Clark Kerr, John Dunlop, Frederick Harbison y Charles Myers, “Historia y elementos de la sociología del conocimiento. Contenido y contexto de las ideas sociales” volúmenes I y II, compilación de artículos seleccionados por Irving Louis Horowitz, “La naturaleza del prejuicio” de Gordon Allport, “Movilidad social en la sociedad industrial” de Seymour Martin Lipset, Reinhard Bendix y apéndice de Gino Germani, y “Trabajo y autoridad en la industria. Las ideologías de la dirección en el curso de la industrialización” de Reinhard Bendix. Si Francia era el país de origen de los libros de divulgación filosófica incluidos en la colección anterior, aquí se trata de nombres importantes de la sociología norteamericana contemporánea. En este punto es innegable la acción de Gino Germani, quien estaba al frente de la nueva carrera de sociología y fue el principal promotor de la introducción de la sociología norteamericana como fundamento de la modernización disciplinar.

Para no perder de vista lo que en definitiva justifica este análisis, la contribución concreta de las distintas obras en la redefinición del paisaje intelectual argentino, tomemos la reflexión del sociólogo Lucas Rubinch sobre una de estos títulos: la compilación en dos volúmenes de Irving Louis Horowitz, *Historia y elementos de la sociología del conocimiento. Contenido y contexto de las ideas sociales*, publicado en 1964. Rubinch enmarca la aparición del libro en el momento de formación de la carrera de sociología: “incorporar la universidad argentina al proceso de modernización implicaba, entre otras cosas, leer lo que había que leer para que, por ejemplo, esa carrera recién fundada, estuviera a la altura de los tiempos.” Y prosigue: “En el caso de esta compilación están, con distintos estilos de abordaje, los puntos centrales de lo que es una sociología del conocimiento fuertemente contemporánea. Se acompaña de cuestiones metodológicas y trabajos específicos de autores relevantes de la época. Y no es solamente la actualización necesaria y formal del mundo académico. El libro está organizado de manera que puede ser usado en el sentido más literal como una caja de herramientas. (...) No es una compilación para mostrar autores, es una compilación para que los estudiantes de esta nueva ciencia puedan usarlo de la manera más productiva...” (Gociol, 2012: 158-160).

La tercera colección que queremos referir es Manuales de Eudeba. Esta debía ofrecer libros que funcionaran como introducciones a distintos temas de las más diversas disciplinas. Se trataba por lo general de obras extensas que en algunos casos superaban las 700 páginas. De las 64 obras que conforman esta colección, las ciencias sociales y humanas representan el 16% del total. Si tomamos la clasificación de la propia colección, los libros se distribuyen del siguiente modo: antropología 1, educación 1, historia 4, psicología 4, sociología 4. Al igual que con otras disciplinas, las obras de psicología tenían un papel importante en el apuntalamiento de la nueva carrera. Los títulos de psicología fueron: *La conducta del hombre. Introducción a la psicología*, de Karl Smith y William Smith; *Manual de psicología social*, I y II, de Theodore Newcomb; *Psicología del niño*, de Arthur T. Jersild, y *Psicología social*, de Solomon Asch. La inclusión de este último libro dentro del apartado de sociología de la colección revela la importancia otorgada a la psicología social en el nacimiento de la nueva carrera de sociología y en parte se explica a partir de la propia historia de la formación e institucionalización de esta carrera. El historiador y psicoanalista Hugo Vezzetti da cuenta de esto en su comentario acerca de los dos tomos de Theodore Newcomb:

La obra se publica en 1964, traducida por Ricardo Malfé y con la revisión técnica de Eliseo Verón. Ricardo Malfé fue uno de los primeros graduados en la carrera de Psicología, en 1963; siendo estudiante había comenzado su actividad do-

cente en la cátedra de Psicología Social y fue profesor de Psicología Institucional en 1967. Eliseo Verón, graduado en Filosofía en esa misma facultad, desarrollaba mayormente su actividad de docencia e investigación en la carrera de Sociología, en el grupo inicial formado por Gino Germani, aunque también dictaba clases en Psicología. La traducción y los usos del libro, entonces, guardaban una estrecha relación con los primeros desarrollos de ese espacio académico, en un momento en que los estudios en Psicología y Sociología, a cargo de los respectivos departamentos en la facultad, se mantenían mucho más asociados de lo que lo estuvieron en el futuro (Gociol, 2012: 191).

Valores y funciones de la traducción en Eudeba

Ahora bien, para comprender los significados y las funciones de la traducción en el proyecto de Eudeba, es preciso dar un paso más en el análisis y situar esta experiencia en el marco más general de los cambios políticos y culturales que atravesaba el país y la universidad a fines de la década de los cincuenta e inicios de la de los sesenta, y en el del funcionamiento del campo editorial local.

El proyecto ideológico desarrollista que alcanzó el poder con el triunfo de Arturo Frondizi en 1958 le asignó una nueva y decisiva función a la ciencia y la tecnología en la transformación de la sociedad y la economía argentinas. Para poder cumplir este nuevo papel, la ciencia, tanto básica como aplicada, debía ser, y en efecto lo fue, promovida, organizada, financiada y planificada en sus líneas fundamentales por el Estado. Así, los pares política y ciencia, y ciencia y sociedad, adquirieron un nuevo sentido y un nuevo lugar en el discurso político y la agenda pública. Bajo estas premisas, el gobierno frondicista creó una serie de comisiones e institutos especializados cuya misión era impulsar la ciencia y contribuir a su aplicación en distintas ramas de la economía y la sociedad: la Comisión Nacional de Energía Atómica, el Instituto Nacional de Tecnología Industrial, el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. En estrecha relación con ese proceso, se ordena la normalización de las universidades, se propicia la creación de nuevas carreras en ciencias exactas, biológicas, sociales y humanas (tales como antropología, psicología, ciencias de la educación y sociología), y, dentro de estas, se establecen y redefinen la función de los institutos y departamentos de investigación a fin de convertirlos en centros sustantivos de producción científica. No obstante, a diferencia de lo que aconteció con los institutos y comisiones nacionales, la pretensión del Estado de guiar la producción científica y tecnológica de las universidades distó de ser simple. Con el derrocamiento del peronismo, las universidades recobraron su autonomía y sus autoridades no

estuvieron dispuestas a cederla. De cualquier modo, más allá de estas diferencias, gobierno y autoridades universitarias compartían una misma concepción general acerca del papel de la ciencia en la transformación de la sociedad y la economía.

Durante el gobierno de facto de Pedro Eugenio Aramburu, se firma el decreto ley 6403 de normalización de las universidades. Con ello se recupera la autonomía universitaria, el cogobierno estudiantil, la libertad de cátedra, los concursos docentes con jurados y participación de los estudiantes, y, a partir de este cambio, se promueve la investigación, la modernización y la extensión. Esto, claro, fundado en la exclusión del peronismo y de todos aquellos que comulgaban con él. Las autoridades y docentes reformistas que habían sido expulsados o habían renunciado con el golpe de 1943 o bien con la intervención del peronismo retornaban al poder y a las cátedras, convergiendo a partir de 1958 con el proyecto desarrollista de Arturo Frondizi. Pero los reformistas no se encontraron con la misma universidad que habían dejado una década antes. Durante el peronismo la matrícula se había multiplicado, pasando de 50.000 estudiantes en 1947 a más de 140.000 en 1955, se crearon nuevas facultades, se realizaron reformas edilicias, y se organizó la Universidad Obrera Nacional, rebautizada en 1956 como Universidad Tecnológica Nacional (UTN), y que en 1959 fue incorporada al sistema universitario nacional.

De entre las siete universidades que conformaban el paisaje académico argentino para fines de la década de los cincuenta (incluida la UTN), la UBA guardaba una centralidad indiscutida. Posición que no se vio alterada por la sanción en 1958 de la ley que permitió a las universidades privadas otorgar títulos habilitantes. Tras la intervención normalizadora de José Luis Romero, Risieri Frondizi, hermano de Arturo, asumió en 1957 el gobierno de la universidad. Durante su gestión se discutió intensamente el papel que la universidad y la ciencia debían tener en las transformaciones sociales y económicas (uno de los principales temas de debate fue la aceptación o no del financiamiento de investigación proveniente del extranjero). En consonancia con esta idea, y con las reformas antes mencionadas, se amplió el número de profesores con dedicación exclusiva, se implementó un extenso sistema de becas, se equiparon laboratorios, etc. Eudeba será una tributaria directa de estos procesos: sus fundamentos ideológicos, sus propósitos científicos y culturales, y parte importante de su público, se comprenden a partir de este contexto.

Desde este punto de vista, el sentido dado a la publicación de obras científicas, y en especial de traducciones, no se agota en las funciones básicas que se puede esperar cumpla una editorial universitaria en cualquier contexto. Así, en consonancia con el nuevo horizonte político y

cultural trazado por el gobierno nacional, el acta de Comisión Directiva de la editorial del 11 de octubre de 1963 señala:

Eudeba es la editorial de lengua española que ha publicado más libros científicos. Las lagunas que presenta la producción bibliográfica en nuestro idioma son impresionantes, especialmente en el campo científico y en el técnico. Uno de los objetivos fundamentales de Eudeba es publicar obras a un ritmo acelerado para llevar en parte tales lagunas y facilitar así la labor del profesor y del estudiante.

La necesidad de llenar un “vacío”, de “actualizar”, de recobrar el tiempo perdido, y de hacerlo rápido, eran uno de los principales motores de la labor de traducción de Eudeba.

Pero tan importante como los marcos ideológico, político e institucional para la comprensión del nacimiento y las funciones asignadas a Eudeba, es la consideración del estado del campo editorial argentino en esos años. Y en particular, del segmento de editoriales cercanas o afines, frente a las cuales el proyecto de esta nueva editorial debía definirse. La creación del sello universitario de la UBA coincide con el cierre de lo que se conoce como el “período de oro” de la edición argentina. Esta etapa “dorada” se inicia a fines de la década de los treinta con dos procesos estrechamente relacionados entre sí: el estallido de la Guerra Civil Española y el nacimiento de un grupo de importantes editoriales en el país. La Guerra en España significó, por una parte, la caída del principal productor de libros de habla castellana, y, por otro, la emigración de muchos intelectuales, traductores, editores y profesionales de la industria gráfica a Argentina y México. Esta migración redundó en la creación de nuevos sellos y en la mayor proyección de algunas de las empresas editoriales ya existentes. Entre las nuevas se cuentan nombres hoy emblemáticos de la edición argentina como Sudamericana, Emecé y Losada. A lo largo de la década de los cuarenta y primeros años de la siguiente, la edición argentina se expande hasta devenir el principal polo del libro de habla castellana, tanto en términos de nuevos títulos anuales como de volumen de producción. Se estima que entre 1951 y 1952 el 70% de la producción editorial se destinaba a la exportación. No obstante, hacia mediados de la década de los cincuenta esta expansión, fuertemente asociada a la exportación, se detiene debido a la agudización de distintos problemas económicos y al repunte del mercado español. Esta caída es en parte revertida a partir de 1959, año en el que Eudeba lanza su primer libro al mercado, por la ampliación de la demanda local.⁵

5 Acerca de la “época de oro” y del período inmediatamente posterior ver los capítulos correspondientes José Luis de Diego y Amelia Aguado en el libro de de Diego (2006).

Antes del nacimiento de Eudeba, la presencia de las universidades en el mercado editorial local había sido marginal. Se contaban un puñado de oficinas de publicaciones pertenecientes a universidades o facultades, que, aunque eventualmente bien orientadas, carecían de una estrategia comercial o de los recursos financieros y humanos suficientes para incidir en el mercado editorial más allá de los ámbitos académicos. La inclusión de nuevas temáticas y perspectivas teóricas en el repertorio editorial de lengua castellana, y la aparición de autores poco o nada conocidos que luego se convertirían en canónicos, fueron resultado de la acción de un puñado de sellos privados que definieron y continuarían definiendo parte del campo de las ciencias sociales y humanas, y de ese modo influyeron sobre el perfil inicial de Eudeba. Los catálogos de estos sellos se nutrieron de un programa más o menos sistemático de traducciones.

Entre estos precedentes se cuentan, en primer lugar, los sellos Abril y Paidós. Si bien el primero se especializaba en revistas populares e infantiles, crea algunas colecciones de libros. Una de ellas, en 1944, fue Ciencia y Sociedad, dirigida por Gino Germani. Allí aparecen obras de Walter Lippman, Harold Laski, Erich Fromm, George H. Mead, Bronislaw Malinowski, Walter Hollitscher, Viola Klein, Guido de Ruggiero, Franz Neumann, etc. (Blanco, 2006; Scarzanella, 2016). Un año después, en 1945, nace Paidós a partir de la iniciativa de dos jóvenes intelectuales que tendrán, a través del sello y de sus propias trayectorias académicas, un rol preponderante en el proceso de modernización de la sociología y la psicología, Jaime Bernstein y Enrique Butelman. A ellos se suma Ida Germán, esposa del segundo, quien, aunque apenas mencionada por los estudios del período, tuvo un papel destacado en los inicios del sello y en el desarrollo de la psicología infantil. La apuesta por Paidós surgió en parte por la imposibilidad de encontrar un ámbito propicio para sus intereses intelectuales y profesionales en la universidad de mediados de la década de los cuarenta. A diferencia de Abril, Paidós era un sello dedicado exclusivamente a la edición de libros y se orientaba a un público más acotado. En sus primeros años se publicaron títulos de psicoanálisis, y de psicología social e infantil, para abrirse paulatinamente a otras disciplinas sociales y humanas. De hecho, la colección dirigida por Germani en Abril pasa a manos de Paidós. A la par de Germani, Paidós reunió con el tiempo a un grupo de nombre de relieve, o que lo serían posteriormente, dentro de las ciencias sociales y humanas en el país: Gilda y Enrique Romero Brest (educación), Gregorio Klimovsky (filosofía), Tulio Halperín Donghi, Nicolás Sánchez Albornoz y Roberto Cortés Conde

(historia de América Latina), David Viñas y Bernardo Verbitsky (literatura), Gino Germani (ciencias sociales), etc. (Blanco, 2006). La mayor parte de estos ingresará nuevamente a la universidad y algunos de ellos pasarán a integrar el plantel de colaboradores de Eudeba, en calidad de autores, asesores, traductores o revisores. Las frecuentes reimpressiones y las elevadas tiradas de Paidós en los años del peronismo ponen de manifiesto la existencia de un público atento a la renovación de las ciencias sociales y humanas que proponía Paidós mediante la traducción.

A la par de Abril y Paidós, actuaron otros sellos de igual relevancia como Lautaro, Hachette y Nueva Visión. Tras la acción de traducción de los dos primeros se encuentra Gregorio Weinberg, una figura en todo análoga a las de Bernstein y Butelman. Impedido de desarrollar una carrera académica en la Carrera de filosofía de la UBA, concentrará su trabajo en el mundo editorial, desde el cual promoverá un activo programa de traducciones. A modo ejemplo, entre 1945 y 1947, y dentro de la colección *Tratados Fundamentales* de Lautaro que dirigió junto a Manuel Sadosky, publicará a Lévy-Bruhl, León Brunschvicg, Ernest Renan, Lewis H. Morgan, Baron de Holbach, Immanuel Kant, Baruch Spinoza, Hegel, Bacon, Locke, Clausewitz, Bernal, Condillac, Cardenal N. de Cusa, D'Alembert, Lefevbre, Voltaire, Aristóteles, Lyell, J. J. Rousseau, F. Boyle y F. Boas. Su interés por la traducción continuará y se expandirá en Hachette. En 1956 Weinberg ingresa en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde estuvo a cargo de las cátedras de Historia de la Educación Argentina e Historia del Pensamiento Argentino y Latinoamericano. (Gustavo Sorá, 2010).

Estos antecedentes, que en su mayor parte convivirán con Eudeba, tuvieron un doble papel en el surgimiento del sello universitario. Por una parte, establecieron un valor social de las traducciones, definieron una agenda al seleccionar y jerarquizar un conjunto de tradiciones intelectuales, temas y autores, y comenzaron a modelar un público. Por otra parte, estos sellos, todos de carácter privado, fueron tanto el ámbito que permitió a numerosos intelectuales jóvenes dedicarse de manera más o menos directa al desarrollo de sus carreras intelectuales, como un ámbito de profesionalización en las tareas editoriales. Trayectorias de las que se verían beneficiadas el sistema universitario argentino en general, y Eudeba en especial a través de su incorporación como autores, directores de colección, traductores, revisores técnicos o asesores informales.

De la formación de una editorial a la formación de un catálogo

Si bien el análisis de la traducción de obras de ensayos teóricos, obras científicas y textos de divulgación en Argentina durante el período estudiado requeriría considerar la producción editorial mexicana y en alguna medida la española, la complejidad de estos casos exceden los límites de este artículo. No obstante, México se impone en el estudio de los orígenes de Eudeba de un modo muy particular. En 1958 el rector de la UBA, Risieri Frondizi, contrata por tres meses a Arnaldo Orfila Reynal, editor general de la poderosa editorial estatal mexicana Fondo de Cultura Económica, para que tras la evaluación de las condiciones locales presente una propuesta para la creación de un nuevo sello universitario. En la trayectoria de Orfila Reynal se cifran parte importante de las condiciones que permitieron a Eudeba alcanzar el lugar que ganó en un lapso extraordinariamente breve. En su trayectoria se conjugaban conocimientos y experiencias acordes a las expectativas que se tenían del nuevo sello. Nacido en La Plata y químico de profesión, desde muy joven Orfila Reynal estuvo ligado al movimiento de la reforma universitaria, primero en la Universidad de La Plata, y luego a través de las redes latinoamericanas forjadas en el Congreso Internacional de Estudiantes en México en 1921. En 1938 fundó y dirigió por casi diez años la Universidad Popular Alejandro Korn. Datos que indican la estrecha afinidad intelectual e ideológica con los protagonistas de la reorganización de la universidad argentina tras el derrocamiento de Perón. Por otra parte, gracias a esos contactos, en 1945 fue nombrado director la primera filial de Fondo de Cultura Económica en Argentina. Puesto que ocupa hasta 1947, para hacerse cargo al año siguiente de la dirección de esta editorial en México. Esto significa, entre otras cosas, que cuando Orfila Reynal es convocado por Risieri Frondizi en 1958, no solo cuenta con una amplia experiencia de la labor editorial, sino en el funcionamiento de un sello público, ligado al Estado, donde la traducción era desde el inicio un pilar central de su catálogo.

El plan elevado incluía todos los aspectos del funcionamiento del sello. Sobre la base de un conciso diagnóstico del mercado editorial argentino y de las necesidades del medio académico argentino, Orfila Reynal propone desde la estructura de colecciones, pasando por el esquema técnico-administrativa, hasta los sistemas de comercialización, y una propuesta de costos y precios. Y, consciente de lo las implicancias de los laberintos administrativos del Estado y de los cambios de gobierno sobre el desarrollo de un proyecto editorial público, buscó junto al abogado

Ignacio Winizky una modalidad jurídica que le garantizase al nuevo sello un alto grado de autonomía respecto a las lógicas administrativas y políticas de la universidad. Para ello sugiere conformar una sociedad mixta, compuesta en un 99% por la universidad y en un 1% por privados.

El plan de producción que propone toma como punto de partida el relevamiento del mercado editorial de Buenos Aires. Dado que la industria editorial de la ciudad es “próspera, bien orientada y eficiente”, Orfila Reynal sugiere un sello que complemente lo existente con la función propia de la universidad. Surgen así cuatro objetivos. En primer lugar la didáctica. Para esta función Orfila Reynal sugiere “textos de estudio muy seleccionados” que sustituyan al “apunte”, y “obras de consulta” cuya difusión los profesores consideren importante. El segundo objetivo que enuncia es la extensión universitaria. Aquí distingue una línea que amplíe la formación del estudiante acercándolo a “otras expresiones del pensamiento que contribuyan, informativa y formativamente, a integrar su personalidad”. Y otra “...que sirva para ampliar la obra social que a la Universidad le preocupa, ofreciendo a grandes sectores sociales ajenos a las aulas –los que no llegaron nunca a ellas, los que las abandonaron prematuramente, los que con títulos profesionales habilitantes se mueven en un mundo cultural muy limitado– libros accesibles sobre temas de cultura general que podrán cumplir una obra positiva...”.

El tercer objetivo es el científico, para el cual deberían publicarse monografías originales que se produzcan en los medios académicos del país y del extranjero. Finalmente, el cuarto propósito que el nuevo sello debía cumplir no se desprende de manera obvia del radio de acción de la universidad, pero que Orfila Reynal da como un supuesto compartido. Esto es, como antes señalamos, “establecer vínculos más estrechos con los demás países del continente”. Nuevamente, emerge aquí con claridad la trayectoria y posición ideológica de Orfila Reynal. El joven reformista y latinoamericanista, y el principal promotor editorial del conocimiento mutuo ente los países de la región se plasman en la sugerencia de crear una sección llamada Serie Americana que debería comprender “ensayos, monografías, estudios originales de los intelectuales latinoamericanos, así como algunas obras fundamentales que se hayan escrito por autores americanos y que se encuentran hoy fuera de comercio”. El informe distingue las colecciones a partir de las formas de selección de las obras, público al que deberían apuntar, volumen de la tirada, calidad del papel, cantidad de páginas, colores, precio estimado, etc.

Una parte significativa de la labor de preparación del informe de Orfila Reynal fue mantener reuniones con referentes y profesores de las distintas unidades académicas de la universidad a fin de explorar qué necesidades bibliográficas existían, y qué capacidades existían para la

elaboración de títulos. En su informe enumera una a una las facultades y las personas con las que pudo conversar. En el caso de la Facultad de Filosofía y Letras, dice: “He obtenido algunas opiniones que seguiré ampliando. Hasta ahora he conversado con los profesores Francisco Romero, Rodolfo Mondolfo, Jorge Romero Brest, José Luis Romero, Julio Caillet Bois. Con el profesor Gino Germani estoy considerando los trabajos que tienen en preparación en el Instituto de Sociología y los textos que sugieren como más necesarios para el cumplimiento de los estudios de la especialidad”. De las sucesivas reuniones, Orfila Reynal va extrayendo, seleccionando y organizando por área una extensa serie de títulos que abarcan cinco páginas (de un total de casi 40), que deberían guiar las elecciones iniciales de la editorial. No obstante, advierte que se seguirá trabajando para alcanzar un número más acotado de obras que adecúen a los límites de financiación presentados.

Además de una gran reflexividad sobre la tarea editorial, plasmada en el nivel de detalle de la propuesta que eleva a las autoridades de la UBA, los años de Orfila Reynal al frente de una de las principales editoriales de lengua castellana le permitieron adquirir un conocimiento minucioso de la mecánica de la traducción (contratación de derechos, traducción, revisión técnica), así como acumular una agenda de contactos que incluía editoriales extranjeras y agentes literarios. Al respecto decía:

Como tarea complementaria me pondré en comunicación con editoriales europeas y norteamericanas, iniciando las gestiones sobre posible contratación de obras para ser traducidas. A este respecto he mantenido también entrevistas con Agentes Literarios que representan en esta ciudad a distintas editoriales extranjeras.

“Es un hombre con experiencia, es joven, es interesante, es matemático, pero tiene un inconveniente, es loco...”, dijo Orfila Reynal al proponer a Boris Spivacow como primer gerente de Eudeba. Licenciado en matemáticas, Spivacow traía la experiencia editorial de su trabajo en Abril, lugar que no dejará durante el primer tiempo de Eudeba. El pasaje por Abril suponía una gran experiencia tanto del mundo específico de los libros, académicos y populares, como de las revistas. De igual modo, le habilitó un arco de relaciones sociales con intelectuales, traductores, diseñadores, imprentas, librerías, kioscos, etc. Fue sin dudas esta experiencia previa, que implicaba saberes, sensibilidades, competencias y relaciones específicas, la que le permitieron construir y poner en movimiento en tan breve lapso un gran aparato editorial. Y la labor de traducción no fue una de las tareas menores. Más aún si cuando esta debía ser la columna vertebral de las líneas editoriales de modernización la divulgación científica.

Los primeros meses del Libro de Actas de la Comisión Directiva (la primera está fechada el 20 de junio de 1958) son un buen reflejo de la creciente importancia asignada a la traducción en la dinámica editorial. Pese a que en una de las primeras reuniones de la mesa directiva de Eudeba se señala la necesidad de intensificar “los esfuerzos tendientes a publicar el mayor número posible de obras de autores e investigadores que desarrollen su labor en nuestro país”, lo cierto es que los títulos que sucesivamente se proponen corresponden a obras en otras lenguas. En la quinta reunión de Comisión Directiva, cuando recién se estaban definiendo cuestiones administrativas, de infraestructura y personal, se encomienda la gestión de los derechos de traducción de tres obras: *Sociología del conocimiento*, con selección, introducción y notas a cargo de Horowitz; *Teoría pura del derecho*, de Hans Kelsen, que sería traducida por el doctor Moisés Noble; y *Biología*, de Villec. De allí en más el número de títulos cuyos derechos de traducción se encarga gestionar aumentan acta a acta hasta convertirse en extensos listados que ocupan varias páginas. Para finales de 1958, la aceleración de la tarea editorial exige un mayor grado de autonomía de decisión y acción de Spivacow, y el 21 de noviembre se acuerda “autorizar a la gerencia el pedido de derechos de autor directamente, en caso de urgencia, previa consulta a dos miembros del Directorio, versados en materias que guardan afinidad con los temas que tratan los libros respectivos”.

El creciente volumen de traducciones implicó poner en movimiento y coordinar numerosas personas y recursos tanto para la selección las obras y adquisición de derechos como para la traducción y la revisión técnica. Las primeras propuestas surgen, tal como ya lo señalamos, de las conversaciones entre Orfila Reynal y docentes de la Universidad. Esta será también la vía seguida por Boris Spivacow para, fundamentalmente, las traducciones de obras científicas o necesarias para el dictado de cursos.

Quando empezamos a trabajar –recuerda Spivacow– yo llamé a profesores de la Universidad de Buenos Aires. Cuando nos decían que un tipo sabía y que era buen profesor, lo llamábamos y le preguntábamos qué libros podía recomendar. Con la opinión de él y con opiniones de los profesores, de los estudiantes y los graduados, Mirian (Polak) y yo íbamos construyendo las colecciones. Mirian se pasaba horas y horas hablando con profesores (Maunás, 1995: 46).

En una oportunidad, señala Spivacow en sus memorias, un profesor de arquitectura sugirió la traducción de un muy importante libro de un arquitecto sueco. Luego de mucho esfuerzo por hallar un traductor y de finalmente publicarlo, el profesor de arquitectura les agradece y les comenta que por fin iba a poder leerlo. De todos modos, dice el editor, acabó siendo en efecto un libro importante.

Aníbal Ford, quien llegó a ser uno de los referentes más destacados en el campo local de estudios sobre comunicación, fue uno de los que trabajó más arduamente en la búsqueda de títulos. Si bien se acercó a Eudeba con un proyecto editorial en mente, Ford recuerda:

[Boris Spivacow] me ofreció que ingresara a Eudeba para entrevistar a profesores de las diferentes carreras de la Universidad de Buenos Aires. Para que sugirieran títulos y traducciones. (...) Así comencé por Medicina y luego seguí con Economía, Derecho (...). En Medicina tuve que perseguir a los titulares por institutos de investigación y hospitales, encerrarme en bibliotecas y revisar decenas de revistas especializadas (...). En realidad era un trabajo bastante loco e inédito en una editorial argentina. Pero Boris era así. Tampoco era un trabajo fácil porque no todos veían con buenos ojos a Eudeba. O por zurda, o porque rompía los cercos de una cultura de elite con sus tiradas masivas –esto irritaba mucho a algunos popes de la cultura–, o simplemente porque con sus traducciones les movía el piso o les hacía peligrar sus libritos de cátedra (Memoria...: 177-178).

Así como el equipo editorial crecía a medida que la producción y la demanda se incrementaban, lo mismo sucedía con los traductores y revisores contratados. Y no se trataba solo de un crecimiento numérico, sino también cualitativo. Atendiendo solo a las obras de CSH de las tres colecciones que analizamos (Cuadernos, Temas y Manuales), que en total suman 96 traducciones, Eudeba movilizó cerca de 80 traductores y traductoras, muchos de ellos de renombre, y alrededor de 40 revisores técnicos, la mayor parte especialistas de la UBA, algunos todavía jóvenes que tendrían trayectorias importantes en distintas disciplinas. Entre los revisores se encuentran, por citar tan solo algunos de los más reconocidos, Augusto Raúl Cortazar, Eliseo Verón, José Bleger y León Rozitchner.

Conclusiones

El análisis sociohistórico de la labor de traducción de Eudeba nos permite poner en perspectiva y reconsiderar el papel de las editoriales en la circulación internacional de las ideas, y, en este caso en particular, en el desarrollo e institucionalización de las ciencias sociales y humanas argentinas. Eudeba se nutrió y fue parte de un arco de sellos que hicieron de la traducción de estas ciencias un pilar importante de su propuesta editorial. Muchos de los profesores, investigadores y traductores que actuaron en Eudeba lo habían hecho y lo seguirían haciendo en otros sellos afines. A su vez, los catálogos tendían a complementarse y potenciarse entre sí, antes que a competir o presentar visiones epistemo-

lógicas o teóricas antagónicas. La circulación de los mismos actores por las distintas experiencias editoriales se debía no solo a que estas eran en parte producto de redes intelectuales preexistentes, sino que fueron ellas mismas generadoras de relaciones que se mantuvieron y expresaron en el marco de la universidad. Así, por ejemplo, el origen o la intensificación de los vínculos entre Bernstein, Germani y Spivacow podrían buscarse en su participación en Abril y Paidós. De cualquier modo, Eudeba se destacó del conjunto tanto por su volumen de producción y la gran difusión pública de sus ediciones, como por las implicancias prácticas y simbólicas de pertenecer a la universidad más grande e importante del país, en un contexto histórico donde, se esperaba, la ciencia y las universidades, jugaran un papel social, cultural y económico clave.

En segundo lugar, el estudio de las traducciones en Eudeba nos permite volver a calibrar el papel otorgado a las editoriales en el estudio de la circulación internacional de las ideas. El sello de la UBA no fue solo un canal que viabilizó el pasaje de una lengua a otra. Ni un horizonte ideológico modernizador compartido entre muchos actores ni la creación de una editorial *per se*, garantizan la construcción de un repertorio de traducciones amplio y acorde a las necesidades y expectativas de los distintos campos académicos e intelectuales. Desde su misma concepción, se procuró dar forma a una editorial activa que saliera a buscar títulos y autores, que estimulara a los docentes a actualizarse, llevándolos, en algunos casos, como recuerda Ford, a ir más rápido de lo que ellos mismos deseaban. Para ello se desarrolló y puso en funcionamiento una amplia maquinaria social formada por una extensa red de empleados, colaboradores y especialistas. Eudeba fue un agente de cambio, una pieza fundamental dentro del proceso de modernización científica y cultural que vivían la universidad y el país.

El estudio de los años iniciales de Eudeba nos ha posibilitado no solo ver que la traducción de obras científicas y de divulgación científica no tiene el mismo significado en cualquier contexto, sino que el valor que adquiere en cada momento tiene implicancias concretas tanto en los modos de producción como en las formas de recepción. El fervor modernizador que tomó a varios intelectuales tras el derrocamiento de Perón, y que luego encontró un marco ideológico y político con la llegada de Arturo Frondizi al poder, asoció la edición de traducciones a la necesidad imperiosa de ponerse a punto en términos culturales y científicos con el mundo, es decir, con Estados Unidos y algunos países europeos. De este modo, la larga historia de traducciones y de reflexión sobre la traducción en el país encontraba una nueva modalidad e intensidad al ligarse al horizonte discursivo modernizador del desarrollismo. Esta valoración permitió, por lo tanto, que se la promoviera, financiara y leyera

de un modo especial, y que de esa manera cumpliera una función clave en el proceso de transformación y afirmación de las distintas disciplinas sociales y humanas en Argentina.

Fuentes primarias

Actas del Directorio de Eudeba, 1958-1966.

Informe de Arnaldo Orfila Reynal en relación con el proyecto de organización de la Editorial Universitaria, 1958.

Bibliografía

Álvarez, Gonzalo; Archain, Alejandro y Díaz, Carlos (2015). *Un editor de tres siglos. La vida y los libros de Armando Orfila Reynal*. Buenos Aires, Eudeba.

Aguado, Amelia (2006). “1956-1975. La consolidación del mercado interno”, en De Diego, J. L. (dir.): *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Blanco, Alejandro (2006). *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI.

De Diego, José Luis (2006). “1938-1955. La época ‘de oro’ de la industria editorial”, en De Diego, J. L. (dir.): *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Díaz, Carlos y Dujovne, Alejandro (2006). “Todo está en el catálogo. Notas sobre Arnaldo Orfila Reynal y Siglo Veintiuno Editores”, *La Biblioteca* N° 4, revista de la Biblioteca Nacional, Buenos Aires.

De Sagastizábal, Leandro (2008). *50 Años de libros para todos*. Buenos Aires, Eudeba.

Gociol, Judith (ed.) (2012). *Libros para todos. Colecciones de Eudeba bajo la gestión de Boris Spivacow (1958-1966)*. Buenos Aires, Biblioteca Nacional.

Maunás, Delia (1995). *Boris Spivacov. Memoria de un sueño argentino*. Buenos Aires, Colihue.

Scarzanella, Eugenia (2016). *Abril. Un editor italiano en Buenos Aires, de Perón a Videla*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Sorá, Gustavo (2010). "Traducir la nación Gregorio Weinberg y el racionalismo del pasado argentino", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Vol. 21, N° 1, Tel Aviv, pp. 77-100.

DOSSIER / ARTÍCULO

López, María Paz (2016). "La internacionalización de la investigación en las ciencias sociales. Una mirada sobre las prácticas internacionales de los historiadores", *Papeles de Trabajo*, 10(18), pp. 145-168.

RESUMEN

El artículo aborda la temática de la internacionalización de la investigación en ciencias sociales en el nivel de los investigadores y sus prácticas internacionales, tratando específicamente el caso de la Historia. Una primera parte desarrolla los antecedentes encontrados en materia de internacionalización de las ciencias sociales. Una segunda parte reconstruye, a través de fuentes secundarias, la internacionalización de la Historia en Argentina desde un punto de vista temporal. La tercera parte presenta el análisis de los datos recopilados durante el trabajo de campo, el cual consistió en entrevistas semiestructuradas a historiadores de una universidad argentina. Las conclusiones se centran en las prácticas internacionales de los historiadores, las dimensiones cognitivas y sociales de las mismas y las diferencias generacionales en su desarrollo.

Palabras clave: *internacionalización, ciencias sociales, historia, investigadores, prácticas internacionales.*

ABSTRACT

This article discusses the issue of internationalization of research in social sciences at the level of researchers and their international practices, specifically dealing with the case of History. The first part develops the background found on internationalization of social sciences. A second part reconstructs, through secondary sources, the internationalization of History in Argentina from a temporary point of view. The third part presents the analysis of data collected during the field work, which consisted in semistructured interviews to historians from an Argentine university. The conclusions are focused on international practices of historians, its cognitive and social dimensions and generational differences in their development.

Key words: *Internationalization, social sciences, history, researchers, international practices.*

Recibido: 18/4/2016

Aceptado: 19/10/2016

La internacionalización de la investigación en las ciencias sociales

Una mirada sobre las prácticas internacionales de los historiadores

por **María Paz López**¹

Introducción

En el marco de los Estudios Sociales de la Ciencia y la Tecnología, la mayor parte de los trabajos realizados sobre las dinámicas internacionales de la investigación, han abordado principalmente disciplinas correspondientes a las ciencias naturales y exactas. Así, una importante contribución pretendida por este trabajo refiere a la indagación conceptual y empírica sobre las dinámicas internacionales propias de la investigación en ciencias sociales, centrándose específicamente en la disciplina de la Historia. Además, la mayoría de los estudios sobre la temática han utilizado herramientas de análisis bibliométricas, con el objetivo de mapear redes de colaboración internacional reflejadas en la publicación conjunta de los avances y resultados de investigación en revistas académicas

¹ Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de La Plata. Magíster en Ciencia, Tecnología y Sociedad por la Universidad Nacional de Quilmes. Integrante del Centro de Estudios Interdisciplinarios en Problemáticas Internacionales y Locales (CEIPIL) perteneciente a la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires y vinculado a la Comisión de Investigaciones Científicas. Becaria Posdoctoral del CONICET con desempeño en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Áreas de trabajo: internacionalización científica, cooperación científico-tecnológica internacional, política científico-tecnológica, investigación en la universidad. mpaz_lo@yahoo.com.ar

recopiladas por las bases de datos internacionales. Si bien los estudios basados en la bibliometría resultan útiles para identificar tendencias internacionales y patrones de cooperación, dejan de lado muchas colaboraciones propias de las ciencias sociales a la vez que esconden las dinámicas sociales detrás de estas (Melker y Kiopa, 2015).

Por su parte, este estudio pretende contribuir a la investigación empírica en el nivel de los investigadores y sus lazos internacionales, teniendo en cuenta dimensiones sociales y cognitivas. Específicamente, analiza las entrevistas semiestructuradas realizadas a miembros de un Instituto de Historia de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (en adelante UNICEN), creado a mediados de la década de 1980. El trabajo se organiza a modo de círculos concéntricos, abordando en una primera parte la más amplia dimensión referida a la internacionalización de la investigación en las ciencias sociales en general. Una segunda parte se centra en la especificidad de las dimensiones internacionales del campo de la Historia en Argentina mientras que la tercera expone los resultados obtenidos a partir del trabajo de campo realizado en el Instituto de Historia mencionado. Finalmente, se presentan las conclusiones.

Notas sobre la internacionalización de la investigación en las ciencias sociales

Las ciencias sociales han estado implicadas en actividades internacionales desde sus propios orígenes (Vessuri, 2009). Europa constituye su cuna; en muchos casos, estas disciplinas primeramente institucionalizadas y especializadas en el contexto europeo se expandieron hacia otros continentes por medio del colonialismo y el imperialismo (Keim, 2010). Históricamente, los flujos internacionales de científicos sociales se han dado en dos direcciones. Por un lado, se encuentran los investigadores que migran desde los principales centros académicos a las periferias para enseñar, exportar sus habilidades, hacer investigación y recoger datos. Por otro, se hallan los jóvenes talentos que migran desde sus posiciones en la periferia hacia los centros para ser entrenados o trabajar con académicos eminentes (Jeanpierre, 2010). Por supuesto, estos intercambios no siempre han sido voluntarios sino que, en muchos casos, fueron resultado de crisis económicas y persecuciones políticas.

Así, en el siglo XX las naciones latinoamericanas recibieron refugiados políticos como españoles republicanos, judíos de Alemania y de

Europa del Este y exiliados de las dictaduras del Cono Sur, lo cual contribuyó al intercambio de ideas y al avance del conocimiento (Didou Aupetit, 2010). Entre los años 1950 y 1980 el complejo contexto político de países como Argentina, Uruguay y Chile, signado por la instalación de dictaduras militares, obligó a muchos investigadores en Ciencias Sociales a exiliarse. Ya hacia la década de los noventa y principios de los dos mil, en un contexto de crisis económica, los científicos sociales latinoamericanos migraron por razones de salario y trabajo. La mayoría se instaló en los países del Hemisferio Norte aunque también se dio una circulación intrarregional de investigadores (Vessuri y López, 2010).

El sistema mundial de las ciencias sociales resulta profundamente desigual. Esto se refleja en el acceso asimétrico de las distintas ciencias sociales nacionales al mercado de comunicación científica global así como en la construcción de agendas de investigación, las cuales están dominadas por un número limitado de países (Vessuri, 2009). Las ciencias sociales estadounidenses ejercen una gran influencia global debido a su escala, su productividad y el número de científicos. Estados Unidos se caracteriza además por la expansión del financiamiento otorgado por fundaciones para apoyar el desarrollo de las disciplinas sociales en el nivel internacional (Calhoun, 2010). Por su parte, las ciencias sociales europeas se organizan tanto nacional como supranacionalmente y cuentan con esquemas regionales de financiamiento que definen temas prioritarios a ser estudiados con énfasis en el trabajo interdisciplinario, los esquemas mixtos de financiamiento, la participación intersectorial y la internacionalización (Van Langehove, 2010).

En este marco, la mayor parte de los referentes intelectuales e instancias de formación y publicación en ciencias sociales se encuentran en Europa y Estados Unidos (Gingras y Mosbah-Natanson, 2010). Este último país resulta el principal destino para la movilidad de científicos y estudiantes en ciencias sociales. Paralelamente, a partir del gran desarrollo de sus posgrados ocurrido entre los años 1970 y 2000, países como Brasil, México y Argentina se convirtieron en centros de atracción tanto para estudiantes e investigadores de otros países así como para la cooperación internacional en estas disciplinas (Vessuri y López, 2010). En los últimos años, las dimensiones internacionales de las ciencias sociales no solo implican la comparación de fenómenos similares a través de las fronteras nacionales sino también la reflexión sobre aspectos internacionales como la pobreza global y el cambio climático, lo cual promueve asimismo las prácticas interdisciplinarias (Vessuri, 2009).

Más allá de estos procesos socio-históricos, es preciso atender a las distintas particularidades disciplinares que influyen en la internacionalización de la investigación en el caso de las Ciencias Sociales. Al respec-

to, Kreimer (2011) indica que la singularidad de estas ciencias consiste en centrarse en el estudio de las sociedades, cada una de las cuales tiene sus dinámicas e historias específicas. En este marco, resulta difícil extrapolar categorías de análisis e interpretaciones de un contexto a otro. Por su parte, Becher (2001) afirma que, de acuerdo con el objetivo interpretativo del trabajo de investigación, la forma recurrente en que avanza el conocimiento, la característica holística de los problemas investigados y el carácter predominantemente nacional de las fuentes utilizadas, los científicos sociales están menos sujetos a la colaboración internacional. Así, el acceso a bibliografía se presenta como uno de los principales motivos de intercambio con colegas extranjeros.

Wagner (2008) indica que las ciencias que requieren compartir los costos del equipamiento y acceder a distintos recursos presentan un mayor nivel de intercambio internacional que las ciencias donde se prioriza la puesta en común de colecciones y datos o la exposición de una teoría a la crítica de los pares (en este último grupo se encuentra, por ejemplo, la sociología). Otros autores indican que, para ciertos campos, la colaboración internacional consiste en lazos formales y organizados en grandes equipos; en cambio, otros cooperan principalmente a través de vínculos informales (Katz y Martín, 1997). Beigel y Salatino (2015) advierten la existencia de una desigual distribución del capital académico y lingüístico internacional entre las comunidades científicas. En este marco, las ciencias sociales presentan dificultades para acceder a circuitos internacionales de circulación y difusión de investigaciones. Esto se relaciona con particularidades como el estudio de temáticas de relevancia local y una comunicación científica desarrollada principalmente en el idioma de origen.

Notas sobre la internacionalización de la Historia en Argentina

En Argentina, la Historia devino un campo disciplinar con sus propias prácticas científicas a principios del siglo XX cuando una generación de historiadores conocidos bajo el nombre de “Nueva Escuela Histórica”, entre los que se destacan las figuras de Ravnani y Levene, sentaron las bases científicas de la disciplina (Pagano y Rodríguez, 1999). Hacia fines del siglo XIX y principios del XX la historiografía latinoamericana se vio influida por una visión positivista de matriz francesa tendiente a una historia metódica (Aguirre Rojas, 2004). La Nueva Escuela Histórica, caracterizada por una hegemonía historiográfica e institucional en

el ámbito nacional, no desarrolló vínculos estrechos con grupos de historiadores europeos aunque el grupo de Levene privilegió las relaciones con España y envió allí a sus más destacados discípulos (Devoto, 1995).

Hacia las décadas de 1910 y 1920 el campo académico se diversificó, al desarrollarse líneas de enseñanza e investigación descentradas de Argentina, como la historia antigua y la historia medieval europea. La emigración española republicana, obligada a abandonar su país por el ascenso del franquismo, impulsó la publicación de textos correspondientes a autores alemanes y austríacos en la editorial Fondo de Cultura Económica, favoreciendo la influencia directa de la historiografía germana en toda América Latina (Aguirre Rojas, 2004). En Argentina la historia medieval europea fue impulsada por un exiliado republicano español llamado Claudio Sánchez-Albornoz (Myers, 2004), quien fundó el Instituto de Historia de España y la revista *Cuadernos de Historia de España*. Así, los desterrados políticos y las editoriales de origen español facilitaron la circulación de nuevas ideas y autores entre América y la península ibérica (Guinace, 2011).

Ya a mediados de la década de 1950 José Luis Romero introdujo, a través de la Cátedra de Historia Social General y la Revista *Imago Mundi*, las perspectivas de la Historia social de la Escuela de los Annales francesa (Spinelli, 2006). Mediante estos espacios se buscaría superar la vieja y limitada historiografía positivista y metódica (Aguirre Rojas, 2004). En 1947 llegó a Buenos Aires el historiador francés Fernand Braudel, quien desarrolló relaciones informales con distintos historiadores argentinos entre los que se destacan los estudiosos nucleados en torno a Romero (Devoto, 1995). De acuerdo con el autor, las relaciones internacionales fueron la estrategia desarrollada por Romero y Braudel para suplir la marginalidad política e institucional en que se encontraban ambos investigadores al interior de sus respectivos países (Devoto, 1995).

Los contactos directos de Romero con el historiador francés le permitieron obtener fondos para proyectos colectivos de investigación, el envío de alumnos para formarse en París, el viaje de profesores para realizar estancias allí, el acceso a soportes bibliográficos y la sugerencia de nuevos contactos. Ahora bien, las violentas intervenciones autoritarias en el sistema universitario pusieron fin a esta breve experiencia de renovación del campo histórico (Vessuri, 1992) aunque los proyectos contribuyeron a formar historiadores renovadores como Tulio Halperín Donghi y Reyna Pastor.

A partir de la segunda mitad del siglo XX, la emigración forzada signó el desarrollo de las ciencias sociales en el país, sobre todo entre 1966-1970 y 1976-1983, momentos en que distintos gobiernos militares in-

tervinieron las universidades argentinas (Beckerman, 2009). Por entonces muchos historiadores vivieron en el exilio y completaron estudios de posgrado en el extranjero. Incluso, algunos de ellos optaron por radicarse definitivamente en el exterior. Por ejemplo, Halperín Donghi tras formarse en instituciones académicas de París y Turín y en las universidades de Oxford y Harvard, se instaló en Berkeley (Korol, 1996). En la medida en que el nuevo marco institucional extranjero pasaba de ser transitorio a constituirse en permanente surgieron temas y problemas de investigación con un marco de referencia extranjero (Vessuri, 1992).

Pese al clima asfixiante creado por la dictadura pudieron conformarse en suelo argentino nuevos espacios intelectuales bajo la forma de pequeños grupos de estudio y seminarios. A través de la actividad de los grupos informales, las revistas y los centros de investigación, los historiadores argentinos mantuvieron conexión con los debates, deslizamientos y revisiones que la disciplina atravesaba en Europa y los Estados Unidos (Remedi, 2011). En el contexto internacional, cobraron un nuevo impulso los estudios latinoamericanos desarrollados por los centros académicos europeos y de los Estados Unidos, aglutinando especialistas de diferentes disciplinas provenientes de distintas partes del mundo en torno al estudio y la enseñanza de la historia de América Latina (Sabato, 2014). El nuevo auge de los estudios latinoamericanos en Europa entre los años 1970 y 1980 se relaciona con el importante número de profesores, investigadores y estudiantes de América Latina que abandonaron obligadamente sus países de origen en el marco de la imposición de regímenes militares, terminaron sus estudios en universidades europeas y se quedaron trabajando allí como docentes o investigadores (Bodemer, 2010).

En Argentina, junto con el retorno a la vida democrática, se inició un proceso de reconstrucción de los espacios académicos y una creciente profesionalización de la disciplina histórica que incluyó el regreso de intelectuales exiliados, la expansión del sistema de investigación y la conexión cada vez más fuerte con las prácticas y discusiones prevaletentes en Europa y los Estados Unidos (Zeitler, 2009; Remedi, 2011). El retorno de los historiadores exiliados fue acompañado por un estallido de temáticas, un pluralismo de referentes conceptuales y metodológicos, así como por la emergencia de novedosas líneas interpretativas. El campo logró un grado de internacionalización hasta entonces inexistente (Chiroleau, 2003), ya que los académicos exiliados y formados en el exterior aportaron a su regreso los contactos generados en el ámbito internacional (Águila, 2012).

Ya durante los años noventa, se dio una proliferación de instancias de formación de posgrados en el campo de las Ciencias Sociales (Barsky y Dávila, 2012) y un incremento en la cantidad de profesionales cursando

este tipo de estudios. A diferencia de lo sucedido durante los años de exilio cuando existió una cantidad apreciable de diplomas extranjeros (Chiroleu, 2003), se incrementó el número de titulaciones nacionales. Sin embargo, los contactos con otros medios académicos fueron fluidos y se contó con visitas de intelectuales e investigadores extranjeros, viajes a congresos, estancias en universidades y centros de investigación del exterior, circulación de bibliografía y proyectos entre distintas universidades (Águila, 2012). A nivel internacional, durante los años noventa se propuso una redefinición de los marcos y escalas espaciales y temporales de indagación histórica, atendiendo a procesos globales o mundiales, así como a los intercambios, flujos, transferencias y conexiones entre sociedades diversas (Sabato, 2014).

En los últimos treinta años, la mayor parte de los países latinoamericanos, entre los que se destaca Argentina, ha experimentado un cambio importante en las condiciones de producción historiográfica. El campo de la Historia se ha ampliado y afirmado, habiéndose incrementado las actividades de investigación, el número de publicaciones, las carreras de posgrado, los títulos académicos, los encuentros, becas y subsidios. Asimismo, ha habido una ampliación de los marcos de referencia de los historiadores: a diferencia de las épocas en que la referencia externa era casi exclusivamente las universidades de Estados Unidos y Europa, en los últimos tiempos se observa un reconocimiento cada vez mayor de interlocutores de la propia región (Sabato, 2014).

Así, hacia fines del siglo XX y principios del XXI la historiografía latinoamericana ha recibido y aclimatado las nuevas historiografías producidas en el siglo veinte, en especial a las marxistas y analistas. Paralelamente, ha construido una interesante historiografía regional latinoamericana, es decir, una historia de los temas y problemas regionales (Aguirre Rojas, 2004). Este desarrollo se ha favorecido por la mejora en las condiciones de los archivos y repositorios documentales y bibliográficos, el intercambio académico en congresos y reuniones internacionales, la realización de proyectos colectivos de investigación de carácter multidisciplinar financiados por organismos internacionales, sociedades académicas extranjeras y gobiernos latinoamericanos, así como por la disponibilidad de publicaciones periódicas especializadas (Serrano Álvarez, 2009; Leoni, 2013). Incluso, el desarrollo de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación ha incrementado las posibilidades de cooperación científica a través de redes transnacionales entre académicos e institutos (Bodemer, 2010).

Notas sobre las prácticas internacionales de los historiadores del Instituto de Historia de la UNICEN

A continuación se exponen los resultados obtenidos a partir del análisis de las entrevistas semiestructuradas realizadas en el marco del Instituto de Historia de la UNICEN. El primer eje de análisis refiere a las estadías de formación en el extranjero llevadas a cabo por los primeros integrantes del grupo de investigación así como su rol en la importación de pautas académicas y la instalación de un nuevo perfil académico en el marco de la universidad de origen. El segundo eje hace hincapié en la creación de la instancia doctoral propia en el contexto local y la consiguiente disminución de los viajes de formación al extranjero. El tercero se centra en los distintos enfoques de carrera encontrados en el marco del Instituto y el papel de los viajes al exterior del país en cada uno de ellos. El cuarto aborda las particularidades de la publicación en revistas extranjeras y de la coautoría internacional en el caso de los historiadores entrevistados. El quinto expone la relación entre el acceso a fuentes secundarias, los viajes al extranjero, la conexión a la web y las colaboraciones internacionales, en tanto el sexto eje hace lo suyo respecto a las fuentes primarias. El séptimo y último eje analiza los referentes disciplinares y la orientación de los vínculos internacionales a lo largo de la historia del Instituto.

“Tendrás, serás y harás lo que tengo, soy y hago”. Las estadías en el extranjero y la importación/instalación de un nuevo perfil académico

Entre las décadas de los ochenta y los noventa, una de las principales actividades internacionales desarrolladas por las primeras generaciones que integraron el Instituto de Historia fue la movilidad científica a través de las fronteras con el objetivo de obtener títulos de posgrado. Por entonces, los recursos humanos incorporados al núcleo se formaron en universidades y centros de investigación de Inglaterra, Francia, España, Estados Unidos, Países Bajos y México. Es así que la formación doctoral de la primera y segunda generación de historiadores se concretó mayormente en instituciones estadounidenses, europeas y mexicanas.

Los primeros destinos mencionados se caracterizaban por contar con un mayor desarrollo del sistema de posgrado, bibliotecas universitarias completas, producción científica prolífica e intelectuales de referencia internacional (Sabato, 2014). Por su parte, México se había constituido en una puerta de entrada al mercado editorial de libros, revistas, artículos y seminarios internacionales de gran amplitud, favoreciendo el intercambio con distintas zonas del mundo intelectual europeo y es-

tadounidense así como también el contacto con nuevas problemáticas (Jensen y Yankelevich, 2007; Casco, 2010).

A través de las estadías en el extranjero los entrevistados obtuvieron sus títulos de doctorado, los cuales no resultaban frecuentes ni obligatorios en la Argentina de aquella época, cuando la actividad académica consistía predominantemente en el desarrollo de tareas docentes (Leal y otros, 2012). En este contexto, la certificación otorgada por una institución extranjera trajo consigo el reconocimiento de los pares del ámbito nacional, tanto por lo que el título significaba en términos de alcanzar el máximo nivel de educación formal como por el aval que implicaba su recepción en instituciones extranjeras reconocidas; a esto se sumaba la experiencia en tareas de investigación. Al regreso de los viajes de formación doctoral en el exterior, los historiadores obtuvieron puestos de docencia y de investigación en instituciones locales.

Además, los integrantes del Instituto importaron las pautas de funcionamiento de la vida académica aprendidas en las universidades extranjeras hacia la Carrera de Historia, la Facultad de Ciencias Humanas y la UNICEN. En palabras de uno de los investigadores entrevistados, buscaron generar su propia “experiencia Oxford” en el ámbito local. De hecho, en reconocimiento a su trayectoria académica en el exterior y en el país, el entrevistado fue elegido para distintos cargos de gestión a nivel de la Facultad y de la Universidad, instancias desde las cuales impulsó la realización de actividades de investigación y estudios de posgrado en el ámbito internacional.

Los académicos del Instituto formados en el exterior instalaron la idea de “desprovincianizar” la Universidad, la Facultad y la Carrera, incorporando reglas globales de producción académica y sugiriendo a los recursos humanos de la institución “salir de Tandil”, tanto física (no estudiar en Tandil) como intelectualmente (no tener a Tandil como recorte territorial de las investigaciones). García (2009) denominó a estos historiadores “cosmopolitas”, en contraposición a los profesores “locales” fundadores de la carrera de Historia de la UNICEN, los cuales eran mayoritariamente nativos de la ciudad y de la región, formados como profesores en la disciplina en la universidad local, sin credenciales de posgrado y dedicados a la docencia.

Es así que los historiadores formados en el extranjero generaron “nuevas reglas de juego”, estableciendo como requisito para ser un “académico” su propio perfil. Hacia el interior de la UNICEN, los historiadores del Instituto desplazaron al personal dedicado únicamente a tareas de enseñanza, los cuales no contaban con título de doctor ni antecedentes en investigación. Hacia el exterior de la UNICEN, buscaron instalarse como una carrera “universal”, diferenciarse de las posiciones “localistas”

de otras universidades del interior del país y compararse con la posición “internacional” de instituciones tradicionales como la Universidad de Buenos Aires. La transición no ocurrió sin resistencias de –y conflictos con– los académicos consagrados dentro de la configuración anterior del campo y los propios alumnos, cada uno de los cuales presentaba su propia visión sobre la academia. Además, tampoco ocurrió de manera aislada respecto del contexto nacional.

De hecho, la reapertura democrática significó un nuevo impulso a la reconstrucción de las universidades y sus tareas de producción de conocimiento, en particular en el campo de la Historia. Ahora bien, fue en la década de los noventa cuando el Estado nacional impulsó el Programa de Incentivos a los Docentes-Investigadores de las Universidades Nacionales, buscando jerarquizar a los profesores a partir de estándares internacionalmente aceptados de la profesión académica (Krotsch y otros, 2007), contexto al cual los historiadores del Instituto pudieron adaptarse rápidamente.

“Titulación por sustitución de instituciones”. La creación del doctorado en Historia y la disminución de los viajes de formación al extranjero

Tal como se mencionó anteriormente, hacia fines de los ochenta y durante la década de los noventa los entrevistados correspondientes a las primeras dos generaciones de historiadores del Instituto analizado se formaron en el exterior. Ahora bien, al contar con integrantes doctorados y en el marco de un proceso de apertura de posgrados alentado por la política educativa de los años noventa (Barsky y Dávila, 2012), en 1997 se inauguró el Doctorado Interuniversitario en Historia de la Facultad de Ciencias Humanas de la UNICEN y la Universidad Nacional de Mar del Plata, con sede en el Instituto de Historia estudiado. En este marco, los contactos en el extranjero fueron convocados para formar parte del plantel docente del posgrado, lo cual permitió nutrir la planta de profesores y aumentar el prestigio del Doctorado.

A partir de entonces disminuyó la afluencia de recursos en formación desde el Instituto hacia otras universidades del país o del exterior, realizando los estudios de posgrado en la propia facultad de origen. En el caso de las entrevistas realizadas a historiadores de la tercera generación del Instituto dieron como resultado la realización de doctorados en la propia universidad de origen. Además, de acuerdo con datos recolectados a partir del análisis de las *Memorias Académicas del Instituto*, entre 1997 y 2011, el 86% de los doctores se formó en la propia UNICEN. Este fenómeno se generalizó en el campo de la historia debido al desarrollo de posgrados en el ámbito local (Chiroleu, 2003).

A partir de la creación del Doctorado propio los investigadores de primera y segunda generación del Instituto contaron con mayores posibilidades de tener antecedentes en la actividad de docencia de posgrado, complementada con el dictado de cursos y seminarios en universidades extranjeras. Además, la progresiva consolidación de la planta estable del Instituto llevó a prescindir de las alianzas con otras universidades y académicos para el dictado de los cursos. Por otra parte, la creación de un posgrado propio incrementó las posibilidades de dirigir tesis doctorales, ya que es un requisito para los tesistas del Doctorado contar con un director interno. En este punto cabe tener en cuenta que a partir de la implementación del Programa de Incentivos se demandó a los docentes investigadores el incremento de las actividades de docencia de posgrado así como también de dirección de recursos humanos en dicho nivel.

Aun así, entre los investigadores entrevistados se considera importante “salir” de Tandil y realizar estadias en centros de investigación del exterior, en tanto resulta una experiencia enriquecedora en términos académicos como personales. Si bien se puede desarrollar la profesión académica a partir de una formación local, el paso por universidades de otros países permite ver otras formas de trabajo y obtener visibilidad entre la comunidad de historiadores más amplia. Las experiencias en el exterior desafían intelectualmente a los recursos humanos en formación, aunque resultan más fundamentales aún por el aprendizaje de idiomas y el contacto con culturas diferentes.

“El que se fue a Sevilla perdió su silla”. Los enfoques de carrera académica entre los investigadores del Instituto de Historia y el papel de los viajes al exterior

Desde el regreso de las primeras generaciones de doctores formados en el exterior al Instituto comenzaron a desarrollarse dos enfoques diferenciados de carrera académica entre los integrantes del mismo. Cada enfoque presenta, además, una forma particular de desarrollo de los vínculos internacionales. Una vez recibidos de doctores en universidades extranjeras, el 75% de los entrevistados permaneció la mayor parte de su tiempo en el Instituto. Estos integrantes pasaron por distintos escalafones y puestos de gestión y dirección en el marco del grupo, de la facultad y de la universidad. Puede decirse que la obtención de estos cargos requiere la presencia física de los interesados en el lugar, convirtiendo su capital académico en capital político-temporal (Bourdieu, 2000). Estos investigadores realizan actividades internacionales puntuales como la asistencia a congresos, proyectos conjuntos de investigación e intercambio bibliográfico.

Por otra parte, el 25% de los entrevistados pasó la mayor parte de su tiempo viajando a universidades extranjeras y retornando esporádi-

camente al centro de investigación de pertenencia, dedicándose primordialmente a tareas de investigación y publicación. En estos casos, el desarrollo de un enfoque internacional de la carrera de investigación es considerada como una opción “para conocer el mundo” y para insertarse en un “medio más amplio” de colegas. Los cargos de docencia y gestión en el marco de la universidad de origen son menos frecuentes entre estos investigadores.

Tanto los historiadores que permanecieron en el instituto como los que realizan estadias en el exterior con más frecuencia forman parte de la carrera de investigación del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Al dedicarse primordialmente a la investigación, los historiadores internacionalizados incrementan su productividad y la visibilidad de su trabajo en la comunidad científica internacional, lo cual es altamente valorado en dicha institución. Sin embargo, estas actividades no son consideradas tan fuertemente en el ámbito de la Universidad, la cual cuenta con una cultura evaluativa diferente (Beigel, 2015).

De esta manera, los dos enfoques de carrera encontrados entre los historiadores persiguen la acumulación de distintas formas de capital (en palabras de Bourdieu, 2000: científico/académico y específico/temporal),² generando diferentes prácticas internacionales para poder producir e incrementar dicha forma de capital (viajes de larga duración al extranjero versus estadias destinadas a un objetivo específico y por un corto tiempo en el exterior). En este marco, lo académico y lo científico aparecen como dos campos profesionales distintos en permanente tensión, con sus propias formas de reconocimiento y capitales en juego, lo cual lleva a desarrollar diferentes relaciones con el ámbito internacional.

“Resistiendo el impacto del Factor de Impacto”. El papel de la publicación internacional y de la copublicación internacional entre los historiadores del Instituto

Tradicionalmente los historiadores han obtenido un mayor reconocimiento entre sus pares al publicar libros de autoría individual referidos a una temática integrada, en los cuales se reflejan investigaciones de largo plazo. Ahora bien, cada vez con mayor intensidad las evaluaciones académicas exigen de los investigadores que publiquen los avances y resultados de sus investigaciones en revistas científicas, siendo particularmente valoradas aquellas que se encuentran incorporadas en índices como Scielo y Scopus.

2 De acuerdo con Bourdieu, el capital científico refiere a la acumulación de autoridad científica y notoriedad intelectual mientras que el capital político temporal refiere al cúmulo de posiciones que permiten controlar otras posiciones y a sus ocupantes.

Desde la implementación del Programa de Incentivos a Docentes Investigadores se ha ido conformando un “tipo” de académico a la luz de un modelo internacional caracterizado por el requerimiento de productividad en investigación más que en docencia (Leal y otros, 2012). Ahora bien, los artículos académicos publicados en revistas de impacto de nivel internacional presentan un valor especial sobre todo en las ciencias exactas y naturales aunque estos criterios están trasladándose asimismo a las ciencias sociales y humanas; de hecho, se habla de la “journalización” de las mismas (Kreimer, 2015). Así, el modelo de trabajo académico que hasta entonces solo se limitaba a algunas disciplinas específicas se generalizó, aunque también adquirió especificidades disciplinares.

De acuerdo con uno de los entrevistados, la publicación en revistas extranjeras resulta una demostración de la capacidad que cada uno tiene para insertar la producción personal en el medio académico internacional. En este marco, se trata de balancear una producción académica mayormente nacional con algunas publicaciones en el ámbito internacional. Por supuesto, las posibilidades de publicación en el extranjero se relacionan con el interés que las temáticas trabajadas en los artículos tienen para los países editores. Por ejemplo, los temas relacionados con la historia argentina se publican mayormente en el ámbito nacional mientras que temáticas de naturaleza internacional como las migraciones se publican en obras extranjeras.

De esta manera, existen temas de interés local y temas con proyección internacional, lo cual incide en las actividades de publicación de los historiadores, aunque hay que tener en cuenta la preeminencia de temáticas de interés local en el campo científico de la Historia (Gingras y Mosbah-Natanson, 2010). En este marco, los historiadores comparten la tarea de compilación y edición de libros con pares extranjeros y reciben invitaciones de colegas foráneos para escribir artículos en dossiers. De acuerdo con datos recopilados de las Memorias Académicas del instituto, las publicaciones en colaboración internacional representan, sobre el total de publicaciones realizadas entre los años 2003 y 2012, un 13,21% destacándose las colaboraciones con México, España y Brasil. Estas publicaciones en colaboración internacional contribuyen al incremento de la producción académica de los historiadores.

Por otra parte, los libros y capítulos de libro publicados internacionalmente reciben una consideración más alta entre los pares evaluadores así como también los que recurren a colegas externos para evaluar los manuscritos, ya que se comprende que la evaluación endogámica difícilmente garantiza la objetividad y calidad de los textos (Chiroleu, 2003; Beigel, 2015).

“Moverse y estar conectado”. El acceso a fuentes secundarias a partir de los viajes al extranjero y la conexión a la web

Las fuentes históricas, tanto primarias como secundarias, constituyen la materia prima de la Historia. Al analizar las entrevistas se observó que los investigadores del Instituto brindan una importancia especial al acceso a fuentes secundarias y, por consiguiente, a bibliotecas universitarias bien nutridas de colecciones de revistas y libros. Los historiadores aprovechan sus estancias en el extranjero para acceder a este tipo de instituciones, las cuales se encuentran emplazadas principalmente en Estados Unidos y Europa. En términos generales, se considera que la visibilidad y accesibilidad de la producción científica es mayor en dichas universidades por el alto nivel de desarrollo de sus sistemas bibliotecarios y la concentración de las editoriales académicas y científicas (Russell, 2001).

Ahora bien, el acceso a las bibliotecas físicas universitarias de estos países constituyó un elemento central hacia fines de los ochenta y principios de los noventa cuando el campo de la Historia en el ámbito nacional y regional aún no había alcanzado grandes dimensiones en términos de producción científica e investigadores referentes. Además, los entrevistados reconocen que la expansión de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación ha contribuido con el acceso a material bibliográfico y en la comunicación científica. En este marco, el acceso a muchas fuentes bibliográficas se realiza a través de internet, comprando en las librerías de manera online o descargando los documentos de la web. Así, las bibliotecas virtuales han facilitado el acceso a material y el conocimiento de nueva bibliografía.

La literatura indica que en los últimos años se asiste a una difusión de nuevas formas de comunicación a través de la tecnología informática, la cual impacta en la publicación académica y multiplica los canales de comunicación científica (Patalano, 2005). De acuerdo con lo dicho hasta aquí, los viajes al exterior para visitar bibliotecas o comprar bibliografía resultan tan importantes como el acceso a materiales a través de la web siendo complementarios, ya que los materiales que no se encuentran virtualmente se los puede obtener viajando y viceversa. Así, para los investigadores entrevistados es tan importante “moverse” como “estar conectados” (Hidalgo y Natenzon, 2011).

“Sobre lanchas, redes y pescados”.³ El viaje al extranjero y la colaboración internacional para acceder a fuentes primarias

Además de las fuentes secundarias, la Historia se caracteriza por el trabajo con fuentes primarias. En términos generales puede decirse que,

³ Esta metáfora refiere a la colaboración internacional para el acceso a fuentes primarias y fue expresada por uno de los entrevistados. El historiador considera que en la relación con su colaborador español, uno facilita ciertos recursos (las lanchas), el otro aporta ciertas habilidades (las redes) y juntos obtienen financiamiento y antecedentes que por separado no podrían (los pescados).

por el carácter eminentemente local de los temas de investigación, el trabajo de los historiadores se apoya en gran medida en materiales generados y puestos en valor y en circulación pública por instituciones estatales (archivos, bibliotecas, etc.) o que se reconocen como “nacionales” (Sabato, 2014). Ahora bien, el uso de algunos materiales primarios puede requerir que el investigador vaya directamente a éstos, dondequiera se localicen, ya sea dentro de las fronteras nacionales o fuera de ellas, en manos de organismos públicos o bajo propiedad privada.

Es el caso de uno de los entrevistados, quien estudia el fenómeno de la migración temprana de los vascos. Durante la década de los noventa y para llevar adelante su investigación, el historiador viajó a hacer archivo en el País Vasco. Además, se trasladó a Estados Unidos, donde se encuentra un centro vasco muy importante y un conjunto de museos. La migración constituye un tema internacional por naturaleza y su comprensión exige del historiador acceder a fuentes primarias localizadas en los distintos puntos geográficos atravesados por el grupo migrante estudiado.

Ahora bien, el entrevistado comenta que actualmente se encuentra trabajando en conjunto con un colega perteneciente a un centro de investigación instalado en el País Vasco, el cual le envía virtualmente las fuentes primarias microfilmadas. Entre estos colegas se da una división del trabajo por el cual uno realiza la recolección y microfilmación de las fuentes primarias (el investigador español) mientras que el otro se ocupa de redactar los artículos académicos (el investigador argentino), a partir de los cuales se difunden los resultados obtenidos del análisis conjunto de las fuentes. Las posibilidades técnicas brindadas por la microfilmación y el intercambio documental a través de las nuevas tecnologías de la comunicación permiten sustituir los costosos viajes al extranjero. Esto se relaciona con el carácter de “conocimiento codificado” que presenta la mayor parte de las fuentes primarias en la historia, los cuales son de fácil propagación.

En otro de los casos, una de las entrevistadas trabaja sobre la administración de justicia criminal en la segunda mitad del siglo XIX. Allí, el acceso a fuentes primarias se vio favorecido por la colocación online de la normativa correspondiente en páginas web españolas a la vez que el intercambio a nivel analítico se encontró propiciado por la cercanía temática con sus pares extranjeros, propio de la relación estrecha que unió la historia de ambos países desde el período de “la conquista”. De esta manera, el vínculo con colegas e instituciones del exterior resulta importante para acceder a fuentes primarias originales así como también de interés para la comunidad de historiadores extranjeros, lo cual incrementa las probabilidades de diálogo y reconocimiento por parte

de actores del ámbito internacional y promueve el trabajo conjunto con ellos, el acceso a recursos internacionales, la asistencia a congresos y el desarrollo de publicaciones en revistas/libros del exterior, todo lo cual es valorado entre los científicos locales.

“Compararse... ¿con quién?”. Los referentes disciplinares y la orientación de los vínculos internacionales

A lo largo de la historia del Instituto se advierten diferencias en la selección de las agendas temáticas así como en la orientación de las colaboraciones hacia distintas regiones de acuerdo con los destinos geográficos visitados y la posición de la disciplina histórica argentina y latinoamericana en la escena mundial. Tal como se ha mencionado anteriormente, los investigadores del Instituto formados durante la década de los ochenta y los noventa viajaron a países como Inglaterra, Francia, Países Bajos, Estados Unidos, España y México. Allí seleccionaron temáticas interesantes para el país receptor, como las migraciones francesas en Argentina, el antifascismo en el período de entreguerras en una perspectiva comparada entre Francia y Argentina y los problemas de frontera mexicano-estadounidense. Entonces, formaron parte de prestigiosos centros de estudios latinoamericanistas actuando como responsables de la perspectiva argentina; además, establecieron contactos y recibieron invitaciones para publicar en obras extranjeras.

Hacia los ochenta y noventa, cuando se realizaron estos viajes de formación, los intelectuales europeos y estadounidenses constituían los referentes de la disciplina histórica a la vez que “América Latina” conformaba un recorte de investigación privilegiado para dichos países. Tal como advierte Sabato (2014), los centros académicos europeos y de los Estados Unidos consideraron la región latinoamericana como unidad *ex ante*, proliferando un fuerte interés y la producción sobre el tema. Además, entre los historiadores argentinos estaba bien considerado comparar la historia del país con realidades europeas. Los títulos recibidos y las producciones generadas en el extranjero les permitieron a los entrevistados acceder a cargos en las instituciones científicas argentinas, incorporando algún aspecto de sus temas de investigación desarrollados en el exterior a las líneas temáticas del Instituto.

Ahora bien, en los últimos años y en la mayor parte de los países latinoamericanos ha tenido lugar un cambio importante, investigándose y publicándose cada vez más, creándose carreras de posgrado y multiplicándose los títulos, organizándose encuentros y otorgándose becas y subsidios, cuyo resultado ha sido un crecimiento del *output* historiográfico exponencial; junto a ese desarrollo se observa una sostenida circulación de investigadores y producciones entre países de América

Latina, así como la consolidación de redes de relación institucional y articulación de proyectos, todo lo cual ha llevado a la formación de una comunidad científica que no reconoce las antiguas fronteras y referentes disciplinares (Sabato, 2014).

De esta manera, las referencias externas ya no son exclusivamente las universidades y producciones académicas de Estados Unidos y Europa ni la triangulación con América Latina a partir de dichos centros. Por el contrario, en los últimos tiempos se observa un reconocimiento cada vez mayor de interlocutores de la propia región, lo cual se vincula también con la mayor intensidad en los intercambios económicos, políticos y culturales de las últimas décadas; todo esto ha estimulado a los historiadores a ampliar sus marcos de referencia (Sabato, 2014).

En el marco del Instituto estudiado, además de sostener los vínculos con colegas mexicanos, se han afianzado los lazos con investigadores brasileños y uruguayos en temáticas referidas a historia de la educación o comparaciones sobre los movimientos políticos de derecha. Si bien la tradición de la disciplina histórica indicaba “mirar a Europa”, en los últimos años se han reorientado las relaciones internacionales hacia América Latina, siendo reconocidos por instituciones nacionales como el CONICET y la Secretaría de Políticas Universitarias a través de sus evaluaciones y el financiamiento recibido por el Instituto.

De todos modos, muchos de los historiadores continúan trabajando temas relacionados con países como Estados Unidos o las naciones europeas ya que la visibilidad, acceso a recursos y posibilidades de publicación continúa siendo mayor allí. Ahora bien, más que una condición para el ingreso y avance en la carrera científica local, el desarrollo de vínculos con colegas europeos se presenta como una búsqueda personal por ganar prestigio en el ámbito internacional.

Reflexiones finales

El artículo abordó la internacionalización de la investigación en ciencias sociales indagando en el nivel de los investigadores y sus prácticas internacionales. Así, aportó un análisis sobre el material empírico recabado a partir de entrevistas semiestructuradas realizadas a historiadores de una universidad argentina. A continuación se exponen las principales conclusiones transversales extraídas del análisis, referidas a las actividades internacionales desarrolladas por los historiadores y los objetivos perseguidos, las dimensiones sociales y cognitivas de las mismas y las diferencias generacionales en el desarrollo de prácticas internacionales.

De acuerdo con el análisis, los entrevistados desarrollan distintas actividades internacionales donde se destacan los viajes de formación al extranjero, las visitas a universidades y bibliotecas extranjeras, el intercambio de diferentes recursos con colegas de otros países y la publicación en coautoría internacional. Estas actividades permiten a los historiadores visibilizarse ante la comunidad amplia de pares y acceder a importantes recursos requeridos para la producción de conocimientos en el área; sin embargo, también resultan muy importantes para la obtención de antecedentes y su posicionamiento en instituciones académicas locales.

Distintas particularidades disciplinares de la Historia –como el carácter preeminentemente local de las agendas temáticas y de las fuentes utilizadas– influyen en el modo en que se da la internacionalización de la investigación, aunque algunas temáticas particulares encuentran una inserción internacional más articulada que otras. Ahora bien, las prácticas internacionales también se relacionan con los diferentes recursos disponibles en el ámbito local respecto de las universidades extranjeras. Así, la internacionalización en el ámbito de la investigación en ciencias sociales permite acceder a recursos materiales y simbólicos inexistentes en el ámbito local, poniendo en relación el desarrollo de la disciplina a nivel local e internacional.

Otra consecuencia derivada del análisis del material empírico es la comparación entre las prácticas internacionales desarrolladas por los historiadores entre las décadas de los ochenta y los noventa, así como en los dos mil. Los años ochenta y noventa se caracterizaron por los viajes de formación doctoral en el extranjero, el aprendizaje de pautas académicas en universidades de países como Francia, España y Estados Unidos, el retorno a las universidades de origen con antecedentes internacionales importantes de cara a posicionarse localmente y el trabajo de investigación centrado en temáticas de carácter internacional y comparativo involucrando intereses de los países visitados. Por su parte, a partir del 2000, se viró hacia la nacionalización de la formación doctoral, el incremento del intercambio virtual, el acercamiento hacia colegas de la región latinoamericana y la bifurcación de las carreras académicas de los integrantes del Instituto, algunas de las cuales resultan más internacionalizadas que otras.

Hasta aquí se presentaron los resultados obtenidos a partir del estudio empírico basado en los historiadores de una universidad argentina. En futuros trabajos se espera estudiar institutos y áreas de otras universidades nacionales para discutir las posibilidades de generalización de los resultados. Además, se espera diversificar las disciplinas de referencia de los entrevistados con el objetivo de discutir estas conclusiones, apostando a fortalecer una perspectiva teórica y empírica que explique la internacionalización de la investigación en el caso de las ciencias sociales.

Referencias bibliográficas

Águila, Gabriela (2012). “¿Qué es ser un/a Latinoamericanista? Los derroteros de la historia Latinoamericana contemporánea en la Argentina”, *Anuario de la Escuela de Historia*, N° 24, pp. 23-37.

Aguirre Rojas, Carlos Antonio (2004). *La historiografía en el siglo XX: historia e historiadores entre 1848 y ¿ 2025?* Barcelona, Editorial Montesinos.

Barsky, Osvaldo y Dávila, Mabel (2012). “El sistema de posgrados en la Argentina: tendencias y problemas actuales”, *Revista Argentina de Educación Superior*, Año 4, N° 5, pp. 12-37.

Becher, Tony (2001). *Tribus y territorios académicos: la indagación intelectual y las culturas de las disciplinas*. Barcelona, Gedisa.

Beigel, Fernanda (2015). “Culturas evaluativas alteradas”, *Política Universitaria*, N° 2, pp. 12-21.

Beigel, Fernanda y Salatino, Maximiliano (2015). “Circuitos segmentados de consagración académica: las revistas de Ciencias Sociales y Humanas en la Argentina”, *Información, cultura y sociedad*, N° 32, pp. 11-36.

Bekerman, Fabiana (2009). “El campo científico argentino en los años de plomo: desplazamientos y reorientación de los recursos”, *Sociohistórica. Cuadernos de CIS*, N° 26, pp.151-166.

Bodemer, Klaus (2010). “Los estudios latinoamericanistas en Europa: legados históricos, situación actual y perspectivas”, *Anuario americanista europeo*, N° 8, pp. 1-20.

Bourdieu, Pierre (2000). “El campo científico”, en: *Los usos sociales de la ciencia*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, pp. 11-27.

Buchbinder, Pablo (1996). *Vínculos privados, instituciones públicas y reglas profesionales en los orígenes de la historiografía argentina*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”.

Calhoun, Craig (2010): “Las ciencias sociales en Estados Unidos y Canadá”, en UNESCO: *Informe mundial sobre las ciencias sociales. Divisoria del conocimiento*. París, Ediciones UNESCO. pp. 55-58.

Casco, José María (2010). "Cultura, modernización y democracia. Max Weber en la obra de los sociólogos intelectuales de la transición a la democracia en Argentina", en Pereyra, Diego (comp.): *Tradiciones, actores e instituciones en Argentina, Chile, México y Centroamérica*. San José, FLACSO. pp. 99-114.

Chiroleu, Adriana (2003). "Las peculiaridades disciplinarias en la construcción de la carrera académica", *Perfiles Educativos*, Año XXV, N° 099, pp. 28-46.

Devoto, Fernando J. (1995). "Itinerario de un problema: «Annales» y la historiografía argentina (1929-1965)", *Anuario IEHS: Instituto de Estudios histórico sociales*, N° 10, pp. 155-175.

Didou Aupetit, Sylvie (2010). "De la fuga de cerebros a la atracción de conocimientos en las ciencias sociales de América Latina", en UNESCO: *Informe mundial sobre las ciencias sociales. Divisorias del conocimiento*. París, Ediciones UNESCO. pp. 125-127.

Gingras, Yves y Mosbah-Natanson, Sebastien (2010): "¿Dónde se producen las ciencias sociales?", en UNESCO: *Informe mundial sobre las ciencias sociales. Divisorias del conocimiento*. París, Ediciones UNESCO. pp. 153-158.

Guiance, Ariel (2011). *La influencia de la historiografía española en la producción americana*. Madrid, Marcial Pons.

Hidalgo, Cecilia y Natenzon, Claudia (2011): "Redes de conocimiento o cómo desplazarse sin salir de casa", en Hernández, Valeria; Mera, Carolina; Meyer Jean-Baptiste y Oteiza, Enrique (comp.): *Circulación de saberes y movibilidades internacionales: perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires, Biblos. pp. 191-200.

Jeanpierre, Laurent (2010): "La migración internacional de los especialistas en ciencias sociales", en UNESCO: *Informe mundial sobre las ciencias sociales. Divisorias del conocimiento*. París, Ediciones UNESCO. pp. 121-125.

Jensen, Silvina y Yankelevich, Pablo (2007). "Una aproximación cuantitativa para el estudio del exilio político argentino en México y Cataluña (1974-1983)", *Estudios demográficos y urbanos*, Año 22, Vol. 2, pp. 399-442.

Katz, J. Sylvan y Martin, Ben R. (1997). "What is research collaboration?", *Research Policy*, N° 26, pp. 1-18.

Keim, Wiebke (2010): "La internacionalización de las ciencias sociales: distorsiones, dominaciones y perspectivas", en UNESCO: *Informe mundial sobre las*

ciencias sociales. Divisorias del conocimiento. París, Ediciones UNESCO. pp. 175-176.

Korol, Juan Carlos (1996). "Tulio Halperin Donghi y la historiografía argentina y latinoamericana". *Anuario IEHS: Instituto de Estudios histórico sociales*, N° 11, pp. 49-56.

Kreimer, Pablo (2006). "¿Dependientes o integrados? La ciencia latinoamericana y la división internacional del trabajo", *Nómadas*, N° 24, pp. 199-212.

———(2011). "La evaluación de la actividad científica: desde la indagación sociológica a la burocratización. Dilemas actuales", *Propuesta Educativa*, Vol. 2, N° 36, pp. 59-77.

———(2015). "Los mitos de la ciencia: desventuras de la investigación, estudios sobre ciencia y políticas científicas", *Nómadas* N° 42, pp. 33-51.

Krotsch, Pedro; Camou, Antonio y Prati, Marcelo (2007). *Evaluando la evaluación: Políticas universitarias, instituciones y actores en Argentina y América Latina*. Buenos Aires, Prometeo.

Leal, Mercedes; Robin, Sergio y Maidana, María Adelaida (2012): "La tensión entre docencia e investigación en los académicos argentinos", en: Fernández Lamarra, Norberto y Marquina, Mónica (comp.): *El futuro de la profesión académica. Desafíos para los países emergentes*. Buenos Aires, UNTREF. pp. 356-370.

Leoni, María Silvia (2013). "Treinta años de historiografía política regional", *PolHis: Boletín Bibliográfico Electrónico*, Vol. 6, N° 12, pp. 46-53.

Melkers, Julia y Kiopa, Agrita (2010). "The Social Capital of Global Ties in Science: The Added Value of International Collaboration", *Review of Policy Research*, Año. 27, N° 4. pp. 389-414.

Myers, Jorge (2004): "Pasados en pugna: la difícil renovación del campo histórico argentino entre 1930 y 1955", en: Neigbur, Federico y Plotkin, Mariano (comp.): *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires, Paidós. pp. 67-106.

Pagano, Nora y Rodríguez, Martha (1999). "Las polémicas historiográficas en el marco de la profesionalización y consolidación de la disciplina histórica", *Estudios Sociales*, Año 17, N° 1, pp. 35-47.

Patalano, Mercedes (2005). "Las publicaciones del campo científico: las revistas académicas de América Latina", *Anales de documentación*, N° 8, pp. 217-235.

Remedi, Fernando (2011). La producción en el campo de la historia social argentina en la última década, *Historiografías*, N° 1, pp. 53-67.

Romanos de Tiratel, Susana (2000). “Conducta informativa de los investigadores argentinos en Humanidades y Ciencias Sociales”, *Revista española de documentación científica*, Año 23, N° 3, pp. 267-285.

Russell, Jane M. (2001). “La comunicación científica a comienzos del siglo XXI”, *Revista internacional deficiencias sociales*, N° 168, pp. 1-15.

Sabato, Hilda (2014). “Historia latinoamericana, historia de América Latina, Latinoamérica en la historia”, en *Conferencia de clausura en el marco del XVII Congreso Internacional de Historiadores Latinoamericanistas Europeos – AHILA*, Freie Universität Berlin, Colegio Internacional de Graduados “Entre Espacios”.

Serrano Álvarez, Pablo (2009). “La historia local en América Latina. Tendencias, corrientes y perspectivas en el siglo XX”, *HiSTOReLo. Revista de historia regional y local*, Vol. 1, N° 1, pp. 7-32.

Spinelli, María Estela (2006). “La renovación historiográfica en la Argentina y el análisis de la política del siglo XX, 1955-1966”, en: Devoto, Fernando (comp.): *La historiografía argentina en el siglo XX*. Buenos Aires, Editores de América Latina. pp. 221-244.

Van Langenhove, Luk (2010). “El estatus de las ciencias sociales en Europa”, en UNESCO: *Informe mundial sobre las ciencias sociales. Divisorias del conocimiento*. París, Ediciones UNESCO. pp. 83-87.

Vessuri, Hebe (1992). “Las Ciencias Sociales en Argentina: diagnóstico y perspectivas”, en: Oteiza, Enrique (dir.): *La política de investigación científica y tecnológica argentina. Historia y perspectivas*. Buenos Aires, Bibliotecas Universitarias Centro Editor de América Latina. pp. 339-363.

———(2009). “Cambios Recientes en la internacionalización de las ciencias Sociales: La sociedad de redes impacta América Latina”, en Didou, Sylvie y Gérard, Etienne (eds.): *Fuga de cerebros, movilidad académica redes científicas. Perspectiva latinoamericana*. México, IESALC-CINVESTAV-IRD. pp. 189-203.

Vessuri, Hebe y López, María Sonsiré (s/f). “Aspectos institucionales de las ciencias sociales en América Latina”, en UNESCO: *Informe mundial sobre las ciencias sociales. Divisorias del conocimiento*. París, Ediciones UNESCO. pp. 59-63.

Wagner, Caroline S. (2008). *The new invisible college*. Washington D.C., Brookings Press.

Zeitler, Elías (2009). “El campo historiográfico argentino en la democracia. Transición, profesionalización y renovación”, *Estudios Históricos – CDHRP*, N° 3, pp.1-19.

DOSSIER / ARTÍCULO

Míguez, María Cecilia y Deciancio, Melisa (2016). “La internacionalización de la teoría de las Relaciones Internacionales en la Argentina. Los híbridos teóricos y su clasificación”, *Papeles de Trabajo*, 10 (18), pp. 169-192.

RESUMEN

El debate y la reflexión académica sobre las Relaciones Internacionales (RI) se ha constituido en un área de interés fundamental en los últimos años, en vínculo estrecho con el creciente desarrollo que ha tenido el campo en todo el mundo. Este trabajo se propone reflexionar sobre la internacionalización de dicho campo en la Argentina, la circulación de saberes entre centro y periferia, y en especial, hacer una caracterización de los aportes conceptuales locales en relación con dicha circulación. Nos recorre una pregunta nodal acerca de en qué medida las interpretaciones y resignificaciones que la teoría de las RI argentina ha realizado de las corrientes provenientes de los países centrales han configurado un aporte propio para responder a las problemáticas locales, y/o estuvieron basados en una mirada crítica sobre las asimetrías del orden internacional. Partiendo del concepto de híbrido teórico, desarrollado por Arlene Tickner, nos proponemos realizar una caracterización de los aportes teóricos de las RI argentinas. Dado que existe una particular construcción del conocimiento en países como la Argentina vinculada con la propia condición dependiente y el lugar ocupado por el país en el sistema internacional, queremos distinguir y rescatar especialmente los aportes que se relacionan con su especificidad.

Palabras clave: *Relaciones Internacionales, teoría, híbrido, periferia, Argentina.*

ABSTRACT

Academic debate and reflexiveness in International Relations (IR) moved to the center of the stage in the last years, along with its increasing development as a research field around the globe. This paper aims to reflect the internationalization of the IR field in Argentina, the flow of knowledge between center and peripheral states, and, especially, characterize local theoretical contributions related to that flow. The question that guides our work is in what way the interpretations and resignifications that Argentine IR theory has done of mainstream IR theory configured a real local contribution to respond to indigenous problems, or if they based on a critical view related to existing asymmetries in the international order. Considering Arlene Tickner's concept of theoretical hybrid, we aim to classify Argentine theoretical contributions to IR. Given the fact that in peripheral countries like Argentina, knowledge-building acquire its own particularities related to its dependent condition and its place in the international distribution of power, we want to distinguish and recover its contributions to the IR field.

Key words: *International Relation, theory, hybrid, periphery, Argentina.*

Recibido: 13/5/2016

Aceptado: 10/10/2016

La internacionalización de la teoría de las Relaciones Internacionales en la Argentina

Los híbridos teóricos y su clasificación

por **María Cecilia Míguez¹** y **Melisa Deciancio²**

Introducción

El debate y la reflexión académica sobre las relaciones internacionales se han constituido en áreas de interés fundamental en los últimos años, en vínculo estrecho con el creciente desarrollo que ha tenido el campo desde hace algunas décadas en todo el mundo. Este desarrollo ha incentivado una serie de enfoques críticos dentro de las Relaciones Internacionales (RI) (Tickner, 2003a; Schmidt, 1998a; Eagleton-Pierce, 2009) que pugnan por elaborar nuevas líneas de investigación que ubiquen a otras perspectivas en el centro de la escena, construyendo aportes alternativos a aquellos impuestos o difundidos desde los centros de poder mundial. Así, en el último tiempo tomaron relevancia los estudios sobre el lugar que las escuelas nacionales y regionales de RI tienen en la disciplina, y

1 Licenciada en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires (FSOC), Especialista en Historia Económica y de las Políticas Económicas (FCE), Doctora en Ciencias Sociales (FSOC-UBA) Investigadora Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (IDEEHSI-CONICET), Docente de grado de posgrado (UBA). mariaceciliamiguez@hotmail.com

2 Licenciada en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires, Magíster en Relaciones y Negociaciones Internacionales por la FLACSO y la Universidad de San Andrés, Doctora en Ciencias Sociales, FLACSO Argentina. Investigadora del Área de Relaciones Internacionales de la misma institución. mdeciancio@flacso.org.ar

el trabajo de numerosos académicos se orienta a delinear lo que se ha denominado como agenda Global de RI (Acharya, 2014).

Tal como afirma Klein (2010) la trascendencia académica de la comunicación internacional, que comprende la interconexión mundial de científicos sociales, ha aumentado notablemente en las últimas décadas, y ha conducido a lo que se conoce como debate en torno a la internacionalización de las ciencias sociales (p.175). Ese mismo impulso ha derivado en un relativo auge de la demanda por teorías sociales que rescatan elaboraciones locales. Es decir que quienes abogan por una ciencia social globalizada cuestionan el dominio de los países centrales en la generación y circulación del conocimiento. Las ciencias sociales como disciplina general son de origen europeo, y se expandieron a otros continentes por medio de prácticas coloniales y/o imperiales, y la transferencia de saberes ha conducido a problemas de dependencia intelectual, desigual división del trabajo y marginación internacional de la experiencia social y la producción científico-social de los países del Sur (Klein, 2010: 175). Por lo tanto, el objetivo de la internacionalización de las disciplinas de las ciencias sociales encierra, a nuestro juicio, una elaboración contra hegemónica.

En este marco, el artículo se propone reflexionar acerca de la circulación bidireccional de saberes entre centro y periferia en el campo de las RI argentinas, mediante una caracterización de los aportes conceptuales locales en relación con dicha circulación. Para ello partiremos de profundizar sobre el concepto de hibridación desarrollado por Arlene Tickner (2002). La autora aborda cómo la hegemonía intelectual que ejercen las teorías desarrolladas en los centros anglosajones se expresa aun en las formulaciones consideradas como singulares en América Latina. Sostiene que incluso las corrientes que parten de analizar las situaciones y necesidades locales de los países de la región, se inscriben y se aferran a las teorías y conceptos elaborados en los centros mundiales, transformándolas en lo que caracteriza como *híbridos teóricos* (Tickner 2002).

En consonancia con estas afirmaciones, se presenta un nuevo interrogante: ¿en qué sentido esas interpretaciones y resignificaciones híbridas desarrolladas por la teoría de las RI en Argentina han configurado un aporte propio para responder a las problemáticas locales? Y, en segundo lugar ¿estuvieron basadas en una mirada crítica sobre las asimetrías del orden internacional? El objetivo central de este trabajo radica en avanzar en la construcción de una clasificación de los híbridos teóricos a partir de la experiencia argentina en el abordaje teórico particular de sus relaciones internacionales. Analizaremos una serie de casos de análisis conceptuales –la teoría de la autonomía de Juan Carlos Puig, las tesis del realismo periférico de Carlos Escudé y el concepto de autonomía relacional de Roberto Russell y Juan Tokatlián– como método para pro-

fundizar una caracterización del modo en que las teorías importadas han marcado los abordajes locales dentro del campo.

Por definición, las RI han sido consideradas una disciplina pensada por y para los países centrales, especialmente delineada por las experiencias e historias de Europa y Estados Unidos. En efecto esto determinó no solo quiénes dominaron el campo sino también cómo y con qué herramientas. Este profundo y gravitante predominio intelectual llevó a que en los últimos años diversos autores de distintas latitudes del mundo se abocaran a la tarea de desarrollar enfoques propios o situados que ofrecieran una visión más amplia de la disciplina, alertados por su estrechez teórica y metodológica y por la negación de la existencia de otras voces, experiencias, conocimientos y perspectivas provenientes de fuera de los centros.³ Así, han quedado en evidencia las limitaciones de las teorías y métodos desarrollados por académicos de los centros para explicar las realidades de la periferia –y en especial para modificarla–. Por ello resulta fundamental la reflexión acerca de la circulación de saberes entre centro y periferia y la manera en que dicha circulación ha marcado la forma de abordar los estudios internacionales en el país.

Acordamos con Tickner cuando afirma que el predominio de las vertientes dominantes de la ciencia social occidental en los países subdesarrollados tiene el efecto de negarles a estos la condición de sujetos activos en la construcción de su propio conocimiento y en que cualquier proceso de transmisión de conocimiento entre norte y sur está atravesado por la dinámica de la dominación, la explotación y la hegemonía (Tickner, 2002: 1). El traspaso del conocimiento desde las potencias a los países dependientes constituye uno de los elementos fundamentales para la preservación de un orden internacional jerárquico, puesto que a través de universidades y centros de difusión de conocimiento se construye la hegemonía, el aspecto consensual de la dominación. De este modo, la transmisión de paradigmas mediante la enseñanza en las escuelas diplomáticas, academias militares, universidades, etc., contribuye a sostener la legitimidad de dicho orden y la existencia de una inserción internacional subordinada, planteando el desafío a las comunidades intelectuales de la periferia de crear pensamiento innovador y delinear sus propias agendas de investigación (Beigel, 2013).

3 Ver Acharya & Buzan, *Non-Western International Relations Theory. Perspectives on and beyond Asia*, 2010; Pellerin, 2012; Acharya, *Dialogue and Discovery: In search of International Relations Theories Beyond the West*, 2011; Acharya, *Global International Relations (IR) and Regional Worlds. A New Agenda for International Studies*, 2014; Tickner, *Hearing Latin American voices in International Relations Studies*, 2003a; Waever, *The Sociology of a Not So International Discipline: American and European Developments in International Relations*, 1998; Bilgin, 2008; Thomas & Wilkin, 2004; Tickner & Waever, *International Relations Scholarship Around the World*, 2009.

Por lo tanto, este trabajo busca revalorizar la existencia de algunos de los planteos elaborados desde la periferia, retomando su caracterización como *híbridos* teóricos, recuperando la importancia singular que poseen, especialmente, aquellos que desde sus herramientas teóricas cuestionan las condiciones del orden jerárquico económico, social, político e intelectual. Dado que existe una particular construcción del conocimiento en países como la Argentina vinculada con la propia condición dependiente y el lugar ocupado por el país en el sistema internacional, queremos distinguir y rescatar especialmente los aportes que se relacionan con esa especificidad.

Diagnóstico: hacia un debate sobre unas RI más globales

Es sabido que la disciplina de las RI ha logrado su mayor desarrollo en los circuitos académicos anglosajones, tanto a nivel teórico y metodológico como productivo. Como señala Stanley Hoffman (1963), ciertamente los países anglosajones fueron los primeros en dotarse de centros de investigación en la asignatura, cuyos objetivos generales se centraron desde los comienzos en la orientación de la política exterior del Estado. La academia anglosajona se erigió como punto de referencia para el desarrollo de las RI en el resto del mundo. La adopción de teorías y metodologías pensadas desde y para los centros de poder mundial fueron en gran medida adoptados indiscriminadamente en la periferia, sin tener en cuenta las diferencias estructurales entre ambos espacios (Acharya, 2011; 2014; Tickner, 2002; 2003a; Bilgin, 2008; Waever, 1998). Los ingleses y estadounidenses llevaban la delantera de medio siglo en el estudio del campo respecto del resto de los países como disciplina organizada (Holsti, 1985a).⁴ Los centros de investigación de esas potencias centrales fueron pioneros en la construcción del estudio de “los otros” y en el desarrollo de las teorías de alcance mundial. Las relaciones internacionales eran vistas como materia exclusivamente norteamericana (Hoffman, 1963) y con esta definición se cerraba el círculo del pensamiento a los intereses ofensivos globales de ese país, dejando de lado otros tipos de desarrollo teórico o conceptual, como por ejemplo la tradición francesa de historia diplomática.

Si se lo compara con lo sucedido en los países anglosajones, el estudio de las RI en América Latina puede parecer relativamente reciente,

4 Muchos autores identifican el nacimiento de la disciplina a nivel global en la Universidad de Aberystwyth, Gales, donde en 1919 se creó la Cátedra Woodrow Wilson en Relaciones Internacionales, hecho asociado directamente al fin de la Primera Guerra Mundial.

aunque no por ello inexistente. Así como el desarrollo de los estudios internacionales en los países anglosajones se debió a desafíos provenientes del entorno histórico, en Latinoamérica la reformulación y el auge de la disciplina se debió a la emergencia de desafíos reales, provenientes tanto del escenario internacional como de la propia inserción de la región en él (Tomassini, 1983). Las RI estuvieron marcadas por la lucha por la autonomía y la autodeterminación, su ubicación como región en desarrollo, la excesiva dependencia de Europa y los Estados Unidos y la defensa de sus intereses en el ámbito internacional. En Argentina, su surgimiento se dio como parte de un proceso de diferenciación interna que comienza a principios del siglo XX de la mano de los estudios sobre Derecho Internacional Público y Diplomáticos en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires y —años más tarde— la Universidad Nacional del Litoral. La disciplina se nutrió de distintos campos y enfoques de las Ciencias Sociales como el Derecho Internacional, los estudios diplomáticos, la geopolítica, la economía política y la política exterior, hasta llegar a constituir una masa crítica y diferenciada de conocimiento especializado por el cual se define y legitima. En ese proceso existen una multiplicidad de actores y espacios que contribuyeron a la construcción de un conocimiento propio a través de carreras de formación, creación de cátedras especializadas y redes de conocimiento, difusión de saberes y creación de espacios para su difusión como revistas, editoriales y conferencias. Este largo devenir concluyó en un momento de “despegue” de los estudios internacionales en el país hacia mediados de los ochenta y noventa (Míguez y Deciancio, 2016).

Diversos autores han señalado la estrechez de una teoría de las relaciones internacionales surgida desde los centros mundiales occidentales que no sirve para explicar la realidad de aquellos ubicados en la periferia, dado que a conciencia ha dejado de lado voces, experiencias, conocimientos y perspectivas por fuera de los centros (Acharya y Buzan, 2010; Acharya, 2014; Tickner, 2003a; Waever, 1998; Bilgin, 2008; Thomas y Wilkin, 2004; Tickner y Waever, 2009). Por esta razón, los últimos años han sido testigos de una gran reflexividad entre los académicos críticos de las RI en un intento por incorporar una nueva agenda de investigación que trajera otras perspectivas de RI al centro de la escena, diferentes a aquellas impuestas desde los centros. Así, numerosos académicos de la disciplina se reunieron en torno a la necesidad de delinear una agenda global de RI centrada en el lugar que las escuelas regionales y nacionales de RI tuvieron en la disciplina (Míguez y Deciancio, 2016).

La iniciativa de plantear una agenda global para las RI viene a subsanar la estrechez conceptual y metodológica planteada históricamente por el campo, en una búsqueda por desarrollar una agenda de investiga-

ción más pluralista e inclusiva, que trascienda las distinciones binarias y reconozca la diversas bases fundacionales de la disciplina (Acharya, 2011). Esta línea de investigación adquiere especial relevancia para los países periféricos, cuyas realidades y experiencias han sido tradicionalmente ignoradas por el *mainstream* de la disciplina. Tal y como señala Beigel (2013), las comunidades científicas de la periferia han tendido a ser representadas como carentes de “autonomía”, cercada por fuerzas exógenas como las intervenciones estatales, la politización o la influencia de modelos extranjeros. Recuperar las agendas y perspectivas locales para el estudio de las RI permite situar el análisis en base a modelos que respondan a sus problemáticas particulares y permitan una aproximación más acertada a su realidad.

Ahora bien, ¿cómo abordar la especificidad de la teoría de las relaciones internacionales en América Latina? ¿Dónde reside la diferencia, o el carácter específico que queremos rescatar? Tickner y Wæver plantean en su trabajo *International Relations Scholarship* que “la idea extendida de que las lecturas periféricas no occidentales de las RI son esencialmente ‘diferentes’ debe ser revisada” (Tickner y Wæver, 2009: 338). Esto se debe, según desarrolla la misma autora en otro trabajo, a tres razones fundamentales:

- Las lógicas de validación de las disciplinas científicas suelen tender a homogeneizar en nombre de la “profesionalización”. Aquello que aparece muy “diferente” es considerado poco científico o “ideológico”.
- La predominancia de un modelo de Estado presente en las reflexiones teóricas que puede no ser asimilable al caso de las periferias.
- La hegemonía intelectual (aunque en cierto declive) que los Estados Unidos tienen en el área de las RI (Tickner y Blaney, 2012: 15-17).

Entonces, y coincidiendo con los autores, nos planteamos la pregunta acerca de cómo contribuyen las concepciones desarrolladas en la periferia a una disciplina científica tan marcada por su origen como la de la RI. ¿Qué le queda por hacer a la disciplina de las RI por fuera del *mainstream* si está condenada a esa condición periférica? ¿En qué condiciones es posible pensar un campo de estudio más plural, donde se reconozcan los aportes de la periferia a la vez que ésta comience a pensarse desde sus propios parámetros y sobre la base de sus particularidades? ¿Es posible pensar un campo menos asimétrico que traiga al centro de la escena los enfoques silenciados por fuera del *mainstream*?

El concepto de hibridización

Tal y como señalamos anteriormente, Arlene Tickner (2002) ha desarrollado en muchos de sus trabajos los canales de circulación y el trasvasamiento de las teorías elaboradas por el centro y su lectura en la periferia (Tickner, 2002; 2003a; 2003b). A partir de sus diversos análisis llega a la conclusión de que los modelos teóricos latinoamericanos se presentan como un híbrido teórico nutrido por la importación de teorías anglosajonas, donde se convierten en meros receptores de un conocimiento desarrollado en otras latitudes que se internaliza y transforma en el afán de explicar la propia realidad. Es decir, se trata de un pensamiento culturalmente específico aunque informado por sistemas de pensamiento exportado de otros centros de conocimiento dominantes. El pensamiento se construye en la periferia del pensamiento dominante, pero no completamente por fuera de éste (Tickner, 2003b). En este sentido, la comunidad académica de la periferia presenta la paradoja de que, mientras ignora al *mainstream* anglosajón dominante –y con pretensiones de universalidad– en lo que se refiere a metodologías y preguntas, continúa apegándose a las teorías. A pesar de que estas son seleccionadas y empleadas de manera flexible, poseen poco poder explicativo y solo parecen cumplir un objetivo simbólico dentro de los esquemas locales (Waeber, 2012) donde adquieren un nuevo significado (Appadurai, 2012).

A lo largo de sus investigaciones, la autora llega a afirmar que, por un lado, la periferia no es productora de sus propias ideas; y al mismo tiempo que “la importación de conocimiento hegemónico de parte de la periferia necesariamente implica su transformación y adaptación al contexto local” (Tickner y Blaney, 2012: 164), y por lo tanto, que tiene como resultado los híbridos teóricos a los que hace referencia. Asimismo, rescata los principales desarrollos de producción de conocimiento autóctono latinoamericano que han sido “exportados”, como el caso del pensamiento cepalino y el enfoque de la dependencia.

Tickner estudia cómo, por ejemplo, la literatura sobre la autonomía que se produjo en América Latina, especialmente los casos de Helio Jaguaribe y Juan Carlos Puig, estableció un puente conceptual entre la escuela de la dependencia y las dos teorías dominantes de las relaciones internacionales en Estados Unidos, el realismo clásico (Morgenthau, 1948) y la interdependencia (Keohane y Nye, 1973). Por ello, constituye, a su juicio, un ejemplo de hibridización de conocimiento que ilustra la complejidad de los procesos de transporte, asimilación y transformación que implica el intercambio de conocimiento entre centro y periferia.

El pensamiento cepalino, la escuela de la dependencia y las reflexiones posteriores acerca de la autonomía ilustran que la actividad intelectual en la periferia es híbrida en el sentido de que está arraigada en un entorno cultural específico, en este caso, América Latina. Pero también, el conocimiento se ve influenciado por sistemas de pensamiento exportados desde los centros dominantes. En otras palabras, las contribuciones del Sur, por más autóctonas que sean, por lo general se caracterizan por ubicarse en las fronteras del conocimiento dominante pero no totalmente por fuera de ellas" (Tickner, 2012: 170).

Sin embargo, considerar que toda construcción de conocimiento generada en latinoamérica sea híbrida podría llevar a una visión demasiado amplia que no permita analizar el carácter de esa diferencia. Es decir, puede explicar los recorridos de la disciplina científica y demostrar que lo diferente en América Latina no es tan diferente. Pero necesitamos ahondar para poder evaluar en qué medida y en qué casos el pensamiento híbrido contribuye o no a una discusión sobre la relación entre centro y periferia. Es decir, ¿cuándo logra ser diferente el pensamiento latinoamericano?

Una vez asumida la condición de que los lazos de dependencia tienen también su correlato en la producción académica, vale la pena rescatar esa hibridización distinguiendo los casos en los que puede aparecer también una contribución crítica. A su vez, permite pensar en qué sentido esta condición de híbrido teórico es un fenómeno solo de la periferia y la forma en que se construye el conocimiento fuera de los centros; o si, en cambio podría tener que ver con la naturaleza misma de la construcción del conocimiento, más aún en el contexto actual de la globalización de las ciencias sociales. En este sentido, vale preguntarse si no todo conocimiento es híbrido, al nutrirse de diversas fuentes que lo componen y desde el cual se piensa la propia realidad mediante un proceso de reformulación y adaptación interna.

De acuerdo con la mirada de algunos autores como Pheng Cheah, los espacios híbridos constituyen campos en disputa entre la uniformidad y la diferencia, y la hibridación es una prueba de la incompleta realización del universal en las áreas locales (1998). Sin embargo, e inscribiéndonos en un debate sobre el carácter de las RI como disciplina, es importante no solo estudiar cuánto tiene de nuevo, cuánto agrega y aporta, o cuánto del conocimiento de raigambre local puede ser universalizable, sino más bien cuánto de ese saber discute un orden basado en la jerarquía y dominación, y cuánto reproduce las relaciones hegemónicas.

Teniendo en cuenta estas visiones, nos proponemos avanzar en una clasificación de los tipos de hibridación, poniendo énfasis en otro tipo de cuestiones, para en el caso de la teoría de las relaciones internacionales en la Argentina.

Hacia una clasificación

Consideramos importante repensar una clasificación de los casos que podemos entender como de hibridización en términos de Tickner, pensando que, dadas las características la disciplina y los circuitos de la producción y difusión del conocimiento en el asimétrico sistema internacional, prácticamente todas las elaboraciones locales podrían inscribirse dentro de ese gran concepto. Nos interesa entonces repensar dónde está lo nuevo, lo sustantivamente diferencial en América Latina.

Walter D. Mignolo aporta un interesante análisis respecto de lo que considera una teoría del pensamiento desde el borde (2000). Si bien para este autor las elaboraciones locales continúan situándose en la frontera epistemológica, y no fuera de ella, existen espacios subalternos que buscan “desprenderse”. En este sentido, coincidimos con Mignolo y Tlostanova cuando afirman que si bien las diferencias epistémicas imperiales y coloniales crean la condición para el pensamiento desde el borde, no lo determinan, y por lo tanto, se pueden identificar cuatro tipos de reacciones frente a la dependencia:

- Una actitud de rechazo total y fundamentalista a la epistemología y subjetividad occidental.
- Una actitud de asimilación que implica ceder al lenguaje imperial, alienarse ante su conocimiento y su subjetividad.
- La adaptación pero sin asimilación.
- El pensamiento del borde y el crítico pensamiento del borde,

que consiste en la incorporación de las contribuciones de Occidente en los diferentes dominios de la vida y el conocimiento dentro de un proyecto político y epistémico que afirma la diferencia, colonial y/o imperial a la que ha sido sujeta la mayoría de la población mundial durante quinientos años de expansión imperial económica, religiosa y epistémica y sus consecuencias en la formación de subjetividades divididas y agrietadas (Mignolo y Tlostanova, 2009).

Asimismo, tomamos como punto de partida la diferencia conceptual que hace Robert Cox entre teoría crítica y la teoría *problem solving*. La teoría *problem solving* crea ciertas estrategias para mantener el *statu quo*, mientras que la teoría crítica busca tomar acciones estratégicas para modificarlo y construye herramientas conceptuales que lo cuestionan. Afirma Cox que la primera de ellas “asume el mundo como lo encuentra y las relaciones sociales y de poder predominantes y las instituciones dentro de las cuales están organizadas se aceptan como marco dado de acción”, y que por lo tanto, su objetivo es hacer que “estas relaciones e instituciones funcionen con fluidez y afronten eficazmente las causas de

los problemas existentes”. Por el otro lado, la teoría crítica “se distancia del orden imperante del mundo y cuestiona cómo surgió este orden”. Es decir “no toma las instituciones y las relaciones sociales y de poder como dadas, sino que las pone en cuestión preguntándose si están en proceso de cambio y cómo” (Cox, 2013).

Por ello, y teniendo en cuenta la relevancia de algunas de las interpretaciones locales en el marco del intento por pensar unas RI Globales, buscamos elaborar, a partir del estudio de los aportes más significativos, una serie de categorías analíticas para distinguir el carácter de esos trabajos.

Analizado la literatura de RI en la Argentina, podemos identificar tres tipos de actitudes frente a las teorías de relaciones internacionales provenientes de los centros de poder mundial en las distintas circunstancias:

Traducción: se caracteriza por partir de la aceptación del *statu quo* imperante y tiene la función de acomodar la teoría local en el marco de la teoría general. Tiene un carácter justificatorio del orden existente.

Resignificación: partiendo de conceptos existentes en teorías elaboradas en los países centrales de occidente, realiza una serie de ajustes teniendo en cuenta las circunstancias particulares y específicas del país. Parte de interpretar una necesidad local y particular pero sin cuestionar el orden internacional existente.

Contribución local crítica: a diferencia de los otros dos casos de hibridización, parte de la necesidad local para interpretar la teoría y de cuestionar el rol de la Argentina y de los países latinoamericanos en el sistema internacional. Es decir, parte de una mirada crítica para contribuir una inserción del país que busca modificar el orden existente.

Dado que implican la posibilidad de elaboración teórica a partir de la adopción de teorías generales importadas, tanto la segunda como la tercera categoría se evidencian como híbridos teóricos. En este marco, nos planteamos el objetivo de diferenciar entre uno y otro sobre la base de tres ejemplos clásicos de la teoría de las relaciones internacionales en la Argentina: a) la teoría de la autonomía de Juan Carlos Puig; b) el realismo periférico de Carlos Escudé y c) el concepto de autonomía relacional de Roberto Russell y Juan Gabriel Tokatlián.

La primera de estas elaboraciones, la teoría de la autonomía de Juan Carlos Puig, se inscribe como una contribución fundamental a la reflexión profunda respecto de la inserción internacional de los países de América Latina, con un claro cuestionamiento al *statu quo* internacional y una mirada crítica sobre las características de la periferia –tanto de los

condicionantes económicos como de la sujeción política y el rol de las élites dirigentes locales—. Ello deriva en una impugnación de la dependencia —al menos de los Estados Unidos en particular— y en la necesidad de buscar alternativas en la relación con el mundo. En efecto, el análisis de Puig parte de la teoría realista de RI, incorporando elementos de la teoría de la interdependencia desarrollada por Keohane y Nye (1973).

Puig se había formado en la Universidad Nacional del Litoral (UNL) en la Licenciatura del Servicio Consular. Luego obtuvo el título de Doctor en Derecho por la Universidad de París y en 1959 el de Doctor en Diplomacia en la UNL. En mayo de 1973, fue nombrado Ministro de Relaciones Exteriores del Presidente Héctor Cámpora, cargo que ocupó hasta la renuncia de éste tres meses más tarde. Desde la cancillería buscó aplicar las ideas centrales de la Tercera Posición peronista, a la luz de las nuevas circunstancias del sistema internacional. Su breve gestión se caracterizó por el reestablecimiento de relaciones con Cuba, el acercamiento a los países del Este y las intenciones de incorporar a la Argentina al Pacto Andino. Luego de esa corta experiencia, se exilió en Venezuela. Desde allí participó activamente en la vida académica latinoamericana.⁵

Así, influenciado por el enfoque de la dependencia y en consonancia con una visión realista de las relaciones internacionales, Juan Carlos Puig plasmó sus ideas sobre la política internacional de los países periféricos en su *teoría de la autonomía* (Puig, 1975; 1980; 1984). Para Puig la autonomía de un Estado es “la máxima capacidad de decisión propia que se puede lograr, teniendo en cuenta los condicionamientos objetivos del mundo real” (Puig, 1980: 145), y depende de la lectura que “élites funcionales” a un proyecto autónomo hagan del sistema internacional. Sostuvo que el orden internacional se caracteriza por una jerarquía establecida donde existen distintos niveles: “repartidores supremos”, “repartidores inferiores” y “recipientarios” (Puig, 1980: 141). Los primeros imponen criterios en el orden internacional, los que impulsan las decisiones, “imponen potencia o impotencia a escala mundial, continental o subregional”. Los últimos, en cambio, aceptan y se ven afectados por esas decisiones. El nudo de la teoría justamente refiere a la necesidad de autonomía como la contrapartida de la descripción de la situación de opresión y vulnerabilidad de los países dependientes⁶. Siguiendo los

5 Una de las principales obras sobre Política Exterior Argentina —entre muchas otras en las que participó— fue compilada por Puig en el marco de la IV reunión del RIAL celebrada en octubre de 1982 en Caracas, resultando en los dos tomos de *América Latina: Políticas Exteriores Comparadas* (1984), publicada por el Grupo Editor Latinoamericano.

6 Las particularidades de esta formación económico-social han sido analizadas en detalle por distintas vertientes de las llamadas *Teorías de la Dependencia*, durante la década de los sesenta y setenta, que partieron de la discusión tanto con las teorías del desarrollo (Rostow) —en sus

pasos del intelectual brasileño Helio Jaguaribe, elaboró –en forma sistemática– un modelo para comprender la política exterior argentina en esa clave.

El primer escrito en el que desarrolló ampliamente esta cuestión se publicó en 1980, trabajo en el que elabora un esquema para interpretar el sistema internacional a partir de una concepción político-sociológica. Este enfoque, claramente marcado por el realismo teórico, concebía a la anarquía como el criterio ordenador de la estructura internacional y sostuvo que, en este ambiente, los Estados deben basar su comportamiento en la autoayuda. Las ideologías fueron entendidas fundamentalmente como un ropaje que vela la lucha por el poder; el aumento de recursos nacionales de poder como la única vía para el ejercicio de una política exterior más autónoma. A su vez, este autor incorporó a sus trabajos un conjunto variado de reflexiones sobre el sistema interestatal y la estructura internacional desde una perspectiva periférica y consideró a la integración y la cooperación regional como la vía más adecuada para “descongelar el poder mundial” (Russell, 1992). Es a partir de los trabajos de Puig que surgieron visiones más sofisticadas sobre la relación entre Argentina y las grandes potencias que las ofrecidas anteriormente por los autores ligados a la escuela de la dependencia, o a las corrientes provenientes de la Historia Diplomática (Corigliano, 2006).

Puig también retomó las formulaciones de Jaguaribe, al sostener que aún en las condiciones de relación asimétrica que imperan en el escenario mundial, existen posibilidades autonómicas para los países dependientes, y su análisis está orientado por la pregunta sobre la búsqueda de márgenes de autonomía respecto del estado hegemónico. En este sentido es significativo el rol de las élites o clases dirigentes de los países en dicha condición de subordinación. Puig considera que los “responsables (de la dependencia) son los dominantes-dominados (Theotonio dos Santos, 1978) que actúan como bisagra (Jorge F. Sábato, 1991) pues transfieren los requerimientos del dominante externo actuando por su cuenta y orden, pero afianzando al mismo tiempo y por eso mismo su dominación interna subordinada” (Puig, 1980: 149). Por lo

vertientes de la “dualidad estructural” y el “estructuralismo cepalino” de Raúl Prebisch- como con las versiones ortodoxas del marxismo. Podríamos clasificar a estas teorías en tres grandes grupos: a) autores y trabajos que niegan la posibilidad del desarrollo capitalista en la periferia, porque este sistema solo conduce al subdesarrollo; b) autores que estudian los condicionantes para el desarrollo en la periferia a partir de la hipótesis del “estancamiento estructural”; c) autores y trabajos que analizan la existencia de un modo capitalista de producción en la periferia, subrayando la forma dependiente que adopta en relación con el capitalismo de los centros. Algunos autores ponen énfasis en la construcción de una “teoría del subdesarrollo”, como André Gunder Frank, Theotonio dos Santos y Ruy Mario Marini, otros en el análisis de los obstáculos del desarrollo nacional, como Celso Furtado y Osvaldo Sunkel. Una excelente síntesis sobre las teorías de la dependencia puede verse en (Sotelo Valencia, 2005).

tanto y de acuerdo con estos postulados, la autonomía no solo requiere de viabilidad nacional y de recursos domésticos, sino también de un compromiso explícito por parte de las élites de que la autonomía tiene un valor intrínseco.

Otro de los importantes aportes de esta corriente fue la elaboración de una serie de tipos ideales para explicar los distintos períodos y a partir de la historia argentina desde su etapa como colonia española. La dependencia y la autonomía en estado puro (es decir no verificables en la realidad) constituyen los extremos de la historia y el camino a recorrer por los países periféricos en la consecución de su autonomía. Desde esta perspectiva analítica construyó cuatro modelos para representar gradaciones progresivas de la autonomía, de acuerdo con el comportamiento de las élites dirigentes: la dependencia para-colonial, la dependencia nacional (el caso de la política exterior argentina en el período que va entre la emancipación y la Primera Guerra Mundial), autonomía heterodoxa (el caso de la “tercera posición” peronista, entre otros) y la autonomía secesionista (Puig, 1980: 20).

Puig y Jaguaribe establecieron un puente conceptual entre el análisis de la dependencia y la corriente principal de la teoría de las RI, sobre todo el realismo clásico y, más tarde, la interdependencia, mientras que lograron trascender las conclusiones pesimistas derivadas de estas teorías en cuanto a la posibilidad de una acción internacional autónoma por parte de los países periféricos (Tickner, 2008: 741). Este marco teórico concibió al desarrollo como un concepto multidimensional, abordando un proceso social global que incluía economía, política y elementos socioculturales.

El segundo de los casos que hemos elegido es el de las conocidas tesis del *realismo periférico* elaboradas por Carlos Escudé. Esta corriente fue una orientación de política exterior que acompañó un proyecto de inserción internacional concreto en la década de los noventa y asimismo estuvo directamente asociada a una particular interpretación de la política exterior argentina durante el siglo XX. A partir de las críticas esbozadas a la política exterior de Raúl Alfonsín, presidente entre 1983 y 1989, —especialmente la política de desarme y no proliferación nuclear y al diferendo angloargentino por la soberanía de las Islas Malvinas—, Carlos Escudé fue dedicando sus reflexiones y orientándolas a las nuevas lecturas provenientes de otros países, que tenían por objeto ir sepultando todo intento de política exterior que confrontara con las potencias hegemónicas, criticando las orientaciones “principistas”. Sus estudios sobre las relaciones entre la Argentina y las potencias durante el peronismo fueron el punto de partida para los aspectos prescriptivos de su elaboración teórica.

El concepto de realismo periférico fue acuñado por Roberto Russell en 1987 durante un seminario, pero Escudé lo retomaría y resignificaría en una elaboración completa de un aporte teórico propositivo para las Relaciones Internacionales, que cobró forma definitiva en un libro denominado justamente, *Realismo Periférico*, publicado en 1992. Este autor efectivamente reformuló la teoría realista de las RI para aplicarla en el caso de los países periféricos, desde una particular concepción, que partía del cuestionamiento a los intentos de políticas autonómicas asociadas a proyectos de ampliada participación del Estado en la economía, que habían conducido al país hacia el “aislacionismo”.

La tesis de Escudé parte de considerar que la Argentina es un país periférico, dependiente, vulnerable y poco relevante para los intereses de las grandes potencias. Por lo tanto, afirma que su política exterior debe comenzar por aceptar esas condiciones. Como lo interpretamos en el caso anterior, no puede separarse la teoría de sus fines políticos concretos y prescriptivos. Sin duda, las formulaciones teóricas de mediados de los ochenta estaban discutiendo, como decíamos, la política exterior del gobierno radical. Escudé sostuvo entonces que la única política posible es aquella basada en una aceptación de los límites y diferencias entre las potencias y un país dependiente, vulnerable y poco relevante para los intereses vitales de los países centrales (Escudé, 1992b: 63) y como él también ha afirmado, su objetivo estuvo asociado a la necesidad de dotar de una “doctrina” a la política exterior de presidente Carlos Menem (1989-1999).

Este autor configuró una reformulación del concepto de autonomía, que hasta ese momento era prácticamente una referencia obligada para la teoría de las relaciones internacionales en los países periféricos. Al contrario de lo que entendían Jaguaribe y Puig —es decir, la autonomía como libertad de decisión o acción—, Escudé asoció autonomía con “capacidad de negociación”, describiéndola fundamentalmente en términos de los costos relativos de ejercer la capacidad de confrontación que casi todo Estado mediano posee. Diferenció consumo e inversión de autonomía. En este sentido, para el autor la autonomía se construye a través de una abstención de su consumo, que equivale a “la eliminación de las confrontaciones que no están vinculadas directamente a nuestro interés material” (Escudé, 1992: 63). Es decir que ser autónomo prácticamente implicaba adaptación al orden internacional en consonancia con los objetivos generales promovidos por las grandes potencias. Podría reconocerse la presencia del modelo explicativo de James Rosenau (1992) y en general, una visión directamente influenciada por el pensamiento neoconservador de las potencias hegemónicas. Hay una influencia del pensamiento de Kenneth Waltz (Waltz, 1988)— a pesar de sus amplias

discrepancias- y de la teoría de la interdependencia compleja desarrollada por Robert Keohane y Joseph Nye (Keohane y Nye, 1973). Waltz sostuvo que la estructura del sistema internacional tiene que ver exclusivamente con lo que sucede entre las unidades de mayor capacidad, es decir, las potencias. Afirmó entonces que era tan absurdo “construir una teoría política internacional basada en Malasia y Costa Rica como construir una teoría económica de la competencia oligopólica basada en las empresas menores de la economía.” (Waltz, 1988: 109).

Por otra parte, el autor lo asocia directamente a las recomendaciones de política exterior para los “estados comerciales”, definidas por Richard Rosecrance: abstenerse de políticas exteriores “idealistas” pero costosas y de “confrontaciones políticas improductivas con grandes potencias, aun cuando esas confrontaciones no generen costos inmediatos y finalmente, estudiar la posibilidad de alinearse con y/o plegarse a (*bandwagon with*) las políticas globales de una potencia dominante o hegemónica” (Escudé, 1995). En síntesis, si bien al igual que Puig dialoga con las corrientes realistas, está profundamente influenciado por el utilitarismo, ya que el logro del bienestar material constituye el objetivo central de la acción, que se considera producto de un cálculo racional egoísta sobre la base de la relación entre costos y beneficios.⁷ Otros autores desarrollaron conceptos similares, como el caso de Gerhard Drekonja (1983), para el caso de la política exterior de Colombia.

Por último, utilizaremos como ejemplo la elaboración de Juan Gabriel Tokatlian y Roberto Russell sobre la *autonomía relacional*, ya en el contexto del siglo XXI. Estos autores, efectivamente, han considerado necesario resignificar el sentido de la autonomía –antes considerada como una condición, una habilidad para tomar decisiones en forma independiente– para comprenderla no ya en un marco de exclusividad nacional sino en relación con otros estados de la región. Por esa razón se refieren a una “autonomía relacional”, que constituiría la capacidad y disposición de los estados para tomar decisiones con otros con voluntad propia y controlar conjuntamente procesos que tienen lugar dentro y más allá de sus fronteras.

A la luz de los cambios de fines de siglo XX, vincularon la autonomía con los procesos de regionalización, democratización, globalización y relativo alejamiento de los Estados Unidos del escenario latinoamericano, dando especial preponderancia al rol de las instituciones para evitar caer en el “aislamiento” (Russell y Tokatlián, 2001: 88). Así, sostuvieron que “no es el alto o bajo nivel de oposición o confrontación lo que carac-

7 Para estas corrientes ver Bentham, Jeremy (1970), Colomer, Joseph (1987) y Ebenstein, Alan O. (1991), entre otros.

teriza a la autonomía, sino la capacidad propia de establecer y ejecutar políticas que mejor sirvan al interés nacional” (2001:89).

Los autores afirman que sus desarrollos teóricos son tributarios de las contribuciones al tema de la teoría política clásica, la sociología política, la psicología filosófica y social, la teoría del pensamiento complejo y los estudios de género (2003: 160).⁸ La noción de autonomía relacional proviene de estos últimos estudios, que han orientado sus contribuciones hacia el análisis de la diferenciación entre la formación de la identidad femenina y la masculina. La primera se construiría en función de la relación con el resto y no desde la confrontación. Entre ellos se destacan los trabajos de Christine Sylvester (1992) y Catriona Mckenzie y Natalie Storljar (2000). Russell y Tokatlian (2010) ponen énfasis en el carácter “negativo” o “por oposición” de las definiciones tradicionales de autonomía, que habrían quedado prácticamente obsoletas ante las transformaciones del sistema internacional, para distanciarse y formular su propuesta. Así, la autonomía ya no se define, en sus términos, por el poder de un país para aislarse y controlar procesos y acontecimientos externos, sino por su poder para participar e influir eficazmente en los asuntos mundiales, sobre todo en organizaciones y regímenes internacionales de todo tipo (2010: 136-137). Para ellos, “la autonomía relacional requiere creciente interacción, negociación y una participación activa en la elaboración de normas y reglas internacionales tendientes a facilitar la gobernabilidad global” (2003: 179). En diálogo con la corriente constructivista de Alexander Went, dan especial relevancia a la necesidad de construir “identidades colectivas” (Went, 1999: 305).

Retomando el objetivo central de este trabajo, en los tres ejemplos podemos detectar la presencia de teorías provenientes de los centros mundiales, el realismo y la teoría de la interdependencia en el primer caso, el realismo y las corrientes conservadoras utilitarias en el segundo, y por último, el constructivismo y los enfoques sobre género en el tercero. A su vez, cada uno de estos desarrollos ha partido de interpretar las problemáticas locales y proponer cursos de acción posibles para la Argentina y su inserción en el sistema internacional. La idea de autonomía se encuentra en el centro de los tres enfoques, aunque interpretados de manera particular. Podemos afirmar que realizan un aporte local a esas

8 Destacamos, tal como lo hacen los propios autores, que la noción de autonomía relacional es tributaria de los estudios de género en la teoría de las relaciones internacionales, como el caso de Sylvester, Christine (1992) “Feminist and Realist View. Autonomy and Obligation in International Relations”, en Peterson, Spike, *Gendered States: Femist (Re)Visions of Interational Relation Theory*, Boulder, Lynne Rienner Publishers; y Mckenzie, Catriona y Storljar, Natalie (2000) *Relational Autonomy. Feminist Perspectives on Autonomy, Agency, and the Social Self*, Oxford University Press, Nueva York, entre otras.

corrientes y por lo tanto pueden constituirse en híbridos teóricos. Ahora bien, cuál es el carácter de ese aporte es otra cuestión.

En el caso de Escudé, el énfasis está puesto en no confrontar con el orden mundial existente, ni con la potencia predominante, porque ello constituiría una actitud poco conveniente para las necesidades de un país periférico. Con lo cual, se trata de resignificar el realismo para los estados débiles partiendo de aceptar que a estos solo les queda como opción adaptarse sin cuestionar los intereses vitales de las grandes potencias. Como hemos dicho, el utilitarismo pasa al centro de la escena. El diálogo intelectual eje de esta formulación teórica es con el Norte. En este esquema, los países periféricos prácticamente aparecen como objetos pasivos sin reacción ni resistencia, negando incluso la necesidad de las potencias de atraerlos a su esfera de influencia (Dallanegra Pedraza, 2004: 6). Por ello, lo incluimos en la segunda de las categorías: la de *resignificación*, siendo su objetivo ajustarse a las teorías elaboradas en los países centrales, y en los hechos, a sus estrategias políticas.

Se diferencia de este caso la teoría de la autonomía de Puig, que parte de identificar un orden asimétrico en el que es necesario incidir para modificar. Sobre las lecturas de las corrientes de los países centrales, dialoga con otras del Sur, abrevando de ellas como en el caso de Jaguaribe. Con sus problemas y falencias, esta teoría ha constituido una *contribución local crítica* —la tercera de nuestras categorías— a los estudios internacionales en la región porque cuestiona el *statu quo* existente. En términos del propio Puig:

[Uno de los principales supuestos teóricos es] la posibilidad de que, aún dentro de una perspectiva de relaciones internacionales fuertemente asimétricas, se puedan llevar a cabo políticas y estrategias más o menos autonomizantes, las cuales, en el caso argentino, queda enmarcadas en dos escenarios-tipo bien diferenciados: el de la dependencia nacional y el de la autonomía heterodoxa. Mientras que en el primer caso, las élites nacionales aceptan las consecuencias de las relaciones asimétricas, pero tratan de sacar el mayor provecho posible de tales relaciones aun a riesgo de conflictos importante debido a la 'miopía' de la Potencia dominante, en el segundo reivindican aspectos cada vez más significativos para su decisión propia (1975: 20).

El caso de Russell y Tokatlian retoma la noción de autonomía, la recupera desde un nuevo sentido que parte de analizar el contexto del siglo XXI, pero la reinterpretación que realiza parece desconocer la vigencia de las relaciones de poder y dominación en el sistema internacional que hacen que exista una clara distinción vigente entre países centrales, dominantes, y países débiles y dependientes. Si bien los autores afirman considerar ese tipo de relaciones y evalúan que la autonomía relacional es la estrategia más eficaz en el nuevo contexto “para disminuir las

asimetría de poder y contrarrestar esas prácticas mediante una participación competente, activa, comprometida y responsable en los asuntos mundiales” (2003: 180), desconocen el necesario grado de confrontación que implica la construcción de una participación contrahegemónica en el sistema internacional.

Creemos que la autonomía de los países periféricos continúa siendo un objetivo que se afirma a partir de la lucha contra la injerencia de los grandes poderes centrales –condicionada por la dinámica de la política económica interna– y por lo tanto, es por oposición a dichos poderes, y en relación y en forma conjunta con el resto de los países que no cuentan entre las potencias hegemónicas (Míguez y Deciancio, 2014) que puede emerger. Por lo tanto, los aportes de Russell y Tokatlián, constituyen una lectura que también *resignifica* las teorías centrales con las que dialoga en función de las necesidades locales. Pero no discuten el carácter asimétrico del orden internacional existente, y por lo tanto, no podrían considerarse una contribución crítica. Consideran que es posible construir autonomía aumentando la participación en una gobernanza global preexistente, cuyas estructuras se basan y alimentan la asimetría mundial.

Conclusión

La teorización desde del sur ha tendido a estar construida de manera preventiva o reactiva, ya sea como una forma de resistencia o como una manera de encajar en un patrón de “normalidad”. A pesar de ello consideramos que la experiencia latinoamericana tiene mucho que añadir a las RI globales. En este trabajo buscamos reinterpretar los desarrollos teóricos realizados desde la Argentina a la luz del concepto de híbrido teórico desarrollado por Arlene Tickner. Tanto la teoría de la autonomía de Puig; el realismo periférico de Escudé, y la autonomía relacional de Russell y Tokatlián han servido de ejemplo para una clasificación de los híbridos teóricos argentinos que realizan o bien una resignificación o bien un aporte local crítico a las teorías desarrolladas por el *mainstream* de las RI (anglosajonas).

Creemos interesante destacar que no es solamente cuánto tienen de “nuevo”, o “dónde” se formulan las teorías, si no cuál es la concepción que reflejan esos abordajes teóricos y cuál es su objetivo epistémico, más allá de dónde se sitúen en el mapa. Alfredo Bologna sostuvo iniciados los años noventa, y al analizar la relación entre la producción científico-ideológica del “Norte” con la de los países del “Sur”, que los “conservadores del Sur” no cuestionan el orden actual y parten de la premisa

de que solo podrán mejorar su situación mediante la apertura de sus economías, la defensa del ajuste automático y la creciente inserción en el orden económico imperante (Bologna, 1991: 62).

Para pensar el aporte a unas RI Globales y al proceso de internacionalización de las disciplinas sociales, no se trata de apelar a la periferia desde un punto de vista geográfico, sino recuperar enfoques y perspectivas muchas veces silenciados. Como vimos, ni la producción de conocimiento en el mundo no occidental refleja necesariamente los intereses de los países periféricos, ni tampoco todos los esquemas analíticos que se elaboran en ese centro responden a los fines del sostenimiento de las asimetrías del *statu quo*.

Hemos partido de los trabajos de Tickner, insumo fundamental para pensar esta problemática, pero hemos buscado ir un paso más allá. Rescatamos la noción de híbrido pero con la intención de avanzar en una clasificación que pueda distinguir aquel pensamiento crítico que busca cuestionar, “desprenderse”. Tal como afirma Mignolo, “desprenderse no significa abandonar ni tampoco ignorar. Nadie puede abandonar o ignorar el depósito y la sedimentación de lenguajes imperiales y categorías de pensamiento” (2009). Pero sí es posible que exista un pensamiento desde la periferia como experiencia y como geografía metodológica, que discuta el orden existente. “El pensamiento desde el borde busca cómo lidiar con la sedimentación imperial y, al mismo tiempo, busca cómo quebrar el hechizo y el encantamiento de la Modernidad imperial” (Mignolo, 2009).

Repensar la forma en que se han desarrollado los estudios internacionales en el país permite vislumbrar en qué medida la circulación de saberes ha implicado un diálogo entre escuelas de pensamiento o ha consistido en una transmisión unidireccional del conocimiento. Es decir, si se ha favorecido o no al desarrollo de voces propias que logren insertarse en los debates de la disciplina. Al pensar el estado actual de la internacionalización de la disciplina de las RI, creemos necesario que el campo sea no solamente cada vez más plural, sino fundamentalmente más democrático. Ello implica poder cuestionar el uso de los criterios de validación y de los mecanismos de circulación de saberes como instrumentos de la reproducción de la desigualdad en el campo científico.

Bibliografía

Acharya, Amitav (2011). "Dialogue and Discovery: In search of International Relations Theories Beyond the West", *Millennium: Journal of International Studies*, Vol. 39(3), 619-637.

Acharya, Amitav (2014). "Global International Relations (IR) and Regional Worlds. A New Agenda for International Studies", *International Studies Quarterly*, 58, 647-659.

Acharya, Amitav y Buzan, Barry (2010). *Non-Western International Relations Theory. Perspectives on and beyond Asia*. Abingdon, Routledge.

Appadurai, A. (2012). "Grassroot globalization and the Research Imagination", *Public Culture*, 12(1), 1-19.

Beigel, Fernanda (2013). *The Politics of Academic Autonomy in Latin America*. Burlington, Ashgate.

Bentham, Jeremy (1970). *Introduction to the Principles of Morals and Legislation*. London, Methuen.

Bilgin, Pinar (2008). "Thinking past 'Western' IR?", *Third World Quarterly*, 29(1), 5-23.

Colomer, Josep M. (1987) *El utilitarismo: Una teoría de la acción racional*. Barcelona, Montesinos Editor.

Corigliano, Francisco (2006). "Veinte años no es nada: un balance de los debates teóricos acerca de la política exterior argentina". Presentado para el 20° Aniversario de la Maestría de Relaciones Internacionales.

Cox, Robert (2013). "Fuerzas sociales, estados y órdenes mundiales: Más allá de la Teoría de Relaciones Internacionales", *Revista de Relaciones Internacionales*, 24.

Dallanegra Pedraza, Luis (2004). "Visiones del orden mundial", *Documentos de Trabajo N° 24 IDIGSO*, 6.

Drekonja, Gerhard *et al.* (1993). *Redefiniendo la autonomía en política internacional*, Documentos Ocasionales CEI, núm. 31, julio-septiembre.

Eagleton-Pierce, Matthew (2009). "Examining the Case for Reflexivity in International Relations: Insights from Bourdieu", *Journal of Critical Globalisation Studies*(1), 111-123.

Ebenstein, Alan O (1991) *The Greatest Happiness Principle: An Examination of Utilitarianism*. New York, Garland Publishing Co.

Hoffman, Stanley (1963). *Teoría contemporáneas sobre las relaciones internacionales*. Madrid, Tecnos.

Holsti, Ole (1985a). "International Theory: An International Discipline? In Holsti", *The Dividing Discipline: Hegemony and Diversity in International Theory* (pp. 102-128).

Keohane, Robert, y Nye, Joseph (1973). "Power and interdependence", *Survival: Global Politics and Strategy*, 15(4), 158-165.

Klein, Wiebke (2010). "La internacionalización de las ciencias sociales: las distorsiones, las hegemonías y las perspectivas", en UNESCO: *Informe Mundial sobre las Ciencias Sociales*.

Mckenzie, Catriona, y Storljar, Natali. (2000). *Relational Autonomy. Feminist Perspectives on Autonomy, Agency, and the Social Self*. New York, Oxford University Press.

Mignolo, Walter, y Tlostanova, Madina (2009). "Habitar los dos lados de la frontera/teorizar en el cuerpo de esa experiencia". S/d.

Morgenthau, Hans (1948). *Politics among Nations. The Struggle for Power and Peace*. McGraw-Hill Humanities/Social Sciences/Languages.

Pellerin, Helen (2012). "Which IR Do You Speak? Languages as Perspectives in the Discipline of IR", *Perspectives. Review of International Affairs*, 1, 59-82.

Puig, Juan Carlos (1975). "La política exterior argentina y sus tendencias profundas", *Revista Argentina de Relaciones Internacionales*, 7-21.

———(1980). *Doctrinas internacionales y autonomía Latinoamericana*. Caracas, Universidad Simón Bolívar.

———(1984). *América Latina. Políticas Exteriores Comparadas*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.

Russell, Roberto (1992). "Introducción", en Russell, R.: *Enfoques teóricos y me-*

metodológicos para el estudio de la política exterior (pp. 7-18). Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.

Russell, Roberto y Tokatlián, Juan (2001). “De la autonomía antagonónica a la autonomía relacional: una mirada teórica desde el Cono Sur”, *Revista Post Data*, 7. ———(2003). “De la autonomía antagonónica a la autonomía relacional: una mirada teórica desde el Cono Sur”, *Revista Perfiles Latinoamericanos*, pp. 159-194. ———(2010). *Autonomía y neutralidad en la globalización. Una readaptación contemporánea*. Buenos Aires, Capital Intelectual.

Sábato, Jorge F. (1991). *La clase dominante en la Argentina moderna. Formación y características*. Buenos Aires, CISEA-Imago Mundi. Segunda edición.

Santos, Theotonio dos (1978). *Imperialismo y dependencia*, Ciudad de México, ERA.

Schmidt, Brian (1998). *The Political Discourse of Anarchy*. Albany, State University of New York State Press.

Sotelo Valencia, Adrián (2005). “La teoría de la dependencia en América Latina”, *Revista Tiempos modernos*, abril.

Sylvester, Christine (1992). “Feminist and Realist View. Autonomy and Obligation in International Relations”, en Peterson, S.: *Gendered States: Feminist (Re) Visions of International Relation Theory*. Boulder, Lynne Rienner Publishers.

Thomas, Caroline y Wilkin, Peter (2004). “Still Waiting after all these Years: ‘The Third World’ on the periphery of International Relations”, *BJPIR*, 6, 241-258.

Tickner, Arlene (2002). *Los estudios internacionales en América Latina ¿Subordinación intelectual o pensamiento emancipatorio?* Bogotá, Universidad de los Andes, CESO, Departamento de Ciencia Política: Alfaomega Colombiana.

———(2003a). “Hearing Latin American voices in International Relations Studies”, *International Studies Perspectives*, 4, 325-350.

———(2003b). “Seeing IR Differently: Notes from the Third World”, *Millennium: Journal of International Studies*, 32(2), 295-324.

Tickner, Arlene y Blaney, D. L. (2012). *Thinking International Relations Differently*. London y New York, Routledge.

Tickner, Arlene y Waeber, Ole (2009). *International Relations Scholarship Around*

the World. Abingdon, Routledge.

Tomassini, Luciano (1983). "El desarrollo de los estudios internacionales en América Latina", en Drekonja, K. G. y Tokatlián, Juan Gabriel: *Teoría y práctica de la política exterior latinoamericana* (pp. 95-116). Bogotá, CEREC-CEI.

Waever, Ole (1998). "The Sociology of a Not So International Discipline: American and European Developments in International Relations", *International Organization*, 52(4), 687-727.

———(2012). "The shifting center of our discipline". Paper presentado en la reunión anual de la International Studies Association, San Diego, 1-4 de abril.

Waltz, Kenneth (1988). *Teoría de la política internacional*. Buenos Aires, GEL.

Wendt, Alexander (1999). *Social Theory of International Politics*. Cambridge, Cambridge University Press.



ARTÍCULOS

ARTÍCULO

Bidaseca, Karina; Carvajal, Fernanda; Mines Cuenya, Ana y Núñez Lodwick, Lucía (2016). “La articulación entre raza, género y clase a partir de Aníbal Quijano. Diálogos interdisciplinarios y lecturas desde el feminismo”, *Papeles de Trabajo*, 10 (18), pp. 195-218.

RESUMEN

En el presente texto, nos proponemos analizar desde una perspectiva feminista, las posibilidades y tensiones teórico-políticas que se abren a partir de la noción de raza elaborada por el sociólogo peruano Aníbal Quijano. Más específicamente, indagaremos en el modo en el que conceptualiza la raza y su articulación con el sexo en el marco de la teoría de la colonialidad del poder y de su propuesta sobre la clasificación social, así como sus apropiaciones por parte de autoras feministas de la región. Nuestro objetivo es explorar el aporte específico de la perspectiva latinoamericana a los debates globales sobre la articulación entre la raza y el sexo-género y los efectos de posibles diálogos con enfoques anglosajones. A partir de una revisión bibliográfica, el presente texto busca ser un aporte en este sentido.

Palabras clave: *colonialidad, feminismo, raza, sexo, género.*

ABSTRACT

In this text, we propose to analyze from a feminist perspective, possibilities and theoretical-political tensions that unfold from the notion of race developed by the Peruvian sociologist Aníbal Quijano. More specifically, we will investigate the way how he conceptualizes race and its articulation with sex in the framework of the theory of the colonialism of power and of its proposal on social classification as well as its appropriation by feminists in the region. Our objective is to explore the specific contribution of the Latin American perspective to the global debate on the intersection between race, sex and gender and the effects of possible dialogues with Anglo-Saxon approaches. Starting from a literature review, this paper seeks to be a contribution in this regard.

Key words: *Colonialism, feminism, race, sex, gender.*

Recibido: 10/6/2015

Aceptado: 21/12/2015

La articulación entre raza, género y clase a partir de Aníbal Quijano

Diálogos interdisciplinarios y lecturas desde el feminismo

por **Karina Bidaseca,¹ Fernanda Carvajal,² Ana Mines Cuenya³ y Lucía Núñez Lodwick⁴**

Introducción⁵

El presente artículo está estructurado en dos partes. La primera comienza con una contextualización del pensamiento del sociólogo peruano Aníbal Quijano en el marco de los debates entre las perspectivas decoloniales y

1 Dra. en Ciencias Sociales (UBA). Investigadora independiente CONICET. Docente UBA y UNSAM. karinabidaseca@yahoo.com.ar

2 Lic. en Sociología (UCCH). Magister en Comunicación y Cultura (UBA). Doctoranda en Ciencias Sociales (UBA). Becaria doctoral CONICET. fercarvajal21@hotmail.com

3 Lic. en Sociología (UBA). Doctoranda en Ciencias Sociales (UBA). Becaria doctoral CONICET. anamines@yahoo.com.ar

4 Lic. en sociología (IDAES/UNSAM). Maestranda en "Sociología de la cultura y el análisis cultural" (IDAES/UNSAM). Becaria doctoral CONICET. lucialodwick@yahoo.com.ar

5 Este trabajo surge de las fructíferas discusiones, lecturas e intercambios que tuvieron lugar en el Círculo de estudios "Feminismo, colonialidad y políticas de identidad bajo el contexto neoliberal en Argentina y en América Latina" que se realizó en la Universidad Nacional de San Martín durante el año 2014. Se nutre de los diálogos acontecidos en el marco de la investigación PIP CONICET N° 450 "Violencias en mujeres subalternas. Representaciones de la desigualdad de género en las políticas culturales", (Dir. K. Bidaseca) en IDAES/UNSAM.

poscoloniales (Mignolo 2010, Lugones 2008, 2010; Restrepo y Rojas 2010; De Oto, Bidaseca, Sierra, Obarrio 2014; Bidaseca 2010, 2015; Segato 2015; entre otras y otros). Luego, presentaremos lo que a nuestro entender constituyen aspectos ineludibles en relación a la raza, el sexo y la clase, en la propuesta de Quijano. A continuación retomaremos los aportes de biólogas feministas (Fausto-Sterling, 2006; Haraway, 1999; 1995) y de investigaciones y reflexiones de cientistas sociales (M'charek *et al.*, 2014; Rose, 2012) que, creemos, aportan herramientas para repensar los alcances y efectos de la noción de “naturalización”, y, más particularmente los sentidos de naturaleza que Quijano atribuye con distintos énfasis, al sexo biológico y a la raza.

En la segunda parte, retomaremos las elaboraciones que realizan la filósofa argentina María Lugones (2008), la teórica hondureña Breny Mendoza (2010) y la antropóloga argentina Rita Segato (2015b, 2015b) en relación con lo que, en un fructífero diálogo con los planteos de Quijano, llaman “colonialidad del género”. Por último, vamos a retomar las reflexiones elaboradas por la socióloga argentina Leticia Sabsay (2012, 2013, 2014), quien, desde un enfoque cercano a la teoría *queer*, también analiza el cruce entre raza, género y sexualidad.

Primera parte: Una lectura de Quijano y posibles diálogos

1. Debates situados

Como mentor del concepto “colonialidad del poder”, la producción de Quijano puede ser ubicada dentro de la vertiente decolonial, una vertiente intelectual que puede ser situada en diálogo y contrapunto con la perspectiva poscolonial. Consideramos importante distinguir los matices entre estas dos perspectivas que suelen aparecer nombradas como cercanas e incluso en ocasiones se las homologa, pues como advierte Quijano, uno de los rasgos de la mirada colonizadora consiste en homogeneizar las diferencias.

El pensamiento poscolonial⁶ surge en los años ochenta al interior de la academia anglosajona entre intelectuales de las excolonias europeas, de origen asiático y luego africano (Bidaseca, 2010). Lo poscolonial “evoca la tensión entre la superación del colonialismo y la persistencia

6 “Como explicaba el gran intelectual jamaiquino Stuart Hall en su texto “¿Cuándo fue lo postcolonial?” (1996), el concepto mismo de “poscolonial”, se ha convertido en portador de catexis inconscientes tan poderosas, un símbolo de deseo para algunos, así como un significante de peligro para otros”. (citado en Bidaseca *et al.*, 2014: 19).

de la colonialidad que regula tanto las identidades de sexo/género como las raciales y políticas” (Bidaseca *et al.*, 2014: 19). Dicha perspectiva retoma el pensamiento posestructuralista francés y el discurso anticolonial (de autores como Franz Fanon, por ejemplo), para inscribirse como una teoría que critica y descentra el relato de la Modernidad Occidental. El libro *Orientalismo* del intelectual palestino Edward Said, considerado el acta fundacional de los estudios poscoloniales es, sin duda, una interpe- lación al cambio epocal. En sus palabras:

My thesis consists in that the orientalism is –and not only represents– a considerable cultural, political and intellectual modernity, and, as such, has less to do with the Orient than with “our world” (2004, 35). Tal como ha planteado el teórico de origen indio, Hommi Bhabha (2011 [1994]), en este paradigma el “otro” colonial marcado racialmente, es producido como un objeto parcial que solo podría enunciarse re-articulando la identidad fijada por los estereotipos coloniales en los dominios de lo mimético, de modo que se trata de “un discurso proferido (...) a la vez contra las reglas y dentro de ellas (116).

Desde este marco, el feminismo poscolonial cuestiona la producción de saber sobre las mujeres producida por la academia occidental, que codifica a las mujeres como víctimas de instituciones como la familia, la religión y la educación, sin tomar en cuenta las especificidades y contextos en los que cada mujer vive. El discurso feminista de Occidente, al asumir a las mujeres como grupo coherente y previamente constituido que se coloca dentro de las estructuras familiares, legales y de otros tipos, define a las mujeres del tercer mundo como sujetos *afuera* de las relaciones sociales en vez de fijarse, como hace el feminismo poscolonial, en cómo las mujeres se constituyen *a través* de estas mismas estructuras.⁷

Con sus críticas a los esencialismos feministas, las académicas poscoloniales nos muestran que estas perspectivas universalistas del patriarcado y de las mujeres no solo hacen “representaciones erróneas” de las mujeres que no compar- ten las características de las “normas de género” que se presumen, sino que se trata de discursos con efectos de poder que colonizan las vidas de las mujeres (Hernández Castillo, 2009: 88).

Por otra parte, en América Latina, a finales de la década de los ochenta y desde una perspectiva que hereda y a la vez reformula postulados marxistas y de las teorías de la dependencia, Aníbal Quijano propuso la

⁷ En *Bajo los ojos de Occidente: academia feminista y discursos coloniales*, Chandra Talpade Mohanty (1984) propone la idea de que cualquier construcción intelectual y política de los “feminismos del Tercer Mundo” debe contemplar el tratamiento de dos proyectos simultáneos: por un lado, la crítica interna de los feminismos hegemónicos de Occidente y, por otro, la formulación de estrategias feministas basadas en la autonomía de las mujeres teniendo en cuenta sus geografías, sus historias y sus propias culturas.

noción de “colonialidad del poder”. Los planteos de Quijano implicaron un giro epistemológico, a partir del cual surgen desde fines de los años noventa, una serie de trabajos de autores/as como Walter Dignolo, Enrique Dussell, Arturo Escobar, Catherine Walsh, Breny Mendoza o María Lugones entre otros/as.⁸ Estos autores/as van a proponer una perspectiva decolonial⁹ que presupone un proyecto de “desprendimiento epistémico” (Dignolo, 2010) de la Modernidad Occidental.

Leticia Sabsay (2013) plantea que, mientras que la perspectiva decolonial mantiene una tensión no resuelta entre la co-constitución y la diferencia ontológica entre la modernidad y su otro, el enfoque poscolonial, plantea que no es posible pensar un “afuera” de la modernidad. El problema sería, para Sabsay, que en la perspectiva decolonial “sobrevuela la asunción, (...) de un corte radical entre estos dos universos, así como cierta idea de pureza de esta otredad [pre-colonial]” (2013: 114).

Esta distinción puede ser complejizada por el planteo de Rita Segato (2015a), cuando señala que el principal desplazamiento efectuado por Quijano fue ubicar a América en el centro del relato de la Modernidad. Así es la constitución de América la que permite que Europa se entienda a sí misma como tal y no a la inversa. Es a partir de América que se consolida el capitalismo y que surgen una serie de categorías que antes no existían para pensar modernamente el mundo, entre ellas la noción de raza. De este modo, si para la perspectiva poscolonial, las colonias son “el punto de apoyo excéntrico para la construcción de un centro” (Segato, 2015a: 45), lo que hace Quijano es situar el eje en América para proponer otra forma de leer la historia del sistema-mundo (Wallerstein, 2005) colonial/moderno.

Si bien tanto el enfoque poscolonial como el decolonial son críticos a la idea multiculturalista que cristaliza y fija identidades racializadas, estas distintas formas de posicionarse frente a la Modernidad Occidental hacen que, en ambos enfoques, la categoría de raza adquiera un potencial analítico diferencial. Para los estudios poscoloniales la noción de raza tiende a aparecer superpuesta a otras categorías que adquieren mayor poder explicativo, como por ejemplo, la de “otredad racial/colonial” (Bhabha, 2011[1994]) o “subalternidad” (Spivak, 1998 [1988]) o bien,

8 El grupo Modernidad/Colonialidad, del que forman parte algunos de estos autores, surge el año 1998.

9 Aunque a veces circula indistintamente el término descolonial y decolonial, en este texto utilizaremos el término decolonial. Como señalan Dignolo, “el empleo de de-colonial en vez de des-colonial (con o sin guion) lo propuso Catherine Walsh como manera de distinguir entre la propuesta decolonial del proyecto modernidad/colonialidad del concepto de “descolonización” en el uso que se le dio durante la Guerra Fría y por otro de la variedad de usos del concepto de ‘post-colonialidad’ (2010: 200) e implica un modo de producir conocimiento que busca desprenderse de las bases eurocentradas del conocimiento.

en otros casos, se ha retomado críticamente la noción foucaultiana de raza (Mbembe, 2011 [1999]).

En cambio para el paradigma decolonial, que vuelve a introducir una idea de totalidad histórico-social, la raza (claramente diferenciada de la noción de etnicidad), adquiere un lugar decisivo. Al ser concebida como uno de los elementos activos en la configuración del patrón capitalista del poder y como un modo de clasificar la población que emerge con la constitución de América, la raza cobra un carácter histórico y una dimensión estructural en la configuración de las relaciones de dominación a escala global. Como veremos en la segunda parte de este artículo, a partir de los planteos de Quijano, las feministas decoloniales realizan un importante trabajo de desnaturalización crítica tanto de la categoría de raza como de la categoría de género.

2. Colonialidad del poder y clasificación social. Raza, sexo, clase en Quijano

Eurocentrismo y colonialidad del poder

Aníbal Quijano ha sido y es un gran estudioso de la teoría marxista y un profuso pensador en y desde América Latina. Dentro de su extensa obra, en este artículo nos vamos a focalizar en el texto *Colonialidad del poder y Clasificación social*. En ese escrito Quijano afirma que la colonialidad se funda en la imposición de una clasificación racial de la población en tanto piedra angular de lo él llama patrón de poder capitalista. Esta clasificación opera en múltiples planos de la vida social y se origina y mundializa a partir de la constitución de América, cuando el capitalismo adquiere escala global.

Quijano define la noción de poder como una malla que articula relaciones sociales de explotación/dominación/conflicto, que se entrelazan en pos del control de diferentes dimensiones de la vida social:

(1) el trabajo y sus productos; (2) (...) la "naturaleza" y sus recursos de producción; (3) el sexo, sus productos y la reproducción de la especie; (4) la subjetividad y sus productos, materiales e intersubjetivos, incluido el conocimiento; (5) la autoridad y sus instrumentos, de coerción en particular, para asegurar la reproducción de ese patrón de relaciones sociales y regular sus cambios (2000a: 345).

Como otra cara de este proceso, Quijano señala que a partir del siglo XVII se consolida no solo un nuevo patrón mundial de poder, sino también un nuevo régimen de saber. Se trata de

un modo de producir conocimiento que daba cuenta de las necesidades cognitivas del capitalismo: la medición, la cuantificación, la externalización (u *objetivación*) de lo cognoscible respecto del conocedor, para el control de las relaciones

de las gentes con la *naturaleza* y entre aquellas respecto de ésta, en especial la propiedad de los recursos de producción (2000a: 343).

Quijano llama a esta perspectiva cognitiva “eurocentrismo”. Este modo de producir conocimiento interpela al conjunto de los/as educados/as bajo su hegemonía y provoca la “naturalización” de los efectos del patrón de poder capitalista. Por lo tanto, el conocimiento eurocentrado es funcional al orden capitalista toda vez que contribuye a la organización/clasificación de la humanidad en términos binarios, por ejemplo, en inferiores/superiores, irracionales/racionales, primitivos/civilizados, tradicionales/modernos.

La mirada eurocéntrica está representada principalmente por dos vertientes de ideas, el liberalismo y el materialismo histórico. Aunque estas corrientes tengan como punto de partida supuestos políticos e ideológicos diferentes, ambas pertenecen a una matriz cognitiva centrada en Europa, lo que ha imposibilitado percibir la complejidad de la trama del poder. Ambas perspectivas presentan una interpretación de la historia en términos evolutivos con estructuras sociales sistémicas, orgánicas o mecánicas que definen las relaciones sociales posibles, y no a la inversa.

Para Quijano, por el contrario, los procesos sociohistóricos se constituyen por articulaciones estructurales entre elementos históricamente heterogéneos, específicos, discontinuos, incoherentes e incluso conflictivos entre sí. Así lo demuestra la conformación histórica del capitalismo Mundial, Colonial y Moderno en el que conviven formas que le son reconocidas como propias, con otras tales como la esclavitud, la servidumbre, la pequeña producción mercantil o la reciprocidad que desde una perspectiva eurocéntrica, se entienden como superadas. Para Quijano, estas formas prevalecen y conviven “al servicio del capital articulándose en torno de su forma salarial” (2000a: 348). Así, el patrón de poder reorganiza dinámicamente relaciones sociales históricamente heterogéneas, algunas de las cuales, aunque siguen operando, han sido invisibilizadas o descartadas como parte del pasado por los regímenes de saber eurocéntricos.

Clasificación social: raza, clase social y sexo

La noción de clasificación social elaborada por Quijano, busca reformular el enfoque determinista de la noción de clase social propuesta por el materialismo histórico¹⁰. Para el autor, el eurocentrismo que tiñe la

10 El materialismo histórico, según Quijano, promueve una forma secuencial y unilineal de entender la historia. Aunque Quijano también señala que Marx llegó a ser consciente del eurocentrismo de su propia teoría “sin dar el salto epistemológico correspondiente. El materialismo

teoría marxista de las clases sociales no le permite aprehender las especificidades del poder contemporáneo. En efecto, afirma que

al materialismo histórico le es ajena y hostil la idea de que no se trata más de 'modos de producción' articulados, sino del capitalismo como estructura mundial de poder dentro del cual y a su servicio, se articulan todas las formas históricamente conocidas de trabajo, de control y de explotación del trabajo (2000a: 363).

Quijano considera que para dar cuenta de la compleja articulación de diferentes formas de explotación, es preciso buscar una categoría más amplia que la noción de clase social. Si el poder contemporáneo articula diferentes dimensiones de la vida social, no puede ser explicado poniendo el foco exclusivamente en las dimensiones del trabajo y el modo de producción propuestas por el materialismo histórico. El autor propone entonces la idea de clasificación social para dar cuenta del modo en que se materializa de forma múltiple y compleja la distribución del poder en una sociedad, a partir de las nuevas condiciones históricas que trae consigo la intrusión colonial. A partir de la colonización las poblaciones se verían organizadas por un proceso de clasificación, des-clasificación y re-clasificación ya que, según Quijano, "el poder siempre está en estado de conflicto" (2000a: 370).

El sociólogo peruano afirma que existen tres grandes clasificaciones a partir de las cuales se categorizó a las personas: el trabajo, el sexo y la raza, y que éstas se encontrarían articuladas por la colonialidad del poder en una estructura global común de larga duración. Para Quijano el trabajo involucra el control de la fuerza de trabajo, sus recursos y sus productos institucionalizándose como "propiedad". El sexo involucra las relaciones sociales que disputan el control del placer y la descendencia en función de la propiedad. Por último, la "raza" fue incorporada en el capitalismo eurocentrado en función de ambos ejes en términos de una jerarquía ficticia de orden biológico entre europeos y no europeos. Para Quijano la raza como categoría se torna efectiva a partir de un proceso de naturalización (y biologización), que borra la historicidad y la arbitrariedad de dicha categoría y de las relaciones de poder que de ella derivaron.

A pesar de que Quijano afirma que hay tres grandes ejes mediante los cuales el patrón de poder capitalista clasifica a las personas (trabajo, sexo y raza), es la categoría de raza la que adquiere un lugar transversal y permanente en la configuración del patrón de poder capitalista moder-

histórico posterior eligió condenar y omitir ese tramo de la indagación de Marx y se aferró dogmáticamente a lo más eurocentrista de su herencia" (2000a: 360).

no/colonial. En palabras de Quijano, “la ‘racialización’ de las relaciones de poder entre las nuevas identidades sociales y geo-culturales, fue el sustento y la referencia legitimadora fundamental del carácter eurocentrado del patrón de poder, material e intersubjetivo” (2000a: 374).

3. Diálogo I: La raza y el sexo y los efectos de naturaleza. Quijano y los estudios sobre biología y biomedicina anglosajones

En este apartado buscamos analizar los mecanismos con que el discurso científico eurocéntrico produce la “naturalización” de la raza como categoría de clasificación social eficaz. Luego revisaremos los efectos de la distinción que propone Quijano entre la raza como lo construido y la biología, más específicamente la genética, como lo dado. Finalmente, retomaremos los diferentes modos de comprender la función de lo biológico que establece Quijano respecto al sexo y la raza.

El saber eurocéntrico y las operaciones de naturalización

Según Quijano, a partir del siglo XVII y acorde con las necesidades y requerimientos del capitalismo, se fue elaborando y formalizando, desde las metrópolis hegemónicas, todo un modo de conocer que sentó las bases de la modernidad: el conocimiento racional¹¹. En *¡Qué tal raza!*, Quijano (2000b) señala que el mito fundacional de la modernidad, es, justamente, la idea de un estado de naturaleza originario, desde el cual se evoluciona linealmente desde lo primitivo (propio del estado de naturaleza) hacia lo civilizado. Lo civilizado representaba el paradigma de lo humano, mientras que lo primitivo, cercano o parte de la naturaleza, se constituyó como el otro extremo, llegando a negársele la humanidad (Quijano, 2000a, 2000b, 2011). La escisión entre humano y no humano se relaciona profundamente con uno de los núcleos centrales del pensamiento racional: la separación radical entre razón-alma-mente-espíritu y cuerpo-objeto. Es sobre el binomio cuerpo/mente, naturaleza/cultura que se traza la distinción entre seres con razón marcados como humanos, y seres sin razón considerados como meros objetos o herramientas de trabajo.

Como vimos en el apartado anterior, el saber eurocéntrico funciona produciendo categorías que se presentan como universales y a-históricas, lo cual tiene como consecuencia la “homogeneización” de procesos sociales e históricos. Pero además, el saber eurocéntrico obtendría

¹¹ En palabras de Quijano, “el conocimiento, denominado “racional” fue impuesto y admitido como el modo de conocer válido y como emblema de la modernidad. “Se trata de la perspectiva cognitiva en el largo tiempo del conjunto del mundo eurocentrado del capitalismo colonial/moderno y que *naturaliza* la experiencia de las gentes en este patrón de poder. Esto es, la hace parecer como *naturales*, en consecuencia como dados, no susceptibles de ser cuestionados” (2000a: 343).

legitimidad a través de procesos de “naturalización”, que consisten en presentar fenómenos, clasificaciones y procesos históricos, políticos y sociales contingentes, como si estos fuesen dados, “naturales”. El hecho de que algunos procesos históricos, sociales, se nos presenten simplemente como naturales, “es una indicación muy eficaz de que el poder, todo poder, requiere ese mecanismo subjetivo [de naturalización] para su reproducción” (2000a: 373).

La raza y sus efectos de naturaleza

Quijano postula que la idea de raza no tiene ninguna base “natural” ni biológica, sino que surge con América como un modo de legitimar las relaciones de dominación impuestas por la “Conquista”. Más precisamente, la idea de raza abona “una concepción de humanidad según la cual la población del mundo se diferenciaba en inferiores y superiores, irracionales y racionales, primitivos y civilizados, tradicionales y modernos” (2000a: 344). Al estar edificada sobre el cuerpo (el fenotipo, el color) concebido, en clave moderna, como un referente “objetivo”, la raza como modo de clasificación social fue tan eficaz que llegó a configurar nuevas identidades societales: “indios, negros, aceitunados, amarillos, blancos, mestizos” (2000a: 342). Los infinitos rasgos del cuerpo humano fueron distribuidos en una economía racista que los organizaba jerárquicamente para hacer encajar a la población en una taxonomía funcional al patrón de poder mundial capitalista colonial/moderno.

Pero si la operatoria racista establece que el fenotipo y el color de la piel son los parámetros sobre los que se justifica la raza, Quijano plantea que, por el contrario, los primeros racializados fueron los “indios” y que “no hay documentación alguna que indique la asociación de la categoría de “indio” con la de “color” (2000b: 3). Asimismo, señala que durante la “Conquista”, los ibéricos, portugueses y castellanos usan el término “negro” para referirse a los esclavos traficados desde África y que la noción de “blanco” con la que se identifican los colonizadores es un siglo posterior (2000b).

En efecto, Restrepo y Rojas (2010) han indicado que Quijano distingue tres momentos en la producción de la noción de raza. El primero marcado por el debate de Valladolid en el siglo XVI, donde la mirada eurocéntrica distingue entre europeos y no europeos en términos de naturaleza biológica, pero donde aún no hay una asociación entre “color” y “raza”. Un segundo momento desde el siglo XVII, donde la distinta “naturaleza” de los europeos y los no europeos se plantea en términos de civilización y barbarie, articulándose con el mito fundacional de la modernidad y donde ya empiezan a distinguirse discursos que conciben la raza en términos de color. Por último, un tercer momento, que puede

situarse a partir del siglo XIX, momento en que se había sistematizado una teoría en torno a la noción de raza a partir del trabajo de Gobineau.

La apuesta teórico-política del sociólogo peruano consiste en desnudar la inexistencia de cualquier vínculo entre la raza y algún aspecto biológico de las personas como el color de la piel, la forma de los ojos o del cabello, y en explicitar los efectos políticos que subyacen a esa tramposa identificación. Sin embargo, Quijano acepta que los rasgos físicos de una persona, están determinados por la genética, aunque no profundiza en este punto. Afirma que “las características corporales externas (...) están inscriptas en el código genético de cada quien. Solo en ese sentido específico se trata de fenómenos biológicos” (2000b: 4).

Queremos detenernos en esta afirmación ya que nos parece que allí Quijano reintroduce parte de lo que su propuesta quiere desarmar: la naturalización del cuerpo biológico y sus efectos político-coloniales. Desde hace décadas, el campo de la ciencia y de la genética viene siendo clave en el armado de legitimidad y naturalización no solo de un determinado imaginario sino de políticas racistas de gran escala. Profundizar en los alcances que tienen los estudios en genética sobre aspectos relativos a la raza requiere introducirse en debates específicos del campo biomédico, el cual ha sido poco explorado por los estudios decoloniales. Algunos científicos sociales del contexto euro-norteamericano señalan el modo en el que se destinan grandes fondos para investigar en la relación entre genética y raza, los cuales se dirigen, por ejemplo, al “estudio de diferencias raciales o étnicas en lo atinente a susceptibilidad a las enfermedades y tratabilidad [de las mismas]” (Rose, 2012). Por su parte la especialista en antropología de las ciencias, Amade M'charek (2014), advierte sobre los desarrollos que ponen a la raza y a la biología en una agenda global a través de la investigación biomédica, la genética asociada a terapias conductuales y a políticas poblacionales. ¿Cómo entender los discursos biomédicos contemporáneos sobre la raza desde la propuesta decolonial de desvincular la raza del color de la piel, la genética y el fenotipo? Estos estudios permiten introducir la pregunta sobre las actualizaciones y reformulaciones a la noción biologicista de raza a partir del discurso biomédico y en especial de la genética. ¿Es posible pensar que la genética pueda estar marcando una nueva fase respecto al marco cronológico ya establecido por Quijano, dentro de la producción eurocentrada de la noción de raza?

Como sugiere Dona Haraway (1995), en una época como la nuestra en la que el control de los cuerpos y la vida parece ser el modo privilegiado en el que se desenvuelve el poder, no deberíamos descuidar los espacios por los que se infiltra la ciencia y el modo en el que, a partir de este dispositivo, proliferan términos no revisados como “raza”, “sexo”, “biología”, “naturaleza”, etcétera.

El sexo y sus efectos de naturaleza

Como vimos más arriba, sin bien Quijano deja cierto núcleo de “naturaleza” –la genética– sin problematizar, es innegable que este autor propone una genealogía brillante de la noción de raza, análisis que se sustenta en la visibilización e historización de la trastienda de aquella poderosa y eficaz ficción material-político-ideológica. Sin embargo, nos resulta interesante preguntarnos por qué posterga la revisión de la noción de sexo, es decir, por qué esta dimensión no goza ni merece la misma rigurosidad que la de raza. Por otra parte, nos interrogamos sobre cuáles serían los posibles efectos de atribuirle al sexo características a-históricas y deterministas¹². La no problematización de la dimensión biológica del sexo en Quijano, permite abrir una pregunta más amplia sobre aquellos aspectos naturalizados y universalistas del discurso de las ciencias en relación al cuerpo sexuado, los que llevan a deshistorizar el cuerpo en general y el sexo en particular.

Haraway, al igual que Quijano, afirma que el género yace en “el eje de las construcciones y de las clasificaciones de los sistemas de diferencias” (1995: 249). Sin embargo, Haraway va más allá ya que cuestiona la distinción entre “sexo” y “género”, la cual suele tomarse muchas veces (incluso dentro del feminismo) como dada. Es más, según Jackier Orr, podemos decir que la ilusión de una unidad común entre todas las mujeres, propuesta por el feminismo, ha estado asentada en unas nociones a-históricas de ‘sexo’ o ‘naturaleza’ sirviendo como legitimación implícita de un racismo feminista (en Haraway, 1995).

Por su parte, la bióloga feminista Anne Fausto-Sterling pone en cuestión que la materia biológica de los cuerpos pueda constituir un dato objetivo y consistente sobre el que legitimar las diferencias sexuales, ya que “la materia ya contiene las nociones de género y sexualidad”. Por ello, “no puede ser un recurso imparcial sobre el que construir teorías ‘científicas’ u ‘objetivas’ del desarrollo y de la diferenciación sexuales” (2006: 36).

Según Fausto-Sterling,

(N)uestros cuerpos son demasiado complejos para proporcionarnos respuestas sobre las diferencias sexuales. Cuanto más buscamos una base física simple para el sexo, más claro resulta que el “sexo” no es una categoría puramente física. Las señales y funciones corporales que definimos como masculinas o femeninas están ya imbricadas en nuestras concepciones del género (2006: 19).

Para cerrar, retomamos la productiva provocación que nos dejan las biólogas feministas, quienes, sin ser parte de un construccionismo ino-

¹² Para entender el significado que atribuimos a la concepción determinista, véase el texto de Anibal Quijano (2000b) “¡Qué tal raza!” disponible en <http://alainet.org/active/929> (último acceso: 17/02/2015). Citamos aquí un breve fragmento.

cente e infértil nos proponen analizar con rigurosidad crítica aquellos relatos (históricos) sobre los reductos del cuerpo y la vida que hemos dejado en manos de las ciencias llamadas naturales. Las citadas autoras plantean una clara desconfianza a las divisiones tajantes entre aquello que referiría al ámbito de la naturaleza y lo de la cultura. Por ello, con Haraway, nos parece interesante pensar el sexo y el cuerpo de modo situado, parcial, considerando las críticas al pensamiento científico occidental, tanto como las perspectivas feministas, lo cual, probablemente, va a permitirnos conocer, interpretar, producir otros imaginarios respecto de los cuerpos.

Segunda parte: Una lectura de feministas decoloniales latinoamericanas y posibles diálogos

1. Colonialidad y género

En un texto del año 2010, la teórica hondureña Breny Mendoza hacía un diagnóstico de la débil contribución de las feministas a las epistemologías del sur y dejaba abierta la pregunta sobre sus aportes por venir. Apenas cinco años después, es posible identificar un denso corpus de textos alrededor de la noción de “colonialidad del género” la cual representa una categoría que, como señala Rita Segato, permite otorgar al sexo y al género “un real estatuto teórico y epistémico al examinarlo como categoría central capaz de iluminar todos los otros aspectos de la transformación impuesta a la vida de las comunidades al ser captadas por el nuevo orden colonial moderno” (2015b:81). Aunque en estos cinco años son numerosos los textos publicados sobre el tema, aquí retomamos específicamente a tres autoras que desde distintos énfasis, hacen un aporte diferencial a la hora de pensar críticamente la relación entre género y colonialidad en un explícito y productivo diálogo con los planteamientos de Quijano sobre la colonialidad del poder: María Lugones, Breny Mendoza y Rita Segato.

La filósofa argentina María Lugones (2008) es la primera en interrogar desde una perspectiva feminista los planteamientos de Quijano, reconsiderando la relación entre género y colonialidad en términos de un “sistema moderno-colonial de género”. La autora afirma que para la vigencia del patrón colonial del poder y del saber, la categoría género es tan central e indispensable como la categoría raza, planteando que es preciso cuestionar el status totalizador que esta adquiere en la argu-

mentación del autor peruano. Frente a la afirmación de Quijano de que la raza, pero no el sexo-género, surge con la conformación de América, Lugones afirma que “la naturalización de las diferencias sexuales es otro producto del uso moderno de la ciencia que Quijano subraya para el caso de la ‘raza’” (2008: 86). Por otro lado, discute que las relaciones de dominación que involucran al género puedan ser reducidas al ámbito de lo privado, quedando relegadas exclusivamente a la familia y el parentesco, pues el género tendría un impacto estructural en la organización social colonial. Así, en palabras de la autora,

la reducción del género a lo privado, al control sobre el sexo y sus recursos y productos es una cuestión ideológica presentada ideológicamente como biológica, parte de la producción cognitiva de la modernidad que ha conceptualizado la raza como “engenerizada” y al género como racializado de maneras particularmente diferenciadas entre los europeos-as/blancos-as y las gentes colonizadas/no-blancas. La raza no es ni más mítica ni más ficticia que el género, ambos son ficciones poderosas (Lugones, 2008: 93-94).

Para Lugones, la raza y el género han tendido a funcionar como categorías separadas, sostenidas sobre distinciones binarias tales como blanco/negro, hombre/mujer. Por esta razón, “en la intersección entre ‘mujer’ y ‘negro’ hay una ausencia donde debería estar la mujer negra precisamente porque ni ‘mujer’ ni ‘negro’ la incluyen” (2008: 82). Lugones propone revisar el paradigma de la interseccionalidad (Crenshaw, 1991) para evitar la separación categorial que lleva a seleccionar al grupo dominante y deja otros grupos en las sombras, cancelando la posibilidad de una relación de “fusión” entre categorías que permita visibilizarlos.

La autora propone que el género, entendido como una imposición colonial e inescindible de la raza, distribuye a la población de un modo complejo a partir de una serie de dobleces. De una parte, la colonialidad del género estaría constituida por un lado visible/claro que construye hegemónicamente las nociones de hombre y mujer blancos/as en torno a la norma heterosexual, el patriarcado y el dimorfismo sexual, consideradas como nociones propiamente modernas. En su un lado oculto/oscuero, la colonialidad del género relegaría a aquellas personas marcadas por rasgos raciales no blancos, a la animalidad y por lo tanto a la no-humanidad, lo que conlleva el sexo forzado con los colonizadores blancos y a una explotación laboral abusiva que en ocasiones los llevó a trabajar hasta la muerte.¹³

13 En textos posteriores Lugones (2010, 2012) pone el acento en la distinción humano/no humano, y señala que las marcaciones sexo-genéricas de hombre y mujer designan a la población blanca, de modo que la población no blanca queda marcada como no humana, y sin género.

Siguiendo el hilo de las reflexiones abiertas por Lugones, Breny Mendoza ha enfatizado en el componente de clase en su intersección con la raza y el género, y los efectos que este cruce tendría “para el ejercicio de la ciudadanía” (2010: 24). Mendoza señala que si bien Quijano advierte que el trabajo asalariado estuvo reservado exclusivamente para hombres blancos, el sociólogo peruano pasaría por alto que el trabajo asalariado no solo está marcado por la jerarquía racial, sino también por la jerarquía de género. Desde su perspectiva el trabajo asalariado depende no solo de la esclavitud de la población negra y de la servidumbre de la población indígena, sino también de la domesticación de las mujeres blancas y no blancas. En Europa, esta domesticación se realizó de modo sistemático con la caza de brujas a partir del siglo XV que puede ser vista como un elemento (silenciado) del proceso de acumulación originaria descrito por Marx¹⁴ y que habría consistido en “separar a las mujeres de la esfera productiva al mismo tiempo que las convirtió en amas de casa u obreras explotadas” (2010: 25). En las colonias, esta domesticación se habría puesto en marcha “con las violaciones masivas a mujeres indígenas como instrumento de guerra de conquista y asentamiento colonial, la pérdida de su estatus social y político, esclavización, reducción a servidumbre y la intensidad letal del trabajo” (2010: 25).

Para Mendoza, el trabajo asalariado representa un “pacto social de género masculino” entre capitalistas y la clase obrera de origen europeo que excluye a mujeres, sirvientes y esclavos. Aunque el trabajo asalariado está sujeto a explotación, al mismo tiempo es el factor que sienta las bases de la ciudadanía. Una ciudadanía concebida como masculina en torno a “un individuo libre, que posee el control sobre su cuerpo y que tiene el derecho y el tiempo para la participación política” (26). De este modo se “masculiniza” la esfera pública.¹⁵ Para Mendoza, “la fusión de la idea de raza y la idea de género son claves para configurar la ciudadanía libre que conoció Occidente al configurarse el capitalismo y la democracia liberal (...) por eso debemos hablar no solo de la colonialidad del género sino incluso de la colonialidad de la democracia liberal” (26).

Es Rita Segato (2015b, 2015b) quien retoma aportes anteriores y sistematiza exhaustivamente la noción de colonialidad del género, introduciendo, a la vez, una importante crítica al planteamiento de María Lugones. Cuando Lugones propone que las relaciones de poder y las categorías de género tal como las conocemos hoy son una invención de la colonial/modernidad, estaría presuponiendo un pasado pre-colonial

14 Aunque no aparece citada por Mendoza, para un desarrollo de esta tesis, ver: Federici, Silvia. *El calibán y la Bruja*. Buenos Aires, Tinta Limón, 2015.

15 Posteriormente, la extensión de la ciudadanía a las mujeres blancas acentúa las desigualdades entre mujeres blancas y no blancas.

en el que los cuerpos estarían libres de aquellas relaciones de poder. Ante esta perspectiva, Segato (2015b) plantea que entre las comunidades americanas y africanas previas a la “intrusión” colonial, existía una organización patriarcal de baja intensidad, diferente a la del género occidental, que sin embargo es capturada, intensificada y reorganizada desde dentro con la llegada de la modernidad colonial. Paredes (2008) definirá de modo similar este proceso a partir de lo que llama “entroncamiento de patriarcados”. En efecto, Paredes caracteriza el machismo indigenista del chacha-warmi, como aquél que

no quiere analizar y reconocer que esos roles y actividades de las mujeres, son consideradas menos, de menor valor, de menor importancia, lo cual significa mayor explotación de la fuerza de trabajo de las mujeres. Eso es naturalizar la discriminación, las desigualdades, la explotación y la opresión de las mujeres, es considerar natural que las mujeres cumplan esos roles y por consecuencia natural que estén subordinadas y los hombres privilegiados (Paredes, 2008: 80).

Segato señala que es preciso evitar una concepción lineal que sitúe al orden pre-intrusión colonial en términos de un orden pre-moderno, el cual se encontraría en una etapa anterior a la modernidad y conduciría indefectiblemente hacia ella. La autora propone pensar realidades que tienen lugar de forma paralela, de modo tal que el orden pre-intrusión continúa desarrollándose “junto y al lado del mundo intervenido por la colonial/modernidad” (2015b: 78). En este sentido, solo se podría hablar de situaciones intermediarias entre la realidad estatal y lo que ella llama el “mundo-aldea”, “con cruces variados de influencias benignas y malignas” (78), tanto de un lado como del otro.

A partir de este enfoque y considerando su constante trabajo con comunidades y mujeres indígenas, Segato reformula la noción de colonialidad del género sobre la base de una serie de puntos que pasamos a resumir: (1) Una hiperinflación de los roles masculinos al interior del “mundo aldea” por su rol de mediadores con el mundo exterior. (2) La subordinación de los hombres no blancos fuera del mundo aldea frente al poder del blanco. (3) La transformación del espacio público, tradicionalmente ocupado por hombres, que se convierte en una esfera que monopoliza el ámbito de lo político. (4) La desvalorización del espacio doméstico, que queda reducido a resto y a una esfera desprovista de politicidad. (5) La binarización de la dualidad que estructura el género en el mundo aldea. (6) La inoculación la mirada exterior y objetivante entendida como “mirada pornográfica”, y la propagación de una comprensión del acceso sexual como daño, profanación y apropiación.

2. Diálogos II: Cruces raza-género-sexualidad desde la perspectiva decolonial y desde la perspectiva *queer* en el marco de la conflictividad social contemporánea

Una pregunta que queda abierta tras la revisión bibliográfica de las y los autores hasta aquí reseñados, es qué sucede en la articulación entre raza y género, cuando se introduce la pregunta por la sexualidad. Si la contestación al régimen heterosexual es una dimensión que no llega a ser explicitada por Quijano, en los textos de las feministas decoloniales, la heterosexualidad sí aparece consignada como una de las características del sistema sexo-generico colonial/moderno propio del capitalismo.

Por ejemplo, Segato señala que “la sexualidad se transforma introduciéndose una moralidad antes desconocida que reduce a objeto el cuerpo de las mujeres y al mismo tiempo inocular la noción de pecado, crímenes nefandos y todos sus correlatos” (2015b: 86). La autora explica también cómo desde la colonia, el género queda formateado por una matriz heterosexual de modo que, en la actualidad, “pasan a ser necesarios los derechos de protección contra la homofobia y las políticas de promoción de la igualdad y la libertad sexual, como el matrimonio entre hombres o entre mujeres” (93). Sin embargo, la problematización de la sexualidad como eje explicativo aparece en las feministas descoloniales como una dimensión más bien opaca y secundaria respecto del género.

La tensión entre la sexualidad, la raza y la crítica a la Modernidad Occidental ha sido abordada por Leticia Sabsay en sus últimos textos (2012, 2013a, 2013b, 2014). Sabsay investiga la redefinición de las fronteras sexuales entre Occidente y su Otro desde una perspectiva que cruza los estudios poscoloniales con la teoría *queer*, teoría que ha sido sospechada de ser una teoría colonial.¹⁶ El interés de Sabsay es analizar las formas contemporáneas de nacionalismo homonormativo y las políticas institucionalizadas sobre ciudadanía sexual que promueven proyectos sexuales neo-coloniales y políticas liberales eurocéntricas a nivel global. Antes que una perspectiva “desde” Latinoamérica, los escritos de Sabsay piensan en el eje geopolítico marcado por los conflictos entre el bloque euro-norteamericano y medio oriente. Asimismo, pueden situarse en el debate anglosajón que ha impulsado la “crítica *queer* de color”, donde es posible ubicar autores como Jasbir Puar, Joseph Massad o Eric Fassin, entre otros.

16 Por ejemplo, María Lugones señala: “Para mí, es importante que ‘queer’ no se difundió desde la Queer Nation, un movimiento pequeño, sino desde la teoría queer, que no es una teoría que viaja sin problemas, ya que jamás considera la colonialidad, la intersección raza/género, la importancia que palabras como ‘marica’ y ‘trola’ tienen en nuestra historia. Abrazar el ser gay, queer o lesbiana es algo de lo que hay que tomar distancia porque es una identidad prestada. Lo queer (...) tiene una fuerte carga teórica posmoderna –aunque mucha de la gente que, en este momento, se llama “queer” no conozca esta literatura–, sin reflexionar sobre la relación entre la posmodernidad y la colonialidad” (Lugones en Avellón, 2014).

Sabsay (2012) se pregunta si la perspectiva *queer*, que se originó en Estados Unidos y que actualmente se ha esparcido en distintos puntos del planeta, permite una contestación efectiva a las hegemonías occidentales. Originalmente la posición *queer* surgió en el mundo anglosajón desde el activismo y la teoría, como una respuesta crítica a los binarismos occidentales –en especial el binarismo homosexualidad/heterosexualidad– y como un llamado a producir alianzas y coaliciones basadas en necesidades y luchas comunes más que en demandas basadas en identidades. Sabsay distingue entre una tendencia hegemónica del movimiento *queer*, que se ha homologado a la identidad gay y lesbiana, y otras posiciones que identifica como una “crítica *queer* de color”, que en contextos europeos y norteamericanos, tienen posiciones antirracistas, antimilitaristas y luchan contra el homonacionalismo.

Sabsay se pregunta por las formas orientalistas y colonialistas que ha asumido la democratización del sexo y la sexualidad en los países occidentales al articularse con nuevas formas de imperialismo cultural,¹⁷ con la guerra contra el terrorismo y las políticas antimigratorias en Europa, que han dado lugar a lo que Jasbir Puar ha llamado “homonacionalismo”.¹⁸ Sabsay ve una suerte de inversión en el modo en que Occidente traza sus fronteras con oriente, de tal modo que ahora es Occidente el que representa una “avanzada sexual” y Oriente queda marcado como sexualmente conservador y represivo.

Como apunta la propia Sabsay, establecer *a priori* lo que sería el carácter *queer* de una crítica a Occidente, trasladando la discusión sobre la hipótesis homonacionalista a los países latinoamericanos es problemático. Sería repetir una extensamente criticada posición universalista.

La noción contemporánea de “ciudadanía sexual” es un constructo euro-norteamericano-céntrico intrínseco al modelo liberal de democracia. Basada en la obtención de derechos vinculados a la equidad de género y a la diversidad sexual, la “ciudadanía sexual” se asentaría en un secularismo occidental que en realidad implica la incorporación de normas cristianas como seculares (Puar, 2013). Defendida como índice de progreso, modernidad y tolerancia, la “democracia sexual” occidental es promovida en oposición a una cantidad de “otros” marcados racial, cultural y, en muchos casos, religiosamente, los que son definidos como inherentemente antidemocráticos (Fassin en Sabsay, 2014).

17 Imperialismo cultural que puede advertirse por ejemplo, en las discusiones sobre las mujeres con burka o en las denuncias de políticas homofóbicas en países islámicos.

18 El término homonacionalismo es propuesto por Jasbir Puar luego de la política intervencionista de Estados Unidos en Medio oriente tras los atentados del año 2001, para designar el proceso mediante el cual la inclusión mediante derechos de la diversidad sexual, impulsa fantasías nacionalistas que se articulan con políticas exteriores.

Al constituir una tecnología de gobierno de las poblaciones, la sexualidad y más específicamente el paradigma de los derechos y de la democracia sexual estarían implicados en una “epistemología sexual” (Massad en Sabsay 2012, 2014) que hace de la sexualidad una realidad ontológica. La epistemología sexual cristaliza prácticas sexuales en identidades universales, homogenizando y cristalizando lo que entendemos por “homosexual”, “lesbiana”, “travesti”. Buscar otras categorías que diversifiquen o pluralicen lo que entendemos por ser “gay”, “lesbiana”, “bisexual” o “trans” no resolvería el problema. Pues, en efecto, la epistemología sexual occidental no universaliza solo categorías, sino también el campo de sentido en el que esas categorías cobran significado, y a partir del cual toda esa diversidad se vuelve traducible.

Por un lado, los postulados de Sabsay (y de quienes son citados por ella) dejan abierta una serie de preguntas para las autoras decoloniales, en relación con el eje de la sexualidad. La noción de “epistemología sexual” permite pensar, por ejemplo, cómo la distinción que hace Lugones entre el lado claro/visible y el lado oscuro/invisible de la colonialidad del género comienza a ser alterado o movido por el eje de la sexualidad. Esto sucede cuando algunas formas de sexualidad no heterosexual, antes oscurecidas, comienzan a pasar al lado visible/claro de la colonialidad del género a partir de la retórica de los derechos sexuales y de nichos de mercado como el turismo sexual. A su vez, complejiza lo que Segato (2011) llamaba “protección contra la homofobia” y “políticas de promoción de la igualdad y la libertad sexual como el matrimonio entre hombres y mujeres” (18). Una perspectiva como la de Sabsay invita a observar esas políticas como insertas en el relato de una “modernidad sexual” euro-norteamericano-centrada, las que llevarían consigo efectos universalizantes y normalizantes sobre la diversidad sexual. Pues reinserían a la diversidad sexual en modelos de familia nuclear y plantean otras formas de exclusión a aquellos sujetos que no se reacomodan en los nuevos estándares.

Por otra parte, los planteos de Sabsay también pueden ser interpelados desde la fuerte pregnancia que ha tenido el concepto de colonialidad del género en autoras como Segato para proponer una lectura sobre la violencia. En la lectura de Segato, los feminicidios no están restringidos solo al ámbito privado del “crimen pasional”, sino que en ocasiones están articulados a crímenes corporativos que pueden ser vinculados a las formas de guerra contemporánea¹⁹ y a dinámicas paraestatales.²⁰ Segato

19Guerras informales definidas en la disputa por la apropiación territorial y barrial.

20Lo que Segato llama un “Segundo Estado” marcado por la acción de corporaciones armadas que tienen por finalidad proteger la propiedad del comercio ilegal y el flujo de los capitales sumergidos y la propia intocabilidad de este ambiente todo” (2013: 66). Instituciones como la

se refiere a crímenes que tienen lugar en el espacio público, donde la dimensión expresiva de la violencia en el marco de disputas por el control territorial/barrial, se torna central.

Para Segato, estamos ante un nuevo frente colonial estatal, cuyo modo de operación se sintetiza en la siguiente formulación: “el Estado (...) intenta ofrecer con una mano lo que ya ha retirado con la otra” (119). A partir de este diagnóstico, Segato también hace una crítica al discurso de los derechos (de género, indígenas) al señalar que el lenguaje de los derechos es un lenguaje propiamente moderno, inscripto en una narrativa del desarrollo, del progreso “entendido unilateralmente como capacidad de acumulación, eufemísticamente descrita como ‘crecimiento’” (2015b: 108).

Consideramos que las reflexiones de Segato sobre la violencia contra las mujeres pueden ser útiles para pensar la violencia contra la diversidad sexual. Especialmente para el caso de los travesticidios, que en ocasiones están articulados con dinámicas para estatales, nos parece que categorías como la de “violencia expresiva” o la idea del “tributo” que acredita el acceso a la cofradía viril, propia del régimen patriarcal de un régimen mafioso, aportan valiosas claves para comprender la especificidad de estos crímenes. En especial en un contexto complejo como el argentino, donde al menos en los papeles, las travestis han accedido a la “ciudadanía sexual” con la promulgación de la ley de identidad de género (2012), y sin embargo, los travesticidios continúan.

Reflexiones finales

El presente artículo ha intentado pensar las implicancias del concepto de raza propuesto por Aníbal Quijano para una perspectiva feminista. Quijano propone un concepto de raza que se distingue claramente del de etnicidad, al tiempo que problematiza sus definiciones esencialistas ya sea en términos biológicos o culturales. Al proponer una noción de raza como modo de clasificación social, surgido con la constitución de América para controlar la población y la producción, la raza se plantea como una categoría arbitraria, producida históricamente, que no está anclada en un sustrato natural ni biológico, es decir, que no puede desprenderse de rasgos fenotípicos ni del color de la piel.

Hemos intentado introducir algunas interrogantes en el límite que puede presentar la genética en el radical cuestionamiento de la naturalización de lo biológico, que para el caso de la raza, realiza Quijano.

policía, adquieren un rol mediador entre las dinámicas estatales y a paraestatales.

Y también hemos intentado problematizar la noción de sexo propuesta por Quijano en términos de una realidad biológica dada.

Por otra parte, hemos revisado los postulados de una serie de pensadoras feministas que retoman las tesis de Quijano. Es posible señalar que, al tomar los planteos de Quijano, autoras como María Lugones, Rita Segato o Breni Mendoza producen un giro en relación con las producciones de otros feminismos que problematizan la cuestión racial, como, por ejemplo, aquellos autodenominados feminismos “de color” o feminismos de la diáspora que presuponen la raza como algo dado, natural o en términos de una unidad cultural. Se podría decir que las citadas autoras decoloniales realizan un importante trabajo de desnaturalización crítica tanto de la categoría de raza como de la categoría de género, crítica que a su vez devela algunas de las implicancias de ambas categorías en el patrón de poder capitalista de la colonial/modernidad.

Por último, hemos planteado que la sexualidad como dimensión explicativa tiene un lugar secundario tanto en la conceptualización de la colonialidad del poder como en la colonialidad del género. Con el fin de revisar perspectivas que toman la sexualidad como una dimensión central para hacer una crítica al discurso occidental, hemos intentado retomar algunas reflexiones de Sabsay en torno a los efectos de la democracia sexual como índice de modernidad, progreso, secularismo y tolerancia, poniéndola en diálogo con algunos planteos sobre las violencias de género de Rita Segato.

Para finalizar, podemos señalar que concebimos el presente trabajo como un ensayo en el cual presentamos formas de relacionar diferentes perspectivas teóricas (pensamiento decolonial/feminismo, biomedicina/feminismo, teoría poscolonial/teoría *queer*), sin intentar homologarlas, si no tratando de marcar sus diferencias. Nos interesa, como señala Sabsay (2012) utilizar el paradigma interseccional para pensar la articulación de prácticas y discursos políticos, que permitan ampliar y formular nuevas preguntas y visibilizar cruces y ejes de análisis aún no explorados. ¿Cómo interpretar el avance de los derechos de la diversidad sexual y la equidad de género en un contexto regional donde aumentan la violencia contra cuerpos feminizados y se intensifican las dinámicas paraestatales? ¿Qué efectos tiene el uso de la categoría de “crímenes de odio” generalmente utilizada para categorizar los crímenes contra la diversidad sexual? ¿Cómo pensar la sistematicidad de los travesticidios en su especificidad, cuando la dimensión expresiva de la violencia se torna central en el marco de disputas por el control territorial/barrial?

Bibliografía consultada

- Abellón, P. (2014). “María Lugones, una filósofa de frontera que ve el vacío: Entrevista a María Lugones”, *Mora*, 20[2]. Disponible en: <http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1853001X2014000200007&lng=es&norm=iso>. ISSN 1853-001X.
- Bhabha, H. (2002). *El lugar de la cultura*. Buenos Aires, Manantial.
- Bidaseca, K. (2010). *Perturbando el texto colonial. Los Estudios (Pos) coloniales en América latina*. Buenos Aires, SB.
- Bidaseca, K. (2015). “Tercer feminismo: nomadismo identitario, mestizaje y travestismo colonial para una genealogía de los feminismos descoloniales”, en Susana Bornéo Funck (comp.): *Volumen I del Seminario Internacional Fazendo Género 10*, Florianópolis, Brasil.
- Bidaseca, K. (2015) (comp.). *Genealogías críticas de la colonialidad en América Latina, África, Oriente*. Buenos Aires, CLACSO-IDAES/UNSAM.
- Bidaseca, K., De Oto, A., Obarrio, J. Sierra, M. (2014). “Introducción”, en: *Legados, genealogías y memorias poscoloniales*. Buenos Aires, Godot.
- Suárez Navaz, L. y Hernández, R. (eds.) (2009). *Descolonizar el Feminismo: Teorías y Prácticas desde los Márgenes*. Valencia, Cátedra.
- Crenshaw, K. (1991). “Mapping the margins: Intersectionality, Identity politics and violence against women of colors”, *Stanford Law Review*, Vol. 43, No. 6, pp. 1241-1299.
- Fausto-Sterling, A. (2006). *Cuerpos sexuados*. Barcelona, Melusina.
- Haraway, D. (1991). *Ciencia, Cyborgs y Mujeres*. Madrid, Catedra.
- (1999) [1992]. “La promesa de los monstruos: una política regeneradora para otros inapropiados/bles”, *Política y Sociedad* N° 30, pp. 121-163.
- Lugones, M. (2005). “Multiculturalismo radical”, *RIFP* N° 25, pp. 81-75.
- (2008). “Colonialidad y género” *Tabula Rasa*, N° 9, julio-diciembre, pp. 73-101. Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca. Bogotá, Colombia. <http://www.bdigital.unal.edu.co/12294/1/marialugones.pdf>
- (2012). “Subjetividad esclava, colonialidad de género, marginalidad y

opresiones múltiples”, en: *Pensando los feminismos en Bolivia*. La Paz, Bolivia, Serie Foros, pp. 129-140.

M'charek, A.; Schramm, K., y Skinner, D. (2014). "Technologies of Belonging. The absent Presence of Race in Europe. Science", *Technology & Human Values*, Vol. 39, N° 4, pp. 459-467.

Membre, A. (2011). *Necropolítica*. Madrid, Melusina.

Mendoza, B. (2010). “La epistemología del sur, la colonialidad del género y el feminismo latinoamericano”, en Yuderkyis Espinosa Miñoso (coord.): *Aproximaciones críticas a las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano*. Buenos Aires, En la frontera.

Mignolo, W. (2010). “La opción decolonial. Un manifiesto”, en De Mussi, L. y Valderrama, M. (eds.): *Historiografía Postmoderna. Conceptos, figuras, manifiestos*. Santiago, Ril, pp. 199-234.

Mohanty, Chandra Tapalde (2008) [1984]. “De vuelta a ‘Bajo los ojos de Occidente’: la solidaridad feminista a través de las luchas anticapitalistas”, en Hernández Castillo, R. y Suárez, L.: *Descolonizando el feminismo. Teorías y prácticas desde los márgenes*. Madrid, Cátedra.

Paredes, J. (2008). *Hilando fino desde el feminismo comunitario*. La Paz, Bolivia, Comunidad Mujeres Creando Comunidad.

Puar, J. K. (2013). “Homomonationalism as Assemblage: viral travels, affective sexualities”, *Revista Lusófona de Estudos Culturais*, Vol. 3, N° 1, pp. 319-337.

Quijano, A. (2000a). “Colonialidad del poder y clasificación social”, *Journal of world-systems research*, Vol. XI, N° 2, verano/otoño, pp. 342-386.

———(2000b) “¡Qué tal raza!”. Documento electrónico disponible en <http://alainet.org/active/929> (último acceso: 17/02/2015).

———(2011) “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en Lander, Edgardo (comp.): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires, Ciccus.

Restrepo, E. y Rojas, A. (2010). *Inflexión decolonial. Fuentes, conceptos y cuestionamientos*. Popayan, Editorial Universidad del Cauca.

Rose, N. (2012). *Políticas de la vida: biomedicina, poder y subjetividad en el siglo XXI*. Buenos Aires, UNIPE: Editorial Universitaria.

Sabsay, L. (2011). *Fronteras Secuales. Espacio Urbano, cuerpos y ciudadanía*. Buenos Aires, Paidós.

———(2012). “The Emergence of the Other Sexual Citizen. Orientalism and the Modernisation of Sexuality”, *Citizenship Studies*, Vol. 16, Nos. 5/6, pp. 605-623.

———(2013a). “Dilemas queer contemporáneos: ciudadanías sexuales, orientalismo y subjetividades liberales. Un diálogo con Leticia Sabsay, María Amelia Viteri y Santiago Castellanos”, *Revista Iconos* N° 47, pp. 103-118.

———(2013b). “Queering the Politics of Global Sexual Rights?”, *Studies in Ethnicity and Nationalism*, Vol. 13, N° 1, pp. 80-90.

———(2014). “Políticas queer, ciudadanías sexuales y decolonización”, en *Resentir lo queer en América Latina. Diálogos desde/con el Sur*. Barcelona, Egales.

Said, E. (2004) [1978]. *Orientalismo*. Barcelona, Sudamericana.

Segato, R. (2011). “Género y colonialidad. En busca de claves de lectura y de un vocabulario descolonial”, en Bidaseca, K. y Vázquez (comps.): *Feminismos y (pos)colonialidad. Descolonizando el feminismo desde y en América latina*. Buenos Aires, Godot.

———(2015a). “Aníbal Quijano y la perspectiva de la colonialidad del poder”, en *La Crítica de la colonialidad en ocho ensayos. Y una antropología por demanda*. Buenos Aires, Prometeo, pp. 35-67.

———(2015b). “El sexo y la norma: frente estatal-empresarial-mediato-critiano”, en *La Crítica de la colonialidad en ocho ensayos. Y una antropología por demanda*. Buenos Aires, Prometeo, pp. 101-138.

Spivak, G. (2006) [1988]. “¿Puede el subalterno hablar?”, *Revista Orbis Tertius* N° 6, pp. 297-364.

Wallerstein, I. (2005). *Análisis de sistemas mundos. Una introducción*. México, Siglo XXI.

ARTÍCULO

Betancour Sánchez, Sonia y Geeregat Vera, Orietta (2016). "Poetas intelectuales mapuches: bordes y desbordes escriturales", *Papeles de Trabajo*, 10 (18), pp. 219-246.

RESUMEN

Los poetas mapuches evidencian una intelectualidad que desborda la creación poética con sus posibilidades escriturales y fenómenos intertextuales y transita hacia otras modalidades textuales, seleccionadas por los poetas mismos de acuerdo a sus propios fines. Este trabajo discute la condición de intelectual de los poetas mapuches, sus modos, propósitos y problemáticas que aborda, a partir del análisis de sus propuestas discursivo / comunicativas, de los procesos metacognitivos y de la conciencia escritural evidenciados en sus diferentes producciones; establece su complejidad conceptual y la relevancia actual de su rol en la escena pública.

Palabras clave: *Poeta mapuche, intelectual, intercultural, discurso.*

ABSTRACT

Mapuche poets exhibit an intellectuality which overflows the poetical creation by expanding their scriptural possibilities and inter-textual phenomena, while transiting toward other textual modalities, selected by themselves according to their own purposes. In this work we discuss the condition of 'being intellectual' of the mapuche poets, along with the ways, purposes and challenges this condition poses to them, starting from the analysis of their discursive/communicative proposals, the meta-cognitive processes and scriptural consciousness that arise from their different productions. We also attempt to establish the conceptual complexity and present relevance of their role as it appears in the public scene.

Key words: *Mapuche poet, intellectuality, intercultural, discourse.*

Recibido: 17/12/2014

Aceptado: 27/10/2015

Poetas intelectuales mapuches: bordes y desbordes escriturales

por **Sonia Betancour Sánchez¹ y Orietta Geeregat Vera²**

Introducción³

Los poetas mapuches⁴ se han posicionado en el espacio público intercultural donde se les ha reconocido por su producción discursiva fundamentalmente poética, aspecto respaldado por diferentes estudios.⁵

1 Dra. en Ciencias Humanas mención Discurso y Cultura, Universidad Austral de Chile. Magíster en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de La Frontera año 2006. Académica del Departamento de Lenguas, Literatura y Comunicación de la Universidad de La Frontera, Temuco, Chile. sonia.betancour@ufrontera.cl.

2 Doctora en Educación por la Universidad de Costa Rica. Magíster en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de La Frontera, Temuco. Académica del Departamento de Lenguas, Literatura y Comunicación de la Universidad de La Frontera, Temuco, Chile. orietta.geeregat@ufrontera.cl.

3 Este trabajo es avance Proyecto DI14-0023 de las autoras, Poetas mapuches. Hacia la configuración de un nuevo imaginario socioétnico: lindes y deslindes de una identidad intelectual autónoma” y es productividad del Centro de Investigación Comunicación, Discurso y Poder de la Universidad de La Frontera.

4 Las expresiones “los poetas” y “poeta intelectual mapuche” están usadas sin distinción de género masculino o femenino.

5 Betancour (2008, 2009), H. Carrasco (1993, 2002, 2008), I. Carrasco (1990, 1991, 2000, 2005,2014), Contreras (2007), Fierro (2006), Fierro y Geeregat (2002,2004), Foerster (2000), García (2010,2012), Moens (1999), Moraga (2009), Mansilla (2011), Munizaga (2011) Rodríguez (2005, 2009), por nombrar algunos estudios.

No obstante, el propio relato metadiscursivo de los poetas da cuenta de una actividad intelectual que supera la condición estética de sus obras poéticas, idea que se refuerza directa o indirectamente con su propia auto denominación como poeta intelectual mapuche y/o con una atribución proveniente de otros sujetos de la cultura propia y de sujetos de la cultura ajena.

Este fenómeno de la intelectualidad mapuche, que sin duda ocurre al interior de la cultura vinculado al mundo de la oralidad, como citamos más adelante, no es el centro de interés de este trabajo; lo que nos ocupa es la manifestación de este fenómeno en los poetas, ya no en su calidad de tales, sino como sujetos mapuches líderes de opinión, en el espacio intercultural.

En este sentido, destaca la década de los noventa, cuando los poetas mapuches expresan su preocupación por temas de identidad y manifiestan su postura frente a problemáticas contingentes, vinculadas al contexto de las relaciones con el Estado de Chile, como las condiciones precarias en las que se hallaba el pueblo mapuche.

Un antecedente relevante es que en esta misma década, año 1997, ocurrieron los sucesos de Lumaco, hechos que delimitan un importante período de reflexión sobre el modo de relación entre el pueblo mapuche y el pueblo chileno y la sociedad occidental (Pairicán, 2013) y que constituyeron un referente para el quehacer futuro del pueblo mapuche; indudablemente, estos acontecimientos incidieron también en los poetas como sujetos contingentes y en sus discursos públicos.

Los poetas asumen una postura comprometida con estos temas y, junto con textualizarlos en sus obras, también generan discursos (entrevistas, documentos de reflexión y análisis, entre otros) que circulan públicamente en Internet, en la prensa, en reuniones públicas, etc., donde plantean sus puntos de vista y opiniones de variada índole.

Sobre el concepto de intelectual, la poeta Maribel Mora Curriao (2011), lo distingue como una categoría occidental y, al mismo tiempo, reconoce también esta categoría, pero con distinto significado, al interior de la cultura mapuche ancestral atribuida a los kimche, “sabios mapuches”, y distingue un concepto académico de intelectual mapuche, indicando a Manuel Manquilef, a principios del siglo XX. Mora Curriao agrega que hay intelectuales en todas las culturas y sitúa, la “intelectualidad mapuche” en las “postrimerías de la llamada “pacificación de la Araucanía”(156); no obstante, los nuevos intelectuales emergerían en la década de los setenta, en el contexto de la dictadura militar en Chile, incluidas problemáticas y preocupaciones políticas y sociales del pueblo mapuche, respecto de las cuales la autora cita a poetas como Elicura Chihuailaf, María Teresa Panchillo, Graciela Huinao, entre otros.

No obstante lo anterior, y como ya se señaló, es en los últimos años de la década de los noventa cuando se intensifica mucho más la actividad intelectual de los poetas, siendo, en este sentido, el *Recado confidencial a los chilenos*, una producción no poética relevante que da cuenta de una postura explícita del poeta frente a temas de interés colectivo.

Asumiendo la voz del pueblo mapuche en un discurso interpelativo del espacio y de la relación intercultural, se interroga: “Preguntándome cuál será el modo, la vía mejor para iniciar y ojalá consolidar una verdadera Conversación con el Pueblo chileno, con el ciudadano común: con usted, me instalé en mi escritorio a escribir lo que pensaba sería una “Carta confidencial a los chilenos” (Chihuailaf, 1999: 2). Este fragmento no solo da cuenta de un interés por contar al pueblo chileno quiénes son los mapuches, sino que también requiere asumir otras prácticas escriturales, de recepción más masiva –“el ciudadano común”– que la de la práctica poética.

Sin duda, el poeta necesita de otras formas de expresión de su pensamiento, de otras formas escriturales; en este caso, una Carta a los chilenos, tal como lo explicita con sus propias palabras, “Preguntándome cuál será el modo, la vía mejor para (...)”, mostrando una clara conciencia de la necesidad de decir su pensamiento y toda vez que ha realizado procesos metacognitivos. Este ejemplo contribuye con el interés de este trabajo por evidenciar una práctica de desplazamiento discursivo-comunicativo de los poetas desde la escritura poética hacia otras formas textuales.

Sobre el concepto de intelectual mapuche, el historiador Nahuelpán (2013) explica que este concepto es complejo porque también hay que considerar el componente heterogéneo de una cultura, al cual no escapa la mapuche y que, si bien los sabios mapuches *kimche*, *ngenpin*, *kuifikeche*, *lonkos* o *weichafes* poseen el “verdadero *kimün* (conocimiento mapuche)” (2013: 28) y su conocimiento es valorado y reconocido por su pueblo sobre la cultura ancestral, también tienen variadas experiencias en torno a aquél y a la vida misma, lo cual necesariamente incide en ellos y en las conceptualizaciones a las que se les adscribe. La noción que se puede aplicar a esta complejidad del concepto según Nahuelpán es la de “zona gris”, “un espacio de ambigüedad, borroso y complejo” (Levi, 1989, en Nahuelpán, 2013: 12-13), en este caso, explicado por la relación conflictuada entre el Estado chileno y el pueblo mapuche, la misma que ha posibilitado el ejercicio intelectual de los poetas mapuches.

A propósito del intelectual mapuche, el poeta Elicura Chihuailaf (2002) explica que

no es necesario saber escribir para ser intelectual –y que– (...) hay una intelectualidad en el mundo de la oralidad, que no está dada por el conocimiento de

los libros, sino por un lenguaje de la naturaleza y del ser humano y por lo tanto del universo (2002: 27).

Por otra parte, este mismo poeta, vincula la noción de intelectual a la oralidad y sus modos de pensamiento de la cultura mapuche, al quehacer escritural (proveniente de occidente), de lo cual surge su propuesta conceptual de “oralitor”.

Sobre esta palabra, sostiene:

Yo también he propuesto un neologismo; a fuerza de tanta pregunta uno atisba una respuesta, que nos son definitivas, desde luego, y es que nosotros somos *oralitores* (...). –Luego agrega–: la emotividad propia de los “oralitores indígenas” está contenida en los textos y es la que los mueve y distingue; estos oralitores no pueden desprenderse del pensamiento de los mayores, por tanto, sostienen que su práctica escritural se realiza “al lado del pensamiento” [de ellos] (Chihuailaf, 2002: 27).

Esta propuesta conceptual le permite al poeta hacer una diferenciación de la categoría occidental de escritor, lo que da cuenta de la conciencia escritural y procesos metacognitivos de un ejercicio intelectual de aproximación teórica de los poetas mapuches mencionados.

Como se ha mostrado, la contextualización histórica, política y literaria de esta problemática, permite apreciar que se trata de un concepto abierto, en permanente reformulación; y complejo por cuanto incorpora el componente mapuche y el occidental, significados culturales que entran en tensión.

La actividad intelectual está asociada con mayor énfasis a dos líneas temáticas; una, respecto de la propia producción poético-discursiva y la de sus pares; y, otra, sobre temas contingentes del acontecer nacional, con énfasis en las relaciones interétnicas e interculturales chileno-mapuche e internacionales.

Este fenómeno de intelectualización se observa, por una parte, como un rasgo actual distintivo y relevante de los poetas y de sus producciones discursivas en las cuales se reconfigura su imaginario y su identidad como intelectual mapuche; es un rasgo que se encuentra vinculado a una etapa de conciencia escritural y a procesos metacognitivos, a través de los cuales llevan a cabo prácticas de reflexión y autoreflexión crítica de las relaciones interétnicas e interculturales asimétricas con la sociedad mayoritaria; por otra parte, les ha hecho transitar discursivamente hacia otras modalidades textuales como entrevistas, artículos de reflexión, cartas, ensayos, columnas de opinión, donde su autonomía intelectual los inscribe como sujetos críticos, autocríticos, políticos, controversiales, contingentes, todo lo

cual, es contribuyente con la construcción de su rol y condición de intelectual.

Los procesos metacognitivos y de diversificación textual amplían su rol de poeta más allá de la expresión estética: a un rol intelectual que lo re-sitúa en el espacio público y lo inviste como un referente en la cultura global, cuya nueva posición enunciativa favorece su autonomía intelectual frente a acontecimientos de interés individual y colectivo del pueblo mapuche y de la sociedad en su conjunto, entre otras problemáticas, las cuales son textualizadas en discursos poéticos y no poéticos con sus respectivas posibilidades escriturales.

Es importante precisar que la noción de intelectual, que es una categoría occidental escasamente homologable a categorías propias del pueblo mapuche en su sistema de conocimiento, ofrece la posibilidad, desde una postura intercultural, de atribuir los significados occidentales de este concepto a lo que en este trabajo se denomina “poeta intelectual mapuche”.

De las observaciones señaladas, cabe la interrogante de si efectivamente los poetas mapuches actuales asumen un rol de líder intelectual del pueblo mapuche, cuyos propósitos centrales de intervención crítica en el espacio público, los lleva a generar un proceso relevante de desplazamiento discursivo-comunicativo, fenómeno que explica el desborde de su creación poética y el tránsito hacia otras prácticas escriturales.

A partir de lo anterior, y discutiendo esta noción, este trabajo observa el rol actual de los poetas mapuches en su condición de intelectuales en el espacio público, sus modos y propósitos, desde el análisis de los procesos metacognitivos y conciencia escritural evidenciados en sus diferentes producciones y observa que esta condición les permite reformular el conocimiento implementado desde la cultura dominante sobre el pueblo mapuche, resignificar las relaciones de éste con la sociedad chilena y global, y, consecuentemente, contribuir desde su propia práctica intelectual a rearticularse como pueblo.

La aproximación al problema planteado obliga a revisar el desplazamiento enunciativo y escritural que han llevado a cabo los poetas mapuches, sus estrategias y mecanismos discursivos e interroga cómo este desplazamiento favorece el ejercicio intelectual autónomo de los poetas instalándolos en un nuevo rol en la producción, reproducción y transmisión de conocimiento en el espacio público.

Para estos propósitos, se seleccionan poetas amplia trayectoria nacional e internacional y de probada calidad literaria, como Elicura Chihuailaf, Jaime Huenún, Leonel Lienlaf, Bernardo Colipán, Adriana Paredes Pinda, César Millahueique, Juan Paulo Huirimilla, Maribel Mora Curriao y Graciela Huinao, todos publicados formalmente por diversas

editoriales desde la segunda mitad del siglo XX; con fuerte presencia en sitios web; son permanentemente invitados a espacios de discusión académica, cultural y política, y, la mayoría de ellos, ha recibido importantes premios por su producción poética.

Metodológicamente, se discute conceptualmente la noción de poeta intelectual mapuche a partir de diversas disciplinas; posteriormente, se profundiza este concepto y tensión entre la noción mapuche y la noción occidental. Se desarrolla el análisis del desplazamiento enunciativo y escritural de los poetas en torno a dos líneas temáticas: la producción poético-discursiva y sobre la contingencia y la relación intercultural, cuyo principal resultado es la constatación del desplazamiento enunciativo y escritural como macroestrategia de visibilización e intervención en el espacio público, del poeta mapuche en su rol de líder intelectual.

En esta práctica discursiva, se observa la propuesta y aporte de conceptualizaciones en un ejercicio de aproximación teórica, reescribe los significados de la relación intercultural chileno-mapuche y produce un discurso que contesta el poder hegemónico establecido.

Antecedentes

El intelectual mapuche: discusiones conceptuales

El problema y los propósitos planteados conducen a observar cómo ha sido abordado el concepto de intelectual mapuche desde distintos estudios y disciplinas. Al respecto, Álvaro Bello (2011) distingue una variable de carácter histórica que incide en lo que él denomina “intelectuales indígenas”, variable que afectaría las lógicas cognitivas propias al producirse un fenómeno de desplazamiento y tensión entre los modos de conocimiento indígena y no indígena, desde la oralidad a la escritura.

El autor destaca la apropiación de la categoría y función del intelectual para posicionar su conocimiento (Bello, 2011: 99), a modo de control de la enunciación (Mignolo, 2010), propósito vinculado al contexto de las relaciones entre sociedad mapuche y sociedad chilena.

Para aproximarse a la noción de intelectual indígena, el mismo autor, apoyado en Said (1996a) y Foucault (1988), remite al concepto de intelectual acuñado desde el siglo XIX en Europa, donde se asocia a grupos de elite formados por escritores de renombre y grupos reducidos, noción que se fue transformando y ampliando hacia una noción de intelectual como sujeto social con un rol colectivo y con un papel de poder con

los cuales, por una parte, lucha contra las formas de poder y, por otra, cuestiona la autoridad.

Este modo de concebir al intelectual, sin duda, está incidido por la mirada siempre profunda, amplia y sin concesiones de Said (1996a), quien observa las prácticas de los sujetos y los procesos involucrados en ellas, reclamando una revisión de sus propias contradicciones, como cuando críticamente sostiene, en relación con los textos literarios europeos, que los mismos mecanismos de representación de las razas y clases inferiores, reiteran y mantienen la subordinación e inferioridad de los sujetos.

Con este mismo sentido complejo y crítico frente a los fenómenos sociales, Said (1996b) problematiza el concepto de cultura, a partir de una concepción dinámica, cuyo centro de atención son los modos cómo ocurren las relaciones o contactos entre ellas, de lo cual se desprende que la cultura no está delimitada, sino más bien en permanentes incidencias e intercambios entre sus elementos culturales.

Sobre esta noción, el autor sostiene:

La cultura es una especie de teatro en el cual se enfrentan distintas causas políticas e ideológicas. Lejos de constituir un plácido rincón de convivencia armónica, la cultura puede ser un auténtico campo de batalla en el que las causas se expongan a la luz del día y entren en liza unas con otras (Said, 1996b:14).

Este énfasis del autor permite, por una parte, explicar con mayor claridad la condición intercultural de los discursos públicos producidos por los poetas como intelectuales del pueblo mapuche; y, por otra, identificar la presencia de elementos culturales, valores, significados y prácticas de la cultura occidental en sus propio quehacer, tal es el caso específico de la práctica escritural y de la producción de discursos a través de formas textuales provenientes de aquella.

Lo interesante de este fenómeno, al mismo tiempo, es que los intelectuales mapuches tienen voz propia, y, a partir de este control enunciativo, elaboran sus propios discursos lugar desde donde denuncian, opinan, reflexionan sobre diferentes temas de interés, contestan el discurso oficial, reformulan significados, resisten. En palabras de Said, también esto correspondería a una “tragedia parcial de la resistencia”, la cual, en alguna medida, se esfuerza por “recobrar formas ya establecidas por la cultura del imperio” (Said, 1996a: 327), o que al menos esta formas pueden hallarse “infiltradas o influidas” por este.

Bello (2011) sostiene que no hay un tipo único de intelectual y que su diversidad depende de la función que desarrolla en una determinada posición al interior de la cultura y de sus relaciones con el mundo indí-

gena; el rol articulador que el autor identifica para algunos intelectuales mapuches genera una articulación entre dos lógicas de conocimiento, la tradicional mapuche y la científica de la sociedad dominante, sugiriendo una intelectualidad mapuche con mayor autonomía potenciada por el contexto en el cual se inserta.

Claudia Zapata (2006) sostiene que la “modernización latinoamericana” de principios del siglo XX que incluye proyectos de integración nacional del Estado, como el acceso de sectores desplazados a la educación, es un factor incidente en el surgimiento de los intelectuales indígenas, quienes se definen por “un compromiso político con su cultura” (Zapata, 2006: 467-468). La autora reconoce a intelectuales que actúan al interior del propio pueblo mapuche, quienes poseen un conocimiento específico en variados campos de la cultura propia cuya base se encuentra en la oralidad. Zapata evalúa la importancia de los intelectuales mapuches en el terreno de las reivindicaciones y demandas de su pueblo plasmadas en los discursos, sosteniendo que el concepto de intelectual indígena está “determinado por su función política” (Zapata, 2006: 472); en este sentido, este trabajo comparte las ideas de la autora y retoma la perspectiva de Mignolo (2010) para sostener que la construcción de un lugar de enunciación para su propia voz resulta imperativo e insoslayable.

Varese (1977) distingue entre una “intelectualidad tradicional” (Varese, 1977: 67-68) indígena que siempre habría existido y que estaba constituida por médicos tradicionales, filósofos, sacerdotes, chamanes, especialistas en calendarios agrícolas, entre otros, en situación de vida semi clandestina, y una intelectualidad correspondiente a un sector de la población étnica cuyo origen, según el autor, está mayormente vinculado a una pequeña burguesía indígena que ha accedido a la educación y a carreras universitarias de donde precisamente saldrían los dirigentes de rebeliones indígenas importantes y dirigentes políticos. Otro sector de intelectuales indígenas son parte de microetnias que juegan también, aunque en menor grado, un papel político similar. Estos intelectuales, a partir de su conciencia social y étnica, tienen un rol importante en movilizaciones políticas incidentes en el resto de la población.

Otro planteamiento respecto del propósito de los “intelectuales indígenas” proviene de investigadores mapuches como Curín y Valdés (s.f.), quienes sostienen que tal propósito se centra en la idea de “deconstruir el conocimiento acumulado”. En este sentido el conocimiento hegemónico instalado por la cultura occidental sobre el pueblo mapuche, se desestabiliza y se instalan las categorías propias del sistema de conocimiento de este pueblo; fenómeno que da lugar a una tensión epistémica como se plantea en este trabajo.

Foerster y Montecinos (1988), sin detenerse en una definición conceptual, se refieren a los profesores mapuches como intelectuales, los cuales por su condición de “letrados” (Foerster y Montecinos, 1988: 84), gozaban de credibilidad ante el Estado chileno y posiblemente también al interior de la sociedad mapuche.

Esta apreciación es similar con la de Claudia Rodríguez (2009) en el sentido letrado y de competencia multicultural y literaria que involucra el concepto, quienes son demandados por las exigencias y tensiones del contexto de las relaciones interculturales.⁶ Esta concepción de intelectual, estrechamente vinculada a la formación universitaria, coincide con una de las vertientes distinguida en este trabajo, la del intelectual mapuche en el espacio intercultural.

Por su parte, Fierro (2006) hace una observación sobre la intelectualidad de los poetas coincidente con la postura de las autoras de este trabajo en términos de reconocer en el poeta intelectual mapuche a un sujeto autónomo. Fierro explica la autonomía a partir de la presencia e intervención con voz propia de los poetas en el espacio público en un ejercicio de diálogo y confrontación de ideas entre mapuches, y entre estos y los intelectuales occidentales, práctica que pone en evidencia un desprendimiento intelectual de aquellos, permitiéndoles instalar su propio pensamiento y práctica enunciativa.

Le Bonniec (2011) acusa una ausencia de definición del concepto de intelectual mapuche y un rasgo de flexibilidad que permite atribuir este calificativo a un profesor, a un político, a un especialista en alguna disciplina, o a un sabio tradicional. Este autor destaca la figura de Carlos Munizaga, que, en 1990, publica un trabajo en el cual expresa su interés por la figura del “intelectual indígena” en Chile, insistiendo en su reconocimiento y definiéndolo como letrado, proveniente de una minoría y, quien educado en los valores de la sociedad dominante, asume liderazgos políticos y religiosos.

Kotov y Vergara (1997) destacan los contenidos novedosos, las condiciones en que emergen y el carácter urbano de los intelectuales con formación universitaria; y según Le Bonniec (2011), los autores “mapuchizan” este concepto al distinguir lo mapuche de lo no mapuche, aun cuando conserva su ductilidad.

Maribel Mora (2011) discute esta categoría señalándola como occidental; en este sentido, la nominación intelectuales mapuches correspon-

6 Compartimos la noción de interculturalidad de Bhabha (1994), quien la concibe como una relación compleja entre culturas, un “tercer espacio”, lugar de traducción y negociación donde no cabe la asimilación de unas respecto de otras. Nos interesa también la postura de Walsh (2005) por su mirada situada en el contexto indígena ecuatoriano, y quien no solo asume la noción de Bhabha destacando de este espacio el sentido de encuentro y articulación entre los grupos, sino su observación de contradicciones y de prácticas de resistencia y respuesta a la hegemonía dominante en las relaciones interculturales.

dería, según la autora, a sujetos indígenas formados y certificados por la academia occidental; sostiene que los pueblos indígenas tienen dentro de sus propias culturas una forma de categorizar a los sujetos que se dedican a intelectualizar la propia cultura, categorías que no se corresponden con las occidentales, pero al mismo tiempo reconoce la existencia de intelectuales mapuches al modo como son definidos por la cultura occidental, y que realizan un trabajo intelectual intercultural, observaciones coincidentes con la línea de reflexión que orienta este trabajo.

Los estudios revisados se aproximan al concepto de intelectual mapuche constatando su complejidad y consecuente carácter dinámico, y en los cuales es posible distinguir dos vertientes; una, ubicada al interior de la cultura donde el concepto se asocia a roles tradicionales de los sujetos; y otra, ubicada en la relación de contacto con la cultura global; en esta última, el sujeto es fundamentalmente un profesional con estudios universitarios, preocupado de las relaciones interculturales y de la contingencia política.

Ambas vertientes coinciden en la función de liderazgo del intelectual mapuche, rol que les permite posicionar su voz en la esfera pública, propiciado por un conocimiento específico sobre la cultura o sobre temas de interés colectivo, lo que implica una distinción frente al no intelectual.

La discusión conceptual presentada abre otras posibilidades de aproximación sobre el intelectual mapuche a través de la figura de los poetas propiamente tales y, este trabajo incorporándola selectivamente según sus propósitos, avanza hacia el abordaje específico de la noción de poeta intelectual mapuche, interés sustentado en la presencia relevante de este actor como intelectual en la escena pública.

En este sentido, contribuye a observar este rol y la condición de autonomía de los poetas mapuches en el mismo, como ya se señaló; discute la noción, sus modos de expresión, textualización y propósitos, a partir del análisis de los procesos metacognitivos y conciencia escritural en sus diferentes producciones discursivas.

El poeta intelectual mapuche: tensión conceptual

La noción de intelectual como categoría occidental aplicada a los poetas mapuches que presentan esta condición constituye una primera discusión que surge al momento de observar las prácticas discursivas no poéticas de estos en el ámbito público; en consecuencia, una primera complejidad, o posible complejidad en este sentido, se origina en la interrogante sobre la pertinencia en la aplicabilidad de los significados

occidentales de esta noción a la actividad intelectual de los poetas en dichas prácticas.

Por otra parte, el cruce entre los significados devenidos de la cultura propia y los significados atribuidos por la cultura occidental inciden en el carácter complejo de esta noción cuando se aplica a los poetas mapuches, rasgo epistémico que le confiere una condición fronteriza e intercultural, problematizando los diferentes sistemas de pensamiento y reduciendo su fijación semántica o adscripción a conceptualizaciones rígidas que limitan o restringen la condición flexible y dinámica del concepto en cuestión.

La posible tensión epistémica entre los significados atribuidos por parte de unos y otros sujetos –mapuches y no mapuches– es resuelta por los mismos poetas, quienes asumen una postura intercultural en su práctica discursiva, poniendo en diálogo a dos paradigmas de conocimiento igualmente válidos para reflexionar y construir la realidad que comunican en el espacio de las relaciones interculturales con la sociedad global a través de los textos no poéticos, no obstante las naturales diferencias entre ellos.

A partir de estas reflexiones, es adecuado y prudente abordar el concepto de poeta intelectual mapuche, su rol y propósitos discursivo/comunicativos en el espacio público desde una mirada intercultural, como se desprende también de la discusión contenida en los distintos estudios citados.

Una manera de organizar la actividad discursiva de los poetas en torno a este concepto es articular el proceso de intelectualización de estos en distintos momentos, entre los cuales se distingue un primer momento de conciencia escritural donde el poeta asume la importancia de su rol enunciativo en el espacio público, junto con la pretensión de una valoración de su palabra por parte de otros mapuches y no mapuches. Un segundo momento, de problematización, donde el poeta atiende a su pertenencia cultural, a los problemas de hibridez y al rol de la memoria; y, un tercer momento estético político, donde amplía su abanico de preocupaciones hacia la teorización y posicionamiento de categorías culturales propias, a conceptos como nación, Estado, autonomía, liderazgo, e incorpora una pluralidad de perspectivas frente a estos ejes problematizados.

Asociado a los distintos momentos por los que ha atravesado la producción discursiva de los poetas, Geeregat y Fierro (2002) distinguen una fase de “instalación y personalización poética”; una fase de “consolidación y configuración de un canon” y una fase de “independencia escritural”, que presenta la búsqueda de una “originalidad expresiva más allá de las determinantes temáticas adscritas a los problemas de la etnia”, lo cual apoya la tesis de autonomía intelectual de los poetas.

Este recorrido intelectual, desborda sus propios límites como poetas y les permite resistir la acción colonialista que ha folclorizado su cultura y la ha ubicado en un lugar de exclusión, relegada a una condición mítica. El poeta instala una nueva dinámica cognoscitiva desde su propia episteme, proveída por su condición intelectual autónoma, a través de la cual confiere estatus al repertorio de la cultura propia que el paradigma de la cultura dominante tiende a desdibujar con la categoría conceptual de pensamiento mítico.

Estos significados creenciales atribuidos a un modo de comprensión del mundo, que sin duda responde al colonialismo del pensamiento occidental o conialidad epistémica (Mignolo, 2010), dan lugar a la necesidad de superar la representación de que el modo de pensar de los intelectuales mapuches debe parecerse cada vez más al modo de pensar occidental, cuestión que los poetas mapuches en su condición de intelectuales han problematizado y mostrado como un sesgo reduccionista, como es el caso de Chihuailaf (2002), Mora Curriao (2013), Huenún (2012: s.p.), quien en una entrevista sostiene: de un tiempo a esta parte, en una sociedad colonialista como la chilena, se ha hecho habitual que los indios y mestizos debamos presentar credenciales y competencias étnicas para poder ser plenamente identificados, traducidos y finalmente reducidos.

En esta cita se aprecia una crítica a la sociedad global por su actitud proteccionista o idealizada de la cultura mapuche queriendo que los intelectuales de esta cultura se conviertan en guardianes de la misma, otro modo de colonialismo que no aporta mérito a aquéllos, postura crítica que se reitera en diferentes textos y participaciones de los poetas en el espacio público.

Otro aspecto que se advierte en los poetas son los diferentes modos de leer su quehacer intelectual o de conceptualizar al intelectual mapuche; por ejemplo, cuando Chihuailaf incorpora un lenguaje con significado ancestral como el “saludo azul” en producciones discursivas no poéticas, o en la férrea defensa de la calificación de intelectuales a los antepasados y sabios mapuches, aun cuando desconozcan la escritura, permiten vislumbrar a un intelectual posicionando sus propias categorías en la construcción de pensamiento, como se observa al inicio de su poemario *De sueños azules y contrasueños* (2006): “Ponte de pie, parlamenta en tu tierra /aunque sientas tristeza, parlamenta /como lo hacían tus antepasados/ como hablaban ellos/” (me está diciendo el anciano Julián Weitra).

En una práctica metapoética, el poeta Chihuailaf (s.f.) sostiene que “ser intelectual es trabajar con la inteligencia (...) y no es necesario saber escribir para ser intelectual”. Además de la validación del carácter ágrafo en la noción de intelectual, el poeta deja ver la convicción de que los

ancianos, los antepasados, los sabios antiguos constituyen una fuente legítima de intelectualidad: "(...) Nuestros libros, que son nuestros viejos, (...) son nuestros intelectuales más profundos".

Esta postura marcadamente mapuche, incidida por el contexto cultural del poeta, no es necesariamente compartida por todos, como es posible observarlo en los poetas Huenún (2012) y Huirimilla (2006); no obstante, constituye un interesante rasgo de autonomía entre los intelectuales.

El poeta intelectual mapuche propone un nuevo ordenamiento (Betancour, Geeregat y García 2014: 65) en el contexto de relaciones interculturales con la sociedad global, donde su pensamiento es construido como un lugar simbólico de lucha por crear y posicionar conocimiento propio, interviniendo en el conocimiento occidental tradicional y hegemónicamente instalado (sobre los mapuches, sobre la sociedad en su conjunto y sus problemáticas), una estrategia contestataria, cuestionadora y desestabilizante de la episteme impuesta, al mismo tiempo que propositiva de un ordenamiento social otro.

Es un sujeto autónomo cuyo pensamiento problematizador recrea permanentemente la realidad que lo conmueve; el poeta intelectual mapuche se desprende de las imposiciones de la cultura hegemónica y de las demandas funcionales de su propia cultura para tomar decisiones propias; en palabras de Said (1996), es un sujeto que cuestiona el poder, es resuelto y arriesgado.

Desde una postura intercultural frente a la emergencia de los contextos y de materias de interés común, participa de la discusión en la esfera pública problematizando también su propia cultura; de este modo se adscribe a los dos vertientes distinguidas en este trabajo; una, asociada a los valores intraculturales de los sujetos; otra, ubicada en la relación de contacto con la cultura global, donde el sujeto es fundamentalmente un profesional con estudios universitarios, preocupado por teorizar sobre categorías epistémicas de la cultura propia y sobre categorías de campos disciplinarios específicos de la cultura ajena, sobre las relaciones interculturales y sobre la contingencia política.

En su condición de intelectual el poeta dinamiza su rol y enfatiza esta condición, asumiéndose un poeta mapuche: entrevistador, entrevistado, crítico, político, ensayista, narrador, conferenciante. Su discurso en el espacio público instala la voz mapuche en una frontera dialogante con otras voces intelectuales y discursividades disidentes con las que construye un "tercer espacio" (Bhabha, 2002) donde se desdibuja la opacidad del discurso periférico del intelectual y cristaliza el discurso del poeta intelectual mapuche relativizándose el discurso hegemónico occidental del centro (Geeregat y Betancour, 2014).

Este fenómeno lo explica el poeta Colipán, en una entrevista concedida el año 2004 al poeta Huenún: “Escribir desde una conciencia de poeta mapuche nos instala inmediatamente desde un límite, desde una zona periférica, ya sea desde la historia oficial vivida como centro” (s/p).

El posicionamiento del poeta como intelectual en el espacio público es el resultado de un proceso enunciativo que ha venido desarrollándose de manera paulatina y sistemática en medio de un contexto político local, nacional e internacional donde el poeta, desbordando este rol hacia la contingencia, inscribe conscientemente su voz en ella, potenciada por su compromiso con la cultura propia y con las problemáticas de la sociedad global. Este desplazamiento enunciativo, o recorrido de la voz intelectual, junto con ser un puente entre diferentes discursividades, sujetos, espacios, tiempos y memorias, va construyendo la figura del intelectual; un sujeto autónomo, problematizador, versátil, con sensibilidad estética, que discursiviza su ethos cultural y su experiencia intercultural, incorporando categorías propias, ajenas y nuevas propuestas estético-discursivas.

El desplazamiento enunciativo y escritural

Sobre su producción poético-discursiva y la de sus pares

El desplazamiento enunciativo y escritural de los poetas mapuches como voz intelectual suprapoética, constituye una práctica cada vez más recurrente. Rebase los límites de la voz y de la escritura poética para desarrollar nuevos propósitos discursivos en el espacio público y se desborda hacia un estado de conciencia asociado a un concepto de sujeto político y social que le reclama la necesidad de comunicar su pensamiento autónomo en nuevas textualidades (entrevistas, artículos de reflexión, cartas, ensayos, ponencias, conferencias, poesía), y la adscripción a nuevas problemáticas que abarcan preocupaciones estético-literarias (poéticas y metapoéticas sobre producciones literarias propias y ajenas), socio-históricas y políticas (identitarias, culturales, etnohistóricas, contingencia política) e interculturales (relación chileno-mapuche y con la sociedad global).

El abordaje de nuevas problemáticas es preferentemente a través de ensayos, artículos de opinión y entrevistas, desde un conocimiento empírico y teórico provistos por la cultura occidental e indígena, respectivamente, y por el conocimiento propio construido por ellos como resultado de esta práctica intercultural.

Estas formas textuales son privilegiadas para expresar de modo directo su pensamiento crítico acerca de temas contingentes de convivencia intercultural, o para hablar sobre el poeta y la poesía, como se observa en entrevistas y artículos de opinión de los poetas Millahueique (2007), Chihuailaf (2013), Huirimilla (2004), Huenún (2010), Colipán (2004,2011), Huinao (2012) y Paredes Pinda (2005), por citar algunos.

En un ejercicio metapoético y metadiscursivo, realizan una aproximación crítica a su quehacer escritural y al de sus pares, sobre preocupaciones teóricas, relaciones interculturales y problemáticas globales, todo lo cual se observa en algunas particularidades semánticas de los textos, por ejemplo, en el esfuerzo por visibilizar la cultura y emerger en la sociedad global; en el afianzamiento de la identidad sociocultural (Betancour, 2008 y 2009); en el énfasis en la mantención y divulgación de la cultura tradicional donde implementan el mecanismo simbólico de la memoria; en la autocrítica y auto reflexión sobre la cultura propia, y finalmente en la crítica y evaluación de la relación intercultural con la sociedad mayoritaria.

La aproximación metapoética es un recurso que permite al intelectual mostrar su manejo y conocimiento específico en materias teóricas, como se observa, por ejemplo, en el poeta Huirimilla quien ocupa el concepto de hibridación cultural, rasgo distinguido por variados estudios occidentales sobre la poesía mapuche como producción discursiva intercultural, para explicar su propio proyecto poético, como se aprecia en sus palabras: “Mi proyecto poético o mundo poético se construye en base a la hibridación cultural”.

Este mismo recurso lo usa también, cuando se refiere a la oralidad: “(...) La oralidad es una parte de la construcción de mi propio mundo poético, es como el cordón umbilical que siempre está sangrando, el resto son referencias literarias y a otras “subculturas” (Huirimilla, 2006: s/p); esta práctica metapoética, además de evidenciar la condición de intelectual del poeta, explica la imbricación entre el mundo oral y el mundo escrito, como lo enuncia este poeta.

La imbricación oralidad-escritura también es asumida, en algunos casos, con desazón como lo expresa la poeta Adriana Paredes Pinda (2005:10) al sostener que “La cultura escritural nos convierte en desolados y desoladas (...) y el mundo se hace de lo que decimos; (...)”. Este sentimiento de la poeta expresa tensión discursiva a través de una hipérbole dramática que lo constituye como un sujeto indefectiblemente habitado por la paradoja.

Las estrategias y recursos discursivo-textuales empleados, como versatilidad idiomática, hibridez estructural, recursos retóricos (reiteración, comparación, evocación, hipérbole), recursos intertextuales (alusión y

citas a obras, textos y autores), heterogeneidad discursiva (memoria, testimonio, relato autobiográfico), manifiestan dominio de normas y recursos escriturales del canon occidental y de la cultura mapuche.

Las estrategias y recursos distinguidos, también expresan conciencia de la relevancia de los discursos para alcanzar fines comunicativos deseados, fenómeno que se evidencia, por ejemplo, en Huenún (2010) cuando se refiere a la adquisición de la escritura, o en Millahueique (2007) cuando alude a la función política de su poesía, en la aproximación y propuesta de Chihuailaf de categorías teóricas como “oralitura” (2002) o en lo que sostiene Huirimilla (2005) respecto de los géneros discursivos, donde realiza un acercamiento a una tipología de textos con algunas categorías mapuches y, otras, no mapuches. Este poeta se refiere, por ejemplo, a la “etnopoésia y poética intercultural en la cosmovisión huilliche” sosteniendo la diversidad de la literatura del sur de Chile y distingue poetas mapuches contemporáneos y poetas etnoculturales que incorporan el imaginario cultural mapuche.

En este sentido, habla de la “poesía etnocultural de lo mapuche” donde sitúa a Riedeman, Mansilla, García, Torres; y de la etnopoésia, refiriéndose a los textos orales tradicionales, aludiendo a la temática del erotismo en Miranda Rupailaf y Aillapán, y a la presencia de la ranchera en los textos poéticos mapuche huilliche (Huirimilla 2005: 1-58).

Esta tipología teórico-metodológica propuesta por el poeta mapuche-huilliche, respalda no solo la aproximación teórica y metateórica del poeta en este ámbito de conocimiento, sino también la tesis de autonomía intelectual que sostiene este trabajo. En este mismo sentido, el poeta Huirimilla es uno de los que destaca por su permanente aproximación a teorizar sobre el trabajo escritural de los poetas mapuches en variados textos auto clasificados como artículos, ensayos, reseñas, crítica.

El proceso de intelectualización de los poetas mapuches al abordar modalidades textuales y discursividades fuera del campo de la poesía, los inscribe también como sujetos críticos, denunciantes e instalados en la contingencia; son voces disidentes que, reconocidas dentro y fuera de la cultura propia, asumen un rol social y político activo como se desprende de las palabras del poeta Huenún (2010): “el poeta mapuche no puede desprenderse de una vinculación primordial con lo comunitario (...) y esa comunidad en alguna medida “pide las cuentas” culturales necesarias al poeta” (s/p).

Este mismo fenómeno es llamado “dominio del proceso de literalización” por Iván Carrasco (1990: 24) y donde el poeta además está “consciente de su arte” y evidencia en su escritura un “concepto particular de literatura” (Carrasco, 2002: 85), en la que no necesariamente asume la tradición, no obstante su conciencia de pertenecer a una cultura frente a la cual tiene una responsabilidad.

Se observa también, en algunos casos, el recurso de una voz inclusiva para incorporar a sus pares y a la sociedad mapuche en su propia reflexión, de lo cual se desprende que en su rol es insoslayable la relación de compromiso con la cultura superando la condición de poeta y asumiendo una función educativa respecto de la sociedad global.

En una estrategia de auto atribución, el poeta se arroga también la función resguardadora de los valores de la cultura propia y la función de nexo intercultural. En este sentido, como sostiene Iván Carrasco (2014: s/p), los escritores mapuches “(...) no cesan de explicarle al otro quiénes son, (...) razón por la cual construyen “discursos autoetnográficos”, que entre otras, constituyen “estrategias textuales aprendidas, creadas o modificadas”.

En la observación de Carrasco, se advierte un énfasis en los significados intraculturales de los discursos autoetnográficos y aclara que sus destinatarios son los no mapuche o “huincas”, observación que reafirma la distinción de una de las líneas temáticas desarrolladas por el poeta intelectual mapuche que se ha explicado en este trabajo.

En la tesis de este autor, subyace un concepto de intelectual cuando explica la función antropológica de poetas como Alonzo Retamal, función auto observadora que implica procesos cognitivos y metacognitivos, críticos y autocríticos, de análisis y reflexión sobre la realidad observada, además de evidenciar un sentido estratégico autónomo y consciente en la selección y propósitos de los textos auto etnográficos; un ejercicio intelectual que da cuenta del desplazamiento enunciativo de los poetas mapuches que, en su condición de intelectuales, buscan nuevas vías de expresión y/o textualidades para posicionar su voz en el espacio intercultural.

El desplazamiento enunciativo, en algunos casos más notorio que en otros, mantiene la impronta de los lenguajes y cosmovisión ancestrales donde las palabras de la lengua oral aportan sentidos que trascienden lo conceptual; son lenguajes melódicos, emotivos, sonoros, anímicos, “pasionales”, que participan en la construcción de conocimiento; idea que se desprende de los versos del poema *Rebelión* de Lienlaf (1989) “mi mano me dijo que el mundo no se podía escribir”. Es una concepción de mundo no representacional, heredada de la simiente de la cultura oral que nutre la actividad intelectual de los poetas en prácticas enunciativas no poéticas; un rasgo distintivo unido a su ethos mapuche desde donde mira y problematiza el mundo y que coexiste con la heterogeneidad propia de un pensamiento autónomo frente variadas temáticas de interés.

Como se ha mostrado, las preocupaciones del poeta intelectual sobre las producciones discursivas propias y las de sus pares son abordadas en un ejercicio metadiscursivo y metapoético que excede el ámbito literario.

Sobre la contingencia y la relación intercultural

En esta línea temática, los poetas se preocupan por delimitar su cultura propia, poner lindes al poder hegemónico, desestabilizar las normas impuestas; pero, sobre todo, de deshegemonizar el discurso y la historia que se ha construido sobre ellos, difundir significados otros, contados por quienes han estado por mucho tiempo silenciados y así hacer llegar su voz a toda la sociedad y también a su pueblo, como lo dice Huenún (2014), al expresar su preocupación por el precario acceso a la información que tienen las comunidades sobre las problemáticas mapuches.

Otra preocupación de los poetas es dar cuenta a la sociedad global de los procesos de articulación intraculturales y de los modos de producción y reproducción de su propio conocimiento, como una forma de evidenciar las condiciones y niveles alcanzados como pueblo mapuche y de cimentar sus bases de autonomía.

Por ejemplo, Millahueique (2007: s.p.) manifiesta la responsabilidad del intelectual, en este caso de los poetas, con la producción y difusión del conocimiento, “Yo no sé si las comunidades o el 80% de las comunidades que viven en las zonas urbanas nos vayan a leer (...) los que están convocados a comprender y generar los vasos comunicantes son los que están en la creación para que asuman un rol más protagónico en esta disyuntiva”.

En la práctica auto reflexiva, los poetas se atribuyen una responsabilidad ineludible frente a su cultura y a la contingencia social, lo cual los lleva incluso a asumir nuevos desafíos más allá de la escritura poética, como se desprende de las palabras del poeta Millahueique, quien plantea una problemática de acceso al discurso.

En alguna medida, esto se condice con lo señalado sobre la tercera etapa de “escritura propia” distinguida por Iván Carrasco (1990), sobre todo en el estado de conciencia del poeta y en el propio concepto de literatura manifiesto, aspectos que caben dentro de lo que en esta investigación se le llama proceso de intelectualización de los poetas mapuches.

Cuando el poeta señala su duda respecto del acceso de los mapuches urbanos a su expresión poética, se ratifica el supuesto de que conscientemente realizan un desplazamiento de su voz poética hacia otros modos de expresión escritural que circula en formatos y lenguajes menos restringidos. Por otra parte, también apela al rol social del poeta –rasgo de intelectualidad– en su responsabilidad de mediar la palabra en el espacio intercultural, y de responder a la exigencia que el poeta percibe desde su propia comunidad.

Este mismo poeta desde la experiencia intercultural hace una reflexión, en lo específico, sobre el desplazamiento, valoración y apropiación de un sistema cultural a otro (lengua oral/lengua escrita): “Yo perdí el idioma a

partir de la escuela, pero la escuela me enseñó a leer y a escribir. Adopté esos instrumentos y comencé a leer la poesía universal y una vez que me nutrí de esos elementos comencé a hablar de mi casa, de mi comunidad, de mi raíz” (Millahueique, 2007: s.p.); cita que, junto con el manifiesto estado de conciencia del autor, evidencia su condición autónoma frente a la selección de elementos culturales propios y occidentales.

Otro ejemplo de este mismo fenómeno de apropiación se advierte en la poeta Huinao (2012: s.p.) en el campo tecnológico y sobre la función que atribuye a su producción literaria en el contexto intercultural, quien al respecto señala:

En mi actual proceso de creación cultural, BiblioRedes ha sido fundamental (...) aprender computación e Internet fue como haber descubierto otro mundo (...) La esperanza anclada en mi razón es que algún día mi literatura sirva para acercar la distancia entre los pueblos indígenas y el racista-dominante pueblo chileno.

En este caso nuevamente se advierte que la función de la poesía para el poeta mapuche trasciende su carácter estético, la cual se fortalece por el aprendizaje tecnológico adquirido en el espacio intercultural.

El desborde discursivo y escritural de los poetas más allá de lo estético responde a las exigencias y tensiones del contexto (social y político) de las relaciones interculturales, constituyen un componente movilizador común de la intelectualidad mapuche; no obstante siendo un fenómeno común, los poetas lo resuelven de manera creativa y autónoma.

Como los poetas saben (conciencia escritural) que la escritura poética es validada según criterios de admisibilidad establecidos por las normas del canon occidental, leída por unos pocos, las élites, los lectores avezados, los especialistas, ven la necesidad de ganar mayor espacio y posición discursivo-comunicativa, fuera del campo de la poesía.

Sin embargo, con ella también es posible posicionar problemáticas como la identidad y modos diferentes de concebirla en la confluencia de elementos propios y ajenos, fenómeno planteado por el poeta Huirimilla (2014, s.p.) en uno de sus ensayos: “La utilización de códigos que en principio se podrían considerar ajenos me ha permitido, y ha permitido a eventuales lectores de mi trabajo, entender mejor una determinada identidad territorial”.

El discurso es un “objeto de deseo” y con propósitos de dominación como sostiene Foucault (1992), “el discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse” (Foucault, 1992: 6); de este modo, el conocimiento del intelectual mapuche controla el espacio de la enunciación y ejerce poder.

La producción discursiva muestra autonomía toda vez que se desplaza desde la legitimación endógena e intercultural y se ubica en el espacio global, donde actúa legitimada y consolidadamente, ya no proveniente de un “sujeto subalterno” (Spivak, 1998). La autonomía también contribuye a reforzar la identidad cultural y a reconfigurar el imaginario etnosocial mapuche, constituyéndose una nueva identidad individual y colectiva como intelectual mapuche y alcanza su plenitud cuando los poetas se desligan de los mandatos socioculturales de los grupos y son ellos quienes implementan sus propios razonamientos y miradas sobre los acontecimientos que refieren sobre los otros y sobre ellos mismos.

El desplazamiento enunciativo y escritural de los poetas intelectuales mapuches con las dos líneas temáticas desarrolladas, constituye una macro estrategia de visibilización e intervención en el espacio público: 1.- re escribiendo los significados que han permanecido a través de los discursos hegemónicos sobre la cultura mapuche y sobre los de la relación intercultural chileno-mapuche; 2.- aproximándose a la teorización de categorías y nociones en el campo específico de la literatura y de otras disciplinas; 3.- problematizando la contingencia política que involucra a la sociedad en su conjunto; 4.- contestando al poder establecido por la sociedad hegemónica; y, 5.- evidenciando su rol de líder intelectual en la esfera pública.

Si bien la investidura de poeta legitimado y auto legitimado en el espacio intercultural e intracultural, respectivamente, es contribuyente en algún grado con su rol de intelectual, no obstante, es él mismo, a propósito de los fines discursivo/comunicativos que se propone, quien mediante un mecanismo de desplazamiento enunciativo y escritural construye de manera autónoma este rol.

Reflexiones finales

El concepto de intelectual está asociado a categorías occidentales y a la identidad étnica del sujeto, a partir de las cuales se concibe al poeta mapuche, como un intelectual intercultural que se hace cargo de problemáticas variadas —éticas, estéticas, político contingentes, interculturales, socioculturales, históricas, entre otras— cuestionando el poder y el conocimiento hegemónico instalado por la sociedad dominante sobre la sociedad mapuche y su relación con la sociedad chilena y global, con la finalidad última de contribuir en el avance de una reconfiguración socioétnica, desde su rol de intelectuales.

El poeta intelectual mapuche asume la responsabilidad de posicionar discusiones, problematizaciones y puntos de vista con una postura y

pensamiento autónomos, sustentado en este nuevo rol como intelectual, el cual, a su vez, ha sido impulsado por su condición de poeta que le abrió un espacio en la esfera pública intercultural.

El concepto discutido tiene un carácter complejo, gatillado por el entrecruzamiento de significados intraculturales e interculturales y por rasgos epistémicos que le confieren una condición fronteriza que tensiona dos modos de comprensión del mundo —el mapuche y no mapuche—; tiene un carácter flexible y dinámico frente a las demandas del contexto y de los mandatos socioculturales de los grupos, no obstante su autonomía frente a los mismos, lo que a su vez contribuye a fortalecer su identidad cultural y su posicionamiento en la escena pública.

Los poetas mapuches en su condición de intelectuales asumen procesos metacognitivos y conciencia escritural, a través de los cuales reflexionan sobre temáticas variadas que desbordan la creación poética y transitan hacia otras textualidades que le permiten ampliar sus posibilidades discursivas.

El desplazamiento enunciativo y escritural de los poetas intelectuales mapuches es una macro estrategia de visibilización e intervención en el espacio público que asume los procesos antes mencionados, cuya legitimación y auto legitimación es preponderante para los fines discursivo/comunicativos que lo motivan, y que se expresa en textos poéticos y meta poéticos, poniendo en diálogo diversidad de discursos.

En este desplazamiento se reescriben los significados hegemónicos instalados, se teorizan categorías, se problematiza la contingencia política, se contesta el poder del sistema dominante y se cristaliza el liderazgo del rol de poeta como intelectual en la esfera pública.

Referencias

Bhabha, Homi (1994). *El lugar de la cultura*. Buenos Aires, Manantial.

Bello, Álvaro (2011). “Intelectuales Indígenas y Universidad en Chile: Conocimiento, Diferencia y Poder entre Los Mapuches”, en Robert Austin Henry (comp.): *Intelectuales y Educación Superior en Chile: de la Independencia a la Democracia Transicional, 1810-2001*. Chile CESOC Ediciones Chile América, pp. 97-132.

Betancour, Sonia (2008). “Construcción discursiva de la mismidad y de la otredad en el discurso poético y visual mapuche”, *Estudios Humanísticos Filología* 30.

España Universidad de León Facultad de Filosofía y Letras, pp. 9-24.

———(2009). “La construcción del sujeto cultural en el discurso y metadiscursivo poético y visual mapuche”, en Carlos Arcos (comp.): *Sociedad, Cultura y Literatura*. Ecuador FLACSO, pp. 255-270.

Betancour, Sonia y Geeregat, Orietta (2014). “El Subsistema Discursivo/Comunicativo Mapuche en Internet”. *Cuadernos Info*. Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile (en evaluación).

Betancour, Sonia; Geeregat, Orietta y Mabel García (2014). “Pueblo mapuche. Estrategias discursivo-comunicativas para un nuevo orden”, *Signo y Pensamiento. Revista de Comunicación, Información y Lenguajes*, Vol. XXXI, N° 64. Colombia, Pontificia Universidad Javeriana. Facultad de Educación y Lenguaje, pp. 62-77.

Bhabha, Homi (2002). *El lugar de la cultura*. Buenos Aires, Manantial.

Carrasco, Iván (1990). “Etnoliteratura mapuche y literatura chilena: relaciones”. *Actas de Lengua y Literatura Mapuche 4*. Chile, Departamento de Lenguas, Literatura y Comunicación Universidad de La Frontera pp.19-27.

Carrasco, Iván (1991). “Textos poéticos chilenos de doble registro”. *Revista Chilena de Literatura* 37. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile pp. 113-122.

———(2000). “Poesía Mapuche Etnocultural”. *Anales de Literatura Chilena 1*. Universidad Austral de Chile pp.195-214.

———(2005). “Literatura intercultural chilena: proyectos actuales”, *Revista Chilena de Literatura* 66. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, pp. 63-84.

———(2014). “Poesía autoetnográfica de Pedro Alonzo Retamal, antropólogo de sí mismo”, *Revista Chilena de Literatura*. 86, documento electrónico: <http://www.revistaliteratura.uchile.cl/index.php/RCL/article/view/31493/33239>, acceso 6 de octubre de 2014.

Carrasco, Hugo (1993). “Poesía mapuche actual. De la apropiación a la innovación cultural”, *Revista Chilena de Literatura* 43. Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile pp.75-87.

———(2002). “Rasgos identitarios de la poesía mapuche actual”, *Revista Chilena de Literatura*. Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades Universidad de Chile 61 pp. 83-110.

———(2008). “Discursos y Metadiscursos Mapuches”, *Revista Estudios Filológicos* 43. Universidad Austral de Chile pp. 39-53.

Colipán, Bernardo (2004). "Poesía es estar de pie en la vida". *El Siglo. n° 272*, documento electrónico: <http://www.letras.s5.com/bc180504.htm> acceso 5 de agosto de 2014.

———(2011). "Que es la poesía". Documento electrónico: <http://www.poesia.ca/blog/2011/11/28/por-bernardo-colipan/>, acceso 1 de septiembre de 2014.

Contreras, Verónica (2007). « Poesía Lírica Mapuche: espacio de imprevisibilidad textual ». *Diálogo Andino N° 30*. Facultad de Educación y Humanidades. Universidad de Tarapacá, Arica-Chile pp.19-23

Curín, Eduardo y Valdés, Marcos (s.f.). "A los intelectuales; o, de cómo resulta necesario repensar la cuestión mapuche", documento electrónico: <http://www.mapunet.org/documentos/mapuches/intelectuales.htm> , acceso 28 de agosto de 2014.

Chihuailaf, Elicura (1999). *Recado confidencial a los chilenos*. Chile LOM Ediciones.

———(2006). *De sueños azules y contrasueños*. Chile, Cuarto Propio.

———(s.f.). "¿Hablar o escribir acerca de la oralidad?", documento electrónico: <http://www.taccioncultural.cl/html/pdf/elicura.pdf>, acceso 5 de marzo de 2014.

———(2013). "La mapuchidad según Elicura Chihuailaf", documento electrónico: <http://www.paula.cl/entrevista/la-mapuchidad-segun-elicura-chihuailaf/>, acceso 10 de marzo de 2014.

Fierro, Juan Manuel (2006). "Aucanes poéticos: la polémica literaria entre Elicura Chihuailaf y Jaime L. Huenun: Los nuevos derroteros de la crítica". *I Congreso Internacional de Lingüística y Literatura Indoamericana y XII Jornadas de Lengua y Literatura Mapuche*. Chile, Universidad de La Frontera.

Foerster, Rolf (2000), "La poética mapuche huilliche como procedimiento de memorización". *Pentukun 10-11*. Temuco, Facultad de Educación y Humanidades Universidad de La Frontera pp.55-70.

Foerster, Rolf y Montecinos, Sonia (1988). *Organizaciones, líderes y contiendas mapuches (1900-1970)*. Chile, Colección: Biblioteca Nacional de Chile.

Foucault, Michael (1992). *El orden del discurso*. (trad.) Alberto González Troyano México: Tusquets.

García, Mabel (2010). "La Construcción del Relato Mítico Ancestral en el Arte y la Poesía Mapuche Actual". *Papeles de Trabajo n°20*. Centro de Estudios Interdisciplinarios en etnolingüística y Antropología Socio-Cultural pp.43-56.

García Barrera, Mabel (2012). “El proceso de retradicionalización cultural en la poesía mapuche actual: Ül de Adriana Paredes Pinda”. *Revista Chilena de Literatura*. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile pp.51-68.

Geeregat, Orietta y Fierro, Juan Manuel (2002). “Testimonios poéticos del mestizaje mapuche. Memoria y contramemoria en textos de Elicura Chihuailaf, Leonel Lienlaf, Jaime Huenún y Bernardo Colipán”. *Revista Razón y palabra*, n° 26, documento electrónico: <http://www.razonypalabra.org.mx/antecedentes/n26/index.html>, acceso 12 marzo de 2014.

Geeregat, Orietta y Fierro, Juan Manuel (2004). “La memoria de la Madre Tierra: el canto ecológico de los poetas mapuches”. *Anales de Literatura Hispánica-americanista* pp.77-84.

Huenún, Jaime (2010). “Poesía Mapuche: Actualidad y Permanencias”. *Revista Chilena de Literatura* documento electrónico: <http://www.academia.edu/1463403/>, acceso 28 de agosto de 2014.

———(2014). “Sobre *Reducciones y Ceremonias*: una entrevista a Jaime Huenún”. *Revista A Contra corriente Vol. 11*, documento electrónico: http://www.google.cl/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=5&ved=0CDQQF-jAE&url=http%3A%2F%2Facontracorriente.chass.ncsu.edu%2Findex.php%2Facontracorriente%2Farticle%2Fdownload%2F798%2F1605&ei=1No7VJO-vEsv8sATbhIH4CQ&usg=AFQjCNFaSjYn0Kg_CuONamsJtHEWjr_mxg, acceso 4 de agosto de 2014.

Huenún, Jaime (2012). “La figura del poeta como una entidad impoluta, limpia del polvo y la paja de su contexto y origen, es una falacia: una entrevista a Jaime Huenún”, en *Revista Intemperie*, documento electrónico: <http://www.revistaintemperie.cl/2012/09/27/jaime-huenun/>, acceso 30 de junio de 2014.

———(2014). “Entrevista con el poeta Mapuche Jaime Luis Huenún”, documento electrónico: <https://es.scribd.com/doc/200513851/>, acceso 3 de junio de 2014.

Huinao, Graciela (2012). *Diario Austral de Osorno*, documento electrónico: <http://www.futawillimapu.org/Litu/Entrevista-Graciela-Huinao-poetisa-No-me-siento-chilena-porque-yo-naci-mapuche.html>, acceso 26 de junio de 2014.

Huirimilla, Juan Paulo (2004). “El sentido de la muerte según relatos mapuche”, documento electrónico: <http://www.letras.s5.com/archivohuirimilla.htm>, acceso 7 de mayo de 2013.

———(2005). “Erotismo en la poesía de Lorenzo Aillapán Cayuqueo y Roxana

Miranda Rupailaf”, documento electrónico: <http://www.letras.s5.com/archivo-huirimilla.htm>, acceso 3 de junio de 2013.

———(2005). “Elementos cosmovisionarios de los huilliches de la costa y Chiloé”, documento electrónico: <http://www.letras.s5.com/archivo-huirimilla.htm>, acceso 3 de junio de 2013.

———(2005). “La poética del rancho (primera parte)”, documento electrónico: <http://www.letras.s5.com/archivo-huirimilla.htm>, acceso 3 de junio de 2013.

———(2005). “Ü: el puma azul de todos sus pewma de Adriana Paredes Pinda”, documento electrónico: <http://www.letras.s5.com/archivo-huirimilla.htm>, acceso 3 de junio de 2013.

———(2006). “No nuestro un mundo utópico como Chihuailaf”, documento electrónico: <http://www.lanacion.cl/noticias/cultura-y-entretencion/juan-paulo-huirimilla-no-nuestro-un-mundo-utopico-como-chihuailaf/2006-05-08/202511.html>, acceso 14 de enero de 2014).

Kotov, Rita y Vergara, Jorge (1997). “La identidad mapuche en la perspectiva de los intelectuales indígenas”, en *Actas del Segundo Congreso Chileno de Antropología, tomo I*. Santiago: Colegio de Antropólogos de Chile, pp. 452-461.

Le Bonniec, Fabien (2011). “Mitos y realidades acerca de la figura del intelectual mapuche en la edad del multiculturalismo neoliberal chileno”, en *Cuadernos Interculturales 17 año 9*. Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal, pp.53-71.

Lienlaf, Leonel (1989). *Se ha despertado el ave de mi corazón*. Chile, Editorial Universitaria

Moraga, Fernanda (2009). “A propósito de la “diferencia”, poesía de mujeres mapuche”. *Revista Chilena de Literatura* 74. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile pp. 225-239.

Mignolo, Walter (2010). *Desobediencia epistémica: retórica de la modernidad, lógica de la colonialidad y gramática de la descolonialidad*. Buenos Aires. Argentina. Ediciones del Signo.

Millahueique, César (2007). “Mi poesía es política”, documento electrónico: http://www.culturaenmovimiento.cl/ul/mapu/index.php?option=com_content&1, acceso 4 octubre de 2013.

Moens, Anita (1999). *La poesía mapuche: expresiones de identidad*. Tesis de Licenciatura, Universidad de Utrecht.

Mora, Maribel (2011). "Historia, presente y desafíos de la producción literaria y artística del pueblo mapuche en Chile", documento electrónico: <http://www.isees.org/contenido.aspx?om=49&cid=9180>, acceso 27 de octubre de 2013.

Mora, Maribel (2013). "Poesía mapuche: la instalación de una mismidad étnica en la literatura chilena", en *A Contra corriente. Una revista de historia social y literatura de América Latina*. vol.10, nº3:21-53, documento electrónico: <http://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/viewFile/699/1170>, acceso 10 de diciembre de 2013.

Munizaga, Mónica (2011). *Las Voces del Trance - estudio crítico de la obra poética de Adriana Paredes Pinda*. Ser Indígena Ediciones.

Paíracán, Fernando (2013). "Lumaco: La Cristalización del Movimiento Auto-determinista Mapuche", en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades vol. 17, nº 1*, Chile, Universidad de Santiago de Chile pp. 35-57.

Paredes, Adriana (2005). "De por qué escribo. Mollfvñ pu nvtram" en *Üi*. Chile, LOM Ediciones pp.7-14.

Rodríguez, Claudia (2009). "Enunciaciones heterogéneas en la poesía indígena actual de Chile y Perú", en *Estudios. Filológicos 44*. Chile, Universidad Austral de Chile pp.181-194.

Rodríguez, Claudia (2005). "*Weupüfes* y *machis*: canon, género y escritura en la poesía mapuche actual", en *Estudios Filológico 40*. Chile, Universidad Austral de Chile pp.151-163.

Said, Edward [1993] (1996b). *Cultura e Imperialismo*. Barcelona, Editorial Anagrama.

———(1996a). *Representaciones del Intelectual*, Buenos Aires, Editorial Paidós.

Spivak, Gayatri (1998). *¿Puede hablar el sujeto subalterno?*, documento electrónico www.memoria.fahce.unlp.edu.ar, acceso 23 de marzo de 2014.

Varese, Stefano (1977). "Estrategia étnica o estrategia de clase", documento electrónico: <http://www.acuedi.org/doc/4824/estrategia-%26Atilde%3Btica-o-estrategia-de-clase.html>, acceso 29 de marzo de 2014.

Walsh, Catherine (2005). *La interculturalidad en la educación*. Lima-Perú, Ministerio de Educación-DINEBI.

Zapata, Claudia (2006). "Identidad, nación y territorio en la escritura de los intelectuales mapuches", en *Revista mexicana de Sociología*, Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal. México, Universidad Nacional Autónoma de México D.F. pp.467-509.

ARTÍCULO

Pizzorno, Pablo (2016). "Las grietas del dique. Tensiones populistas en de Ípola y Portantiero", *Papeles de Trabajo*, 10 (18), pp. 247-266.

RESUMEN

En un texto ya clásico, escrito desde su exilio mexicano, Emilio de Ípola y Juan Carlos Portantiero sostuvieron la tesis de que no hay relación de continuidad sino de ruptura entre populismo y socialismo. Para los autores, a pesar de la función histórica progresiva de los populismos latinoamericanos, que consistía en haber constituido una identidad popular de los sectores subalternos, dicho momento inicial de articulación nacional-popular terminaba siendo capturado por la dinámica populista en el inexorable predominio de su tendencia opuesta, nacional-estatal y organicista. Esta definición, que asemejaba al populismo a una operación transformista, aquí es contrastada con otros momentos del recorrido intelectual de los autores, tanto en la forma en que de Ípola vuelve recientemente sobre la cuestión, como en algunas reflexiones previas de Portantiero que aquel texto del exilio viniera a contradecir definitivamente.

Palabras clave: *Populismo, Socialismo, Transformismo, de Ípola, Portantiero.*

ABSTRACT

In a classic text, written from their Mexican exile, Emilio de Ípola and Juan Carlos Portantiero said that there is no relation of continuity but rupture between populism and socialism. For the authors, despite the progressive historical role of Latin American populism, which was to have been a popular identity of the subalterns, that initial national-popular moment ended up being captured by its opposite trend. This work compares that text with a recent essay written by de Ípola and with some old works of Portantiero published in 70s.

Key words: *Populism, Socialism, Transformism, de Ípola, Portantiero.*

Recibido: 18/3/2015

Aceptado: 31/3/2016

Las grietas del dique

Tensiones populistas en de ípola y Portantiero

por **Pablo Pizzorno**¹

Introducción²

La revitalización conceptual del populismo como tema de las ciencias sociales, suscitada en buena medida por la actualidad latinoamericana de la última década, ha devuelto el interés sobre una serie de viejos debates que no muchos años atrás parecían definitivamente reservados, en el mejor de los casos, a la curiosidad de los historiadores. Aquellas controversias de antaño, que habían sabido animar intensamente buena parte de la discusión política y cultural del siglo XX latinoamericano, encontraron en estos años nuevas invocaciones para antiguas tradiciones, recreando polémicas teóricas que parecían hacía tiempo desterradas del campo intelectual.

1 Lic. en Ciencia Política (UBA), maestrando en Ciencia Política (IDAES/UN-SAM) y doctorando en Ciencias Sociales (UBA). Becario doctoral CONICET con lugar de trabajo en el IDAES. ppizzorno@gmail.com

2 Versiones anteriores de este trabajo fueron presentadas en las V Jornadas Debates Actuales de la Teoría Política Contemporánea, Buenos Aires, 8 y 9 de agosto de 2014 y las X Jornadas de Investigadores en Historia, Mar del Plata, 19 al 21 de noviembre de 2014. Agradezco los comentarios allí realizados, como también las lecturas atentas de Gerardo Aboy Carlés y Julián Melo.

Si, desde diversos enfoques, el populismo clásico había sido interpretado como una forma de participación política anómala que se alejaba de determinados modelos canónicos (ya fuera obstáculo arcaico de la modernización, desborde carismático de la democracia o tapón cesarista de la revolución proletaria), su actualización contemporánea reintrodujo en primer lugar las variantes lisa y llanamente condenatorias que veían en él una experiencia del orden de lo patológico. Allí no fue difícil advertir la proliferación de miradas eminentemente peyorativas sobre el comportamiento político popular que, en la clave del “plato de lentejas”,³ explicaban el fenómeno populista en torno a la manipulación del líder y la irracionalidad de las masas.

En paralelo, la emergencia de los nuevos populismos recreó también la arista de las polémicas con las expresiones de izquierda, que asumieron diversas posiciones frente a los gobiernos que emergieron en diversos países de la región a partir del cambio de siglo. Mientras que un sector de las izquierdas tomó distancia de estas experiencias, subrayando sus presuntas líneas de continuidad con la década anterior, otras ensayaron diversos modos de aproximación política. Este panorama recreó una historia de relaciones conflictivas entre los populismos y la tradición de izquierda, cuyos orígenes pueden remontarse al debate entre José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre en el seno de la izquierda peruana de los años veinte. Desde entonces, como verdaderos *hechos malditos* de la tradición marxista, los regímenes de carácter nacional-popular latinoamericanos siempre representaron un profundo problema teórico para las izquierdas locales; un problema que -es sabido- fue resuelto de formas tan disímiles como pueda imaginarse. En la Argentina, el peronismo expresó de forma paradigmática aquella compleja relación, en no pocos casos traumática, que supo contemplar, por parte de la izquierda, desde el abierto y prácticamente unánime rechazo en tiempos del primer peronismo⁴, hasta posteriores diversas formas de acercamiento con

3 Ya el propio Gino Germani cuestionaba “la teoría del plato de lentejas”, basada en la imagen de una transacción en la que el pueblo entregaba su libertad a cambio de las dádivas entregadas por el peronismo. “El dictador”, decía Germani, “hizo demagogia, es verdad. Mas la parte efectiva de esa demagogia no fueron las ventajas materiales, sino el haber dado al pueblo la experiencia (ficticia o real) de que había logrado ciertos derechos y que los estaba ejerciendo” (1977: 341). Aquella clave de exploración germaniana que -obturada irremediablemente por su enfoque general y sus conclusiones- intentó definir la naturaleza del vínculo más allá de un gesto mecánico, puede rastrearse en los trabajos de Daniel James sobre los orígenes del peronismo.

4 Como integrantes de la Unión Democrática, el socialismo y el comunismo coincidieron durante la campaña electoral previa a las elecciones de 1946 en el énfasis a la hora de caracterizar al peronismo como una versión criolla del fascismo europeo. Tras el triunfo de Perón, el socialismo adoptó una posición de “oposición sistemática” que profundizó el antagonismo en clave “democracia-dictadura”, a diferencia del comunismo, que se mostró más oscilante y también más proclive a buscar algún tipo de acercamiento al peronismo, sobre todo en el ámbito gremial.

mayores o menores niveles de reserva, que en algunos casos dieron forma a la llamada izquierda peronista de los años sesenta y setenta.

Aquel camino de reelaboración teórica desde la izquierda, que llevó a revisar en clave autocrítica la posición frente al gobierno peronista, es una operación esencialmente posterior a la caída de Perón⁵. Después de 1955, como afirma Altamirano (2001: 68), se generó una situación revisionista dentro del ámbito político e intelectual de la izquierda argentina, desde donde se multiplicaron las interpretaciones destinadas a ofrecer las claves del “hecho peronista”. Dicha empresa, en la que más tarde tendría un papel protagónico una nueva generación vinculada al surgimiento de la llamada “nueva izquierda” de los años 60, también apuntó contra el rol que habían desempeñado el Partido Socialista y el Partido Comunista durante la década peronista.⁶

Se trataba, como dice Altamirano, de situar al peronismo dentro del relato marxista. Pero, a diferencia y en contraste con las interpretaciones de la izquierda tradicional –que habían hecho de él un retroceso o un desvío, tras el cual la clase obrera reencontraría su camino–, la verdadera comprensión del peronismo lo inscribiría, para el discurso revisionista, como un momento de ese camino, cuya superación sobrevendría a través de la crisis o de la transmutación, dejando atrás su apariencia actual, a la vez real e interina (Altamirano, 2001: 82).

En ese sentido, la corriente luego llamada de “izquierda nacional”, donde tomarán repercusión autores como Jorge Abelardo Ramos, Rodolfo Puiggrós, Eduardo Astesano y Juan José Hernández Arregui en los años posteriores a la caída de Perón⁷, se construyó enfrentada a la lectura tradicional de la izquierda socialista y comunista frente al hecho peronista. Si para el PS y el PC, el peronismo

Ver Altamirano (2001).

5 Esto no quita que, al interior del PS y el PC, hayan existido tensiones internas a causa del posicionamiento sobre el peronismo. En el caso del socialismo, de forma más indirecta, se expresó en la disidencia de ciertos sectores frente al núcleo dirigente encabezado por Américo Ghioldi, de fuerte corte antiperonista, aunque el principio de la crítica tuviera más que ver con el progresivo relegamiento de la “cuestión obrera” dentro de la línea liberal-republicana de la ortodoxia partidaria (Tortti, 2009). Un episodio fugaz y, sí más atravesado por la cuestión peronista, fue la creación del Partido Socialista de la Revolución Nacional en 1953, aunque de un alcance muy minoritario (Herrera, 2011). En el caso de los comunistas, la expulsión del grupo dirigido por Puiggrós en 1946 y el llamado “caso Real” de 1952, que consistió en un breve acercamiento público al gobierno a raíz de la ausencia en el país de Victorio Codovilla (Altamirano, 2001: 28), también fue una muestra de los conflictos internos que motivó el ascenso del peronismo.

6 Sobre la “nueva izquierda” y la crisis generacional con los partidos tradicionales de izquierda: Altamirano (2001), Sigal (1991), Terán (1991) y Tortti (2009).

7 Altamirano (2001) reseña como las obras centrales de este grupo a *Historia crítica de los partidos políticos argentinos* (1956), de Puiggrós; *Revolución y contrarrevolución en la Argentina* (1957), de Ramos; y *La formación de la conciencia nacional* (1960), de Hernández Arregui. Cabe mencionar que la propia obra de Arturo Jauretche, señalado repetidamente como un autor paradigmático del peronismo, también es posterior a 1955.

había significado esencialmente un obstáculo y una desviación en la toma de conciencia obrera y su desarrollo autónomo como clase, la izquierda revisionista lo situaría, en cambio, como un momento progresivo de dicha trayectoria.

De este modo, la crítica al “carácter extranjerizante” del PS y el PC, la centralidad de la “cuestión nacional” y el rescate del peronismo en clave antiimperialista se inscribían a su vez en la adopción del relato revisionista del pasado argentino⁸, en una línea de continuidad histórica que se remontaba a la reivindicación de las montoneras y caudillos del siglo XIX, se continuaba con el yrigoyenismo y reaparecía en el peronismo. Como dice Svampa, aquí la centralidad de la lucha de clases de la tradición marxista encontraba su traducción local en la dicotomía Pueblo-Oligarquía: los avatares de la historia así como las sucesivas encarnaciones del Pueblo indicarían una progresiva toma de conciencia de las masas en la lucha por la liberación nacional. Así, para Puiggrós, los cuatro avatares de la historia argentina eran “montoneras, política criolla, chusma yrigoyenista y descamisados o cabecitas negras” (Svampa, 2010: 353).

Sin profundizar en el desarrollo conceptual de la “izquierda nacional”⁹, importa destacar que su originalidad consistió en explorar un camino de articulación teórica entre la tradición marxista y la nacional-popular que, desmontando la interpretación de la izquierda tradicional, estableció una relación de continuidad y no de ruptura entre peronismo y socialismo. Como ya se dijo, esta línea de indagación sería retomada -y si se quiere, complejizada- por las corrientes renovadoras del marxismo dentro de la llamada “nueva izquierda” de los años 60, que tuvo su correlato en la ruptura de grupos juveniles provenientes de las filas del PS y el PC. Entre ellos se encontraba, de forma destacada, el grupo fundador de la revista *Pasado y Presente*, que tenía entre sus principales animadores a unos jóvenes José Arico y Juan Carlos Portantiero.¹⁰

8 La operación revisionista es previa a la aparición de la “izquierda nacional”, aunque constituyó un insumo central para la construcción de dicha corriente. Ver Svampa (2010).

9 Sobre la “izquierda nacional”, su interpretación del hecho peronista y su inscripción en el discurso revisionista, ver Altamirano (2001, Cap. IV) y Svampa (2010, Cap. IV)

10 *Pasado y Presente* fue una revista y un proyecto editorial fundado en Córdoba, impulsado por un grupo de jóvenes militantes comunistas que terminó siendo expulsado del partido a raíz de su línea disidente. En su primera época, la revista publicó nueve números entre 1963 y 1965, y tuvo una segunda etapa de tres números más en 1973. Sobre *PyP*, ver Burgos (2004) y Crespo (2009).

La captura populista

En un artículo que integra el libro publicado en homenaje a Portantiero poco después de su muerte (Hilb, 2009), Emilio de Ípola vuelve sobre algunas de estas cuestiones, reactivando, como se dijo al principio, antiguas polémicas que atravesaron a una parte significativa del campo político-intelectual argentino. El texto en cuestión (de Ípola, 2009) es una réplica a algunos de los puntos centrales desarrollados por Ernesto Laclau en *La razón populista*. Pero, más allá de las observaciones sobre la producción más reciente de Laclau, aquí se quisiera retener la vinculación que el propio de Ípola establece con el origen de aquella controversia: la respuesta que escribió junto a Portantiero frente al primer ensayo de Laclau sobre la cuestión populista.

En 1981, en el marco de su exilio mexicano, de Ípola y Portantiero presentaron una ponencia, en un coloquio organizado por la Universidad Autónoma de México, titulada “Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes” (de Ípola y Portantiero, 1989), que, según narra de Ípola, era “fuertemente crítica respecto del populismo como movimiento y régimen estatal”. Poco antes, en 1977, Laclau había publicado su ensayo “Hacia una teoría del populismo”, en el que definía al populismo como una peculiar forma de articulación discursiva de las interpelaciones popular-democráticas como conjunto sintético-antagónico a la ideología dominante (Laclau, 1978). Aunque, dice de Ípola, en la respuesta a Laclau no residía el objetivo principal del texto, su contraste era evidente, más allá de que compartieran un marco de análisis similar, “de raigambre gramsciana” (de Ípola, 2008: 207).

La tesis central de aquel texto se hacía explícita desde el inicio: ideológicamente y políticamente, afirmaban de Ípola y Portantiero, no hay continuidad sino ruptura entre populismo y socialismo. Allí se plasmaba el definitivo abandono de ambos autores a aquella búsqueda articuladora entre populismo y socialismo, que se había expresado en el apoyo crítico (principalmente de Portantiero) al peronismo desde una mirada de izquierda. El desenlace trágico del retorno de Perón, la dictadura y el exilio forzado sin duda orientaron la revisión autocrítica de ambos autores y los nuevos horizontes de su reflexión, principalmente vertida en la publicación de la revista *Controversia*¹¹, que reunió en el exilio mexicano a intelectuales de procedencia socialista y peronista.

Aquella ponencia del 81, desde sus primeros párrafos, declaraba:

11 *Controversia*, que editó catorce números entre 1979 y 1981, reflejó las discusiones desde el exilio mexicano de un grupo de intelectuales de diversas procedencias, donde predominaba la reflexión autocrítica respecto a los años anteriores y a la vez se anticipaban algunas claves del ámbito académico de la transición democrática.

La única tesis de estas notas es la siguiente: *ideológica y políticamente* no hay continuidad sino ruptura entre populismo y socialismo. La hay en su estructura interpelativa; la hay en la aceptación explícita por parte del primero del principio general del fortalecimiento del Estado y en el rechazo, no menos explícito, de ese mismo principio por la tradición teórica que da sentido al segundo. Y la hay en la concepción de la democracia y en la forma del planteamiento de los antagonismos dentro de lo “nacional-popular”; el populismo constituye al pueblo como sujeto sobre la base de premisas organicistas que lo reifican en el Estado y que niegan su despliegue pluralista, transformando en oposición frontal las diferencias que existen en su seno, escindiendo el campo popular a base de la distinción entre “amigo” y “enemigo” (de Ípola y Portantiero, 1989: 23).

Para de Ípola y Portantiero, en el populismo se funden los dos principios elementales de agregación política bajo el capitalismo: el dominante, “nacional-estatal”, y el dominado, “nacional-popular”. Lo nacional-popular, siguiendo a Gramsci, era la materia prima, las tradiciones populares para construir una voluntad colectiva que abarcara en conjunto a “intelectuales” y “pueblo”, aunque éstas no implicaban un todo coherente antagónico a la opresión, sino que estaban atravesadas por una contradicción interna entre tendencias a la ruptura y contratendencias a la integración. Si el populismo latinoamericano había tenido una función históricamente progresiva, la de constituir un “pueblo” como sujeto político amalgamando demandas nacional-populares (volveremos luego sobre esto), en tanto movimiento de nacionalización y ciudadanía de las masas, dicho momento terminaba subsumido en el principio opuesto, el nacional-estatal, fetichizando en el estado capitalista el ilusorio orden superior de un cuerpo social fragmentado.

Desde una impronta fuertemente societalista, ciertamente tributaria del pensamiento de Marx, de Ípola y Portantiero critican la *captura* populista de aquel momento nacional-popular dentro de los límites infranqueables del orden nacional-estatal, en tanto éste opera como forma “universal” de una dominación particular, legitimando y reproduciendo las asimetrías estructurales del capitalismo. De este modo, el populismo no iría más allá de ser una variante transformista que, aunque históricamente progresiva, cumple una función esencialmente obturadora: la de un dique de contención del desarrollo autónomo de las masas.

En ese sentido –en un párrafo que retoma de Ípola en su artículo de 2009– dicha captura de los populismos reside esquemáticamente en que éstos: 1) desplazan los elementos antagónicos a la opresión en general, efectivamente presentes en las demandas populares, solo contra una opresión particularizada de aquella (por ejemplo, la “hegemonía oligárquica”); 2) interfieren en esas demandas con la propia matriz doctrinaria de la élite que dirige al movimiento; 3) recomponen el principio general de dominación, fetichizando al Estado (“popular”, ahora) e implantan-

do, de acuerdo a los límites que la sociedad le imponga, una concepción organicista de la hegemonía (de Ípola y Portantiero, 1989: 28).

En este último punto, de Ípola y Portantiero conjugan expresamente las dos aristas de su argumentación contra el populismo: la clave marxista y la liberal.¹² Si la primera se presta a la denuncia de la “estadolatría” y la reificación del estado burgués que ejerce el populismo, mediante la segunda cuestionan su “concepción organicista” que “organiza desde arriba a la comunidad, enaltecendo la semejanza sobre la diferencia, la unanimidad sobre el disenso” (1989: 29). Aquí cobra importancia la cuestión del líder populista, o jefe carismático, que en el texto del 81 se aborda, bajo predominio “deipoliano”,¹³ a partir de las referencias directas al peronismo.

Los autores abordan al primer peronismo en el mismo sentido histórico-progresivo que ya habían adjudicado a los populismos clásicos: la de un momento de constitución política e identitaria de lo “nacional-popular” a partir de la articulación de demandas subalternas, que el peronismo plasmó a través del reconocimiento de derechos a las masas populares y canales efectivos de movilización y participación, otorgándoles “un protagonismo sin precedentes hasta entonces en la vida social y política del país”. “En términos más concisos y tajantes”, agregaban, “el peronismo, dio, por primera vez, un principio de *identidad* a la entidad “pueblo” (de Ípola y Portantiero, 1989: 29).

Sin embargo, y siguiendo el mismo esquema, pronto este momento inicial era irremediabilmente subsumido en la captura nacional-estatal y organicista del populismo. En el caso del peronismo, inserto en “los marcos estrictos de una lógica que llevaba en última instancia a depositar en el poder estatal, y particularmente en el de su jefe máximo, la “palabra decisiva””. Esas directivas, dicen los autores, apuntaron a limitar y sofrenar las voces, las iniciativas y, sobre todo, las resistencias nacidas “desde abajo”. Por lo cual, señalaban que “parafraseando la conocida fórmula de Althusser, el peronismo constituyó a las masas populares en sujeto (el pueblo), en el mismo movimiento por el cual (...) sometía a ese mismo sujeto a un sujeto único absoluto y central, a saber, el Estado corporizado y fetichizado al mismo tiempo en la persona del jefe “carismático” (de Ípola y Portantiero, 1989: 30).

De este modo, la crítica de de Ípola y Portantiero anuda en un mismo movimiento la objeción al populismo en tanto dique de contención

12 “Entendemos a la democracia socialista”, decían los autores, “como ligada de forma indisoluble con el pluralismo, esto es, como un práctica política y cultural que no enarbola, como supremos, los valores de la unanimidad y la semejanza” (de Ípola y Portantiero, 1989: 28)

13 Nos referimos a un pasaje del texto en donde puede rastrearse la “impronta althusseriana” de de Ípola (particularmente de los artículos “Populismo e ideología” I y II, ambos de 1979, donde ya se polemizaba con aquel ensayo de Laclau). Ver de Ípola (1983).

transformista como orden autoritario ajeno al despliegue del pluralismo democrático. Ambos principios se condensan en el jefe carismático, cuya “palabra decisiva” bloquea, con mayor o menor negociación, cualquier esbozo de disidencia o superación a los límites infranqueables del orden nacional-estatal y organicista. Por eso, aunque los autores reconocen que “no sería en absoluto pertinente agotar la riqueza y la complejidad del fenómeno peronista en la personalidad, los actos, y menos aún la palabra de su líder”, terminan concluyendo que “aún en aquellos casos en que la actividad y los objetivos de las bases desbordaron o cuestionaron a los de la dirigencias, nunca pusieron *realmente* en tela de juicio a la forma del poder y, con ella, a la relación establecida de dominación/subordinación propia del peronismo” (1989: 31).

Así, el líder populista aparece como el garante en última instancia de la inevitable sutura estatal que todo populismo termina aplicando sobre aquel momento inicial de articulación nacional-popular. Esta cuestión es especialmente retomada por de Ípola (2009) en la reedición de la controversia con Laclau. Allí, aunque en el marco de una revisión teórica más profunda, el autor reivindica y actualiza la argumentación de aquella ponencia:

Hoy insistiríamos sobre el hecho, ya planteado en el artículo de 1981, de que la presencia del Líder desequilibra, en su favor, el ejercicio de la hegemonía, aún si en ocasiones debe negociar y conceder algunas demandas a sus liderados. En esa medida, la autonomía y la capacidad de decisión de estos últimos se ve cercada por límites infranqueables, puesto que, en lo que hemos llamado el “pacto de origen” de todo populismo, el primado pertenece, en último término, a la voluntad del Líder. Y esto vale no solo para los populismos tradicionales, a saber, el cardenismo, el varguismo y el peronismo, sino también para los neopopulismos de Evo Morales, Kirchner y Chávez (de Ípola, 2009: 209).

La argumentación de de Ípola transcurre, como se dijo, en el marco de una revisión que establece rupturas y continuidades respecto a aquel texto del 81. Así, el artículo de 2009 se inicia relatando el proceso autocrítico de una camada generacional de intelectuales respecto a sus opciones teóricas y políticas de décadas atrás; una autocrítica principalmente basada en la defensa de la democracia como un valor *per se*, el apoyo al estado de derecho y el pluralismo, y la crítica de fondo a la violencia armada. Esta clave, que ya se encontraba esbozada en el texto del 81, se extendió a una revisión que “obligó a ir tirando progresivamente por la borda estratos cada vez más profundos de nuestras creencias teóricas de años atrás”. Desde luego que, en marco de la crisis global del pensamiento de izquierda de las últimas décadas, esta reconsideración también incluyó el abandono de una serie de viejos axiomas arraigados

en la tradición marxista que, como afirma de Ípola, “pone al desnudo una profunda -y previsible- debilidad, a saber, que nada nuevo parece reemplazar a esas sucesivas deserciones teóricas, las cuales, además, poseen la virtud fatal de depender unas de otras” (2009: 199).

Se incluye esta advertencia que establece de Ípola desde el inicio de su texto para contextualizar el diálogo, menos explícito, que él mismo mantiene luego con la ponencia escrita junto a Portantiero. Es evidente que la vena marxista del texto del 81 se encuentra desdibujada en la recuperación del mismo que realiza el artículo de 2009, donde advierte que “(su) terminología se ha tornado en gran medida anticuada”. En 2009, la crítica a la captura transformista sobre lo nacional-popular que ejerce el populismo transcurre eminentemente por una matriz liberal-republicana. Así, recordando la polémica con Laclau de aquellos años, de Ípola dice:

Para nosotros, en efecto, el ejercicio populista del poder tendía a subordinar el elemento nacional-popular al Estado, encarnado en el Líder, negaba o limitaba el pluralismo y, cuando lo juzgaba necesario para sus intereses, se apartaba de las reglas institucionales. Aun en sus mejores expresiones, aun con un Padre progresista y generoso, el populismo gobernaba prácticamente sin controles, al arbitrio del talante del caudillo. *En ese sentido*, nunca podía ir más allá de lo que Gramsci calificaría como una variante del transformismo (de Ípola, 2009: 208, cursiva propia)

La captura populista de lo nacional-popular reside principalmente ahora en su negación del pluralismo democrático y en el apartamiento de las reglas institucionales. Es *en ese sentido* asimilable a una operación transformista de acuerdo al lenguaje gramsciano. Esta dimensión crítica, que enfatiza la arista liberal ya presente en el texto del 81, se sostiene contra los ya mencionados “neopopulismos” (“realmente existentes”, diríamos para aggiornar la expresión) y, a la vez, contra la propuesta teórica del Laclau de *La razón populista*, que divide populismo e institucionalismo.¹⁴

14 En *La razón populista*, Laclau diferencia entre una totalización institucionalista y una populista. Mientras que la primera intenta hacer coincidir los límites de la formación discursiva con los límites de la comunidad, en la segunda una frontera de exclusión divide a la sociedad en dos campos: una parte, la de los menos privilegiados, la *plebs*, se identifica con el todo, el *populus*, el conjunto de la comunidad (Laclau, 2005: 108). Una totalización institucional, creada desde una lógica diferencial, se diferencia de una populista que, construida en torno a la lógica equivalencial, traza una frontera antagónica entre dos partes. En ese sentido, para Laclau, un antagonismo erigido sobre una ruptura equivalencial puede ser desactivado progresivamente en la cristalización de un orden institucional. Ese sería el caso del primer peronismo, donde, para Laclau, el momento específicamente populista inicial de la discursividad peronista, representado en el predominio del significante *descamisado* es progresivamente clausurado por el llamado a un orden puramente diferencial cristalizado en la imagen de la *comunidad organizada*. Dicha desactivación progresiva presenta un recorrido similar a la periodización del primer

Finalmente, la actualización teórica de de Ípola incluye un abandono de la matriz teórica gramsciana, en particular del concepto de hegemonía, al cual cuestiona “su sesgo proclive a una visión unificadora y su dificultad para coexistir con la concepción renovada de la política como un campo común de consensos y disensos, como un ámbito de pluralismo conflictivo” (2009: 201). Este recorrido intelectual, opuesto al de Laclau, que vertebró su producción teórica posterior en torno a la centralidad del concepto de hegemonía, es profundizado hacia el final del texto de 2009 con la referencia a la crítica de Luciano Pellicani a los *Cuadernos de la Cárcel*, donde se afirma la “naturaleza totalitaria” del pensamiento gramsciano y la incompatibilidad de su “visión trascendental” con el libre juego democrático (2009: 215-220).

Los “usos” de Portantiero

Como se dijo anteriormente, ya aquella ponencia de de Ípola y Portantiero era parte de un proceso de revisión política y teórica respecto a una serie de indagaciones que habían orientado buena parte de su trabajo intelectual previo. En ella se pueden rastrear rupturas y continuidades; problemas que son reconocidos y resueltos de formas diferentes; énfasis puestos en distintos tramos de una reflexión más amplia. Desde su regreso al país, tras la salida de la dictadura, tanto de Ípola como Portantiero pondrían a la cuestión de la democracia en el centro de su reflexión teórica. Su estrecha vinculación con el presidente Raúl Alfonsín a lo largo de la década de los ochenta, plasmada por ejemplo en la redacción del famoso discurso de Parque Norte¹⁵, fue la práctica política que acompañó las nuevas preocupaciones de los autores.

peronismo que había realizado de Ípola en el 79, en la cual a partir de la segunda presidencia de Perón, “los elementos propiamente populistas de su discurso van paulatinamente desapareciendo” (1983: 143). No obstante, el énfasis del de Ípola de 2009 está puesto en el carácter autoritario que adquiriría la formulación de Laclau, reproduciendo la antinomia laclausiana entre populismo e institucionalismo, aunque tomando partido por el segundo: “¿Puede ser institucionalista, respetuoso de la ley, auténticamente pluralista y continuar llamándose “populismo”? No lo creemos: lo que el populismo de Laclau podría ganar en apertura de ideas, en respeto a las reglas institucionales y en apoyo al pluralismo, lo perdería en identidad” (2009: 210). Para una crítica a la relación entre populismo e institucionalismo que establece Laclau, ver Melo (2009).

15 Como afirma Gerardo Aboy Carlés, el discurso de Parque Norte, de diciembre de 1985, expresa el anhelo alfonsinista de promover, además de la ruptura democrática frente a la dictadura reciente, otra ruptura más profunda: la del quiebre con las causas de la recurrente inestabilidad política del país. Allí se identificaba la responsabilidad de las principales identidades políticas argentinas, que al adoptar frecuentemente la forma de voluntades hegemónicas, habían contribuido a la consolidación de una cultura política con rasgos autoritarios y escasa capacidad de tejer pactos de convivencia democrática. Véase Aboy Carlés (2004).

El caso de Portantiero es peculiar, puesto que el giro teórico iniciado en el exilio mexicano abandona una clave destacada de su labor teórica anterior, vinculada a la mencionada exploración de un camino articulador entre la tradición marxista y la nacional-popular. En ese sentido, aquí se quisiera mencionar algunos postulados, de ninguna manera exhaustivos, que había desarrollado Portantiero en la clave aludida y que se encuentran en los trabajos reunidos en su libro *Los usos de Gramsci* (Portantiero, 1987), editado en 1981 y de amplia difusión en la región, además de señalado por el propio autor, hacia el final de su vida¹⁶, como su obra más importante junto a los *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, escrito junto a Miguel Murmis, de 1971. Particularmente, interesa resaltar brevemente algunas cuestiones desarrolladas en dos artículos que formaron parte de la edición original de *Los usos de Gramsci*: el artículo del mismo nombre, aparecido en 1977 (y redactado en 1975) como prólogo a los escritos del italiano publicados en la colección de *Cuadernos de Pasado y Presente* que dirigía Aricó, y las “Notas sobre crisis y producción de acción hegemónica”, originalmente una ponencia presentada en un seminario organizado por la UNAM en Morelia en 1980.

El caso de las “Notas” es llamativo, dado que no solo su argumentación exhibe un sugerente contraste con el texto firmado junto a de Ípola apenas un año después, sino que además se trata de un artículo retirado por Portantiero de las últimas ediciones de *Los usos de Gramsci* a finales de los 90¹⁷, acaso por formar parte de una propuesta teórica y política que el autor pronto abandonaría definitivamente, y probablemente considerada anticuada para una reedición posterior. De cualquier forma, el episodio ilustra sobre “los usos” que pueden hacerse de la obra de Portantiero, a la vez que permite indagar sobre el lugar que fueron ocupando determinados tópicos en su trayectoria intelectual.

En el Portantiero de *Los usos* aún subyace una hipótesis de continuidad entre populismo y socialismo que, como ya se dijo, sería desterrada por el texto del 81 junto a de Ípola. Esta búsqueda está asentada en un postulado, no refutado por aquella revisión, que entiende que la construcción del socialismo es una tarea nacional-popular. El término es heredado de la idea gramsciana de una “voluntad colectiva nacional-popular” como producto de la acción hegemónica de las clases subalternas. Portantiero, a lo largo del extenso artículo sobre Gramsci, va extrayendo conclusiones sobre la originalidad del pensamiento del italiano que al final retoma en clave latinoamericana.

16 En una entrevista realizada por Edgardo Mocca y editada póstumamente como libro (Mocca, 2012)

17 En la edición de Grijalbo, de 1999, las “Notas”, que originalmente eran el tercer artículo del libro, son reemplazadas por otro texto titulado “Gramsci y la crisis cultural del Novecientos”.

El razonamiento gramsciano aportaba un enfoque implantado sobre “la primacía de la política, no como “esencia” sino como momento superior de la totalidad de las relaciones de fuerza sociales” (Portantiero, 1987: 114) que en dicho contexto permitía tomar distancia del economicismo mecanicista del marxismo ortodoxo y del “clasismo” fundamental de allí derivado como estrategia política por parte de la izquierda tradicional. Así, el concepto de hegemonía, como capacidad para unificar la voluntad disgregada por el capitalismo de las clases populares, orientaba una tarea organizativa destinada a la construcción de la *unidad política* de los sectores subalternos que para Gramsci, en clave italiana, residía en una articulación obrero-campesina que también incorporara a los intelectuales.

Aquella lección que el Portantiero del 77 extrae de Gramsci, la de la constitución de una voluntad colectiva que articulara políticamente al conjunto de las clases populares, estaba basada en otra enseñanza del sardo, la de “la necesidad de “traducir” la lucha revolucionaria a las características nacionales de cada sociedad” (1987: 100). Si las clases dominantes habían identificado nación con estado, la tarea de las clases populares y de los intelectuales que buscaran articularse orgánicamente con ellas no podía ser otra que “intentar recobrar críticamente (y organizativamente también) su propio pasado, la memoria histórica de una identidad entre nación y pueblo” (1987: 134).

Lo nacional-popular se erige, de este modo, como el momento de constitución política de un sujeto colectivo que articula al conjunto de las clases subalternas, que recoge una historia y una tradición propia de los sectores populares, y que disputa el sentido de “lo nacional” que las clases dominantes fetichizan en el estado. “Para ello”, diría luego Portantiero en las “Notas”, “es la propia categoría de *pueblo* la que debe ser construida, en tanto voluntad colectiva. El pueblo no es un dato sino un sujeto que debe ser producido” (1987: 153). De manera análoga a lo que Marx llamaba el pasaje del proletariado a la condición de “clase nacional” en el *Manifiesto Comunista*, para Portantiero el tránsito de la situación “de clase” a la conformación de “lo popular” implicaba un proceso de acción política hegemónica que se condensaba en la construcción de un “pueblo”, no como una esencia inmanente ya dada previamente, sino como una elaboración propia del arte de la política.

En América Latina, esta tarea adquiriría características particulares. Se trataba de una región no asimilable plenamente al “Occidente” del esquema gramsciano, idóneo para el despliegue de la guerra de posición y la acumulación contrahegemónica en las trincheras de una sociedad civil desarrollada, pero tampoco al atraso de “Oriente” cuyo insuficiente desarrollo, de una sociedad civil “primitiva y gelatinosa” y

un estado autocrático, alentaba la estrategia de la guerra de maniobra y la toma del poder por asalto. Portantiero, en cambio, la asemeja al “Occidente” periférico y tardío, donde Gramsci ubicaba a Italia, España, Polonia y Portugal.¹⁸

A diferencia del modelo occidental, aquí la emergencia de las clases populares, dice Portantiero, no puede ser asimilada con el desarrollo de grupos económicos que gradualmente se van constituyendo socialmente hasta coronar esa presencia en el campo de la política como fuerzas autónomas. En América Latina, su constitución como sujeto social está moldeada por la ideología y por la política desde un comienzo: cuando aparecen en la escena lo hacen de la mano de grandes movimientos populares y su emergencia coincide con desequilibrios profundos en toda la sociedad, con crisis de estado (1987: 128).

El populismo clásico, de este modo, es caracterizado como una forma específica de compromiso estatal, producto de la crisis del estado liberal que nace con la primera posguerra y se consolida a partir de 1930, dando lugar a nuevas formas de organización de poder generalmente llamadas “corporativas”, en el sentido de un estado cada vez más conformado como articulación de organizaciones sociales¹⁹. En las “Notas”, Portantiero sostiene que dicho “estado de compromiso nacional-popular” fue producto de una complicada estrategia de transacciones y de una incorporación permanente de clases auxiliares al sistema político, en la medida que ninguna fracción podía asegurar el control político del tránsito a la industrialización, reforzando los roles arbitrales del aparato estatal (1987: 164).

En ese sentido, Portantiero señala que la presencia de las clases populares en los movimientos nacional-populares fue imaginada como anómala, generalmente indicada como “falsa conciencia”, cuyas características “han llenado de perplejidad a las izquierdas latinoamericanas, que jamás supieron que hacer frente a ese desafío, demasiado extraño para su pétrea imaginación” (1987: 129). Si la forma “europea” de constitución política había implicado un sucesivo crecimiento de luchas sociales que

18 Portantiero pensaba puntualmente en países como Argentina, Chile, Uruguay, Brasil, Colombia y México, que desde principios del siglo XX y más claramente tras la crisis de 1930, habían iniciado un proceso de industrialización y una consecuente complejización de la estructura de clases, urbanización y modernización.

19 El proceso, donde Portantiero incluía desde el fascismo hasta el New Deal, es analizado con detenimiento en su expresión europea en el primer artículo de *Los usos de Gramsci*, “Estado y crisis en el debate de entreguerras”. Allí se apuntaba que a un cambio del patrón de acumulación habría de articularse un nuevo modelo de hegemonía cuyas líneas esenciales habían sido anticipadas en las reflexiones de Weber acerca de una creciente “burocratización” que, en otras palabras, no era otra cosa que “el instrumento de la socialización de las relaciones de dominación, la victoria del cálculo y la planeación centralizada, de la organización sobre el individuo” (1987: 18).

luego se expresaban como luchas políticas, la “desviación” latinoamericana consistía en que ese crecimiento era constitutivo de una crisis política y fundante de una nueva fase estatal en la que los sectores subalternos ingresaban al juego político sin haber agotado aquella hipotética trayectoria de acumulación autónoma.

Por lo tanto, agregaba Portantiero en las “Notas”, las clases populares latinoamericanas atravesaron el pasaje de su acción corporativa a la acción política de una forma *sui generis* y “quien las constituyó como “pueblo” no fue el desarrollo autónomo de sus organizaciones de clase (o de los grupos ideológicos que se reclamaban como de clase), sino la crisis política general y el rol objetivo que asumieron en ella como equilibradoras de una nueva fase estatal”. “De tal modo”, concluía, “fueron los populismos los que recompusieron la unidad política de los trabajadores a través (...) de la acción de élites externas a la clase y de líderes como Cárdenas, Vargas o Perón”. En este punto, Portantiero criticaba las lecturas realizadas en la clave de la manipulación y la heteronomía de las clases populares y destacaba, por el contrario, que su participación en los movimientos populistas fue principalmente a través del sindicalismo, es decir, “mediada por instancias organizativas “de clase” y no por una pura vinculación emotiva con un liderazgo personal”²⁰ (1987: 166).

De este racconto, el Portantiero del 77 extraía una serie de conclusiones políticas donde se establecía claramente la relación de continuidad entre los movimientos nacional-populares y el horizonte socialista. En ese sentido se afirmaba que “la lucha por el socialismo y luego la realización del socialismo, no puede ser concebida sino como una empresa nacional y popular”, por lo cual “el socialismo solo puede negar al nacionalismo y al populismo desde su inserción en lo nacional y en lo popular” (1987: 130), desde luego entendiendo al populismo como una forma específica de compromiso estatal y no como identidad popular.

Sobre esta última diferenciación, vale decir que la crisis de los populismos clásicos y la ofensiva neoconservadora de mediados de los 70 sobre los estados de bienestar, planteaba interrogantes que Portantiero recogía hacia el final de su artículo del 77. La pregunta giraba en torno a si la crisis del populismo como fase estatal histórica y concreta implicaba su abandono como identidad política por parte de los sectores subalternos:

20 Portantiero repite en este punto la clave de la crítica a la interpretación de Germani sobre los orígenes del peronismo que ya había hecho en los *Estudios* junto a Murmis. Si bien aquella contribución fue importante para desmontar una lectura realizada en clave de manipulación e irracionalidad de las masas, hoy podría decirse que en esta afirmación hay un énfasis de la racionalidad de clase puesto en detrimento de elementos de identificación constitutivos para una identidad popular, despectivamente tildados de “vinculación emotiva”.

Pero esta quiebra, este lógico abandono por parte de las clases dominantes de los recursos políticos del nacionalismo burgués (que, vale decirlo, fue “burgués” mucho más por un proceso de sustitución que por la adhesión orgánica de la clase que le fijaba sus horizontes de posibilidad estructural), ¿implica necesariamente la superación de ese espacio de representación para las masas populares que nacieron a la historia dentro de él? La forma particular de conformación como sujeto social de las clases subalternas en la situación de dependencia, marcada por la ideología y por la política, determinada desde sus orígenes por un impulso “nacional y popular” hacia la constitución de su ciudadanía, es -al menos para el político- un dato de tanta “dureza” como los que pueden surgir de las estadísticas económicas.

¿Qué son los trabajadores argentinos sin la referencia al peronismo, o los chilenos sin su peculiar tradición socialista y comunista, o los mexicanos sin el proceso ideológico que se abre en su sociedad en la primera década del siglo? ¿Qué, sino una entelequia, una categoría libresca? (...)

Hay pues un principio nacional-popular que no es privativo de una etapa del desarrollo burgués sino que forma parte de la constitución de la conciencia de las clases subalternas en las sociedades capitalistas dependientes (...) Desde la izquierda, solo una expresión también ella manipuladora, externalista, del proceso de constitución política de las clases populares podría negar la existencia de una historia propia de ellas, previa al momento de su “iluminación” por la “vanguardia” (1987: 132)

El extenso pasaje citado permite aludir a los diferentes elementos que otorga Portantiero en esta conclusión de su recorrido anterior. La crisis del estado benefactor que había operado como marco de emergencia y desarrollo de los populismos clásicos, permitía plantear el interrogante sobre la función que pasarían a cumplir los populismos como identidades populares una vez agotada la fase estatal que les dio origen. La conclusión, sin embargo, era taxativa: aquel principio de identidad de masas no se limitaba a la vigencia de aquellos estados de compromiso, que ahora se veían amenazados por la ofensiva neoconservadora en curso. Por el contrario, aquel momento constitutivo de los populismos clásicos se había convertido en una señal de identidad de las clases populares latinoamericanas, como referencia ineludible del despliegue de la ciudadanía de estos grupos y, en ese sentido, como un “dato” que no podía ser dejado de lado a la hora de emprender cualquier proyecto político que los tuviera en cuenta. Solo una izquierda, agregaba el autor, ajena a estas formas históricas de politización de las masas, podía ignorar esta historia, que aportaba diversos fragmentos de una materia prima necesaria para la construcción de una voluntad colectiva nacional-popular.

Comentarios finales

Este trabajo quiso volver sobre un viejo debate teórico respecto a la relación entre populismo y socialismo, retomando un texto central de la producción académica argentina sobre la cuestión, como fue aquella ponencia de de Ípola y Portantiero. Aquel artículo representó un punto de inflexión para la trayectoria de ambos autores, escrito en el marco de una revisión autocrítica de sus opciones políticas y teóricas anteriores, donde se condensaba una serie de precauciones que ya estaban presentes en su producción anterior, y a la vez se anticipaban los rasgos de un giro teórico que con los años se haría más pronunciado.

Tratándose de un texto medular, que establece rupturas y continuidades en el itinerario teórico de ambos autores, el propósito de estas notas fue establecer un diálogo con otros momentos de una extensa trayectoria intelectual, tanto en el regreso actual de de Ípola sobre la ponencia del 81, como en los viejos postulados elaborados por Portantiero que aquella venía a contradecir.

Portantiero definió los años del exilio mexicano como una “reflexión desde la derrota” (Mocca, 2012), usando, queriendo o no, la misma expresión que supo emplear para denominar la producción carcelaria de Gramsci. Ese clima acompañó la experiencia de *Controversia*, coronada en su último número con la publicación del artículo junto a de Ípola, fruto de una serie de debates que ambos habían mantenido junto a otros intelectuales en el exilio. La derrota orientaría la autocrítica y el giro político-teórico de los autores, que siguió cobijando de alguna forma la idea de “socialismo”, pero a partir de entonces con una especial preocupación por su compatibilidad con la vigencia de las libertades y el pluralismo democrático.

En lo teórico, la autocrítica se vislumbra con contundencia en la tesis central del 81: no hay relación de continuidad sino de ruptura entre populismo y socialismo. Pero no se refutaba, sin embargo, aquello que los autores ya habían interpretado antes como la función histórico-progresiva del populismo clásico: la de momento constitutivo de la identidad política de las clases populares. Allí, por ende, quedaba alojada una tensión en el juego político populista, dado que aquella dimensión nacional-popular era luego capturada por su tendencia antagónica, la nacional-estatal, que suturaba y desactivaba los elementos beligerantes de la ruptura inicial.

En el 81 esta tensión es resuelta unilateralmente en el primado de la clausura transformista, que se inscribiría de forma predeterminedada en toda formación populista. Pero en este cierre, como afirma Gerardo Aboy Carlés (2002), de Ípola y Portantiero olvidaban así el aspecto más

novedoso de su hallazgo, el que hace precisamente a esa ambigüedad intrínseca del populismo, basada en la coexistencia de tendencias antagónicas a la ruptura y a la integración.

De Ípola y Portantiero, al proyectar a su definición de populismo las conclusiones que les había dejado el peronismo de los setenta, abandonan una línea de indagación que pudiera haber explorado aquel modo específico de gestionar las contradicciones a la ruptura y a la integración. Estableciendo una sutura infranqueable en el orden estatal, cobraba entonces especial importancia la figura del líder populista, garante en última instancia de la operación transformista que convertía al populismo en un dique de contención obturador de la radicalización política de las masas. La naturaleza del vínculo entre el líder y la base de sustentación es resuelta, a través del análisis del peronismo, como una relación de plena subordinación, a pesar de que se admitieran ciertos intersticios por donde se filtraba la “recepción creativa” de las bases, como vislumbrando las grietas de un dique que se sellaban inexorablemente en el cemento de la “palabra decisiva” del jefe carismático.

En el texto del 81 se denota cierta ambigüedad respecto a la forma de superación de los “populismos realmente existentes”, puesto que en él todavía subsiste la idea de que el socialismo es una empresa nacional-popular. Si la construcción de un “pueblo”, en tanto sujeto político que amalgamara las demandas de las clases dominadas, era una labor necesaria para disputar el sentido de “lo nacional” de las clases dominantes (allí residía la principal tarea contrahegemónica: “desestatizar” lo nacional), su conformación identitaria debía hallarse en la recuperación de una tradición y una historia propia de los sectores subalternos; una historia en la que los populismos habían dado, ni más ni menos, “por primera vez un principio de identidad a la entidad pueblo”. En ese caso, recordando las advertencias del Portantiero de los 70 respecto a las tentativas de identificación históricamente situadas de las clases populares (“y no de una masa de cera virgen, apta para ser modelada desde afuera”), dicha esfuerzo de superación del populismo como forma estatal concreta no podría ser ajeno a la existencia del populismo como identidad popular de las clases subalternas, lo cual obligaría a repensar los términos de ruptura y continuidad entre “populismo” (según a qué se llame tal cosa) y “socialismo”.

Si lo de que se trata entonces es de una articulación de tradiciones políticas, aquí no se podría suscribir ninguna clausura establecida de antemano: ni la que cerrara aquella búsqueda exploratoria entre la izquierda y lo nacional-popular, ni que la funda una relación de exclusión mutua entre “neopopulismos” y pluralismo liberal. Probablemente, en uno y otro caso, los límites, éxitos y fracasos de tal empresa dependerían más del carácter contingente de la política que de una clasificación previa.

Referencias bibliográficas

Aboy Carlés, Gerardo (2002): “Repensando el populismo” en *Revista Política y Gestión* N° 5, Buenos Aires.

Aboy Carlés, Gerardo (2004): “Parque Norte o la doble ruptura alfonsinista” en Marcos Novaro y Vicente Palermo (comps.), *La historia reciente. La Argentina en democracia*, Buenos Aires, Edhasa.

Altamirano, Carlos (2001): *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Burgos, Raúl (2004): *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de “Pasado y Presente”*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Crespo, Horacio (2009): “En torno a Cuadernos de Pasado y Presente, 1968-1983”, en Claudia Hilb (comp.), *El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero*, Buenos Aires, Siglo XXI.

De Ípola, Emilio (1983): *Ideología y discurso populista*, Buenos Aires, Folios.
———(2009): “La última utopía. Reflexiones sobre la teoría del populismo de Ernesto Laclau” en Claudia Hilb (comp.), *El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero*, Buenos Aires, Siglo XXI.

De Ípola, Emilio y Portantiero, Juan Carlos (1989): “Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes” en E. De Ípola, *Investigaciones políticas*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Germani, Gino (1977), *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós.

Herrera, Carlos Miguel (2011), “El Partido Socialista de la Revolución Nacional, entre la realidad y el mito” en *Revista Socialista* N° 5.

Hilb, Claudia (2009): *El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero* (comp.), Buenos Aires, Siglo XXI.

Laclau, Ernesto (1978): “Hacia una teoría del populismo” en Laclau, E., *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Madrid, Siglo XXI.

Laclau, Ernesto (2005): *La razón populista*, Buenos Aires, FCE.

Melo, Julián (2009): "Fronteras populistas. Populismo, peronismo y federalismo entre 1943 y 1955", Tesis doctoral, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Mocca, Edgardo (2012): *Juan Carlos Portantiero: un itinerario político-intelectual*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional.

Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos (2004): *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Portantiero, Juan Carlos (1987): *Los usos de Gramsci*, México, Plaza Janés.

Sigal, Silvia (1991): *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur.

Svampa, Maristella (2010): *El dilema argentino. Civilización o barbarie*, Buenos Aires, Taurus.

Terán, Oscar (1991): *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, Puntosur.

Tortti, María Cristina (2009): *El "viejo" partido socialista y los orígenes de la "nueva" izquierda*, Buenos Aires, Prometeo.

ARTÍCULO

Blanco, Ana Belén y Sánchez, María Soledad (2016). "Prohibiciones fundamentales y sistemas de intercambio. Una aproximación sociológica a Claude Lévi-Strauss y Georges Bataille", *Papeles de Trabajo*, 10 (18), pp. 267-288.

RESUMEN

El presente artículo tiene por horizonte explorar, a partir de una estrategia comparativa, la relación entre prohibiciones fundamentales y sistemas de intercambio en los trabajos de Claude Lévi-Strauss y Georges Bataille. Entendemos que analizar tal problemática permite producir un acercamiento a dos obras sumamente complejas que presentan múltiples y variadas aristas, desde una perspectiva cercana a la sociología. En otras palabras, consideramos que tal abordaje permite reflexionar en torno a los modos en los que los autores piensan la producción y reproducción de la sociedad.

Palabras clave: *Lévi-Strauss; Bataille; Prohibición; Sistemas de intercambio.*

ABSTRACT

The aim of this article is to produce a sociological approach to two highly complex works: the theories of Claude Lévi-Strauss and Georges Bataille. Exploring from a comparative perspective the relationship between fundamental prohibitions and exchange systems could be an appropriate strategy to characterize the form in which both authors think the production and reproduction of society.

Key words: *Lévi-Strauss; Bataille; Prohibitions; Exchange systems.*

Recibido: 9/3/2015

Aceptado: 15/6/2015

Prohibiciones fundamentales y sistemas de intercambio

Una aproximación sociológica a Claude Lévi-Strauss y Georges Bataille

por **Ana Belén Blanco¹ y María Soledad Sánchez²**

Introducción

El problema del intercambio es un problema que atraviesa, a lo largo del siglo XX, el amplio campo de las ciencias sociales y humanas. Es posible encontrar, en la obra de los más destacados pensadores del siglo, una preocupación compartida por pensar la vida social a partir de las formas en las que se estructura el intercambio y la circulación de bienes, personas, significantes y afectos.

1 Lic. en Sociología y Dra. en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Becaria posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y técnicas, con sede de trabajo en el Instituto de Investigaciones Gino Germani. Docente de la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. blancoanabelen@hotmail.com

2 Lic. en Sociología y Dra. en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Becaria posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y técnicas, con sede de trabajo en el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad de San Martín. Docente de la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. sanchez.masoledad@gmail.com

Sin dudas, las obras de Claude Lévi-Strauss y Georges Bataille constituyen ejemplos paradigmáticos de las diversas formas en las que se ha teorizado en torno a la producción y reproducción de la sociedad, a partir del fenómeno del intercambio. Es por esto que el presente artículo tiene por horizonte explorar, a partir de una estrategia comparativa, la relación entre prohibiciones fundamentales y sistemas de intercambio que han desarrollado estos autores, de modo tal de poder producir un acercamiento a dos obras sumamente complejas que presentan múltiples y variadas aristas, desde una perspectiva cercana a la sociología. Consideramos que tal ejercicio, lejos de ser una reflexión en torno a un fenómeno específico, permite atender a las formas generales a partir de las cuales pueden caracterizarse las dinámicas sociales.

La hipótesis que guía el presente escrito es que tanto Bataille como Lévi-Strauss postulan que la vida social puede describirse como un sistema de intercambio que es producido y organizado a partir de la instauración de una serie de prohibiciones que lo hacen posible. Sin embargo, en cada autor es plausible identificar dos formas específicas de definir a las prohibiciones, así como conceptualizaciones diversas en torno al problema del intercambio. Para avanzar en la comprensión de los modos en los que los autores abordan estos fenómenos, consideramos fundamental revisar la forma en la que aquellos se apropian de los trabajos de Émile Durkheim, Marcel Mauss y Sigmund Freud. Atendiendo principalmente a la caracterización de las prohibiciones (o tabúes) que cada uno de ellos presentara, así como a la descripción propuesta de la matriz sagrado-profano y su impacto en la definición de la vida social en términos del intercambio. Analizar los énfasis diversos que Bataille y Lévi-Strauss han aplicado en sus lecturas compartidas nos permite introducirnos en lo que consideramos es la discusión central entre estos autores, a saber: si la sociedad puede pensarse como un sistema de intercambio análogo estructuralmente al orden del lenguaje o si bien deben considerarse aquellas realidades (valores, sujetos, objetos, afectos) sustraídas a dicha organización y que, por tanto, la hacen posible.

Lévi-Strauss: La prohibición del incesto y el núcleo simbólico de la sociedad

Hasta hoy la humanidad soñó con captar y fijar ese instante fugitivo en el que fue permitido creer que se podía engañar la ley del intercambio, ganar sin perder, gozar sin compartir (Lévi-Strauss, 2009: 575).

Influenciado por los análisis del intercambio de dones en las sociedades arcaicas realizados por Marcel Mauss, así como por los desarro-

llos de la lingüística estructural inaugurados por Ferdinand de Saussure y luego continuados por la Escuela de Praga (fundamentalmente, por Trubetzkoy y Jakobson), Lévi-Strauss propone comprender a la sociedad como un sistema de intercambio estructurado según reglas que organizan las relaciones entre los grupos e individuos. El autor afirma que toda sociedad se constituye por diferentes sistemas simbólicos (es decir, sistemas de reglas) que permiten la circulación de palabras, mujeres y bienes entre sus miembros, postulando así al intercambio como un fenómeno constitutivo de toda sociedad. En palabras del autor: “La cultura puede considerarse como un conjunto de sistemas simbólicos que tienen situados en primer término el lenguaje, las reglas matrimoniales, las relaciones económicas, el arte, la ciencia y la religión” (Lévi-Strauss, 1991:20).

A partir de esta singular conjugación de referencias teóricas, Lévi-Strauss (1991) sostiene que Mauss ha acertado en identificar al intercambio como el común denominador de numerosas prácticas sociales, en apariencia heterogéneas. Sin embargo, entiende que los análisis maussianos desplegados en su célebre texto *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*, no han podido aprehender la lógica de aquella premisa fundamental, es decir no han podido aislar las reglas subyacentes e inconscientes que definen y organizan tal intercambio, al pretender encontrar la clave explicativa del sistema en los trozos o elementos aislados de la experiencia, quedando preso de la utilización de nociones mágicas o afectivas - propias de las teorías desarrolladas por los nativos -, que hacen que la etnología se pierda en una fenomenología engañosa. Por el contrario, para Lévi-Strauss, este sistema de intercambio que es la sociedad debe ser aprehendido a partir de su analogía con el lenguaje. Aplicando el modelo de la lingüística fonológica, se podría descubrir la sintaxis profunda que constituye la estructura de todo fenómeno social (Lévi-Strauss, 1995). La estructura no puede, nunca, ser reducida a las relaciones sociales observables en una sociedad determinada:

(...) no se trata de traducir en símbolos unos datos extrínsecos, sino de reducir a su naturaleza de sistema simbólico aquellas cosas que solo se escapan con el fin de incomunicarse; al igual que el lenguaje, lo social es una realidad autónoma (la misma, por otra parte); los símbolos son más reales que aquello que simbolizan, lo que significa precede y determina el contenido del significado (Lévi-Strauss, 1991: 28).

Esta caracterización de la sociedad a partir de la categoría de orden simbólico es, asimismo, deudora de los desarrollos teóricos de Émile Durkheim. Este destacado sociólogo francés ha presentado a la socie-

dad, ante todo, como un sistema de clasificación que se impone coercitivamente sobre los individuos por su autoridad moral (Durkheim, 2008). Si bien Lévi-Strauss recupera esta concepción de la sociedad como un sistema de clasificación, sostiene que tampoco la explicación durkheimiana ha logrado aprehender las reglas del sistema, limitándose al establecimiento de conexiones frágiles y arbitrarias entre categorías que solo expresarían estados de la colectividad (Lévi-Strauss, 1971). Lévi-Strauss orientará su ambiciosa empresa teórica a desentrañar la estructura inconsciente que organiza toda sociedad, en todo tiempo y lugar; esto es, se propondrá analizar sistemáticamente los aspectos formales de los fenómenos sociales (Lévi-Strauss, 1991, 1995, 2009).

Siguiendo el modelo estructural de la lengua desarrollado por Saussure, Lévi-Strauss sostiene que cada sistema societal es una estructura y que dicha estructura posee un carácter inconsciente. El sistema de reglas que organiza la vida social permanece como un código subyacente para sus actores. De allí que la tarea de la antropología, tal como la entiende Lévi-Strauss (1995), sea abocarse a la identificación de dichas estructuras inconscientes del pensamiento simbólico.

Desde un enfoque propiamente antropológico, Lévi-Strauss ha sido pionero en postular la íntima relación existente entre prohibición, intercambio y sociedad. A partir de su análisis de las sociedades primitivas desarrollado en *Las estructuras elementales del parentesco*, Lévi-Strauss afirma que sin la instauración de una prohibición universal, no es posible la Cultura. El autor sostiene que solo a partir de la radicación de la prohibición del incesto se hace posible la estructuración de la sociedad en tanto sistema de intercambio o sistema simbólico. Puede pensarse que el modelo teórico desplegado por Lévi-Strauss en torno a la prohibición del incesto, como aquel momento (mito)lógico de pasaje de la Naturaleza a la Cultura, funciona, en términos sociológicos, como arquetipo de todos los sistemas de intercambio sociales: una prohibición fundamental solo aparta determinados sujetos, objetos, conductas (proscribe), para, como veremos en breve, ordenar y organizar de una manera particular la circulación de los bienes y los símbolos (prescribe).

En aquel texto clásico, Lévi-Strauss (2009) parte de la premisa de que la Cultura –en tanto dominio y estadio opuesto y superador de la Naturaleza– solo existe en la medida en que se ha instituido la prohibición del incesto. La definición por oposición permite identificar a la Naturaleza con los procesos o comportamientos de carácter espontáneo y universal, y a la Cultura con la presencia de reglas y los atributos de lo relativo y lo particular. La relación que se establece entre estos dos órdenes debe ser problematizada en términos de un "pasaje": el orden de la Cultura no se superpone o yuxtapone simplemente a la Naturale-

za, sino que la sustituye para producir una síntesis de un nuevo orden. Siempre que se encuentre un sistema de clasificación establecido, los comportamientos espontáneos o instintivos (faltos aún de significación, en tanto no estructurados) pierden su condición soberana. Así pues, se opera un pasaje de un estado en el que nada tiene sentido a otro en el que todo lo tiene.

La prohibición del incesto presenta un carácter paradójico al ser la “única regla social universal” (Lévi-Strauss, 2009: 42). En ella se combinan las características esenciales de los dos órdenes a los que se ha hecho referencia: es social –por ser una regla– y natural –por ser universal–. Esta ambigüedad que la caracteriza imposibilita determinar un único origen para esta prohibición fundamental. Esto no significa que la misma pueda ser descripta como un compuesto híbrido de elementos aislados de uno y otro dominio, sino que se busca reafirmar que la prohibición del incesto es el movimiento lógico (y no histórico) por el cual y en cual se realiza el pasaje de la Naturaleza a la Cultura. De esta manera, la prohibición se sitúa en el límite de la cultura, pero a la vez *es* la cultura: “la prohibición del incesto se encuentra, a la vez, en el umbral de la cultura, en la cultura y, en cierto sentido [...] es la cultura misma” (Levi-Strauss, 2009:45). Si antes de ella, la sociedad no existe, con ella, se instituye la gramática que la caracteriza y organiza: el sistema de parentesco. Este código de clasificación que la prohibición del incesto funda, al establecer relaciones de alianza según las reglas de la exogamia (donde solo había vínculos naturales de consanguinidad), es la base del sistema de intercambio que instaura y mantiene la reciprocidad entre las unidades del grupo de las sociedades primitivas. Dicha prohibición no es una prohibición entre otras, sino “*la prohibición* bajo su forma más general” (cursivas del autor) (Lévi-Strauss, 2009: 571). Aún siendo muy diferentes, los diversos sistemas de parentesco serán siempre puestas en forma de esta ley fundamental que prohíbe el incesto.

Es por todo esto que, para el autor, la prohibición del incesto presenta un valor funcional, intrínsecamente positivo: detrás de su aparente carácter exclusivamente negativo, la prohibición del matrimonio endógamo resulta un beneficio social, al conformar la base que asegura el perpetuo y constante intercambio entre los grupos. La instauración de matrimonios exogámicos asegura la circulación de las mujeres entre los grupos, posibilitando de este modo una cohesión profunda y una articulación dinámica entre los mismos. La función primordial de la prohibición del incesto es, entonces, garantizar que el sistema de intercambio cardinal que mantiene a los grupos como grupos, no se detenga, evitando el fraccionamiento y el reduccionismo indefinido que conllevaría la práctica de matrimonios consanguíneos. Se puede afirmar, en

consecuencia, que dicha prohibición es menos una regla que prohíbe casarse con la madre, la hermana o la hija, que una regla que obliga a entregarlas a un hombre de otro grupo. Como se ha dicho, el intercambio no es la simple sustitución de una mujer por otra, sino la creación de una relación de alianza entre dos grupos, esto es la producción de un vínculo social. De allí puede señalarse que si el intercambio de mujeres posee, por una parte, el objetivo funcional de simplificar el intercambio económico, por otra, y principalmente, reclama el objetivo simbólico de producir los vínculos y reforzar la identidad colectiva de cada clan.

En efecto, el intercambio no solo vale lo que valen las cosas que se intercambian: el intercambio –y en consecuencia, la regla de la exogamia que lo expresa– tiene en sí mismo un valor social: proporciona el medio para relacionar a los hombres entre sí y para superponer a los vínculos naturales del parentesco, los vínculos –que a partir de entonces serán artificiales ya que serán sustraídos al azar de los encuentros o a la promiscuidad de la existencia familiar– de la alianza regida por la regla (Lévi-Strauss, 2009:557).

De lo antedicho se desprende que la prohibición del incesto y las reglas de la exogamia constituyen términos esencialmente idénticos para este autor. La diferencia entre ambos solo puede ser trazada en un plano secundario, en relación a la organicidad del intercambio: la prohibición del incesto enuncia la renuncia a ciertas mujeres que serán objeto de donación y la exogamia establece quienes serán los beneficiarios de las mismas, organizando, al especificarlo, el sistema de intercambio. Es por esto que la prohibición del incesto no constituye tanto una interdicción como una prescripción: establece la renuncia a ciertas mujeres del círculo familiar, pero solo en pos de obligar su donación a otros hombres, configurando al matrimonio exogámico como el modelo del intercambio social. En palabras de Lévi-Strauss (2009:562): “Antes de ser una prohibición referente a una cierta categoría de personas, son una prescripción que apunta hacia otra (...) Nada hay en la hermana, ni en la madre, ni en la hija, que las descalifique como tales. El incesto es socialmente absurdo antes de ser moralmente culpable”³. En este sentido, la renuncia implica siempre una donación que, a su vez, supone una contradonación, de allí que la prohibición de unirse a una mujer de la familia es, simultáneamente, la prescripción de donarla a otro grupo. El incesto no solo no difiere de la exogamia, sino que sirve de modelo

3 Dentro de esta caracterización, la transgresión de la prohibición del incesto solo puede ser pensada como un sin-sentido. Antes que un acto moralmente repudiable, su transgresión constituiría un acto socialmente ilógico, dado que supondría, para aquel que la realizara, el quedar fuera del juego de dar y recibir que constituye todo orden social (Lévi-Strauss, 2009). Aunque no es el objeto del presente artículo, resulta interesante contraponer esta perspectiva con el trabajo de Georges Bataille en relación a la transgresión.

a los intercambios de otro orden: solo se renuncia a ciertos bienes (las mujeres de la familia u otros) con la condición de que los otros también lo hagan y, en consecuencia, cedan también sus bienes a tal circulación. La reciprocidad de esta obligación coloca a este acto de donación —y a la regla social que lo prescribe— como la base del sistema de intercambio de la sociedad.

Tal descripción es, sin lugar a dudas, heredera de aquella afirmación maussiana de que toda donación supone el encadenamiento del acto de dar, del de recibir y del de devolver (Mauss, 2009). Con todo, Lévi-Strauss recupera esta definición formal del intercambio, aunque rechazando la existencia de una fuerza (tematizada a partir de las nociones de *mana* y *hau*) con la que Mauss buscaba explicar reciprocidad del intercambio. Lejos de recuperar aquello que Mauss denominó “mecanismos espirituales”, Lévi-Strauss señalará que la clave analítica de todo sistema de intercambio debe encontrarse en la estructuración (inconsciente) de un sistema de reglas⁴. “El intercambio no es un complejo edificio, construido a base de las obligaciones de dar, recibir y devolver, con ayuda de un cemento afectivo y místico, sino una síntesis inmediatamente dada, a y por el pensamiento simbólico” (Lévi-Strauss, 1991: 38). Con la intención explícita de traducir el pensamiento de Mauss a los términos de la lógica simbólica del lenguaje, Lévi-Strauss (1991) establece que es posible (y necesario) elucidar, a partir de un razonamiento deductivo, las reglas que posibilitan ciclos de reciprocidad en toda sociedad. Esta definición es tanto una premisa teórica como metodológica de la antropología estructural desplegada por el autor: aun cuando un sistema de intercambio parezca altamente complejo y arbitrario, siempre es posible reducirlo a una infraestructura simple. Así como el análisis de las leyes del lenguaje no refiere a un estudio histórico del vocabulario, aquel de la estructura del parentesco no consiste en rastrear sus configuraciones históricas en sociedades específicas, sino en identificar los aspectos formales (siempre inconscientes) que la organizan (Leach, 1970; Lévi-Strauss, 1995).

La analogía estructural entre lenguaje y exogamia permite comprender que Lévi-Strauss (2009) postule que tienen la misma función fun-

4 Mauss (2009) ha explicado la reciprocidad del intercambio estableciendo que las cosas donadas tienen un espíritu que las obliga a retornar a la persona que en principio las ha poseído y donado. En su análisis de los conceptos polinesios de *hau* y *mana*, los define como aquel espíritu o alma de las cosas que fuerza la circulación de los dones, que los obliga a ser donados y devueltos. Por el contrario, Lévi-Strauss sostiene que Mauss se dejó mistificar por las categorías nativas y que el *hau* o *mana* lejos está de constituir la razón última del intercambio. Éstas son las formas conscientes bajo las cuales los polinesios han aprehendido una necesidad inconsciente cuya razón se hallaba en otra parte. De allí su célebre conceptualización de dichas categorías como significantes flotantes (Lévi-Strauss: 1991). Para profundizar en un análisis comparativo de los desarrollos de Marcel Mauss y Claude Lévi Strauss, ver: Godelier (1998).

damental: hacer posible la comunicación e integración del grupo. En este sentido, siguiendo a Eliseo Verón, todos los elementos analíticos desplegados por Lévi-Strauss para reflexionar sobre el sistema del parentesco en las sociedades primitivas no constituyen sino “los primeros lineamientos de una teoría general de los fenómenos sociales como procesos de comunicación definidos por sistemas de reglas” (Verón, 2011: 15). De hecho, y como fuera enunciado al comienzo de este escrito, Lévi-Strauss complejizará su análisis al considerar otros sistemas de intercambio cardinales:

En toda sociedad, la comunicación opera en tres niveles diferentes por lo menos: comunicación de mujeres, comunicación de bienes y servicios, comunicación de mensajes. En consecuencia, el estudio del sistema de parentesco, del sistema económico y del sistema lingüístico ofrece ciertas analogías. Los tres dependen del mismo método: difieren solamente por el nivel estratégico en el que cada uno se coloca en el seno de un universo común (Lévi-Strauss, 1995: 317).

Los desarrollos desplegados hasta aquí permiten comprender uno de los legados fundamentales del proyecto teórico de Lévi-Strauss: la primacía del orden simbólico como estructurador del sistema de intercambio, para decirlo de un modo más amplio, de la vida social. Tal premisa general permite comprender ciertas características principales que adquiere el intercambio para este autor así como también los bienes que en él circulan – y que lo distancian del trabajo de Mauss pero también del de Bataille. El análisis que propone de la circulación de las mujeres resulta ejemplar en este punto:

El surgimiento del pensamiento simbólico debía exigir que las mujeres, así como las palabras, fuesen cosas intercambiables. En efecto, en ese nuevo caso era el único medio de superar la contradicción que hacía percibir a la misma mujer bajo dos aspectos incompatibles: por una parte, como objeto de deseo propio y, por lo tanto, excitante de los deseos sexuales y de apropiación y, al mismo tiempo, sujeto, percibido como tal, del deseo de otro, es decir medio de vincularse con él al aliarse con él. De todos modos la mujer jamás podía transformarse en signo y nada más que en eso (...) Al revés de la palabra, que se transformó integralmente en signo, la mujer permaneció, al mismo tiempo, como signo y como valor. Así se explica que las relaciones entre los sexos hayan preservado esa riqueza afectiva, ese fervor y ese misterio, que sin duda impregnaron en su origen a todo el universo de las comunicaciones humanas (Lévi-Strauss, 2009:575).

Aun reconociendo explícitamente este doble carácter, las mujeres solo aparecerán a lo largo del análisis que presenta el autor como objeto susceptible de ser intercambiado: la dimensión del valor quedará reducida a su utilidad económica y simbólica. Tal es la crítica que Bataille lanza contra el desarrollo lévi-straussiano (Bataille, 2009). Los dones

del sistema de intercambio descrito por Lévi-Strauss son, entonces, siempre alienables. Desechando la distinción maussiana entre los dones intercambiables y aquellos dones inalienables que permanecen excluidos del intercambio por su carácter sagrado, Lévi-Strauss esboza una explicación estrictamente simbólica de este fenómeno social, considerando como epifenómenos lo relativo al orden de los sentimientos, los deseos y las creencias (Lévi-Strauss, 1991). Como ya ha sido desarrollado, el autor sostiene que Mauss ha errado al suponer la existencia de una energía o una virtud en los objetos que se intercambian que explicaría su circulación, desconociendo, en consecuencia, que son las reglas (siempre inconscientes) las que regulan y dan cuenta de la circulación de los dones. En términos de Godelier (1998), es posible afirmar que los desplazamientos que Lévi-Strauss opera sobre los análisis de Mauss acerca del intercambio - colocando a lo simbólico como la dimensión cardinal para explicar los hechos sociales - tiene por consecuencia el vaciar de contenido a la teoría de lo sagrado elaborada por Durkheim y Mauss. Es precisamente esta dimensión sagrada entendida como un núcleo afectivo-valorativo que rechaza Lévi-Strauss, la que constituirá el eje central a partir del cual se desplegará la teoría batailleana del intercambio social.

Bataille: la prohibición a la violencia y el núcleo sagrado de lo social

El carácter secundario de la producción y la adquisición con relación al gasto se advierte de manera más clara en las instituciones económicas primitivas, debido a que el intercambio sigue siendo considerado como una pérdida suntuaria de objetos donados: se presenta así básicamente, como un proceso de gasto sobre el cual se ha desarrollado un proceso de adquisición (Bataille, 2003a: 118-119).

¿Puede la vida social reducirse al sistema de intercambio desacralizado que nos describe Lévi-Strauss? ¿Es solo aquel orden simbólico que todo lo clasifica y, en consecuencia, lo vuelve intercambiable? La respuesta de la sociología bataillena será que la vida social excede dicha explicación. Es que si para Lévi-Strauss la sociedad puede describirse como un sistema de intercambio regulado de palabras, bienes y mujeres, para Bataille será precisamente lo que permanece fuera de dicha estructura lo que conforma la matriz profunda y primaria de lo social. Bataille otorgará preeminencia a aquello que trasciende al sistema de intercambio utilitario y que, por ello y al mismo tiempo, procede a fundamentarlo. Aquello que las prohibiciones primarias aíslan y protegen en tanto

sagrado y que constituye el núcleo de la vida social. Aquellos fenómenos sociales improductivos, excesivos, gloriosos, superfluos (el juego, la guerra, el sacrificio, el lujo, la arquitectura suntuaria, la fiesta, el espectáculo, las artes) son los que determinarán aquí la forma y la dinámica de toda sociedad (Bataille, 2003a; 2007; 2009).

A partir de esta tesis general, Bataille distingue dos modelos de intercambio, heterogéneos aunque complementarios, que organizan y distribuyen diferencialmente a los individuos, objetos y afectos. Dos economías o formas de circulación y procesamiento de bienes y energía. Dos lógicas o dos sintaxis. Toda sociedad “la componen simultáneamente –o sucesivamente– el mundo *profano* y el mundo *sagrado*, que son sus dos formas complementarias” (Bataille, 2009:72). Esta descripción topológica del espacio social es recuperada y reelaborada a partir de los trabajos de Émile Durkheim quien, en sus *Formas elementales de la vida religiosa*, había establecido a la división sagrado/profano como las dos categorías fundamentales del sistema de representaciones colectivas que es la sociedad⁵. Más que una simple separación, Durkheim (2008: 80) postula que entre ambos mundos existe una “heterogeneidad absoluta”. Esto es, existe entre lo sagrado y lo profano una diferenciación o, mejor, una oposición radical que puede devenir en un efectivo antagonismo. Un verdadero “vacío lógico” entre categorías; una “solución de continuidad” entre seres u objetos de distinta clase (Durkheim, 2008: 82; 462). Ambos mundos, además, están constituidos por energías de distinta naturaleza. La energía de lo sagrado es la de las “fuerzas colectivas hipostasiadas”: la fuerza religiosa es la fuerza de la sociedad (Durkheim, 2008: 495). Se distingue por su intensidad, su fugacidad y su contagiosidad: produce impresiones grandes y fuertes, carece de todo arraigo permanente y se moviliza de forma continua. Dado que lo sagrado no es una cualidad esencial, sino una energía que se superpone a ciertos seres u objetos, Durkheim (2008) establece que cualquier cosa puede, potencialmente, pasar a integrar este espacio excepcional. Espacio que es, a su vez, internamente heterogéneo: en él se distingue un sagrado puro de un sagrado impuro; un sagrado fasto de otro nefasto. Entre ambos polos de lo sagrado no existe, sin embargo, solución de continuidad: un mismo ser u objeto puede pasar de una forma a otra sin modificar su naturaleza. La posibilidad de tales transmutaciones marcarán el carácter reversible de lo sagrado, otra de las características centrales que este autor asigna a dicho dominio. Pero lo sagrado conforma, al mismo tiempo, la matriz de las categorías del entendimiento. Durkheim (2008: 37) destaca el origen

⁵ Este binarismo entre sagrado y profano deriva de y se explica por la dicotomía ontológica entre lo social y lo individual que atraviesa toda la obra durkheimiana (Lukes, 1984).

social de tales categorías que “han nacido en la religión y de la religión”, la cual ha determinado no tanto el contenido de las mismas como la estructura de las representaciones (colectivas) que permiten conocer y valorar todo lo existente. Por otra parte, la separación entre lo sagrado y lo profano se encuentra, señala el autor, expresada y realizada por una serie de prohibiciones o interdictos que previenen su puesta en comunicación (al menos en las formas no convenientes)⁶. Estos tabúes de contacto tienen la función de mantener aislados estos dominios, previniendo aproximaciones o intrusiones indebidas. Son, entonces, “imperativos categóricos” que hacen efectiva aquella distinción primordial del pensamiento religioso (Durkheim, 2008: 464). En este sentido, la noción de prohibición se deriva de la división sagrado/profano que la antecede: no la constituye sino que la supone. De allí que las cosas sagradas sean “aquellas que las prohibiciones protegen y aíslan”, y las cosas profanas “aquellas a las que se aplican estas prohibiciones y que deben quedar a distancia de las primeras” (Durkheim, 2008: 83)⁷.

Bataille revisita estas categorías sociológicas durkheimianas y reafirma la primacía de lo sagrado como la matriz cognitiva y la dinámica afectiva de la vida social (Tonkonoff, 2010, 2015). Y esto valdrá no solo para las sociedades denominadas primitivas (o sacrificiales), sino también para las sociedades modernas. Su gran apuesta sociológica será analizar los procesos sociales contemporáneos a él - como la guerra y los fascismos - a partir de la matriz de lo sagrado arcaico. Bataille (2003b) resignifica novedosamente los términos sagrado/profano en los de heterogéneo/homogéneo, con el objetivo de resaltar que en las sociedades modernas lo heterogéneo no puede reducirse a lo sagrado en sentido estricto (esto es, al campo de la religión y la magia). Su conceptualización de lo heterogéneo parte de -aunque no se limita a- la caracterización de lo sagrado que realizara Durkheim: señalará su oposición radical respecto de lo profano (homogéneo), su naturaleza energética, su bipolaridad (fasta y nefasta), su reversibilidad (lo que es fasto puede devenir nefasto y viceversa). Pero también, en esta reelaboración teórica, será fundamental el análisis del sacrificio de Hubert y Mauss (2010), análisis que fascinara a Bataille en tanto alcanzó a establecer el nexo fundamental

6 Si bien los tabúes de contacto materializan esta división, esto no implica que la comunicación entre ambos mundos quede completamente imposibilitada. Durkheim reconoce la existencia de formas rituales de contacto (entre ellos, los ritos de iniciación) que ponen en relación a lo profano con lo sagrado, pero que necesariamente conllevan la pérdida de sus características específicas. (Durkheim, 2008).

7 Lo sagrado es, por definición, aquello que lo profano no puede tocar impunemente. Tal es la inconveniencia entre lo sagrado y lo profano que no pueden coexistir en un mismo espacio; tampoco en las mismas unidades de tiempo. Es necesario asignar espacios especiales y tiempos determinados para la vida sagrada, alejada de toda actividad profana (Durkheim, 2008).

entre lo sagrado y la destrucción (de bienes, pero también de vidas)⁸. Postulando al sacrificio como la institución ritual por excelencia, Bataille (2003; 2009) establecerá que lo sagrado comporta siempre la presencia de lo negativo o, más específicamente, de la muerte. “La *omofagia* –el sacrificio en el que la víctima es devorada viva por los participantes desenfundados– es sin duda la imagen más completa de lo *sagrado*, que implica siempre un elemento de horror o de crimen” (Bataille, 2008: 163). Es que el trabajo teórico de Bataille no solo reconoce la influencia de Durkheim y Mauss (a su vez fundamentales para Lévi-Strauss, aunque con acentos diversos), sino también del psicoanálisis freudiano y la filosofía hegeliana (tamizada por la lectura que de ella hizo Alexandre Kojève). Esta compleja y heteróclita articulación de referencias teóricas sellará la impronta propiamente batailleana, al colocar a la muerte en el centro del problema del intercambio y a la negatividad como el fundamento de producción de lo social.

Al igual que para Lévi-Strauss, también para Bataille la sociedad solo puede estructurarse a partir de la radicación de una prohibición fundamental. Pero mientras que para el primero dicha prohibición fundamental refiere a la prohibición del incesto, para el segundo se trata de la prohibición a la violencia, constituida por el complejo indivisible que conforman la prohibición de muerte y la prohibición de sexualidad (Bataille, 2009)⁹. Es que tanto la antropología filosófica como la ontología social desarrolladas por Bataille se fundan en el postulado de un movimiento irrefrenable hacia el exceso. Es en *El Erotismo* donde pueden encontrarse algunas de las premisas más relevantes que definen la antropología filosófica batailleana: “Hay en la naturaleza, y subsiste en el hombre, un impulso que siempre excede los límites y que solo en parte puede ser reducido. Por regla general, no podemos dar cuenta de ese impulso. Es incluso aquello de lo que, por definición, nunca nadie dará cuenta; pero sensiblemente vivimos en su poder” (Bataille, 2009: 44). Esta vocación de hecatombe habita en todo sujeto y conlleva, en el límite, su destrucción (Bataille, 2003a). Una energía libidinal que, recuperando la expresión de Freud (2008), se ubica “más allá del principio de placer”. Esto es, una fuerza desbordante que no se adecua, en principio, a ninguna restricción o forma. Una violencia fascinante y repugnante

8 En palabras de los autores, el ritual sacrificial “consiste en establecer una comunicación entre el mundo sagrado y el mundo profano por medio de una víctima, es decir, de una cosa consagrada destruida en el transcurso de la ceremonia” (Hubert y Mauss, 2010: 176).

9 Bataille señala que la prohibición del incesto es solo un caso particular de la prohibición de la sexualidad. “Resulta banal aislar una “prohibición” particular, como lo es la prohibición del incesto –que es solamente un “aspecto”–, y buscar su explicación solo fuera de su fundamento universal, que no es otro que la prohibición informe y universal de la que es objeto la sexualidad” (Bataille, 2009:55).

al mismo tiempo; una tendencia irrefrenable hacia la muerte.¹⁰ Pero tales principios guían también su ontología social. En un registro ya más cercano a la sociología, Bataille enuncia en *La parte maldita* (2007) que toda sociedad produce siempre más de lo necesario para su reproducción; esto es, un excedente de energía o riqueza, que resulta imposible de ser consumido productivamente u organizado utilitariamente. Es el modo en el cual se gasta el exceso, se consume lo superfluo, se dilapida la riqueza, lo que determina la forma de una sociedad (Goux, 1990). El principio de pérdida es entonces, para Bataille (2003a; 2007), el proceso primordial que rige el movimiento de la energía y de las acciones humanas, tanto individuales como colectivas. Para decirlo de otro modo, es la noción de lo sagrado y su dinámica energética vinculada al gasto y la pérdida las que se ubican en el centro del análisis batailleano de las sociedades y de sus sujetos.

Más allá del registro antropológico que informa *El Erotismo* y su abordaje filosófico de la violencia, consideramos que en aquella obra se condensan gran parte de las contribuciones de Bataille a la teoría social, al estructurar un modelo que problematiza la relación entre la radicalización de prohibiciones fundamentales, una economía general o sagrada regida por el gasto improductivo, y una economía restringida o profana organizada por la conservación y apropiación. Especificar tales relaciones puede permitir desmarcar a Bataille de la caracterización de “poeta maldito” que comúnmente (y no sin fundamentos) se le asigna, para pensar sus aportes para el análisis sociológico.

En términos de Bataille, para que la sociedad y el individuo tengan lugar, las prohibiciones deben orientarse a apartar el exceso (la violencia del deseo o el gasto improductivo)¹¹. Éstas no son simples restricciones de pasaje de un mundo a otro; tampoco reglas que organizan funcionalmente el intercambio. Constituyen *actos imperativos de exclusión* (Bataille, 2003b: 155) —o, en palabras de Caillois (1939), imperativos categóricos negativos— que, al apartar determinados valores, objetos, su-

10 Bataille refiere a tales impulsos excesivos que habitan en todo sujeto, a partir de las nociones de violencia, intimidación, éxtasis, entre otras. Tales desarrollos son herederos, como hemos dicho, de la noción de pulsión de muerte que Freud presentara en su ensayo “Más allá del principio de Placer” y constituyen un antecedente de la categoría de Goce que Jacques Lacan desplegará a lo largo de su obra (Tonkonoff, 2009).

11 Sin embargo, los movimientos violentos o los consumos superfluos no son jamás eliminados; las prohibiciones no logran nunca terminar con los excesos. El carácter insuperable de la violencia supone pensar que toda puesta en forma no podrá ser nunca completa, mucho menos permanente. Cualquier orden instituido, por más sólido y estable que parezca, se encuentra continuamente afectado, alterado, puesto en cuestión por fuerzas que no logra controlar. Por esto, el autor entiende como indispensable que cada orden social desarrolle formas rituales de procesamiento de esos impulsos, aunque no logre nunca su total dominio. Bataille llama transgresiones organizadas precisamente a esas formas sociales ritualizadas de contacto con la violencia (Bataille, 2009).

jetos y afectos, los sacralizan. Son las prohibiciones las que cumplen en instituir la división topológica del espacio social entre lo sagrado (lo heterogéneo) y lo profano (lo homogéneo). Tal conceptualización de las prohibiciones es heredera del modelo de la represión freudiano, con el que se describe la producción del inconsciente a partir de la exclusión, por su censura, de ciertos elementos de la vida psíquica. Asimismo, Bataille recupera la caracterización que Freud realizara en su célebre ensayo *Totem y Tabú* acerca de las “prohibiciones tabú”: prohibiciones que carecen de cualquier fundamento externo y que solo extraen de sí mismas su autoridad. Siendo su origen desconocido e incomprensible para todos los que viven bajo su imperio, se presentan como naturales para todos ellos (Freud, 2007). Con todo, a pesar de su origen enigmático y su falta de fundamento, la obediencia al tabú se explica, para Freud, porque en su base hay una renuncia (inconsciente). De allí que el tabú presente siempre un carácter ambivalente: “El significado del tabú se nos explicita siguiendo dos direcciones contrapuestas. Por una parte, nos dice “sagrado”, “santificado”, y, por otra, “ominoso”, “peligroso”, “prohibido”, “impuro” (Freud, 2007:27). Quienes obedecen al tabú mantienen una actitud ambivalente para con él y para con aquello sobre lo que recae. El tabú, al dirigirse hacia “las más intensas apetencias de los seres humanos”, provoca siempre un constreñimiento pero, a la vez, una tentación de violarlo (Freud, 2007:42). Siguiendo tal caracterización, Bataille señalará que las prohibiciones fundamentales son verdaderas condiciones incondicionadas, imperativos siempre ilógicos, que escapan al alcance del cálculo y la razón: “Las prohibiciones, en las que se sostiene el mundo de la razón, no son, con todo, racionales” (Bataille, 2009: 67). Recuperando la ambivalencia como una de las características esenciales de las prohibiciones, afirmará que suscitan siempre afectos de sentido contrario; es decir que las cosas prohibidas o sagradas no solo producen pavor, sino también adoración. De allí que, al tiempo que prohíben, invitan al contacto con aquello que se encuentra a su resguardo: lo sagrado. A diferencia de Lévi-Strauss, para quien la transgresión de la prohibición constituye un absurdo social, Bataille (2009:68) postula la íntima e inescindible relación entre los términos al afirmar que “la prohibición está ahí para ser violada”.

Las prohibiciones fundamentales definen, al excluirlo, el núcleo sagrado de la vida social. Es que para Bataille (2009:72) “Fundamentalmente es *sagrado* lo que es objeto de una prohibición”. Por lo tanto, y con clara impronta freudiana, la característica más general de lo sagrado es estar excluido: “en la base de lo *sagrado* se halla siempre una prohibición” (Bataille, 2008:163). Al igual que para Durkheim, lo sagrado batailleano lejos está de ser una cualidad intrínseca de

ciertos seres u objetos: nada hay en las cosas de íntimamente profano o sagrado.

La minuciosa recuperación de influencias teóricas no solo convierte a Bataille en un experto lector de autores de fines del siglo XIX y principios del XX que han sido fundamentales para todas las letras francesas, sino que le posibilita desplegar un análisis novedoso sobre la relación entre las prohibiciones fundamentales y la configuración de dos economías (general y restringida) o modelos de intercambio (sagrado y profano). Y esto en tanto Bataille logra entrecruzar dos fuerzas que hasta entonces habían sido consideradas individualmente como motores de las sociedades humanas: religión y economía (Goux, 1990).

Bataille (2009) postula que la instauración de las prohibiciones, en tanto apartan y mantienen a distancia la violencia del deseo, es la que hace posible un orden sosegado y razonable. Éste último es el mundo homogéneo, el mundo del trabajo y de la razón. El dominio del cálculo, de la apropiación y de la postergación de la satisfacción inmediata en pos de alcanzar un beneficio futuro y una estabilidad de la fortuna. Una economía restringida que aborda los procesos de producción y consumo utilitarios, gobernados por el rendimiento económico, la eficacia productiva y el intercambio mercantil. Las formas de circulación y apropiación de la riqueza que la sociedad burguesa lleva a su paroxismo. El reino de la racionalidad técnica, del saber científico y de las formas jurídicas. El espacio de la acumulación de los recursos y de la conservación de los individuos. Una economía afectiva ligada al principio de placer: un placer restringido, regulado, moderado, alejado de los excesos violentos. Un sistema de reglas que establece posiciones diferenciales, produciendo individuos, afectos y objetos posibles en tanto que razonables e intercambiables.

Homogeneidad significa en este caso conmensurabilidad de los elementos y conciencia de dicha conmensurabilidad (las relaciones humanas pueden mantenerse por una reducción a reglas fijas basadas en la conciencia de la identidad posible de personas y de situaciones definidas; en principio, queda excluida toda violencia del curso de la existencia así entendida) (Bataille, 2003b: 138).

Es, en otras palabras, el sistema de intercambio regulado y equilibrado de dones que nos describe Lévi-Strauss. No obstante, para Bataille, el intercambio social no puede reducirse a su aspecto económico-utilitario. De allí su crítica al trabajo de aquel antropólogo francés, quien al enfatizar los aspectos simbólicamente regulados del intercambio, desechó de su explicación el carácter sagrado de ciertos dones como un misticismo nativo. Bataille (2009) entiende que si bien Lévi-Strauss refiere al intercambio como un “hecho social total”, en el

sentido de Marcel Mauss, luego su explicación se reduce únicamente a los elementos económicos utilitarios. Tal crítica general es especificada al analizar el estatuto de las mujeres en la teoría de Lévi-Strauss, quien no considera su carácter sagrado.

Lévi-Strauss, bien es cierto, no insiste en este sentido; al contrario, insiste en un aspecto muy diferente del valor de las mujeres, compaginable tal vez, aunque netamente opuesto, a saber su utilidad material. Se trata en mi opinión de un aspecto secundario, si no en el funcionamiento del sistema, donde suele prevalecer lo material, al menos en el juego de las pasiones que, originariamente, ordena su movimiento (Bataille, 2009: 214).

De allí que Bataille afirme la existencia de *otra* economía: aquella de las realidades sustraídas del intercambio utilitario de dones, que constituyen su referencia fija y lo hacen por esto posible. Una economía general regulada por la noción de gasto: “la creación por medio de la pérdida” (Bataille, 2003a: 117). Aquella que Marcel Mauss (2009) describió como *potlatch*: la forma agonística y desmesurada del intercambio de dones, que alcanza en el límite la destrucción puramente suntuaria de la riqueza o la pérdida de la vida¹². “Una especie de póquer ritual de aspecto delirante” (Bataille, 2003a: 122), que hace de la pérdida una propiedad positiva o una forma de adquisición de poder de la cual se derivan las jerarquías, el honor, la gloria. El dominio de la exuberancia, el lujo y el derroche, es decir, de todo aquello que no responde a un cálculo racional de medios-fines o de costo-beneficio. El espacio de la religión, la poesía, la literatura, el teatro, el erotismo y la soberanía. Pero también de los dioses, la nobleza, las joyas, las apuestas, la danza, los carnavales. El mundo de los rituales fundados en la dilapidación de la riqueza y en el contacto con la muerte. Es por esto que la guerra, la fiesta y el sacrificio son los arquetipos de lo heterogéneo: consumen en su prodigalidad la vida y los recursos acumulados. Una economía afectiva que se ubica, entonces, “más allá del principio de placer”. Una economía general que no es otra cosa que una economía de lo heterogéneo: de aquello que, por estar prohibido, permanece por fuera de la homogeneidad social como su residuo violento y sagrado. “Todo aquello que la sociedad *homogénea* rechaza como desecho o como valor superior trascendente” (Bataille,

12 Mauss (2009) ha descripto al potlatch como un tipo específico de intercambio que se distinguía por a) ser un intercambio de tipo agonístico, esto es: que supone siempre un desafío a un rival con el fin de humillarlo; b) ser un intercambio desmesurado, es decir: que obliga a una contra-donación usuraria o excesiva que puede, en el límite, llegar a la destrucción suntuaria de las riquezas acumuladas. El análisis de Mauss se orientará a especificar el vínculo entre esta institución y la producción de jerarquías sociales. Vale aclarar que, para este pensador francés, el potlatch constituye un tipo de prestación total particular pero no la forma general del intercambio. La operación de lectura Batailleana sobre sus textos se orienta precisamente a homologar la lógica de la economía general a la del potlatch y la del sacrificio (Bataille, 2007).

2003b: 147). Es decir, su aspecto puro, que establece los valores y jerarquías más elevados de un conjunto social y sostiene su funcionamiento; y su aspecto impuro, que nuclea los seres, elementos y formas sociales excretorias que amenazan con subvertir tal orden. Dado el carácter reversible de tales categorías sagradas, los seres, objetos y afectos que, en un determinado momento, ocupan el espacio de lo sagrado puro pueden, en otro, pasar a formar parte de lo sagrado impuro.

Este campo heterogéneo se distingue por su poder estructurante (a la vez que desestructurante) sobre lo homogéneo: lo heterogéneo exhibe “una supremacía incondicional” (Bataille, 2003: 173). Esta primacía otorgada al gasto improductivo frente al consumo productivo, al derroche frente al ahorro, a la pérdida frente a la ganancia, a la destrucción frente a la producción, a la donación frente a la apropiación, a lo sagrado sobre lo profano, lleva a Bataille a sostener que las sociedades modernas lejos están de haberse desencantado (Tonkonoff, 2010, 2015).¹³ De allí que el análisis de los procesos sociales y políticos, arcaicos o modernos, no puede ser reducido a un análisis estrictamente simbólico, en tanto asociado a un orden de reglas formales asimilables al orden del lenguaje, tal como fuera descrito por Lévi-Strauss. Para Bataille este sistema clasificatorio debe ser pensado en relación a la categoría de lo sagrado y, por lo tanto, más allá de la mera consideración de sus aspectos sintácticos (sistema de reglas formales). Y esto dado que lo sagrado es, como se ha dicho, fundamentalmente una economía afectiva. Como hemos visto, esta caracterización del mundo sagrado es tanto deudora de los desarrollos de Durkheim como de los de Freud. En ambos autores es posible identificar el rol primordial que adquiere la noción de energía en sus perspectivas teóricas, y más específicamente de aquellas formas de afectividad colectivas –las fuerzas colectivas hipostasiadas, en términos de Durkheim, o la ligazón libidinal de las masas, de Freud– para la conformación del lazo social. Son estos deseos y afectos colectivos, que siempre comportan un rasgo excesivo, los que invisten ciertas representaciones, sujetos, objetos, actividades produciéndolas como valores trascendentes.

A modo de conclusión

Hasta aquí la presentación de los principales desarrollos teóricos de Claude Lévi-Strauss y Georges Bataille vinculados a la caracterización

¹³ Es preciso resaltar que esta primacía de lo heterogéneo no supone una anulación de lo homogéneo. Toda sociedad está estructurada siempre y necesariamente a partir de la convivencia de ambas partes.

de los sistemas de intercambio y el papel central que las prohibiciones fundamentales cumplen para su estructuración. El análisis presentado permite identificar una serie de continuidades y rupturas en torno a los modos en los que los autores han conceptualizado tal relación íntima.

En ambos se destaca la preocupación por pensar que el fenómeno del intercambio no es un fenómeno social entre otros, sino que es precisamente la clave para comprender la organización de la vida colectiva. En otras palabras, es plausible afirmar que tanto para Bataille como para Lévi-Strauss desarrollar una teoría general del intercambio es desarrollar una teoría general de la estructuración y dinámica de la sociedad.

Si bien es imposible agotar en unas pocas líneas la riqueza de las perspectivas desarrolladas por ambos, consideramos que la problematización de esta compleja cuestión puede ser sintetizada en una serie de proposiciones cardinales.

Mientras que para Lévi-Strauss: a) La prohibición es siempre prescripción. No es tanto una proscripción de determinadas conductas, como una obligación que organiza la circulación de bienes y por lo tanto constituye al grupo como grupo b) el intercambio social es siempre un sistema simbólico o sistema formal de reglas –análogo al lenguaje– que organiza y ordena la circulación de los bienes o dones, entendidos ellos como signos, c) De allí que todos ellos sean siempre alienables y su intercambio un sistema regulado y equilibrado. En otras palabras, un intercambio profano que rechaza la dimensión afectiva o sagrada al considerarla un epifenómeno.

Para Bataille: a) La prohibición constituye un acto imperativo de exclusión que cumple en apartar la violencia para que el sujeto y la sociedad tengan lugar, estructurando, por ese mismo movimiento, dos sistemas de intercambio heterogéneos aunque complementarios: la economía profana u homogénea y la economía sagrada o heterogénea b) El intercambio social no puede entonces reducirse a un sistema formal de reglas que totalizaría la puesta en circulación de dones, sino que debe considerarse el núcleo sagrado que lo estructura (y desestructura). Esta economía sagrada no se rige por los principios de equilibrio y regulación, sino por el de pérdida: es en el gasto a fondo perdido donde se instituyen las jerarquías y valores sociales. c) Lejos de ser una dimensión secundaria o derivada, lo sagrado es el núcleo constituyente del intercambio, una energía afectiva desbordante que se posa sobre sujetos, objetos y creencias, produciéndolas como las referencias fijas que sostienen y desbordan aquel sistema de intercambio profano o mundo homogéneo.

Bibliografía

- Bataille, Georges (1996). *Lo que entiendo por soberanía*, Paidós, Barcelona.
- (2003a). “La noción de gasto”, *La conjuración sagrada. Ensayos 1929-1939*, Adriana Hidalgo editora, Buenos Aires.
- (2003b). “La estructura psicológica del fascismo”, *La conjuración sagrada. Ensayos 1929-1939*, Adriana Hidalgo editora, Buenos Aires.
- (2007). *La parte maldita*, Las cuarenta, Buenos Aires.
- (2008). *La felicidad, el erotismo y la literatura. Ensayos 1944-1961*, Adriana Hidalgo editora, Buenos Aires.
- (2009). *El erotismo*, Tusquets Editores, Buenos Aires.
- Durkheim, Émile (2008). *Las formas elementales de la vida religiosa*, Alianza, Madrid.
- Freud, Sigmund (2007). *Obras completas: Tótem y Tabú y otras obras (1913-1914)*. Amorrortu, Buenos Aires.
- (2008). *Obras completas: Más allá del principio de placer, Psicología de las masas y análisis del yo y otras obras (1920-1922)*. Amorrortu, Buenos Aires
- Godelier, Maurice (1998). *El enigma del don*, Paidós, Barcelona.
- Goux, Jean-Joseph (1990). “General economics and postmodern capitalism”, *Yale French Studies*, N° 78, pp 206-224.
- Hubert, Henri y Mauss, Marcel (2010). *El sacrificio. Magia, mito y razón*, Las cuarenta, Buenos Aires.
- Mauss, Marcel (2009). *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*, Katz, Buenos Aires.
- Leach, Edmund (1970). *Lévi-Strauss, antropólogo y filósofo*, Anagrama, Barcelona.
- Lévi-Strauss, Claude (1971). *El totemismo en la actualidad*, Fondo de Cultura Económica, México.
- (1991). “Introducción a la obra de Marcel Mauss”, en: Mauss, Marcel, *Sociología y Antropología*, Tecnos, Madrid.
- (1995). *Antropología Estructural*, Paidós, Barcelona.
- (2009). *Las estructuras elementales del parentesco*, Paidós, Barcelona.
- Lukes, Steven (1984). *Émile Durkheim. Su vida y su obra. Estudio histórico-crítico*,

Siglo XXI de España Editores, Madrid.

Tonkonoff, Sergio (2009). “Sujeción, sujeto, autonomía. Notas sobre una encrucijada actual”, en Alcalá, Raúl (comp.). *Ciudadanía y autonomía*, Instituto de Investigaciones filosóficas-UNAM, México.

———(2010). “Batailleanas. Notas heterológicas”, en Sozzo, Máximo (comp.) *Por una sociología crítica del control social*, Del puerto, Buenos Aires.

———(2015). “Heterología. La ciencia (imposible) de los residuos violentos”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Universidad Nacional Autónoma de México (en prensa).

Verón, Eliseo (2011). “Prólogo a la edición española”, en: Lévi-Strauss, Claude, *Antropología estructural*, Paidós, Barcelona.

ARTÍCULO

Mastronardi, Bárbara Nadia (2016). "Menores que matan. Análisis de imágenes mediáticas en la construcción de un caso de inseguridad en Zona Norte", *Papeles de Trabajo*, 10 (18), pp. 289-314.

RESUMEN

En este artículo analizaré las imágenes que tres periódicos argentinos de circulación nacional han publicado para narrar un acontecimiento que se constituyó como un caso de inseguridad: *el caso del ingeniero Barrenechea*. Su elección se debe a que configuró un modo particular de escenificación mediática de la violencia a partir de la construcción de dos territorios puestos en tensión: las *villas de emergencia* –territorios asociados a la delincuencia y lugar de procedencia de los delincuentes– y el *conurbano ciudadano* como territorio que padece la inseguridad.

A partir de la especificidad de lo visual en dicho proceso, me propongo deconstruir los mecanismos a partir de los cuales son visualizados los sujetos que aparecen representados con el fin de describir lo que se muestra y lo que se oculta en las imágenes que a ellos aluden. Las preguntas que guiarán el análisis son: ¿Cómo se muestran a las víctimas de inseguridad y cómo se muestran a los que son indicados como sus responsables? ¿Qué vínculos se establecen entre ellos y determinados territorios y prácticas? ¿Qué factores estructuran la producción y circulación de estas imágenes?

Palabras clave: *Inseguridad; Visualización; Visibilización; Representación mediática.*

ABSTRACT

In this article I will analyze the images that three Argentinean newspapers of national circulation have published to narrate an event that was constituted as a case of insecurity: *the case of the engineer Barrenechea*. Its choice is due to the fact that it formed a particular mode of mediatic staging of violence through the construction of two territories in tension: the *emergency villages* - territories associated with crime and the place of origin of criminals - and the *citizen conurban*. As a territory that suffers from insecurity.

Based on the specificity of the visual in this process, I intend to deconstruct the mechanisms from which the subjects that are represented are visualized in order to describe what is shown and what is hidden in the images that they refer to. The questions that will guide the analysis are: How are the victims of insecurity shown and how are they shown to those who are identified as responsible? What links are established between them and certain territories and practices? What factors structure the production and circulation of these images?

Key words: *Insecurity; Visualization; Visibilization; Media representation.*

Recibido: 30/3/2015

Aceptado: 24/11/2015

Menores que matan

Análisis de imágenes mediáticas en la construcción de un caso de inseguridad en Zona Norte

por **Bárbara Nadia Mastronardi**¹

Jóvenes, pobres y peligrosos: un posible acercamiento al análisis de estas representaciones

En este artículo me propongo realizar un análisis socio-semiótico-cultural de las representaciones de sujetos y territorios que circularon en la construcción mediática de un caso de inseguridad en el conurbano Norte durante el año 2008. Entiendo por representaciones mediáticas a las producciones simbólicas destinadas a dar a conocer y poner en circulación un recorte de la realidad (Rodríguez, 2013) y a proveer de marcos cognitivos y encuadres —a través de sus imágenes, narrativas y textos— a la construcción de representaciones sociales intersubjetivas (Hall, 1981).

1 Licenciada en Ciencias de la Comunicación y doctoranda en Ciencias Sociales (UBA). Actualmente se encuentra realizando su tesis doctoral sobre "Representaciones de la prensa argentina de jóvenes y territorios vinculados a la subalternidad y su relación con la configuración mediática de la(s) violencia(s) durante el período 2004-2014". También ha investigado sobre percepciones de personal penitenciario y gestión de la conflictividad carcelaria, y ha trabajado en la implementación de herramientas de resolución alternativa de conflictos al interior de cárceles federales. Integra el Núcleo de estudios sobre Estudios Culturales y Economía Política de la Comunicación (IDAES-UNSAM). barmastronardi@yahoo.com.ar

Tomando como punto de referencia teórica a los Estudios Culturales (Hall, 2010), asumo una perspectiva que surge de la articulación de tres tradiciones de pensamiento: la antropología, la comunicación y la semiótica. Se trata de una lógica interdisciplinaria que no solo permite dar cuenta de los diferentes modos en que los sujetos - y los territorios a los que éstos aparecen asociados- son representados, sino que, además, nos coloca en la pregunta por el lugar desde donde se mira aquello que es centrado simbólicamente y las consecuencias sociopolíticas que dicha mirada produce (Reguillo, 2010).

El material de análisis está conformado por un total de quince (15) imágenes que los diarios *Clarín*, *La Nación* y *Página 12* publicaron durante los meses de octubre y noviembre del año 2008 para narrar un acontecimiento particular que se constituyó como un “caso de inseguridad” en el conurbano Norte: el del *ingeniero Barrenechea*, un hombre que es asesinado en el interior de su casa de San Isidro, y cuyo hijo es baleado en un brazo durante el mismo episodio. Estas fotografías forman parte del corpus de notas gráficas que construí para una investigación más amplia cuyo objetivo es dar cuenta de las configuraciones discursivas a través de las cuales la prensa argentina de circulación nacional elabora la figura del joven varón y en situación de exclusión en relación con el delito y cómo ello se articula con la construcción de la inseguridad como problema en el periodo que comprende los años 2004 -2009.²

Me interesaron estas imágenes porque emergieron de la configuración mediática del *Conurbano* como un escenario de violencia a partir de la puesta en tensión de dos territorios: las “villas de emergencia” –zonas asociadas a la delincuencia a partir de su caracterización como el lugar de procedencia de los delincuentes, según algunos de los periódicos que analizamos– y el “conurbano ciudadano” –territorio en el que se emplaza la inseguridad–. Dos conurbanos, entonces: a) uno que se representa como lugar de origen de la violencia y que suele asociarse a la zona Sur de la provincia de Buenos Aires; b) otro que se muestra como aquel

2 En los avances de dicha investigación (Mastronardi, 2011; 2013) mostré cómo los diarios *La Nación*, *Clarín* y *Página 12* elaboran la figura del joven varón y pobre en relación a la violencia delictiva a partir del análisis de noticias, crónicas e informes especiales publicados en dicho período. Para ello indagué las formas de nombrar a estos sujetos, las prácticas que el medio les adjudica y los paradigmas a partir de los cuales son presentados (por ejemplo, el de la carencia donde las modalidades predominantes en la asignación de atributos son *no*, *sin* y *des*). Además, me centré en la descripción de algunas territorialidades que el medio construye como escenarios en los que *sitúa* y *localiza* a estos sujetos y, a partir de los cuales, elabora una serie de *trayectorias* y *recorridos* que fijan el sentido asignándoles determinadas posiciones en la jerarquía social. Así, encontré cuatro escenarios en los que los medios gráficos analizados sitúan a estos jóvenes: *la villa*, *la calle*, *el Conurbano* y *el instituto de menores*. A partir de ahí pude distinguir que, de acuerdo al anclaje territorial en cada uno de ellos, la construcción de los sujetos en los que se centra mi investigación no solo se volvía visible y se cristalizaba sino que, además, se particularizaba.

que padece y está en vilo por esa violencia que lo invade, y que se vincula a la zona Norte (San Isidro, San Martín, Beccar, entre otros). La vinculación de estas territorialidades como la doble cara de un mismo escenario de violencia se cristaliza en la configuración de la inseguridad como problema.

Entiendo la noticia como la narrativización de un acontecimiento. Su análisis, entonces, requiere de un tipo de mirada que permita desagregar los elementos que se articulan en la construcción escénica de determinados territorios y sujetos para así estar en condiciones de dar cuenta con una mayor claridad del artificio que anima dicho proceso.

Es decir, identificaré aquellos mecanismos que evidencian una modalidad específica de narrativización de la información (Ford, 1999): quién enuncia y desde dónde, cuáles y cómo son los sujetos que aparecen representados como protagonistas / antagonistas, cómo se construye el drama que motoriza la historia, entre otros. Siempre teniendo en cuenta que el material que analizo en este artículo se inserta en un género periodístico específico: el policial, donde según Martini, los casos se construyen con personajes tipificados como víctimas y victimarios (Martini, 2007).

Me interesa abordar la especificidad de *lo visual* en la construcción mediática del caso del ingeniero Barrenechea. Ello parte del lugar privilegiado que ocupan las fotografías en relación a las noticias ya que “con sus propios recursos construyen y proponen una representación visual cuya importancia se pone de relieve si consideramos que comúnmente se ve la fotografía antes de leer el texto, o que incluso una revisión rápida del diario se acota a los titulares con sus bajadas y a las imágenes con sus epígrafes” (Caggiano, 2012:25).

En ese sentido, y retomando la diferencia planteada por Caggiano (2012) entre *visualización* y *visibilización*³, los ejes problematizadores que guiarán este análisis se dirigen a responder los siguientes interrogantes: ¿Cómo se muestran a las víctimas de inseguridad y cómo se muestran a los que son indicados como los responsables de la misma? ¿Qué vínculos se establecen entre ellos y determinados territorios y prácticas? ¿Cuáles son los contextos que estructuran la producción y circulación de estas imágenes?

Asumo el presupuesto teórico y epistemológico que la visualización de sujetos y territorios no está animada por la intención de un sujeto o autor de las imágenes, sino que tanto unas fotografías como otras forman parte de modalidades del ver/representar insertas en un entramado de relaciones sociales constituidas históricamente (Poole, 2000). Este

3 Dice Caggiano: "Utilizo visibilización para referirme a una puesta en agenda que articula lenguajes heterogéneos y en la cual tiene gran relevancia la palabra oral y escrita, reservando visualización para referirme particularmente al uso de imágenes" (2012: 25).

análisis, entonces, no se orientará hacia la voluntad que anima la toma de la imagen, sino más bien a la productividad o la eficacia específica que su circulación pone en juego en la naturalización de determinadas posiciones, relaciones y jerarquías sociales (Caggiano, 2012).

Tiempos felices: reconstrucción del drama y modos de visualización de las víctimas

El miércoles 22 de octubre de 2008 se señala a cuatro jóvenes como los responsables del asesinato en ocasión de robo del ingeniero Barrenechea dentro de su casa del barrio de San Isidro. Ese día, *Clarín* publica la noticia con el siguiente título: “Matan a un ingeniero delante de su esposa y sus cuatro hijos”. *La Nación*, en cambio, titula: “Alerta en San Isidro por un asesinato”, mientras que *Página 12* publica la noticia con el siguiente título: “San Isidro en vilo tras un asesinato y tres asaltos”.

Barrenechea fue asesinado el martes 21 cerca de las 7 de la mañana. Según las fuentes policiales relevadas por los periódicos, quienes asesinaron al ingeniero ingresaron al domicilio exigiendo dinero y allí se generó un forcejeo que produjo los disparos que mataron al hombre e hirieron a uno de sus hijos. El cronista de *La Nación* nos cuenta que “eran las 6.53, el ingeniero Ricardo Barrenechea, de 46 años, su esposa y sus cuatro hijos dormían en sus habitaciones. En la planta baja del chalet de Perú 725, en Acassuso, San Isidro, la empleada doméstica preparaba el desayuno cuando por lo menos dos jóvenes delincuentes armados irrumpieron en la vivienda. Pocos segundos después, el dueño de casa era asesinado a sangre fría de cuatro tiros delante de su familia, a pesar de que había entregado dinero y joyas” (*La Nación*, 22/10/2008).

En ese marco, el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Daniel Scioli, declaró la necesidad de bajar la edad de imputabilidad. A partir de este caso, los principales diarios nacionales vuelven a ubicar a los jóvenes varones, menores y en situación de exclusión como los responsables de la inseguridad en la provincia de Buenos Aires. Por ejemplo, durante esa semana *Clarín* y *La Nación* titulan en sus tapas: “Crecieron 27% los delitos de menores” (*La Nación*, 24/10/2008), “Crecen 80% los delitos cometidos por menores” (*Clarín*, 28/10/2008)⁴.

4 Si bien las cifras publicadas se calcularon en base a los datos oficiales otorgados por la Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires, la notable diferencia entre ambas radica en el período seleccionado por cada periódico. Mientras que el porcentaje publicado por *Clarín* compara la cantidad de menores de entre 16 y 18 años que cometieron delitos durante

La escena empieza con una víctima que ha sido sorprendida en la puerta de su casa. En el cuerpo de la nota del 22 de octubre, *Clarín* agrega: “Lo fusilaron en la puerta de su casa, delante de su mujer y sus hijos”; mientras que la bajada de la noticia publicada por *Página 12* afirma: “Un ingeniero baleado en su casa y dos asaltos más decidieron a Posse a declarar la emergencia” (*Página 12*, 22/10/2008).

Son numerosos los casos en los que aparece *la puerta* de estos chalets como el lugar donde “sorprenden” a sus víctimas. Incluso *La Nación* tituló en una nota publicada el 1 de noviembre de 2009: “Inquietud por los asesinatos en la puerta de las casas”, ampliando en la bajada: “Las víctimas no se resisten; en la mayoría hay menores involucrados”. Si bien no es algo que desarrollaremos en el presente trabajo, sí nos interesa la articulación de esos significantes como modalidad del enunciado en la medida que relata la proximidad del delito, haciendo especial hincapié en el acecho y en la sensación de inseguridad.

Retomando nuestro caso, y siguiendo la lectura de *Clarín* y *La Nación*, entonces podríamos decir que la escena empieza con un muerto. Pero no con cualquier muerto, sino con un *padre de familia muerto*, y una locación en particular: la puerta de su casa. Baudrillard (1969) afirma que la casa no solo es el espacio de seguridad por excelencia de la clase media sino que, además, es un espacio patriarcal organizado alrededor de la autoridad del padre de familia. *Clarín* y *La Nación* no solo subrayan ello, sino que, además, agregan que a éste lo matan frente a otros personajes que aparecen en la escena: sus hijos. Entonces hay un padre muerto y alrededor están los hijos que presenciaron ese hecho sangriento⁵. La víctima que ha sido fatal se construye a partir de su nombre y apellido, profesión u oficio y estructura familiar. Es en la figura del *padre de familia* sobre la que recae el drama que motoriza el relato.

¿Cómo aparecen representadas visualmente estas víctimas? Antes de comenzar con el análisis quisiera distinguir entre dos tipos de fotografías que aparecen publicadas. Por un lado están las fotografías que fueron tomadas en la intimidad del grupo familiar y que el medio hace públicas, y por el otro nos encontramos con imágenes que son tomadas por el propio medio (o por otros, por ejemplo, *Télam*). No distinguire-

los primeros 9 meses de 2007, con la cantidad de menores que lo hicieron durante el mismo período de 2008, *La Nación* toma como referencia el tiempo comprendido entre los años 2000 y 2007.

5 Esto se repite en la construcción de otro caso de inseguridad durante el año 2009, nos referimos al caso del camionero Daniel Capristo. Dice *La Nación* al respecto: “El asesinato del camionero Daniel Capristo, de 44 años, casado y padre de tres hijos, ocurrido anteanoche en Valentín Alsina, partido de Lanús, fue el detonante para el reclamo popular de unos 3000 vecinos (...) Capristo fue asesinado de 9 balazos delante de uno de sus hijos, cuando intentó impedir que un ladrón, de 14 años, le robara su Renault Clio en la puerta de su casa, en Florida 565” (*La Nación*, 17 de abril de 2009).

mos esto en el análisis porque me interesa indagar la productividad de la puesta en circulación de tales imágenes.

Barthes (1986) nos advierte que el estatuto de la imagen, en tanto lenguaje autónomo que se diferencia del lenguaje verbal, tiene la particularidad de operar como índice y como icono de lo real. Su carácter indicial radica en que re-presentifica lo ocurrido a partir de la función del testimonio: aquello que aparece en la fotografía ha sucedido porque alguien ha estado allí para retratarlo. Su dimensión icónica implica su funcionamiento como análogo perfecto de la realidad, en tanto la fotografía se nos presenta como una copia fiel de lo real (Barthes, *op. cit.*). Todo ello hace operar a la fotografía como una evidencia, donde los hechos parecen hablar por sí mismos. Inmediatez y objetividad será lo que le otorga a la fotografía un rango de verdad, un carácter puramente denotativo, en términos de Barthes, que la convierte en evidencia de los hechos, los sujetos y los territorios. Sin embargo, su hipótesis de trabajo es que el mensaje fotográfico está ya connotado, y esta connotación puede interpretarse a partir de una lectura de los objetos, signos que podemos encontrar dentro de una misma fotografía (Barthes, 1986).

Presentaremos a continuación las fotos del Ingeniero que fueron publicadas en la prensa durante la primera semana de cobertura del hecho, con sus epígrafes:



Imagen 1. “Recuerdos. El ingeniero Ricardo Barrenechea muestra los regalos que acaba de recibir en una imagen de Navidad de 2006. Lejos de tanta felicidad, la casa de los Barrenechea ayer se llenó de parientes y amigos de duelo” (*Clarín*, 22/10/08).



Imagen 2. “OTROS TIEMPOS. El ingeniero Ricardo Barrenechea con su esposa, durante un viaje familiar a Bariloche” (*Clarín* 24/10/ 2008).



Imagen 3. “El ingeniero Barrenechea en Bariloche, en noviembre de 2004” (*La Nación*, 26 de octubre de 2008).



Imagen 4. "Tiempos felices. El ingeniero Ricardo Barrenechea y su esposa, durante un viaje a Estados Unidos" (*Clarín*, 11/11/2008).

Lo que la visualización de estas fotografías evidencia es que se publicaron en la prensa dos tipos de imágenes. Por un lado, aquellas en las que Barrenechea está con su esposa y, por el otro, algunas en las que aparece fotografiado solo. Realizaré una descripción de sus elementos antes de adentrarme en la relación que mantienen con sus epígrafes.

En el primer grupo de imágenes se ve a un hombre y una mujer que aparecen retratados sonriendo y mirando a cámara. En ambas fotografías el hombre abraza a la mujer. Lo que parece ser un plano puramente denotativo, analizado desde la intersección del género y la etnia ya tiene su reverso connotativo: Barrenechea es un hombre blanco que ejerce felizmente su rol de marido heterosexual. En ambas fotografías se encuentran al aire libre; mientras que en la primera posan en una especie de bosque, en la segunda los vemos ubicados en las gradas de una gran cancha de tenis. Ambas imágenes parecen representar un momento de distensión, de recreación. Lo mismo ocurre si analizamos los elementos de la fotografía número 3, donde vemos a un hombre sonriendo en el agua con un paisaje de fondo mientras tira agua hacia arriba en un gesto que parece estar dirigido a quien toma la fotografía.

Entre los elementos que componen la imagen encontramos: un grupo de montañas cubiertas por árboles verdes ubicadas al fondo del cuadro, un lago/laguna con juncos, un hombre que se encuentra sonriendo dentro del agua, con sus pantalones arremangados y con sus brazos abiertos en un gesto que parece estar vinculado a la acción de arrojar el agua con las manos hacia el aire, y gotas de agua cayendo sobre el lago. La lectura conjunta de estos signos connota un momento de placer ligado a alguna situación de ocio como pueden ser unas vacaciones.

En estas imágenes encontramos algunos signos en común con los que describe Vale de Almeida (2000) cuando analiza la representación de identidades de la sección “Sociedad” de los periódicos brasileños. Se trata de cuerpos blancos, con buena vestimenta, desempeñando felices sus roles heteronormativos de género y la mayoría de las veces se encuentran en situaciones festivas, ligadas a celebraciones o entretenimientos –en este caso, una navidad, vacaciones en Estados Unidos, Bariloche–. Solo que el contexto de nuestras imágenes acompaña a las noticias sobre delitos que aparecen publicadas en la sección Policiales de algunos de los periódicos analizados o en la sección de Información General de otros.⁶

Siguiendo el planteo de Vale de Almeida, aquí también nos encontramos con imágenes donde los rostros de los sujetos representados se ven nítidamente, son fotografías posadas, donde –como ya dijimos– ambos sonríen y miran a cámara. La composición misma de la imagen –el rostro a cámara, la pose y la sonrisa– produce un efecto de individualización que da cuenta de la representación atravesada por la dimensión de clase: en las noticias policiales de nuestros periódicos –a diferencia de la caracterización de la sección policial que realiza Vale de Almeida donde predominan los cuerpos como lugar de marcación de un tipo social vinculado a la criminalidad– sí aparecen unos rostros, pero no cualquier rostro, son los rostros de las víctimas de la inseguridad, que comparten una serie de similitudes con las fotografías que este autor encuentra publicadas en la sección “Sociedad” de los diarios brasileños: momentos festivos, rostros felices, mundo de privilegios.

Como muestra Vilker (2009), durante los años noventa se produce una mutación en el tratamiento del delito y del delincuente en la prensa gráfica argentina. Así, a la representación (verbal y visual) del criminal monstruoso como anomalía y desviación, y a la hipervisibilización del crimen como “lo siniestro” que opera hasta mediados de esa década, le siguió la emergencia y consolidación de la matriz securitaria como modalidad de procesamiento del delito y la delincuencia (Vilker, 2009). En ese nuevo contexto, es la víctima la que cobra protagonismo y se instala como una figura densamente cargada de significado y visibilidad (Reguillo, 2007) y, a su vez, como un lugar legítimo en la enunciación de un reclamo que afecta a la totalidad de la ciudadanía⁷ (Calzado

6 Es el caso, por ejemplo, del diario *La Nación* que incluye las noticias policiales dentro de su sección Información General hasta el año 2012. Según Focás (2013), a partir del año 2002, *La Nación* aumenta la incorporación de notas sobre delitos en esta sección evidenciando una mayor preocupación sobre el tema de la inseguridad, y como correlato, en el año 2012 funda una nueva sección denominada Seguridad. Asimismo, durante el año 2003, *Clarín* relanza su diseño incorporando el cintillo de Inseguridad en las secciones Policiales y La Ciudad (Marino y Rodríguez, 2007).

7 Según Calzado (2015), el caso Axel Blumberg –un joven de 23 años secuestrado y asesinado

2015). Estas víctimas son, entonces, las que aparecen visualizadas en la sección policial de nuestros periódicos. Esta inclusión fotográfica –que, sostengo, constituye un elemento emergente de este nuevo paradigma del tratamiento del delito– produce una cercanía con los lectores a partir de la construcción de un “nosotros” que responde a la articulación hegemónica de la construcción identitaria: Barrenechea, el ingeniero, es un hombre, blanco, heterosexual, marido y padre, profesional que vacaciona con su familia y festeja la navidad.

Analizaré ahora las imágenes en relación a sus epígrafes. Siguiendo lo propuesto por Barthes, en la prensa gráfica el texto explicativo suele presentarse como un elemento que duplica la imagen, es decir, que participa de su denotación. De este modo, en el caso, por ejemplo, de los epígrafes, donde se maximiza la proximidad entre palabra e imagen, el mensaje verbal parece ser una continuidad de la denotación visual, cumpliendo la función de participar de una supuesta objetividad. Sin embargo, Barthes dirá que “la mayoría de las veces el texto no hace sino amplificar un conjunto de connotaciones que ya están incluidas en la fotografía”, y continuará: “así la connotación del lenguaje se torna inocente gracias a la denotación de la fotografía” (Barthes, 1986:7).

Veamos entonces los epígrafes. En varias fotografías se repite la siguiente frase: “Tiempos felices”. A través de la inclusión de ese texto, acompañado de esas imágenes que ya hemos descrito, *Clarín* y *La Nación* trazan una línea de tiempo. Las fotografías con sus anclajes discursivos cumplen la función de testimoniar lo que la propia prensa construye como un pasado feliz, como aquellos momentos de mayor alegría de la familia antes de que la víctima fuera asesinada por los delincuentes. Ese pasado feliz, como ya dijimos, se vincula a momentos de vacaciones, actividades de tiempo libre o reuniones familiares.

En la mayoría de los casos, los epígrafes resaltan la idea de “Otros tiempos”. Reforzando esta idea de los tiempos felices, previos a la irrupción del drama escénico que el medio releva y construye, no solo nos encontramos con aquellos escenarios vinculados a la práctica turística, sino también la inclusión de un escenario perteneciente al ámbito de mayor privacidad: el festejo de una navidad. Así, la prensa incluye la imagen 1 con el siguiente epígrafe: “Recuerdos. El ingeniero Ricardo Barrenechea muestra los regalos que acaba de recibir en una imagen de Navidad de 2006 (...) lejos de tanta felicidad, la casa de los Barrenechea ayer se llenó

a fines de marzo del año 2004– inauguró un modo de interpelar a la ciudadanía, en tanto su padre, Juan Carlos Blumberg, se convirtió en un referente social, en una víctima portante de los reclamos masivos de la clase media y capaz de representar la voz de todas las potenciales víctimas de la inseguridad. “al lugar que ocupa la muerte, pero en particular la muerte del hijo, percibida como brutal y sin sentido, muerte que es resignificada como una ausencia de comunidad (Murillo, 2008)

de parientes y amigos de duelo” (*Clarín*, epígrafe 22/10/08). Entonces vemos al Ingeniero abriendo regalos y sonriendo a cámara, imagen que refuerza la construcción de un escenario feliz, antes de que irrumpiera el drama, antes de que la familia quedase arrasada a causa del accionar de delincuentes menores de edad que no se conforman con matar sino que “en su huida siguieron delinquiendo al menos en otras cuatro viviendas más” (*Clarín*, 22 de octubre de 2008).

El relato se estructura en torno a una ruptura: hay un hecho que irrumpe, desmembra, arrasa y termina con una escena que puede leerse como inicial y que se presenta de manera naturalizada. Me refiero a una escena que se reduce al núcleo “familiar”, al ámbito de lo íntimo-privado, y que es la tragedia la que la hace salir a luz, la que la vuelve visible/mostrable.

Territorios en conflicto: vecinos, gendarmes y jóvenes

El 23 de octubre de 2008, *Clarín* en una misma página de la sección policial publica tres titulares y dos fotografías que mostraremos a continuación:

Titular: “Marcha con vecinos indignados”



Imagen 5. Preocupación. Los vecinos caminaron y pidieron “que los jueces que no larguen más a los delincuentes” (*Clarín*, 23 octubre de 2008).

Titular “La Cava: Volvieron los gendarmes”.



Imagen 6. Sin epígrafe (*Clarín*, 23 octubre de 2008).

El tercer titular sin fotografía es el siguiente: “Scioli quiere bajar la edad para imputar a los menores”.

En la primera fotografía se puede observar a un grupo de gente reunida frente a un edificio que parece pertenecer al municipio. Entonces, la imagen representa a un espacio urbano colmado de gente que se ha reunido o está marchando con algún fin. El epígrafe se encarga de estabilizar esa foto y anclarla discursivamente de acuerdo a lo que el medio relevó de las voces de las personas allí fotografiadas: se trata de “vecinos” preocupados (“indignados”, como describe el título de la nota) que le piden a la justicia que no libere más a los delincuentes. Si a ello le sumamos la volanta de la nota el sentido queda totalmente acentuado en una única dirección: “Inseguridad en Zona Norte”. Entonces se señala y marca a un barrio (San Isidro), a vecinos indignados, a un reclamo contra “los delincuentes”, y a un problema: la inseguridad.

En la segunda, en cambio, se ve a tres gendarmes armados, parados en un lugar público que puede leerse como una plaza. Delante de ellos, en una esquina de la fotografía, vemos la imagen cortada de dos chicos andando en una bicicleta. Aquí se representa a otro espacio urbano y los personajes que aparecen en la fotografía no son los mismos que en la anterior. El paisaje parece desolado, en el sentido de que no vemos cantidad de personas, ni aglutinadas ni transitando. Sin embargo, a esa desolación se la complementa con la individualización de los sujetos que allí están retratados: tres gendarmes en el fondo del plano, dos chicos / jóvenes en primer plano. La ausencia del epígrafe de esta imagen da

cuenta de que se la presenta como una imagen que habla sola, que no es necesario anclar discursivamente, porque es el título el que ya marcó ese espacio: es La Cava, el lugar que gendarmería vigila. El cuerpo de la nota dice: “Efectivos de Gendarmería volvieron ayer a sus puestos en la villa La Cava de San Isidro por orden del ministro de Justicia, Aníbal Fernández. Gendarmería había abandonado la vigilancia en la zona para reforzar la seguridad en los trenes, pero esta medida había sido cuestionada por los vecinos y el intendente Gustavo Posse (*Clarín*, 2008).

En la primera imagen el espacio se marca de manera general, al igual que los sujetos: es una marcha en zona Norte con vecinos indignados y reunidos, y eso ya nos da la pauta de que se trata de un nosotros, de un nosotros que no son los “otros”, en este caso signados como “los delincuentes” a partir del epígrafe. En la segunda, no solo se marca el espacio a través del título, sino que además se marcan dos tipos de sujetos que aparecen en contigüidad en dicho espacio: los gendarmes y los jóvenes.

Barthes plantea que el mensaje connotativo no solo puede interpretarse a partir de una lectura de los objetos-signos que podemos encontrar dentro de una misma fotografía, sino que el significante de connotación también puede encontrarse en el encadenamiento de una serie de fotografías (y no en el nivel de los fragmentos de la secuencia). Si bien cuando realiza dicha afirmación se refiere a una secuencia fotográfica de un mismo suceso (por ejemplo, varias tomas de una misma escena), nos resulta interesante como mecanismo de interpretación para analizar la secuencia de imágenes que en este caso *Clarín* publica en su misma edición y página.

La puesta en relación de ambas fotografías y su articulación con la construcción de la inseguridad como problema nos muestran la visualización de dos territorios que aparecen en una relación de contigüidad (San Isidro y La Cava), y tres tipos de sujetos localizados en cada uno de ellos: vecinos por un lado, gendarmes y jóvenes, por el otro –pero no cualquier joven, el joven que aparece situado en un territorio específico, en la villa, y en relación a otro actor perteneciente a una fuerza de seguridad–, y lo que el tercer titular estabiliza es la cuestión de la minoridad en la construcción de la problemática, es decir, se trata de jóvenes menores de edad.

Incluiremos ahora una tercera fotografía que publica *Clarín* el 26 de octubre de 2008, con la siguiente volanta: “Inseguridad en San Isidro”. El título de la nota dice: “La Cava otra vez en la mira”.



Imagen 7. “La puerta: desde aquí se ingresa a la villa”
(*Clarín*, 26 de octubre de 2008).

Aquí vemos cuatro niños de espaldas, de entre unos 8 y 12 años, algunos de ellos portando palos u otros objetos, yendo en grupo, “en banda”, hacia una entrada donde se encuentra otro niño de frente con una bicicleta que los está mirando. En la puesta en cuadro se incluye un contenedor de basura y los residuos desparramados en el piso. El epígrafe que acompaña esta imagen es el siguiente: “La puerta: desde aquí se ingresa a la villa”. Nos encontramos en ese pie de foto un elemento indicial que nos permite dar cuenta del lugar a partir del cual el sujeto de la enunciación está organizando el espacio (Segura, 2006). Se trata de un *aquí* que está “fuera” de la villa, de un *aquí* que el medio construye como espacio del *nosotros*. El sentido connotado es muy similar al que venimos describiendo, solo que ahora la fotografía aporta un nuevo sujeto: los niños, y nuevamente no cualquier niño, sino el niño que ingresa a la villa por *la puerta* que nos muestra el medio: niños de espaldas, con palos, que están entre la basura, y que andan de a grupos. Imágenes de niños en las que son sus cuerpos, su vestimenta, su disposición en el espacio, los elementos que portan, su “localización” en un escenario (en este caso aportada por el epígrafe, la villa), los que connotan, los que los definen, los que los marcan como sujetos vinculados al peligro, o al menos a los territorios peligrosos. La diferencia de clase y la diferencia de edad son las que se articulan en esta imagen no solo legitimando condiciones de desigualdad, sino además criminalizando a estos otros diferentes y desiguales.

Dice la bajada de esta noticia: “El retiro de la Gendarmería y el caso Barrenechea reactualizaron la situación de esta villa. Hay guerras salvajes entre clanes a metros de mansiones protegidas por paredones y alambradas. La Policía admite el problema de los robos”. Peryera (2009) ha analizado los modos en que la prensa “seria” apela a la inclusión de infografías y mapas para narrar una geografía del delito, describiendo las modalidades a través de las cuales el delito se asocia a determinados espacios urbanos que se consideran peligrosos. En este caso, se marcó

a la villa La Cava como el lugar de procedencia de los delincuentes. Dice Pereyra: “para el caso particular de la zona Norte del Gran Buenos Aires, estos diarios subrayan el riesgo que representa el hecho de que los *countries* y barrios cerrados tengan en sus cercanías barrios pobres, dando a entender que la zona entera ha devenido peligrosa porque en ella hay pobres, y sobre todo porque hay pobres viviendo cerca de los ricos” (Pereyra, 2004:3).

Sin embargo, esta operación no es propia de los medios de comunicación, y aquí es cuando entra en juego la articulación entre el campo mediático y el campo político (Calzado, 2015). El día que ocurrió el asesinato de Barrenechea, el intendente de San Isidro, Gustavo Posse, denunció en los medios de comunicación que la gendarmería se había retirado de La Cava.⁸ El miércoles 22 de octubre, Daniel Scioli, gobernador de la provincia de Buenos Aires, declaró a *Clarín*: “una vez más, nos encontramos con menores vaciando el cargador de un pistola calibre 45” (Clarín, 2008) y anunció la necesidad de bajar la edad de imputabilidad. El jueves 23 de octubre, Aníbal Fernández, ministro de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos de la Nación, ordenó “la vuelta” de los gendarmes a ese territorio. La Cava, la gendarmería y los jóvenes no solo se asocian a través de su articulación con el significante de la inseguridad en el discurso mediático, sino que se constituyen en los elementos de una serie que también forma parte del discurso y la práctica política, policial y judicial. Preguntarse por la determinación de un orden por sobre el otro no sería conducente, lo importante es sostener como postura epistemológica que los medios masivos de comunicación no funcionan como entes aislados del resto del acontecer social, sino que sus enunciados forman series, encuentran regularidades, forman parte de estrategias, constituyen tramas argumentativas, en fin, se inscriben en una red de relaciones junto a estos otros órdenes conformando lo que Foucault (2002) denomina una formación discursiva.

El 27 de octubre *La Nación* titula: “Duro reclamo por la seguridad en San Isidro”. Y publica las siguientes fotografías:

⁸Según Rodríguez (2014), una de las formas más efectivas que encuentra el poder político para disminuir la sensación de inseguridad radica en la puesta en escena de la fuerza, lo cual conlleva a una progresiva militarización de las ciudades. “Cuando la ciudadanía tiene pánico, constatar que hay policías en el barrio o ver en cada esquina a un efectivo con *handy* en mano, inspira cierta sensación de protección” (Rodríguez, 2014: 4).

“que no suelten a los delincuentes”, “que bajen la edad de imputabilidad” (es decir se trata del reclamo de un nosotros contra un “otro” que no aparece claramente definido, cuya existencia es difusa –contra el crimen, contra la violencia, contra los delincuentes–);⁹ por el otro, el sujeto individualizado, su rostro mirando a cámara, bajo la categoría de “víctima”.

El “habitar” policial: formas de (in)visibilización en relación con el territorio

En cuanto al contraste entre las imágenes de los sujetos que aparecen en un territorio y en otro resulta interesante analizar otra serie de fotografías que se refieren a un sujeto en particular: la policía. Antes de comenzar con el análisis de las imágenes es interesante destacar que luego de que los medios y el poder político indiquen a La Cava como territorio de procedencia de los sujetos que cometieron el ilícito, se realizaron varios allanamientos en la villa Puerta de Hierro en el partido de La Matanza, de donde finalmente –según las investigaciones policiales– provenían los acusados de matar al ingeniero. Pero más allá del relato de los hechos, aquí lo que nos interesa es poner en relación una serie de imágenes que nos permitirán hacer un contrapunto entre los modos de visualización de la fuerza policial en la construcción mediática de los escenarios en conflicto. Veamos el primer grupo de imágenes con sus epígrafes:



Imagen 9. “La casa de Acassuso donde asesinaron al profesional e hirieron a su hijo” (*Clarín*, 22/10/2008).

⁹ Lo que no será difuso es el sujeto sobre el que recaerá toda la maquinaria jurídico-penal que dicho reclamo pone en funcionamiento.



Imagen 10. “El ingeniero fue abordado por los delincuentes en la puerta de su casa”.
Foto: Ricardo Pristupluk (*Página 12*, 23/10/2008).

En ambas imágenes, muy similares entre sí, los elementos que observamos son: una casa de dos pisos, con un auto en su interior, separada de la vereda por unas rejas negras y una camioneta policial estacionada en la puerta de la misma. En ambas imágenes se incluye el móvil policial en el cuadro. Si introducimos en el análisis los epígrafes, aquello que aparece como primer plano en ambas imágenes resulta completamente invisibilizado: nos referimos a la presencia policial, ya que el texto pone en primer plano los significantes “casa” e “ingeniero” (o profesional). El pie de las fotografías entonces estabiliza una imagen connotada de antemano: allí el móvil policial está “de visita”, no es la noticia, estaciona en el cordón de un chalet de Acassuso, no es el vehículo policial donde se hace foco sino en aquello que motiva su presencia allí —el asesinato del ingeniero—, y podríamos agregar que no cualquier presencia, sino una presencia silenciosa, una presencia visual que no necesita de texto para ser comprendida y que se vincula a un sentido común sedimentado en relación a un modo del “estar” de las fuerzas de seguridad en ese territorio.

Para profundizar la problematización acerca de la función que cumple ese elemento —la presencia policial— en esa imagen, resulta necesario

poner esa imagen en relación con otras fotografías con las que creemos que forma serie y que se presentan a continuación:



Imagen 11. La Policía bonaerense en el allanamiento a una villa en Ciudad Evita (Página 12, 5/11/2008).



Imagen 12. Los allanamientos de ayer en la villa Puerta de Hierro, en La Matanza. Foto: Telam (La Nación, 05/11/2008).



Imagen 13. Allanamiento. La villa Puerta de Hierro donde vivía el joven fugado (Clarín, 11/11/2008).

No nos detendremos en la descripción exhaustiva de todos los elementos que componen estas imágenes, sino que haremos un especial hincapié en las diferencias que se presentan en relación con el primer conjunto que mostramos en el párrafo anterior. La primera gran diferencia que encontramos entre ambos grupos de imágenes es que mientras en las primeras la policía parece estar a un costado del territorio —sea la casa de Barrenechea o Acassuso—, en el segundo grupo la presencia policial parece connotar estar dentro del territorio en cuestión, o directamente pertenecer a ese territorio, y este efecto se produce por varias cuestiones.

En principio, porque el lugar desde donde está tomada la fotografía es de mayor cercanía con los cuerpos y objetos que aparecen dentro del encuadre. Es decir, el lugar desde donde se toma la imagen produce el efecto de que es el fotógrafo el que está “dentro” de ese territorio. Esto resulta interesante si lo ponemos en relación con el análisis que hemos realizado en nuestros avances de investigación acerca de la construcción de la villa como escenario de violencia (Mastronardi, 2013). Allí mostré la modalidad de construcción del lugar que ocupaba el sujeto de la enunciación, en tanto el medio o el cronista aparecían como el narrador o la voz principal del relato y estos estaban directamente vinculados a la figura del viaje (Vázquez, 2010). Así, el cronista ingresaba en el mundo del otro, y generalmente se trataba de mundos peligrosos a los que se accede cruzando una frontera.¹⁰

La segunda gran diferencia que encontramos entre ambos grupos de imágenes es que mientras que en las primeras no aparecen cuerpos sino objetos (vehículo policial, reja, vehículo privado y chalet); en las segundas son los cuerpos (y la cercanía de los mismos) los que aparecen representados: varios policías armados, con cascos, escudos, y chalecos antibalas por un lado, mujeres, niños, jóvenes y hombres de la zona, por el otro. Es decir, mientras que en las primeras son los objetos los que connotan la posible relación entre dos tipos de sujetos (vecino de Acassuso y policía), en las segundas es la representación de los cuerpos en el espacio (especialmente su cercanía) la que parece connotar un específico tipo de relación: “el desembarco” de la fuerza policial en ese territorio. El cuerpo, entonces, en estas fotografías.

Finalmente, si nos abocamos a los epígrafes que estabilizan las imágenes, vemos que todos subrayan el significante “allanamiento” y especi-

10 Entre los ejemplos que cité en aquel trabajo encontramos los siguientes: “Ubicada entre Pompeya, Patricios y Barracas, esta villa es la más peligrosa de la Capital. En 2008 hubo 62 asesinatos en la zona, la cifra más alta de la Ciudad. Aquí, un viaje a sus historias de sangre” (*Clarín*, 19/07/2009); “Cruzando en bote, la estructura de hierro del puente transbordador Nicolás Avellaneda es intimidante. La Isla parece un triángulo que avanza sobre el agua contaminada, turbia, del Riachuelo. Una herida que supura y parece no cicatrizar nunca” (*Clarín*, 15/03/09).

fican el lugar: la villa. Los epígrafes refuerzan así lo que pareciera ya la imagen misma denotar: una modalidad específica de presencia policial (“de intervención”), en un territorio específico (las villas, Puerta de Hierro, en este caso) y en relación a prácticas también específicas (la búsqueda de sujetos que han cometido ilícitos). Entonces lo que el análisis de las imágenes de estos periódicos en relación a la construcción de un caso de inseguridad nos muestra son las modalidades de marcación de determinadas geografías como peligrosas, la construcción de la idea de controlar esos territorios y a los sujetos que habitan en él, y los mecanismos a través de los cuales operan la instalación de un sentido común visual que colabora en la producción y reproducción de la criminalización de estas poblaciones.

Menores, ametralladoras y celulares: algunas pistas por donde seguir indagando

Finalmente, cuando los sujetos que se señalan como los responsables de estos casos de inseguridad aparecen visualizados en la prensa generalmente lo hacen en situaciones que son detenidos por las fuerzas de seguridad, con lo cual aparecen siendo trasladados, esposados y con alguna prenda de vestir cubriendo sus rostros. En este caso nos hemos encontrado con la publicación de dos fotografías que nos resulta importante analizar.

El 26 de octubre de 2008, *La Nación* titula: “Revelan como mataron al ingeniero”, con la siguiente volanta: “Inseguridad: las declaraciones de los imputados del homicidio de Acasusso”. Y las imágenes que se publican son las siguientes:



Imagen 14. “Sospechoso de 18 años. El imputado, en una foto tomada con su celular, con una ametralladora marca UZI. *La Nación*, 26 de octubre de 2008.



Imagen 15. “Sospechoso de 16 años. Otro de los acusados, en una foto sacada con un celular, empuña un revólver calibre 22”. *La Nación*, 26 de octubre de 2008.

En ambas fotografías vemos a dos sujetos masculinos, mirando a cámara, vestidos con ropa deportiva, y portando armas. Los epígrafes refuerzan los significantes vinculados a la dimensión etaria de estos “jóvenes” y a la portación de armas: “Sospechoso de 18 años. El imputado, en una foto tomada con su celular, con una ametralladora marca UZI”; “Sospechoso de 16 años. Otro de los acusados, en una foto sacada con un celular, empuña un revólver calibre 22”. Esta operación de estabilización de los significantes visuales se articula con el sentido construido en la mayoría de los cuerpos textuales: se presenta a estos personajes como salidos de una película de gánsteres, haciéndose especial hincapié en sus niveles de peligrosidad y dando cuenta de cuán “pesados” son estos sujetos. Un claro ejemplo de ello es la tapa del 15 de noviembre de 2009 de *La Nación* que titula: “Hábitos y códigos de la banda que asaltó y asesinó al ingeniero: consumen ‘paco’ y ‘aceto’ una especie de cocaína rebajada que compran por catorce pesos (...) les gusta exhibir sus armas. Se sacan 28 fotos con sus teléfonos celulares posando con ametralladoras UZI, pistolas calibre 45 y revólveres calibre 22 (...) quince días antes del homicidio de Barrenechea, el menor identificado como B. fue apresado cuando robaba en una casa con un cómplice. Un juez de San Martín lo liberó” (*La Nación*, 15/11/08. Nota de tapa).

Una regularidad que encontramos tanto en los epígrafes de las fotografías analizadas como en el titular mencionado en el párrafo anterior, es que el medio hace un especial hincapié en una misma práctica: el hecho de que estos jóvenes se autorretraten con sus celulares, “posen”

con sus armas, “se exhiban” a partir de la toma de imágenes con estos dispositivos. Frente a la foto de frente y perfil como modalidad de presentación de un “tipo” (en este caso del joven delincuente”), en términos de Penhos, frente al retrato como “imagen de una individualidad y una tipología” –como medio de identificación de un sujeto y, al mismo tiempo, como índices para identificar al grupo– (Penhos 2005: 51), nos encontramos con imágenes tomadas por los propios sujetos reforzando aquellos elementos que desde el discurso hegemónico los construye como sujetos peligrosos. Sin embargo, no es ello lo que aquí me interesa resaltar, sino más bien, y a modo de cierre, la necesidad del medio de subrayar esa práctica: se sacan fotos con sus celulares, “exhiben” sus armas, “se muestran” con ametralladoras. Es por allí donde seguiré complejizando el análisis de las imágenes de estos jóvenes, abriéndose la pregunta: ¿qué operaciones de captura/estabilización operan cuando son esos otros *desviados*, esos diferentes que aparecen clasificados y representados en el paisaje mediático, los que producen sus propias imágenes?

Bibliografía

Barbero, Jesús (2002). *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*. México, FCE.

Barthes, Roland (1986). *Lo obvio y lo obtuso. Imágenes, gestos, voces*. Barcelona, Paidós.

Baudrillard, Jean (1969). *El sistema de los objetos*. México, Siglo XXI.

Caggiano, Sergio (2012). *El sentido común visual. Disputas en torno a género, “raza” y clase en imágenes de circulación pública*. Buenos Aires, Miño y Dávila editores.

Calzado, Mercedes (2015). *Inseguros. El rol de los medios y la respuesta política frente a la violencia. De Blumberg a hoy*. Buenos Aires, Aguilar.

Focás, Brenda. “Inseguridad: En busca del rol de los medios de comunicación”, en *La Trama de la Comunicación*, Volumen 17, Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario. Rosario, Argentina. UNR Editores.

ra, enero a diciembre de 2013,

Ford, Aníbal (1999), "La exasperación del caso. Algunos problemas que plantea el creciente proceso de narrativización de la información de interés público", en: *La marca de la bestia. Identificación, desigualdades e infoentretenimiento en la sociedad contemporánea*. Buenos Aires, Norma.

Foucault, M. (2002). *La arqueología del saber*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Hall, Stuart (2010). *Sin Garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

Marino, S. y Rodríguez, M. (2007), "La delgada línea roja: viejos contratos en el nuevo Clarín", en Luchessi, Lila y Rodríguez, María Graciela (comps.): *Fronteras globales. Cultura, política y medios de comunicación*. Buenos Aires, La Crujía.

Martini, Stella (2007). "Prensa gráfica, delito e inseguridad", en Rey, Germán: *Los relatos periodísticos del crimen*. Bogotá, Centro de Competencia en Comunicación para América Latina.

Martini, Stella (2000). *Periodismo, noticia y noticiabilidad*. Buenos Aires, Norma.

Mastronardi, Bárbara, "Jóvenes y violencia: Operaciones de captura mediática que realiza la prensa en la construcción de territorialidades vinculadas a la subalternidad", *Memorias de las VII Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto Gino Germani*, Buenos Aires, 2013.

Mastronardi, Bárbara (s/f). "Delincuencia juvenil. Análisis de representaciones mediáticas en torno a la problemática de los jóvenes en situación de exclusión y la violencia", *Memorias de las VI Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto Gino Germani*, Buenos Aires, Noviembre de 2011.

Penhos, Marta (2005). "Frente y perfil. Una indagación acerca de la fotografía en las prácticas antropológicas y criminológicas en Argentina a fines del siglo XIX y principios del XX", en VV. AA.: *Arte y Antropología en Argentina*. Buenos Aires, Fundación Espigas.

Pereyra, Marcelo (2004b). "Geografías y mapas del delito. Textos y contextos en la prensa gráfica". Ponencia en las VIII Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación, mimeo.

Poole, Deborah (2000). "Mirando con un solo ojo", en: *Visión, raza y moder-*

nidad. *Una economía visual del mundo andino de imágenes*. Lima, Sur Casa de Estudios del Socialismo y Consejería en Proyectos.

Reguillo, Rossana (2007): "Formas del saber. Narrativas y poderes diferenciales en el paisaje neoliberal", en Grimson, Alejandro: *Cultura y Neoliberalismo*. Buenos Aires, CLACSO.

Reguillo, Rossana (2008). "Políticas de la (In) visibilidad. La construcción social de la diferencia", mimeo, FLACSO.

Rodríguez, Esteban (2014). "El uso progresista de la Gendarmería", en: *Revista Crisis* N° 12, Buenos Aires.

Rodríguez, María Graciela (2013). "Interrogar la desigualdad. Imágenes de los grupos subalternos en los medios de comunicación argentinos contemporáneos", *Runa* XXXIV (2). Buenos Aires, FFyL-UBA.

Rodríguez, María Graciela (2008). "El caso de los mensajeros en moto de Buenos Aires", *ILHA*, Vol. 10, N° 2, Universidade Federal de Santa Catarina, UFSC, Florianópolis, SC, Brasil.

Segura, Ramiro (2006). "Segregación residencial, fronteras urbanas y movilidad territorial. Un acercamiento etnográfico", *Cuadernos del IDES* N° 9, Buenos Aires, Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES).

Vale de Almeida, Miguel (2000), "Corposmarginais: notas etnográficas sobre páginas 'de polícia' e páginas 'de sociedade'", *Cadernos Pagu* N° 14.

Vázquez, Mauro (2010). *Del otro lado de la calle oscura. La visibilización de los inmigrantes regionales en los medios hegemónicos en la última década*. Tesis de Maestría en Comunicación y Cultura, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

Vilker, Flavia (2009). *La década de la inseguridad. Genealogía de la matriz securitaria en la prensa argentina 1995-2004*. Tesis de Maestría, Universidad de Buenos Aires.



CONFERENCIA

Treinta años de “hacer historia” en la Argentina, 1984-2015

**[Texto de la conferencia dictada en
ocasión de las jornadas tituladas
“Estados generales de Historia”,
Universidad Nacional de San Martín,
23/9/2015]**

por **Hilda Sabato**¹

Cuando Juan Suriano me invitó a participar de estas jornadas, me entusiasmé con la posibilidad de ser parte de una reflexión colectiva sobre la disciplina, el oficio, la tribu en los últimos treinta años, que son –de hecho– los años centrales de mi propia historia como historiadora. Pero cuando me senté con más calma a pensar cómo introducir esa discusión, el entusiasmo viró hacia un autoreproche: por qué irresponsable omnipotencia había aceptado el imposible desafío de ustedes que literalmente reza: “¿qué

¹ Historiadora egresada de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y doctorada en la Universidad de Londres. Es investigadora superior del CONICET en el Programa PEHESA del Instituto Ravignani; fue profesora titular de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y profesora e investigadora invitada en instituciones académicas del país y del extranjero. Es vicepresidenta del Comité Internacional de Ciencias Históricas (CISH) y miembro de la Asociación Argentina de Investigadores en Historia (AsAIH). Recibió el premio Humboldt a la investigación en 2012.

pasó con la historiografía desde los años ochenta hasta el presente?”. No se necesita mayor sagacidad para darse cuenta que la empresa es imposible, que el cambio operado es inmenso, y que, por lo tanto, no hay forma de abarcarlo con alguna justicia. Era tarde, estaba atrapada, así que traté de recuperar la compostura para encontrarle la vuelta, con total conciencia de que más que un “estado general” este será un estado parcial, resultado de una mirada entre tantas otras posibles sobre lo que nos pasó con la historia en las últimas tres décadas. No quiero, sin embargo, elegir un área o una dimensión del problema para profundizar allí, sino que voy a intentar, a la vez, interrogar la producción historiográfica a partir de los cambios experimentados tanto en los temas y enfoques predominantes como en las condiciones materiales e institucionales de esa producción. Al mismo tiempo, quisiera introducir algunas consideraciones sobre las variaciones en el lugar que ocupa el “hacer historia” en nuestra sociedad.

El punto de partida en los ochenta –en 1984 específicamente–, refiere al ámbito estrictamente local: la caída de la dictadura inauguró una nueva era que en nuestro campo específico produjo un giro copernicano en las condiciones de producción historiográfica. No se trata, pues, de un momento de crisis o cambio en el campo disciplinar global, que tuvo otros hitos y derroteros, sino de un momento fundacional en términos institucionales y profesionales. Era en ese nivel donde reinaba la devastación producto de las políticas represivas de desmantelamiento de la universidad y otras instancias públicas de creación libre de conocimiento. La historia y las ciencias sociales, como también otras áreas de la cultura, fueron particularmente afectadas por esas políticas, cuyo objetivo era terminar con cualquier expresión autónoma de pensamiento, con todos los mecanismos previamente existentes para su promoción y desarrollo, y sobre todo, con las figuras que podían ser referentes en ese sentido.

En nuestra disciplina, en las décadas anteriores se habían generado espacios de renovación atentos a la historiografía de punta en otras latitudes y si bien la profesión seguía básicamente en manos de las escuelas más tradicionales, las novedades fueron importantes y dejaron una huella decisiva para lo que vino después. Fueron los años de influencia de la escuela de *Annales* y de las vertientes marxistas de la historiografía inglesa y francesa; del predominio de la “historia social” no como campo específico de indagación, sino como una manera de aproximarse al pasado; y del acercamiento a las ciencias sociales, especialmente la sociología y la economía, que ofrecían a la historia modelos de causalidad fuerte y métodos positivos. Ese mundo dio algunos de los textos que luego serían clásicos de nuestra historiografía, producidos por figuras como José Luis Romero, Tulio Halperin Donghi, Carlos Sempat Assadourian, Ezequiel Gallo, Sergio Bagú, José Carlos Chiaramonte, entre

otros. Todo esto cayó aunque dejó su marca tanto entre quienes desde el exilio interno intentaron seguir pensando, como entre quienes tuvieron que partir y, cuando pudieron, siguieron sus carreras afuera, para luego, en algunos casos, volver poco antes o después del final de la dictadura.

En ese marco, el 84 fue un terremoto institucional e intelectual, sobre todo en las áreas de humanidades y ciencias sociales, donde hubo –aunque no en todas partes– un cambio inmediato. Fue el momento del ingreso a la universidad de quienes habíamos estado al margen durante el período anterior, del regreso de muchos exiliados, de la normalización del gobierno universitario, de la reorganización de carreras, de reformas en los planes de estudio, de renovación del plantel docente, de puesta en marcha de la investigación como eje de la actividad universitaria y de la consiguiente recomposición del Conicet para dar lugar de manera mucho más amplia a nuestras áreas, de la creación de programas de becas y subsidios a proyectos, como nunca antes se había visto; en fin, fue una etapa de actividad frenética, entusiasta, en que se creía posible crear una vida intelectual y profesional a la altura de los tiempos. Apostábamos entonces a la democracia y al pluralismo, a la refundación de la universidad pública y al fin de las ortodoxias historiográficas.

A pesar de las restricciones presupuestarias impuestas por una situación económica general muy complicada para la Argentina, el crecimiento del campo académico fue rápido. En el caso de la historia, los focos de renovación se multiplicaron en las universidades de todo el país, lo que dio lugar a un movimiento expansivo que, a pesar de algunos altibajos temporarios, no ha cesado; diría, por el contrario, se ha acelerado, ahora en clave de reproducción normalizada.

En sus comienzos, la revolución institucional fue también una empresa intelectual. Se trataba de recuperar el tiempo perdido, de introducir los debates historiográficos que solo habían tenido una recepción marginal en la Argentina, de promover la actualización y la transformación del campo, de impulsar la investigación y creación de conocimiento según los más novedosos protocolos de la disciplina. Según cuentan quienes entonces eran estudiantes, después del 84 todo les resultaba novedoso: los profesores, las bibliografías, los temas, las discusiones. Esas “novedades” lo eran no porque representaran estrictamente lo nuevo en historiografía, sino porque poco y nada de lo que estaba ya en circulación en los centros de producción más dinámicos llegaba a la Argentina.

Si tuviera que englobar la orientación inicial bajo un título único, diría que fue la “historia social” la que proveyó la base sobre la cual se hizo esa renovación de los años ochenta. En principio, podría pensarse que se retomó así una historia aquí truncada, la de la vanguardia historiográfica de los sesenta. Los franceses de *Annales* y el llamado marxismo cultural

inglés, en sus diferentes variantes, fueron bibliografía obligada, y entre los locales, los historiadores formados en torno al grupo de historia social encabezado por José Luis Romero constituyeron el punto de partida para la nueva investigación. Tulio Halperin Donghi se convirtió así en la figura central de referencia en el caso de la historia argentina, junto a otros de esa generación, la mayoría de los cuales continuaba activos y productivos. No se trató, sin embargo, de un “volver a vivir”, pues la historia social había experimentado importantes cambios en los años setenta y primeros ochenta, que también se incorporaron en el escenario local y que pronto cuajarían en un viraje epistemológico decisivo que quebraría, en el mundo, el consenso historiográfico anterior.

Fue, en efecto, avanzada la década de los ochenta cuando ese viraje fue reconocido en toda su radicalidad. Así, en un editorial de 1988 que llevaba el sugerente título de “Histoire et sciences sociales: un tournant critique?”, la revista *Annales* se hacía finalmente eco de la agitación teórica y epistemológica que hacía tiempo sacudía a otros campos de conocimiento y que había llegado a la historia para quedarse. La relación privilegiada que durante varias décadas la historia había mantenido con las ciencias sociales, en particular con la economía y la sociología, había entrado en crisis. Esa crisis era parte de un cambio más amplio en la manera de concebir y escribir la historia, que abrió un período de controversias, ensayos y experimentaciones en la disciplina. Esta se fue desgajando del papel central que había ocupado en el pasado en la forja y la legitimación de identidades (sobre todo nacionales, pero también de clase), así como de su pretensión de explicar globalmente el mundo. Sus formulaciones totalizadoras se habían sustentado, decía el mismo editorial de *Annales*, en el consenso implícito “que fundaba la unidad de lo social identificándolo con lo real”. Ese consenso estaba quebrado. No solo cayeron los grandes relatos en los que se inscribía la indagación sobre el pasado, sino que se reavivaron discusiones sobre viejos temas pero con nuevas claves: la naturaleza de la producción historiográfica, el estatuto del texto histórico, la posibilidad misma del conocimiento del pasado.

Estos combates por la historia de los años noventa pusieron en cuestión el consenso relativo de las décadas previas. En esas lides, el llamado “giro lingüístico” planteó desafíos fuertes al postular, en sus versiones más radicales, la intradiscursividad de la historia, que llevó a desarmar nociones tan básicas para nuestro oficio como las de “fuente” y “prueba”. En particular, se minaron algunos de los presupuestos centrales de la historia social, como los de totalidad y determinación social, y al cuestionar cualquier noción de sujeto que implicara unidad, autonomía y acción consciente, se impugnó la idea de actor social —entendido tanto colectiva como individualmente—, así como el concepto de experiencia, en

tanto instancia clave de la relación entre estructura y conciencia social.

Estas discusiones fueron virulentas en el Norte donde además de la disputa intelectual se jugaba una pugna por los recursos institucionales. Pero cuando parecía que quienes desafiaban el *statu quo ante* no pararían hasta lograr la hegemonía, las aguas se fueron calmando sin que surgiera una nueva ortodoxia historiográfica. Los cuestionamientos a la historia de los sesenta tuvieron efectos, por cierto, pero lo que terminó predominando fue un consenso algo ecléctico y laxo que se apoyaba más en la crítica a lo anterior que en un nuevo paradigma interpretativo y que desembocó en una segmentación de las miradas, una multiplicidad de lenguajes y estrategias de investigación, la disolución de hegemonías interpretativas y la falta de confianza en cualquier interrogación que se pretendiera omnnicomprensiva.

Toda esta polémica llegó a la Argentina como en sordina. Mientras en Estados Unidos, Francia, Inglaterra y más tarde Alemania, se desataron enfrentamientos a veces feroces, entre nosotros prácticamente no hubo debate. Tal vez porque aquí no había combate posible en el plano institucional: a diferencia de lo que ocurrió en otros países, en el nuestro la historia social nunca alcanzó el lugar de predominio que tuvo en el Norte. Por el contrario, como ya señalé, ella era –todavía en los ochenta– bandera de renovación frente al anquilosamiento de las instituciones académicas oficiales. Pero aún más tarde, cuando esa renovación se hizo posible, esta adoptó perfiles que ya respondían más a los cambios inducidos por la crisis que a la tradición que le había provisto sus banderas. Me refiero a la emergencia, como lo señalaba Carlos Altamirano ya en 1990, de “una nueva coyuntura en la práctica historiográfica sin polos hegemónicos en cuanto a las vías, los instrumentos y los objetos que permiten lecturas, de resultados significativos de nuestro pasado”.

El campo historiográfico argentino en expansión no fue, por lo tanto, centro de ninguna de las confrontaciones que agitaron a los de otras latitudes, aunque de alguna manera procesó sus consecuencias. Y estuvo marcado, además, por el impacto de su propio pasado local: Los años de muerte vividos luego de la etapa de ilusiones revolucionarias fueron traumáticos en grado sumo. Las certezas anteriores se derrumbaron: ¿Cómo creer en la razón en medio de la sinrazón, como confiar en las teleologías que prometían un futuro liberador? Desde ese presente, las preguntas de los historiadores perdieron la seguridad que brindaban las teorías y los modelos vigentes hasta hacía poco tiempo: ¿hacia dónde y cómo mirar?, ¿qué buscar? La diversidad de respuestas fue la característica más notoria de esos años.

La multiplicación de ámbitos institucionales de producción y circulación historiográfica favoreció esa diversidad. Si bien en Conicet el pe-

ronismo en el gobierno recurrió a figuras de la vieja guardia que, como Raúl Matera y Bernabé Quartino, buscaron reponer personajes y prácticas de la época de la dictadura, al mismo tiempo hubo en esos años una expansión de las universidades, que habilitó fondos y abrió oportunidades de cargos y proyectos en un momento en que las grandes (UBA, Rosario, Córdoba, etc.) estaban saturándose. Así, a pesar de los altibajos, en los noventa se prosiguió en el camino de la profesionalización de la historia asociado a la refundación universitaria. En ello militaba buena parte de mi generación, como —y cito apenas algunos nombres— Leandro Gutiérrez, Enrique Tandeter, Luis Alberto Romero, Susana Bandieri, Gastón Burucúa, Ofelia Pianetto, Eduardo Míguez, Marta Bonaudo, Carlos Altamirano, Mirta Lobato, Oscar Terán, Juan Suriano y unos cuantos más, a los que pronto se sumaron los algo más jóvenes. Hubo una continuación de la incorporación de profesores y reforma de programas iniciada en la década anterior, nuevas generaciones formadas y en formación a través de sistemas de becas y proyectos financiados desde el Estado, una afirmación de criterios de calidad compartidos, una proliferación de trabajos que respondían a esos estándares, una multiplicación de revistas especializadas, libros, colecciones para la difusión de la investigación; en suma, decía Luis Alberto Romero en 1996, “tenemos una profesión”. Señalaba, sin embargo, que junto con ella había llegado cierto conformismo y una pobreza de debates, y lamentaba la ausencia de una imagen general de la historia argentina.

En efecto, uno de los rasgos básicos de la producción de esos años es que, en sintonía con las tendencias más generales de la historiografía occidental, no desembocó en la propuesta de interpretaciones omnicomprensivas de nuestra historia ni de claves que permitieran explicarlo todo. ¿Qué puede decirse, entonces, de los resultados obtenidos en la investigación y a través de tanta producción de libros, artículos, tesis, revistas? No pretendo aquí resumir qué se hizo, sino apenas señalar algunos de los que considero los rasgos centrales de esta etapa, agrupados en tres puntos.

En primer lugar, los campos en alza: dos áreas que habían tenido escasa popularidad en las décadas anteriores fueron las principales protagonistas del cambio: la historia intelectual y cultural (en sus múltiples variantes) y la historia política. Estas dejaron de considerarse ramas arcaicas y menores, relegadas en los sesenta a las zonas más tradicionales de la disciplina. En el primer caso, la expansión e innovación fueron impresionantes, y si bien hubo antecedentes ilustres en el estudio de las ideas y las significaciones, a partir de los ochenta y noventa hemos visto un refinamiento y una complejización notables, tanto en los objetos de estudio como en los abordajes. Ideas sistemáticas, pensamiento

no formalizado, discursos de distinta índole, lenguajes políticos, imaginarios, ideologías, visiones del mundo, prácticas culturales... la variedad de interrogantes amplió enormemente los alcances de este campo cuyos límites de mantienen difusos y cambiantes. Un capítulo aparte merecería la historia conceptual, que más recientemente ha adquirido gran relevancia como campo específico pero también como propuesta epistemológica fuerte.

En cuanto a la historia política, se benefició no solo por la disolución de la hegemonía ejercida por otras ramas sino, también, por la difundida desconfianza en los modelos teleológicos y las explicaciones estructurales, y por el interés creciente por la acción humana y la contingencia como dimensiones significativas de la interpretación histórica. La interrogación sobre el poder se vio, además, estimulada por los problemas del presente que tuvieron una importancia decisiva a la hora de definir las preguntas; es fácil asociar la renovación de las problemáticas en este campo a los debates propios de los noventa sobre la democracia y sus transiciones (en América Latina, en Europa Oriental), la caída del socialismo real, la revalorización de la ciudadanía y de la sociedad civil, entre otros.

No fueron estos los únicos campos en expansión pero sí, quizá, los más innovadores en esa etapa.

En segundo lugar, en lo que respecta a estas y otras áreas, están los esfuerzos de buena parte de los historiadores estuvieron orientados a desmontar las interpretaciones omnicomprendivas y de índole teleológica típicas del período anterior y se dedicaron más que a dar cuenta de la totalidad a interpretar fragmentos, a deconstruir mitos más que a construirlos, y a formular preguntas sobre el pasado desde el presente sin pretender encadenar causalmente ambos términos de manera unívoca. Y esa vocación cuestionadora llevó, me parece, a privilegiar ciertos temas y períodos por sobre otros. Paso así al tercer rasgo de esos años: gran parte de la renovación consistió en revisar las interpretaciones vigentes sobre la construcción nacional y, en ese sentido, el largo siglo XIX –período tardocolonial a 1930– cobró centralidad en la agenda de los historiadores en los diferentes campos. Se buscaba desmontar las visiones y los mitos del pasado argentino cristalizadas en la historiografía y en el sentido común. Y el primero de esos terrenos, el de la historiografía –que no así en el segundo–, los resultados de las investigaciones fueron impactantes: la completa revisión de las ideas sobre el origen de la nación, de los procesos revolucionarios, de la estructura agraria pampeana, de la vida política en sus diferentes momentos, de las prácticas culturales y sus cambios: poco ha quedado en pie de la imagen del XIX como un período de transiciones lineales de la sociedad, economía e instituciones

de Antiguo Régimen a las del moderno Estado nación, el capitalismo y la democracia. Es difícil saber cuánto de esta revisión profunda de la formación de la Argentina ha trascendido fuera de nuestros círculos, en los que por otra parte, hoy se perfilan algunas impugnaciones a esas operaciones que buscaban horadar los grandes relatos.

Es que el panorama de la historiografía no ha permanecido igual a sí mismo. El nuevo siglo trajo otra vez novedades en varios planos, no solo en nuestro rincón del mundo. Pero empiezo por este y por la situación política institucional de nuestra disciplina. Si se mira el largo plazo, se descubre que las tendencias en términos de profesionalización y extensión del campo académico muestran una gran continuidad potenciada por la expansión de los recursos. Más carreras, más posgrados, más becas, más subsidios, más revistas, más publicaciones, más, más, más... Esta situación puede entusiasmarlos: cada vez hay más lugar y plata para hacer historia. Pero no siempre más equivale a mejor y es necesario preguntarse por el sentido de esta inversión social y por los problemas que ya son evidentes, y que entiendo ustedes van a discutir en estas jornadas: problemas de escala, de criterios de calidad y evaluación, de perfiles profesionales, etcétera. Lo peor que podemos hacer es conformarnos con lo que tenemos, así que espero se discuta a fondo.

Claro que frente a esta visión de largo plazo, se me objetará de inmediato que ella privilegia las continuidades y olvida los altibajos, así como las rupturas. En este período, además, no puede soslayarse, se señalará, el quiebre de 2001. En efecto, ese fue un momento bisagra en muchos sentidos que no tengo tiempo de analizar aquí, pero sobre todo marcó a las generaciones posdictadura para quienes esa experiencia no tenía antecedentes, y se abrió como un abismo que vino a poner en tela de juicio tanto el optimismo político de los ochenta como el distanciamiento desencantado y para muchos despolitizado de los noventa. Para mí, como supongo que para muchos de mis contemporáneos, la crisis fue vivida como fracaso de las expectativas políticas abiertas con la caída de la dictadura en torno a la posibilidad de construir una democracia representativa y pluralista a partir de la instauración del estado de derecho y de la movilización del potencial progresista de esta sociedad hasta entonces reprimida. Pero si para los jóvenes fue “la peor crisis de sus vidas”, que los marcó para siempre –un momento duro que de alguna manera no nos perdonan a los más grandecitos, a los responsables del experimento fallido–, para nosotros, fue un nuevo golpe de los tantos que nos tocó vivir y tal vez no el peor. Sin embargo, todos, jóvenes y no tan jóvenes, hubimos de reformar nuestras expectativas, lo que en muchos casos –no en el mío– incluyó un rechazo fuerte a los ideales y los valores con que se habían iniciado esos veinte años en democracia.

En ese contexto desesperanzado, en que no se vislumbraba otro futuro que no fuera el de la agonía colectiva, la apuesta política del nuevo gobierno peronista elegido en 2003, con Néstor Kirchner a la cabeza, logró recomponer un horizonte de expectativas que inauguró una nueva era. Supo capitalizar la desilusión con el pasado inmediato para poner en marcha un proyecto que buscaba distanciarse de los ideales del 83 y también de las propuestas del propio peronismo en el 90, que reavivó algunas de las consignas de los años setenta, que reinstaló el pasado como terreno de disputas anticipatorias de las del presente y agitó banderas que, si por un lado lograron amplias adhesiones, por el otro también despertaron una multiplicidad de rechazos provenientes de diferentes sectores sociales y campos ideológicos. Más allá de los muy distintos balances que cada uno de nosotros pueda hacer de estos doce años, no creo equivocarme al sostener que el nuevo contexto político ideológico ha tenido incidencia en nuestras formas de hacer historia, y que si bien sería absurdo buscar determinaciones inmediatas en ese plano, es interesante preguntarse por los efectos de este clima de época en nuestras prácticas como historiadores. A ello hay que agregar, por supuesto, los vientos que llegan de afuera y que contribuyen a modificar el perfil de la disciplina y de la profesión.

Más que especular por esas influencias internas y externas, me pregunto por los cambios historiográficos visibles: ¿Cuáles han sido las principales novedades de este período en comparación con el anterior? De nuevo, condendo al máximo mis observaciones en tres rasgos centrales y destaco:

Primero, el interés cada vez mayor por un pasado relativamente cercano, un interés que está vinculado al recalentamiento del presente, a las incertidumbres y frustraciones generadas por las democracias realmente existentes, y a la multiplicación de reclamos identitarios en el seno de sociedades que no aceptan la reducción a la unidad nacional o cultural. En la Argentina, ese interés se manifiesta por una preferencia por el siglo XX sobre los anteriores, y sobre todo por la segunda mitad. No hace falta destacar, porque es a todas luces evidente, el atractivo que ejerce el tema del peronismo —el histórico, el de los setenta, el de ahora...— que está a la orden del día en la agenda historiográfica.

En ese marco, pero con su propia especificidad, destaco el vigor que ha adquirido la “historia reciente”, cuyos límites son difusos pero que en este caso privilegia los años sesenta y setenta, y la dictadura, con su carga de hechos traumáticos que requieren de formas particulares de acercamiento y análisis. En este terreno, la relación con el campo de la memoria es evidente, un campo de moda en el mundo en las últimas décadas cuya expansión se ha considerado casi inflacionaria. Los vínculos entre

historia y memoria han dado lugar a reflexiones y debates centrales para la disciplina. No puedo internarme ahora en esa discusión, pero hay una extensa bibliografía que da cuenta de esa relación y de los problemas que plantea a la historiografía.

En muchos de estos casos, las preguntas centrales ya no apuntan, como ocurría con las historias del XIX, a revisar y deconstruir mitos fundacionales, sino a internarse en territorios hasta ahora poco explorados a partir del aparato crítico y los métodos de la disciplina. Pero también hay propuestas que se vinculan con la afirmación de identidades, con la construcción de memorias colectivas y con el reclamo que se hace a la historia de servir para reivindicar el pasado (“las luchas”) de grupos particulares para legitimarlos en su presente. Esta historia reivindicativa se vincula, en un punto que no en general, con otro rasgo del momento, la expansión de la historia sociocultural.

Luego, en segundo lugar, está la crisis disciplinar, con su cuestionamiento de la historia social tal como se la entendía en los sesenta y setenta, y su impugnación de la historia dotada de un sujeto central o universal, abrió el camino para la multiplicación de los sujetos portadores de distintas historias que merecen ser contadas. Esta apertura desembocó en dos tipos distintos de resultados a veces superpuestos: por un lado, la rica exploración de diferentes sujetos colectivos que habían permanecido al margen del interés historiográfico o habían quedado subsumidos en las grandes categorías de nación o clase; por el otro, la búsqueda de una identificación explícita del historiador con el sujeto elegido, que lo lleva a ser parte de la construcción de identidad y, en la mayoría de los casos, a subsumir la función de conocimiento en la de la reivindicación social, política o ideológica. En el primero de esos planos, lo que tenemos ahora es una variedad de estudios muchos de ellos excelentes sobre la historia de mujeres, los pueblos llamados originarios, los diferentes sectores sociales, los grupos étnicos, etcétera, que en general incorporan el análisis social, de género, cultural y político de maneras diversas. En cuanto al segundo plano, la empatía con los sujetos en estudio no implica necesariamente un bloqueo de los criterios que presiden la aventura del conocimiento; se puede incluso sostener todo lo contrario. Pero la identificación *tout court* y el imperativo de reivindicación con frecuencia llevan a obturar la capacidad de interrogar críticamente, decisiva en nuestro oficio.

En tercer lugar, vinculado con otras preocupaciones de los últimos años; preocupaciones que se pueden entender como una reacción frente a algunas tendencias anteriores y que se expresan no tanto como enfrentamiento directo, sino más bien como alternativas ahora preferidas para vincularse al pasado. Hay algo así como una vuelta a los planteos

generales de los que escapaba la historia post-80, un reclamo contra la fragmentación del saber y la resistencia a las explicaciones abarcativas, que se manifiesta de diversas maneras y se relaciona, creo, con una insatisfacción de los historiadores con el lugar que tiene el “hacer historia” en las sociedades contemporáneas. Desgajada de los imperativos identitarios que llevaron a la disciplina a un lugar de prestigio y poder en la era de las naciones, la historia de finales del siglo XX parecía cobrar autonomía como disciplina y reclamaba el estatuto de un saber desprendido de esos mandatos extraños a sus propios protocolos. Son esa autonomía y esa ajenidad las que hoy están puestas en cuestión, quizá porque se las asocia con la pérdida de poder y centralidad pública de nuestra disciplina en estos tiempos.

En la Argentina, hay reclamos dentro del propio campo por una identificación mayor del historiador con las luchas sociales y los sujetos colectivos de distinta índole, así como por una participación mayor en la formulación de interpretaciones fuertes del pasado que sirvan para confrontar relatos en el espacio público. Más allá de nuestras fronteras, por su parte, se hacen visibles otras búsquedas, también vinculadas con el lugar de la historia y del hacer historia. Así, es posible considerar en ese marco la gran movida historiográfica de la última década en pos de una historia global con sus diversas variantes. A pesar de sus diferencias, todas ellas tienen un denominador común: la crítica a las *historias nacionales*, que focalizan su mirada dentro de las fronteras de cada país o de otros espacios sociopolíticos o culturales específicos. Proponen, en cambio, una redefinición de los marcos y escalas espaciales de indagación, movimiento que de alguna manera se vincula con la necesidad de estar a tono con los procesos de globalización presentes y de convertir a la historia en un saber “útil” para estos tiempos. Entre nosotros hemos discutido poco y nada este tema, que en general miramos con desconfianza, pero que merece un análisis a fondo que busque trascender la moda y entender, en cambio, porqué ha surgido y ha tenido gran éxito este planteo y cuáles son sus alcances y sus límites.

En paralelo con este reclamo, hace poco se difundió un segundo clamor: mientras el primero pone el foco en la escala espacial, este segundo refiere a la escala temporal para exigir volver a los tiempos largos. *The History Manifesto*, dado a conocer el año pasado y escrito por David Armitage de Harvard y Jo Guldi, de Brown, en los Estados Unidos, se lamenta por la pérdida de lugar de la historia en las sociedades contemporáneas, por su ausencia total en la formulación de políticas públicas y por su incapacidad para incidir sobre los procesos decisivos; acusa a la disciplina de regodearse con las particularidades y los tiempos cortos, y lanza un llamado a retomar la *longue durée* braudeliana bajo nuevos

términos. Esta propuesta circuló rápidamente en el Norte y desató una cadena de reacciones, de fuertes adhesiones y también de críticas. Pero en cualquier caso, es sintomática de un malestar, de una insatisfacción frente a los consensos débiles de finales del siglo pasado y de las nuevas búsquedas que a veces parecen un tanto absurdas, pero que merecen analizarse, discutirse, pensarse.

Habría de mucha más tela para cortar, pero esto ya se hizo muy largo. No quiero terminar, sin embargo, sin antes hacer referencia a lo que considero un núcleo duro y para mí irrenunciable de mi compromiso con la historia, que precede o está más allá de los debates más o menos circunstanciales, más o menos sustantivos sobre la profesión, su “utilidad” en el presente, su funcionalidad frente a cualquier proyecto político o ideológico. Y lo hago a través de una cita de la historiadora medievalista Gabrielle Spiegel de 1990:

El núcleo ético del compromiso profesional del historiador ha sido siempre la creencia en que su labor ardua, con frecuencia tediosa, produce cierto conocimiento auténtico de lo “otro” muerto, un conocimiento que se admite está moldeado por las percepciones del historiador y sus sesgos, pero que mantiene cierto grado de autonomía... Esta creencia en la irreductible alteridad del pasado confiere a la historia su función específica, que es la de recuperar esa alteridad...

Me identifico con esta cita; indudablemente, soy hija de mi tiempo.



RESEÑAS

¿Qué hacemos con Carl Schmitt?

Kervégan, Jean-François
Madrid, Escolar y mayo
2013, 226 pp.
ISBN 978-84-16020-03-4

por **Gonzalo Ricci Cernadas**¹

¿Qué hacemos con Carl Schmitt?, de Jean-François Kervégan, viene a aportar nuevas brisas a cuenta de continuar problematizando un autor tan esencialmente polémico como es el intelectual de Plettenberg. Esto lo realiza Kervégan no centrándose únicamente en la producción teórica de Carl Schmitt, ni tampoco privilegiando en forma unilateral sus particulares situaciones biográficas, sino más bien recalando esa una ligazón inextricable entre (y en palabras de Kervégan) las “exigencias intelectuales” y las “exigencias políticas y morales” que demanda el escritor. En esta presente obra, que no se encuentra disponible en nuestro país, las premisas se encuentran planteadas de esta manera. Así, desde el Prólogo la cuestión se vuelve insoslayable: la relación de Schmitt con el nazismo. Este tópico se inserta en un debate cuantioso e ingente, entre los que destacan el trabajo de una variedad de comentaristas, como los españoles Carmelo Jiménez Segado, Montserrat Herrero y José Estévez Araujo, los franceses Alain de Benoist y Yves C. Zarka, los italianos Carlo

¹ Licenciado en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires. gonz-92@hotmail.com

Galli y Giuseppe Duso, los anglosajones Ellen Kennedy, Joseph W. Bendersky, Paul Piccone, Georg Schwab, William E. Scheuerman, Gary L. Ulmen y David Dyzenhaus, los alemanes Heinrich Meier y Franz Neumann, y, en nuestro país, a Jorge E. Dotti muy especialmente.

La primera parte del libro, entonces, busca presentar sucintamente algunos datos biográficos del alemán con el fin de contextualizar su producción bibliográfica. Por medio de ello, Kervégan puede insertarse de lleno en la discusión todavía vigente sobre la consideración de la obra schmittiana en su conjunto. Por un lado, destaca una hipótesis continuista, que afirma que no hay disrupción alguna en sus escritos y que su adhesión al nacionalsocialismo impregna toda su obra, aún desde su comienzo y en sus postulados decisionistas. Por otro lado, y en las antípodas de la anterior, se avizora una hipótesis de paréntesis, que caracteriza su adscripción al régimen nazi con una impronta más relativizadora, aislando este período que va de 1933 a 1945 como una etapa radicalmente ajena al resto de su producción teórica. Para Kervégan, pues, escoger excluyentemente por alguna de las dos sería un acto anodino: sepultar una en pos de la otra constituiría una alternativa para nada gratuita, escamoteando precisamente el interés suscitado por estas ambigüedades que salen a la superficie. Ante esta dicotomía, Kervégan apuesta por enfrentar a Schmitt contra Schmitt, exponiendo y tensando sus contradicciones y sus disonancias. Se propugna, entonces, “partir de Carl Schmitt”, tanto porque es “*a partir* de él como podemos tratar de formular ciertos problemas cuyas soluciones nos contentamos habitualmente con declinar” (Kervégan, 2013: 64. Cursivas del original), como porque también es menester “despedirse de él, pero desde una posición ganada en parte gracias a él” (Ibíd.: 66). En suma, se intenta “aprender de Carl Schmitt a plantear preguntas incómodas y alejarse de él cuando ya no puede ayudarnos a pensar de forma innovadora” (Ibíd.: 66). En la segunda parte del libro, Kervégan se plantea esta tarea en torno a cinco cuestiones a las que Schmitt concedió un lugar insigne dentro de su pensamiento.

El primer tópico destacado es la teología. Es al declararse Schmitt mismo como jurista, y no como teólogo, que puede dar cuenta de este fenómeno que viene aconteciendo desde el siglo XVI hasta la actualidad, una progresiva neutralización de los conceptos de ideas que organizaban las particiones entre lo político y lo no político, y que tiene por síntoma la pérdida del valor de la teología de su discurso último legitimador, coronado con el moderno reinado indiscutible de la técnica y del Estado total (su contracara política). Pero aún más, en nuestra contemporaneidad, tan marcada por el declive del Estado y de la “estatalidad”, son sólo los juristas y los científicos, el *Ius publicum europaeum*, los representan-

tes del orden y racionalidad occidentales. Así, la teología es un factor de guerra civil o desorden, ya nada podría devolverle el papel que otrora era suyo: Schmitt, entonces, como adversario de las implicaciones políticas de la teología. Pero Schmitt también se autocalifica como “teólogo de la ciencia del derecho”, pero no para preconizar sin prurito el positivismo imperante, sino para recuperar el motor de lo político con el objeto de apelar, en situaciones acuciantes, a la legitimidad superior, separada de la norma, que la historia le confiere: el jurista se vuelve katechon.²

La normatividad es el siguiente tema presentado. Precisamente, la crítica hacia el normativismo, encarnado en la figura de Hans Kelsen, fue una constante en gran parte del trabajo de Schmitt. Y para realizar un contrapunto entre ambos autores, Kervégan divide el apartado en dos decisionismos: un primer decisionismo débil, identificable en un joven Schmitt, que tiene como eje principal su tesis de habilitación *Ley y juicio* (1912) abocada al derecho judicial, donde si bien se coincide con Kelsen en tanto ambos pensadores intentan resguardar la consistencia y completitud del orden jurídico, Schmitt rechaza la hipótesis de un orden normativo universal al que todo puede ser subsumido y desprovisto de lagunas, enfatizando en cambio el momento aleatorio de la hermenéutica y de la decisión que lleva ínsito: en última instancia, el carácter fundante de la decisión. Luego, en un segundo momento, un decisionismo fuerte, ubicado ya a partir de *La dictadura* (1921), donde Hobbes aparece como representante máximo de esta corriente, y que le habilitaría a Schmitt criticar la normativista consideración de la idea del derecho como capaz de efectuarse a sí misma, la oclusión de la existencia de la excepción, y la jerarquía piramidal del orden normativo. Empero, para Kervégan, rescatar el momento de la fundación de un orden en el elemento decisionista no debe por ello dimanar en una acción o política pura libre de derecho, para evitar esto sería necesario no desechar sin más los argumentos esgrimidos por Kelsen.

En relación con el próximo tópico problematizado por Kervégan, la legitimidad, aparece un Schmitt que, a pesar de continuar la tarea de Max Weber, se aparta de él en la medida en que rechaza una de sus postulaciones: en el pensamiento de Weber la legitimidad se reduce a la legalidad, lo que constituye un fenómeno antonomástico del Estado de Derecho. Si este Estado parlamentario se encuentra, a ojos de Schmitt, en crisis, entonces lo que él busca hacer es allanar el camino para las alternativas al modelo legislador. Con este objeto es que desarrolla una

2 Este término, usado por el apóstol San Pablo en su segunda epístola a los Tesalonicenses (versículos 6 y 7), es retomado por Schmitt para referirse a las figuras y tipos de retenedores y temporizadores de la historia mundial. Katechon es entonces quien reprime, quien evita el advenimiento del fin apocalíptico de los tiempos y la venida del Anticristo.

conceptualización de la legitimidad en términos de norma inmanente y principio de autocorrección de una legalidad. Subtiende a ello una legitimidad democrática a la luz de un concepto positivo de Constitución, esto es, relativo a la decisión del conjunto sobre la forma y tipo de la unidad política. Pero bajo este decisionismo la noción de legitimidad parecería volverse un tanto sospechosa: el orden constitucional depende de una decisión existencial y su legitimidad prescinde de cualquier justificación extraída de una norma ética o jurídica. De cualquier manera, allende las complicaciones que puedan manifestarse, es menester destacar las reflexiones de Schmitt, según Kervégan más actuales que nunca en este momento, sobre ese plus de poder que significa el acceso al poder por medios legales, como así también la suplantación de la ley por decretos u ordenanzas, hecho patente de un pasaje del Estado parlamentario hacia otro administrativo.

El consecutivo apartado sobre política no se aleja de lo recién mencionado. Es menester aclarar ciertos prolegómenos: si admitimos que lo político no tiene sustancia, y que toda relación se vuelve tal al alcanzar su máximo grado de disociación, entonces, antes que optar por una postura que inscribe el conflicto en la propia naturaleza humana, antropológicamente pesimista, sería mucho más conveniente, nos dice Kervégan, concebir lo político como energético, como puro grado de intensidad, dinámico, donde un dominio se hace más político en tanto se acerca a la intensa distinción de amigo-enemigo. A la pregunta “¿Puede entonces utilizarse esta schmittiana reflexión sobre lo político con plena actualidad y sin dimanar exclusivamente en consideraciones nazis?” podría responderse por la afirmativa. Primero, retomando las recientes elucidaciones: si el normativismo busca opacar este momento político del derecho, el poder constituyente y una concepción positiva de constitución le sirve a Schmitt para afirmar que una Constitución nace de decisiones políticas fundamentales, pudiendo aseverar a la postre que lo político “es ese gesto que está en condiciones de instaurar derecho, de hacer una norma. *Lo político es el acto de institución siempre revocable de lo jurídico*, y no su otro o su ‘entorno’” (Kervégan, 2014: 165. Cursivas del original). Segundo, la separación entre lo político y lo estatal también habilitaría a pensar las coetáneas políticas postestatales: el pronóstico de una guerra civil mundial, o mejor, el advenimiento del terrorismo, paso límite por lo cual se abole lo político, amenaza que se cierne desde los intentos de totalización de la política.

Bajo esta luz, asoma que la cuestión de la unidad política del mundo debe interpretarse en términos de un pluriverso; a este punto aboca el último apartado intitulado “Mundo”. Una unidad indefectible y definitiva del mundo se subordinaría a un punto de vista técnico o tecnocrá-

tico. ¿De qué otra forma entender no sólo los esfuerzos universalistas y moralistas (a lo que se le suma la criminalización del enemigo) que Schmitt denuncia en la Sociedad de las Naciones sino también el diagnóstico no tan lejano de Francis Fukuyama sobre el triunfo indesahuciable de la democracia occidental? Pero de la misma manera, el Estado soberano tal y como se lo ha conocido se encuentra en franca retirada: en este sentido, hacia fines de 1930, Schmitt comienza a marcar la sustitución del Estado por el imperio, conceptualizando para ello la teoría del gran espacio: no ya un Estado de fronteras cerradas, con su concomitante derecho internacional, todo ello producto de la revolución territorial que el descubrimiento del continente americano supuso, sino que, a la luz de una novísima revolución espacial, el surgimiento de la problemática del Grossraum. En efecto, ¿cuál sería el nuevo nomos? En el parecer de Kervégan, Schmitt se inclinaría por la coexistencia de grandes bloques independientes de poder en equilibrio, prolongación de la ya esbozada teoría del gran espacio multidimensional, y que no se deja llevar fácilmente por una reduccionista antítesis técnica.

Es en este sendero de reflexiones sobre el dilecto pensamiento de Schmitt que Kervégan pretende mostrar las tensiones que aparecen en su obra, sus contradicciones, y también su permanente actualidad. O, para decirlo con otras palabras: ¿De qué sirve convocar a esta figura, tan externa como hostil al basamento de muchas de nuestras preguntas? ¿Qué nos puede aportar Schmitt a la hora de pensar y analizar el mundo y la realidad actual? El plantear preguntas innovadoras y peligrosas, el brindar luces distintas bajo las cuales problematizar cuestiones que aquejan, en esto consiste el “partir de Carl Schmitt”. Y Kervégan ciertamente logra hacer del ejercicio teórico de este pensador algo impecadero.

Recibido: 14/3/2016

Aceptado: 01/6/2016

La odisea de pensar las pantallas del Mercosur

Cines del Sur. La integración cinematográfica entre los países del MERCOSUR

Moguillansky, Marina
Buenos Aires, Imago Mundi, 2016, 227 pp.
ISBN 978-950-793-227-4

por **Santiago Marino**¹

Cines del Sur es un aporte central al estudio del mercado cinematográfico. Es una obra fundamental para dar cuenta de las capacidades narrativas y sus condiciones en los países del Sur. Es un trabajo comparativo que pone en relación la economía política del cine, sus políticas públicas y su dimensión simbólica. Es una mirada crítica y lúcida sobre el único sector de las industrias culturales que cuenta con reconocimiento institucional en la América Austral.

1 Doctor en Ciencias Sociales (UBA). Director de la Maestría en Industrias Culturales, política y gestión (UNQ), docente de posgrado (UNQ, UBA, IDAES, USAL), Profesor Asociado en Gestión de Medios de Comunicación (UNQ) y Jefe de Trabajos Prácticos en Políticas y planificación de la Comunicación (UBA). En twitter es @santiagomarin.

El Mercado Común del Sur es un proyecto que en ocasiones se vuelve utopía, por momentos resulta un objetivo imposible, a veces cristaliza avances más simbólicos que materiales y siempre –pero siempre– es pensado, proyectado y percibido. Hablamos y habitamos el Mercosur como si realmente lo conociéramos. Pero a cada paso resulta convincente la idea de Andrés Malamud:² es pura retórica.

En esa trama difícil se ubica la obra de Marina Moguillansky (Doctora en Ciencias Sociales, Magíster en Sociología de la Cultura y Licenciada en Sociología) que vio la luz en los primeros meses de 2016, pero es un trabajo de largo aliento, como el del proyecto que establece el objeto de estudio.

“La creación del MERCOSUR fue pensada en sus orígenes como una oportunidad de ampliar los mercados disponibles para los países que lo constituyeron (...) Esto podía resultar clave para sectores como la industria cinematográfica que, por la naturaleza de sus mercancías, requiere de gran cantidad de espectadores para resultar rentable (...) Sin embargo por distintos motivos las industrias culturales en general y la cinematografía en particular no recibieron atención durante los inicios de la integración regional (...) los años y el avance de las discusiones fueron colocando al cine en el centro de la agenda de las políticas culturales del MERCOSUR”. Estos planteos de Moguillanski (2016: 11) resumen la dificultad del proyecto económico original de interpelar a las particulares mercancías que constituyen los bienes y servicios culturales. Y expresan que las dimensiones a gestionar son tanto las políticas y económicas –en virtud de la dimensión material de esas mercancías– como las simbólicas –dado su aspecto central como portadores de sentidos y constructores de relatos que aportan al desarrollo identitario–.

El trabajo de Moguillanski es una aproximación al problema del sector cinematográfico desde la teoría crítica y las herramientas metodológicas de la economía política de la comunicación. Expande un abordaje por el proceso y las condiciones de producción de films en cada uno de los países miembros. Pero como estos procesos deben ser cultural e históricamente situados, el recorrido se combina con la descripción de las políticas públicas de cada país. Este elemento permite además desarrollar uno de los aspectos más destacados de la obra: el análisis comparativo. Escaso en la tradición de las investigaciones en economía política y muy relevante por las conclusiones que permite obtener, la acción de comparar tradiciones, formas, marcos regulatorios, mercados, ventajas y desventajas habilita a ubicar a *Cines del Sur* entre las obras

2 Malamud, A. (2013). "El Mercosur: misión cumplida", en *Revista SAAP* (versión On-line ISSN 1853-1970), Vol. 7, N° 2, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

fundamentales sobre el cine de América Latina, en la mejor tradición de los trabajos de Octavio Getino, en ese lugar reservado de la biblioteca.

El análisis de la trayectoria del cine en la agenda del MERCOSUR, el de las experiencias cinematográficas de Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay³ y el abordaje del proceso evolutivo de las coproducciones y codistribuciones más la exhibición cruzada genera un texto al que deberemos regresar toda vez que pensemos la relación de la integración regional en términos políticos, económicos y culturales.

La organización del libro se compone de dos partes. En la primera, cuatro capítulos dan cuenta del rol del cine en el MERCOSUR, sus comienzos, la consolidación del modelo de estado neoliberal en la configuración del mercado y la elaboración de políticas regionales. La autora propone una división cronológica en tres etapas: la de la tradición aduanera (entre 1991 y 1995); el modelo neoliberal de integración (entre 1996 y 2002) y el giro hacia la inclusión (entre 2003 y 2009). El capítulo que cierra esa primera parte analiza las dos decisiones centrales del objeto de estudio: la creación de la Reunión Especializada de Autoridades Cinematográficas del MERCOSUR (RECAM), y la del principal proyecto de integración, el Programa MERCOSUR Audiovisual.

Ese recorrido propio de estudios de políticas públicas se complementa en la segunda parte con un abordaje más focalizado en los contenidos: el de la dimensión simbólica del cine en este mercado. El estudio de las representaciones parte del abordaje por las coproducciones y se integra, en otros cuatro capítulos, con un análisis cultural que deriva en la composición de una cartografía del cine de la región. Es una cartografía de los "cines del Sur".

El primer elemento distintivo del trabajo está en el título. El libro nos lleva a pensar, a partir de su nomenclatura en plural, en la existencia de muchos cines del sur. Y en la necesidad de su integración a partir de la diversidad. En términos conceptuales, se problematizan tres aspectos claves: el cine (desde una perspectiva amplia y múltiples dimensiones); la integración (como fenómeno y como proceso político) y el MERCOSUR, como experiencia programática y como deriva política, económica pero también cultural. Hay, además, una noción latente: la política pública y sus resultados, impactos, razones y efectos. Esos aspectos son profundamente puestos en relación en términos teóricos y en la descripción del proceso. A lo que la autora le agrega una pregunta que encuentra respuesta en la(s) pantalla(s): ¿qué y cómo se filma y narra en los *cines del Sur*?

3 El trabajo se completa antes de que el ingreso de Venezuela al bloque genere impactos relevantes en el campo de las industrias culturales.

Por otra parte, el libro resuelve de modo óptimo la mutación del objeto de estudio. Este es un aspecto ciertamente problemático para una Tesis.⁴ Y consigue ser un texto necesario para pensar como los estados *mercosureños* piensan la integración regional en la comunicación y la cultura. El recorrido da cuenta de una parábola (desde la ausencia hasta la centralidad del cine en la agenda de las políticas). Pero se combina con la hipótesis de los cambios limitados. Esta cuestión resulta central porque en la mayoría de los países (con Argentina en la cima) las políticas públicas y sus objetivos de integración suelen tener mejor “prensa” que impacto efectivo y constatable. Este aspecto es resultado de una concepción crítica de la investigación. Y el único camino posible a la construcción de conocimiento.

En esta línea, la discusión de la “teoría de la proximidad” es otro hallazgo. Porque se anima a pensar a contramano de la tendencia. Y permite explicar por qué en el Espacio Audiovisual Ampliado⁵ no se constata tal cercanía, a pesar de algunos hitos en el sector del cine o incluso de la televisión más o menos recientes (como “Ciudad de Dios” o “Relatos Salvajes” en el cine o “Av. Brasil” en el caso de la TV).

El siguiente atributo del libro radica en que no hay otro en su especie. Es tal vez el primer texto que indaga sobre las transformaciones de la integración regional desde un sector tan potente de las industrias culturales. Y su recorrido permite poner en relación la sociología de la cultura, las políticas y la economía política del cine.

La combinación de la descripción de las políticas, el análisis cultural del cine y la sistematización de los datos y las condiciones de producción y circulación habilita una lectura novedosa. E introduce al lector de cualquier campo: la academia, el cine y la política (con minúscula, de rosca y competencia, y con mayúscula, de acción y administración pública).

Finalmente, que se compruebe la hipótesis y lo sepamos desde el inicio es una suerte de spoiler inocuo. Es como conocer el final de un film que de todos modos debemos ver por su calidad, sus escenas y hasta por su corte, como los buenos vinos.

Recibido: 16/5/2016

Aceptado: 20/6/2016

4 Se recuerda que el libro es resultado de una adaptación de una Tesis doctoral.

5 Marino, S (2016). *Espacio Audiovisual Ampliado*. Buenos Aires, Editorial Universidad del Salvador, en prensa.